



El asesino de policías

Per Wahlöö &
Maj Sjöwall



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Mientras Beck investiga el asesinato de una mujer junto a su compañero Lennart Kollberg, el pasado vuelve a cruzarse en su camino para ponerle de nuevo frente a dos viejos conocidos: Folke Bengtsson, a quien ya había detenido tiempo atrás y que acaba de convertirse en el principal sospechoso del asesinato, y Ake Gunnarson, periodista incómodo donde los haya.

L=LIBROS

Maj Sjöwall & Per Wahlöö

El asesino de policías

Martin Beck - 9

Llegó a la parada mucho antes que el autobús, el cual aún tardaría media hora. Treinta minutos de la vida de una persona no es mucho tiempo, que digamos. Además, ella estaba acostumbrada a esperar y siempre llegaba con antelación. Se puso a pensar en lo que prepararía de cena, y en qué aspecto tendría... es decir, sus pensamientos habituales.

Pero cuando llegara el autobús, ya no pensaría en nada. Le quedaban sólo veintisiete minutos de vida.

Era un día precioso, claro y el viento llevaba una punta de ese fresquito de principios de otoño, pero ella tenía el cabello tan bien arreglado que no le afectaban las condiciones meteorológicas.

¿Qué aspecto tendría?

De pie, allí, al borde de la carretera, aparentaba unos cuarenta y tantos años. Era una mujer alta y robusta, de piernas rectas y caderas anchas, con un principio de obesidad que ella tenía mucho miedo de que se le viera. Vestía, por lo general, de acuerdo con la moda, a menudo a expensas de la comodidad, y en ese tempestuoso día de otoño llevaba una chaqueta verde brillante, medias de nailon y finas botas altas de cuero de suela gruesa. De su hombro izquierdo colgaba un pequeño bolso cuadrado con un gran broche de metal. El bolso era de color marrón, como sus guantes de antilope. Sus rubios cabellos habían sido bien rociados con laca y estaban muy bien peinados.

No le vio hasta que él se detuvo, se inclinó y abrió la puerta de atrás de su coche.

—¿Quieres que te lleve?—le preguntó.

—Sí—contestó ella, ligeramente aturdida—. La verdad es que no...

—¿Que no qué?

—Bueno, no esperaba que nadie me llevara. Iba a tomar el autobús.

—Sabía que estarías aquí—dijo él—. Y no he de apartarme de mi camino, como a veces sucede. ¡Vamos! ¡Entra!

¡Vamos! ¡Entra! ¿Cuántos segundos necesitó ella para entrar y sentarse al lado del conductor? ¡Vamos! ¡Entra! Él se alejó rápido, y pronto estuvieron lejos del pueblo.

Estaba sentada con el bolso sobre el regazo, ligeramente tensa, tal vez aturdida, o al menos algo sorprendida. Si se sentía contenta o no, es imposible decirlo. Ni siquiera ella lo sabía.

Lo miró de reojo, pero la atención del hombre parecía estar concentrada totalmente en la conducción.

Él se salió de la carretera, a la derecha; pero volvió a ella casi inmediatamente. Otra vez hizo lo mismo y la carretera empeoró rápidamente. Había que preguntarse si a aquello se le podía seguir llamando carretera.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella con una ligera risita de miedo.

—Ya te enterarás.

—¿Dónde?

—Aquí —contestó él, frenando.

Delante, él pudo ver las huellas de las ruedas de su propio coche sobre el musgo, marcadas pocas horas antes.

—Allá —le dijo él con una inclinación de cabeza—. Tras el montón de leña. Es un buen sitio.

—¿Estás bromeando?

—Nunca bromeo sobre esas cosas.

Parecía dolido o alterado por la pregunta.

—Pero... mi chaqueta —dijo ella.

—Déjala aquí.

—Pero...

—Tengo una manta.

Él bajó del coche, lo rodeó y abrió la puerta para que ella saliera.

Ella aceptó su ayuda y se quitó la chaqueta. La dobló con cuidado y la colocó sobre el asiento, al lado de su bolso.

—Allí.

Él parecía tranquilo y sosegado; pero no la tomó de la mano mientras se dirigía lentamente hacia el montón de leña. Ella le siguió.

Hacía calor y daba el sol detrás del montón de leña, y a que aquel lado estaba resguardado contra el viento. Se oía el zumbido de las moscas y olía a hierba fresca. Era aún casi verano, y este verano había sido el más cálido en la historia del servicio meteorológico.

Aquello no era, en realidad, un montón de leña ordinario, sino un amontonamiento de troncos de haya, cortados a trozos y apilados hasta una altura de dos metros.

—Quítate la blusa —le ordenó él.

—Sí —repuso ella más bien tímidamente.

Él esperó paciente mientras ella se desabrochaba los botones.

Luego la ayudó a quitarse la blusa, cuidadosamente, sin tocar su cuerpo.

La mujer se quedó de pie con la prenda en una mano, sin saber qué hacer

con ella.

Él la cogió y la puso con cuidado sobre el borde de la pila de troncos. Una tijereta zigzagueó sobre el tejido.

La mujer quedó ante él, sólo con la falda, los pechos colgando pesadamente con el sujetador de color de la piel, los ojos mirando al suelo, la espalda contra la superficie lisa de la madera aserrada.

Había llegado el momento de actuar, y él lo hizo de modo tan repentino y rápido que ella no tuvo tiempo ni de preguntar qué pasaba. No había sido nunca muy rápida en sus reacciones.

Con ambas manos, él agarró la pretina a la altura de su ombligo y desgarró la falda y los *panties* en un solo movimiento violento. Era un hombre fuerte, y la tela cedió en seguida con un ruido parecido al que hace la lona al ser rasgada. La falda cayó hasta sus pies, y él tiró de sus *panties* y bragas hasta las rodillas, y luego subió el hueco izquierdo del sostén, de modo que se le soltó el pecho pesadamente.

Sólo entonces ella alzó la cabeza y le miró a los ojos. Ojos en los que había una expresión de disgusto, aborrecimiento y salvaje delicia.

La idea de gritar nunca llegó a tomar forma en su mente. Además, hubiera sido inútil. El lugar había sido elegido con cuidado.

Él alzó los brazos, cerró los poderosos dedos bronceados alrededor del cuello de ella y la estranguló.

Cuando él apretaba la nuca de ella contra la pila de leños, la mujer pensó: ¡Mi cabello!

Fue su último pensamiento.

Él siguió oprimiendo su cuello un rato más de lo necesario.

Luego soltó la mano derecha, y, manteniendo el cuerpo de la mujer erguido con la izquierda, con el puño derecho la golpeó en la ingle con toda la fuerza que pudo.

Ella cayó al suelo sobre la hierba que olía a almizcle y las hojas secas del año anterior. Estaba casi desnuda.

Un estertor salió de su garganta. Él sabía que esto era normal y que ella ya estaba muerta.

La muerte no es nunca bonita. Además, ella no había sido nunca bonita en su vida, ni siquiera de joven.

Él aguardó cosa de un minuto hasta que su respiración recuperó el ritmo normal, y su corazón dejó de latir aceleradamente.

Luego volvió a ser el mismo de siempre, tranquilo y sereno.

Más allá de la pila de troncos había un gran montón de hojas secas acumuladas por la gran tormenta otoñal de 1968, y más allá aún, una densa plantación de abetos que ya habían alcanzado la altura de un hombre.

La levantó en brazos y se sintió asqueado por el roce del pegajoso y húmedo

mechón de pelos de los sobacos de ella contra las palmas de sus manos.

Necesitó un rato para arrastrarla a través de un terreno sembrado de troncos caídos y raíces al descubierto; pero no vio la necesidad de apresurarse. A varios metros dentro de la espesura de abetos había una depresión pantanosa cubierta de agua enfangada y amarillenta. Arrojó allí a la mujer y pisoteó su cuerpo flácido para que se hundiera en el barrizal. Pero primero la miró un instante. Aún estaba bronceada por el soleado verano; pero la piel de su pecho izquierdo estaba pálida y punteada de motitas de color pardo claro. Tan pálida como la muerte, podría decirse.

Retrocedió en busca de la chaqueta verde y se preguntó por un instante qué haría con el bolso de ella. Luego recogió la blusa del montón de leña, envolvió con ella el bolso y lo llevó todo a la charca barrota. El color de la chaqueta era llamativo, así que buscó un palo conveniente y empujó la chaqueta, la blusa y el bolso, hundiéndolos todo lo que pudo en el lodazal.

Durante un cuarto de hora recogió ramas de abeto y pellas de musgo. Cubrió la charca de modo tan concienzudo que ningún caminante que casualmente pasara por allí se daría ni siquiera cuenta de que existía la charca barrota.

Empleó varios minutos en examinar el resultado de su obra e hizo varias correcciones antes de sentirse satisfecho.

Luego se encogió de hombros y volvió a donde había dejado aparcado el coche. Sacó un trapo de algodón y se limpió las botas de goma. Cuando hubo terminado, tiró el trapo al suelo. Quedó allí, empapado y embarrado; pero eso no importaba. Un trapo de algodón puede estar en cualquier parte. Eso no demuestra nada y no puede relacionarse con nadie en particular.

Luego hizo dar media vuelta al coche y se alejó.

Mientras conducía, se le ocurrió pensar que todo había ido bien, y que ella había recibido exactamente lo que merecía.

Había un coche aparcado frente a una casa de apartamentos de Rasundavägen, en Solna. Era un Chrysler negro con guardabarros blancos y la palabra policía con letras mayúsculas grandes y blancas sobre las puertas, capó y portaequipajes. Alguien que había querido describir más exactamente a los ocupantes del vehículo había puesto cinta adhesiva en la matrícula de negro sobre blanco para cubrir la curva inferior de la B en las tres primeras letras, BIG^[1].

Los faros y las luces interiores estaban apagadas; pero el resplandor de los faroles callejeros relucía sin lustre en los brillantes botones de los uniformes y en los blancos correajes que había en el asiento delantero.

Aunque sólo eran las 8.30 de una hermosa noche de octubre, estrellada y no muy fría, la larga calle se veía a grandes trechos completamente desierta. Había luces en las ventanas de las casas de apartamentos de ambos lados, y de algunas de ellas venía el frío resplandor azul de la pantalla de un televisor.

Algún transeúnte ocasional lanzaba una curiosa mirada al coche de la policía; pero perdía interés rápidamente cuando su presencia no parecía relacionada con ninguna actividad observable. La única cosa que podía verse eran dos policías corrientes sentados ociosamente en el interior del coche patrulla.

A los hombres que estaban dentro del coche no les hubiera importado un poco más de actividad. Llevaban allí sentados más de una hora, y durante todo ese tiempo su atención había estado fija en un portal al otro lado de la calle, y en una ventana iluminada del primer piso, a la derecha del portal. Pero sabían esperar. Tenían mucha experiencia.

A cualquiera que se hubiese fijado más de cerca se le habría ocurrido que estos dos policías no parecían realmente policías corrientes. No es que hubiera nada equivocado en sus uniformes, que estaban de acuerdo completamente con las reglas e incluían correajes, porras y pistolas en sus fundas. Lo que parecía raro es que el conductor, un hombre corpulento de semblante jovial y ojos muy vivos, y su compañero, más delgado y ligeramente encorvado, con un hombro apoyado en la ventanilla lateral, parecían tener unos cincuenta y tantos años de edad. Como norma, los coches patrulla los tripulan hombres jóvenes en buenas condiciones físicas, y cuando había excepciones a la regla, un hombre mayor iba

siempre acompañado de un hombre joven.

La dotación de un coche patrulla cuyas edades sumadas sobrepasaban los cien años, como en este caso, tenía que ser considerada como un fenómeno único. Pero había una explicación.

Los hombres del Chrysler blanco y negro iban simplemente disfrazados de patrulleros. Y bajo este inteligente disfraz podían identificarse nada menos que el jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios, Martin Beck, y su colaborador más próximo, Lennart Kollberg.

Lo de disfrazarse había sido idea de Kollberg, basada en su conocimiento del hombre a quien intentaban capturar. Era un tipo llamado Lindberg, conocido como El Hombre del Pan, un ladrón. Su especialidad eran los robos con escalo; pero había cometido ocasionalmente algún robo a mano armada, e incluso intentado una estafa, aunque con resultados peores. Había pasado entre rejas muchos años de su vida, pero era hombre libre de momento, ya que había cumplido su condena más reciente. Una libertad que duraría poco si Martin Beck y Kollberg tenían éxito.

Tres semanas antes, El Hombre del Pan había entrado en una joyería de la parte céntrica de Uppsala, sacó un revólver y obligó al dueño a entregarle piedras preciosas, relojes y dinero en efectivo, por un valor de casi doscientas mil coronas. Hasta entonces todo le había ido relativamente bien, y El Hombre del Pan pudo haberse llevado su botín y largarse tranquilamente, pero de pronto apareció una empleada que salía de la trastienda, y El Hombre del Pan se dejó llevar por el pánico y le disparó un tiro que alcanzó a la mujer en la frente y la mató en el acto. El Hombre del Pan logró escapar, y dos horas más tarde, cuando la policía de Estocolmo fue a buscarle en el apartamento de su amante, en Midsommarkransen, se lo encontraron en la cama. La mujer afirmaba que él estaba resfriado y que no había salido de la casa desde hacía veinticuatro horas. Se procedió a un registro, pero no se encontraron anillos, joyas, relojes ni dinero. El Hombre del Pan fue detenido y sometido a interrogatorio, y se le careó con el propietario de la tienda, quien no se mostró seguro de identificarle, ya que el ladrón llevaba una máscara. Pero la policía no sintió tal vacilación. En primer lugar, podían suponer que El Hombre del Pan estaba sin un céntimo después de su larga permanencia en prisión, aparte de que, según un informador, El Hombre del Pan había aludido a un trabajo que estaba planeando « en otra ciudad », y en segundo lugar había un testigo que, dos días antes del crimen, había visto a El Hombre del Pan recorriendo la calle donde estaba la joyería, sin duda efectuando un reconocimiento. El Hombre del Pan negó haber estado siquiera en Uppsala, y finalmente hubo que ponerlo en libertad por falta de pruebas.

Ya hacía tres semanas que la policía tenía sometido a El Hombre del Pan a continua vigilancia, convencida de que más tarde o más temprano visitaría el lugar donde había escondido el botín del atraco. Pero El Hombre del Pan parecía

darse cuenta de que observaban todos sus movimientos. En un par de ocasiones incluso había saludado con la mano a los policías de paisano que lo vigilaban, y pareció que su único propósito era mantenerlos entretenidos. Se veía claro que no tenía dinero. Por lo menos no gastaba nada, ya que su amiga tenía un empleo y le proporcionaba comida y albergue, aparte de la ayuda rutinaria que él recibía en la beneficencia social una vez a la semana.

Al final, Martin Beck decidió encargarse del caso personalmente, y a Kollberg se le ocurrió la brillante idea de vestirse de patrulleros. Como El Hombre del Pan era capaz de distinguir a gran distancia a los policías de paisano, pero siempre había mostrado desprecio e indiferencia hacia el personal uniformado, el uniforme, en este caso, sería el mejor disfraz. Así es como razonaba Kollberg, y Martin Beck, con algunas reservas, se mostró de acuerdo con él.

Ninguno de los dos había esperado que esta nueva táctica diera resultados inmediatos, y se sintieron agradablemente sorprendidos cuando El Hombre del Pan se metió en un taxi tan pronto como se dio cuenta de que ya no era vigilado, y le hizo llevar a su domicilio en Rasundavägen. El hecho de que hubiera tomado un taxi parecía indicar algún propósito determinado, y ellos estaban convencidos de que iba a suceder algo. Si podían sorprenderle con los artículos robados y con el arma del crimen en su poder, el caso podría darse por terminado, al menos en lo referente a ellos.

El Hombre del Pan llevaba ya en el edificio hora y media. Lo habían podido vislumbrar en la ventana a la derecha del portal una hora antes; pero desde entonces no había ocurrido nada.

Kollberg empezaba a sentir apetito. A menudo estaba hambriento, y con frecuencia hablaba de perder peso. De vez en cuando iniciaba una nueva dieta, que, por lo general, no tardaba en abandonar. Pesaba por lo menos dieciocho kilos de más; pero seguía trabajando a ritmo normal y estaba en buenas condiciones físicas. Cuando la ocasión lo exigía, era asombrosamente rápido y ágil dado su corpachón y su edad, pues casi tenía cincuenta años.

—Ha pasado mucho tiempo desde que entró algo en mi estómago —dijo.

Martin Beck no contestó. Él no estaba hambriento; pero sintió el repentino deseo de un cigarrillo. Casi había dejado de fumar dos años antes, después de recibir una grave herida de bala en el pecho.

—Un hombre de mi estatura apenas necesita un huevo duro al día —prosiguió Kollberg.

Si no comieras tanto no estarías tan gordo y si no estuvieras tan gordo no tendrías que comer tanto, pensó Martin Beck; pero no dijo nada. Kollberg, su mejor amigo, era un hombre muy quisquilloso. Él no quería herir sus sentimientos y sabía que Kollberg se ponía de muy mal humor cuando estaba hambriento. También sabía que Kollberg había insistido a su esposa para que lo

mantuviera en una dieta de adelgazamiento, que consistía casi exclusivamente en huevos duros. Sin embargo, la dieta no fue un gran éxito, ya que el desayuno era la única comida que tomaba en casa. Las otras comidas las tomaba fuera, o en la cantina de la policía, y no consistían en huevos duros, como sabía muy bien Martin Beck.

Kollberg inclinó la cabeza en dirección de una pastelería brillantemente iluminada que estaba a media manzana.

—Supongo que tú...

Martin Beck abrió la puerta que daba al bordillo y sacó un pie.

—Claro. ¿Qué quieres? ¿Danés?

—Sí, y un *mazarin* —contestó Kollberg.

Martin Beck volvió con un paquete de la pastelería, y comieron tranquilamente sin dejar de vigilar el edificio donde estaba El Hombre del Pan mientras Kollberg comía, llenándose el traje de migajas. Cuando hubo terminado, echó hacia atrás el asiento una muesca más, y se aflojó el correaje.

—¿Qué llevas en esa funda? —le preguntó Martin Beck.

Kollberg se desabotonó la funda y le entregó el arma. Era una pistola de juguete de fabricación italiana, muy bien hecha, maciza y casi tan pesada como la Walther de Martin Beck; pero incapaz de disparar otra cosa que no fueran tapones.

—Bonita —dijo Martin Beck—. Cuando yo era chico me habría gustado tener una.

En el cuerpo sabían que Lennart Kollberg se negaba a llevar armas. Casi todo el mundo tenía la impresión de que su negativa se basaba en alguna especie de principios pacifistas y que él quería dar ejemplo, ya que en el departamento de policía era el más entusiasta defensor de la supresión total de armas en circunstancias normales.

Y todo eso era cierto, aunque sólo verdad a medias. Martin Beck era uno de los pocos hombres que sabían cuál era la razón en la que se fundamentaba la postura de Kollberg.

Lennart Kollberg disparó una vez contra un hombre, a quien mató. De eso hacía ya más de veinte años; pero Kollberg no había podido olvidarlo nunca, y ya hacía muchísimo tiempo que no llevaba un arma, ni siquiera en misiones difíciles y peligrosas.

El incidente ocurrió en agosto de 1952, cuando Kollberg estaba agregado a la segunda comisaría de Söder, en Estocolmo. Una tarde, a última hora, se dio la alarma en la prisión de Langholm, donde tres hombres armados, intentando libertar a un preso, hirieron a uno de los guardianes. Para cuando la patrulla de emergencia llegó con Kollberg a la cárcel, los hombres habían estrellado su coche contra la barandilla del puente de Väster al intentar escapar, y uno de ellos fue capturado. Los otros dos lograron huir hasta el parque Langholm, al otro lado

del contrafuerte del puente. Se creía que los dos hombres estaban armados, y como Kollberg era considerado buen tirador, fue incluido en el grupo enviado al parque para tratar de rodear a los fugitivos.

Con la pistola en la mano, se encaminó hacia el agua, y luego siguió por la orilla alejándose de la claridad de las luces del puente. Al cabo de un rato se detuvo en un suave saliente de granito que se proyectaba sobre la bahía, se inclinó y metió una mano en el agua, que le pareció cálida y suave. Cuando se incorporó, oyó un tiro y sintió como la bala rozaba la manga de su chaqueta antes de dar en el agua a unos metros detrás de él. El hombre que había disparado estaba en alguna parte en la oscuridad, entre los matorrales de la ladera que se elevaba sobre él. Kollberg se arrojó inmediatamente de bruces al suelo y fue arrastrándose hacia la vegetación protectora a lo largo de la orilla. Luego empezó a trepar hacia una peña que surgía en el lugar desde donde había llegado el tiro, según él creía. Y claro, cuando llegó a la enorme roca pudo ver al hombre destacarse contra las claras aguas de la bahía. Estaba a quince o veinte metros de distancia. Vuelto a medias hacia Kollberg, empuñaba su pistola con la mano levantada y movía la cabeza lentamente de un lado a otro. Tras él, la escarpada cuesta descendía hacia la bahía de Riddar.

Kollberg apuntó cuidadosamente a la mano derecha del hombre. Justo cuando su dedo índice apretaba el gatillo, alguien apareció de pronto tras su blanco y se lanzó sobre el brazo del hombre y la bala de Kollberg, y luego, de repente, rodó cuesta abajo.

Kollberg tardó en darse cuenta de lo que había sucedido. El hombre echó a correr y Kollberg disparó de nuevo contra él, y esta vez le hirió en una rodilla. Luego se dirigió hacia allí y miró colina abajo.

Allá, al fondo, a la orilla del agua, estaba el hombre a quien él había matado. Un joven policía de su propia comisaría. A menudo habían estado juntos de servicio y siempre se llevaron muy bien.

Al asunto se le echó tierra encima, y el nombre de Kollberg jamás fue mencionado en relación con él. Oficialmente, el joven policía murió de la herida que le causó una bala perdida, venida de no se sabe dónde, mientras perseguía a un criminal peligroso. El jefe sermonó un poco a Kollberg y le dijo que esas cosas pasan, que no se lo tomara muy a pecho y no estuviera reprochándose toda la vida, y acabó recordando que el propio rey Carlos II de Suecia, por descuido e inadvertencia, mató una vez de un tiro a su caballero principal, que era su mejor amigo, y que esta clase de accidentes le pueden ocurrir al mejor de los hombres. Se supuso que esto era el fin de todo. Pero Kollberg no se recuperó nunca realmente, y, como resultado, hacía ya muchos años que llevaba una pistola de tapones cada vez que era necesario que pareciera armado.

Ni Kollberg ni Martin Beck pensaron en nada de esto mientras permanecían sentados en el coche patrulla, esperando a que El Hombre del Pan hiciera acto de

presencia.

Kollberg bostezó y se agitó en su asiento. Era incómodo estar sentado tras el volante, y el uniforme que llevaba puesto era demasiado rígido. No podía recordar la última vez que había llevado uno, aunque, desde luego, hacía ya mucho tiempo. Había pedido prestado el que ahora llevaba, y aunque le era pequeño, no le estaba tan ceñido como le habría estado su viejo uniforme, que colgaba de una percha en un armario de su casa.

Observó de reojo a Martin Beck, quien, hundido más profundamente en el asiento, miraba con fijeza a través del parabrisas.

Ninguno dijo nada. Los dos se conocían desde hacía bastante tiempo, habían trabajado juntos durante muchos años, y no tenían necesidad de hablar sólo por hablar. Habían pasado innumerables tardes de la misma manera: dentro de un coche en una calle oscura, esperando.

Desde que fue nombrado jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios, Martin Beck no necesitaba en realidad dedicarse a las tareas de seguimiento y vigilancia, ya que disponía de personal para este menester. Pero de todos modos lo hacía a menudo, aunque generalmente esas tareas eran de lo más aburrido. No quería perder contacto con este aspecto del trabajo simplemente porque lo hubieran nombrado jefe y tuviese que dedicar más y más tiempo a las fastidiosas demandas de una creciente burocracia. Aunque una cosa, por desgracia, no excluía la otra, prefería estar sentado y bostezando dentro de un coche patrulla con Kollberg, a estar sentado y tratando de no bostezar en una reunión con el jefe nacional de Policía.

A Martín Beck no le gustaban la burocracia, ni las reuniones, ni el jefe nacional. Pero le gustaba mucho el trato con Kollberg, y le habría costado trabajo imaginarse esta tarea sin él. Ya hacía tiempo que Kollberg venía expresando en ocasiones su deseo de dejar el cuerpo de policía; pero últimamente parecía más decidido a llevar a cabo este propósito. Martin Beck no quería animarle ni desanimarle. Sabía qué Kollberg apenas tenía ya sentido de solidaridad con el cuerpo de policía, y que su conciencia le inquietaba cada vez más. También sabía que sería muy difícil para él obtener un empleo satisfactorio equivalente. En unos tiempos de tanto desempleo, cuando los jóvenes en particular, incluso graduados universitarios y profesionales bien entrenados de todo oficio, estaban sin trabajo, las perspectivas para un ex-policía de cincuenta años no eran demasiado brillantes. Desde luego, por razones de puro egoísmo, quería que Kollberg permaneciera en el cuerpo, aunque Martin Beck no era una persona particularmente egoísta, y el pensamiento de tratar de influir en la decisión de Kollberg jamás le había pasado por la mente.

Kollberg volvió a bostezar.

—Falta de oxígeno —dijo, y bajó el cristal de la ventanilla—. Tuvimos suerte de ser patrulleros en los tiempos en que los policías aún empleaban sus pies para

caminar y no sólo para dar puntapiés a la gente. Uno puede sentir claustrofobia sentado en un sitio como éste.

Martin Beck asintió. También a él le desagradaba la sensación de estar encerrado.

Los dos habían empezado su carrera como policías en Estocolmo en los años cuarenta y tantos. Martin Beck había desgastado los pavimentos de Norrmalm, y Kollberg se había cansado de caminar por las estrechas callejuelas de la ciudad antigua. En aquellos tiempos aún no se conocían; pero sus recuerdos de aquel entonces eran, con mucho, los mismos.

Serían ya las nueve y media. La pastelería cerró y las luces empezaron a apagarse en muchas de las ventanas calle abajo; pero seguían encendidas en el apartamento donde se encontraba El Hombre del Pan.

De repente, la puerta se abrió al otro lado de la calle y El Hombre del Pan salió a la acera. Llevaba las manos en los bolsillos de la chaqueta y un cigarrillo en la comisura de la boca.

Kollberg puso manos en el volante y Martin Beck se retrepó en su asiento.

El Hombre del Pan se paró ante el portal, fumando tranquilamente su cigarrillo.

—No lleva ninguna bolsa —dijo Kollberg.

—Puede que lo tenga en los bolsillos —contestó Martin Beck.

—O lo haya vendido. Tendremos que comprobar a quién ha visitado.

Transcurrieron varios minutos. Nada sucedió. El Hombre del Pan alzó la mirada hacia el cielo estrellado y pareció estar disfrutando del aire de la noche.

—Está esperando un taxi —dijo Martin Beck.

—Pues parece tardar mucho —repuso Kollberg.

El Hombre del Pan dio una chupada final al cigarrillo y rápidamente se fue calle abajo. Luego se subió el cuello de la chaqueta, volvió a meter las manos en los bolsillos y cruzó la calle dirigiéndose hacia el coche de la policía.

—Viene hacia aquí —dijo Martin Beck. ¡Maldito sea! ¿Qué hacemos? ¿Obligarle a entrar?

—Sí —fue la contestación de Kollberg.

El Hombre del Pan se dirigió lentamente hacia el coche, se inclinó, miró a Kollberg a través de la ventanilla y se echó a reír. Luego dio la vuelta por la parte de atrás, rodeando el portamaletas, y subió a la acera. Abrió la puerta del asiento delantero donde Martin Beck estaba sentado, se inclinó y prorrumpió en carcajadas.

Martin Beck y Kollberg permanecieron sentados, quietos, y le dejaron reír, por la sencilla razón de que no sabían qué otra cosa hacer.

El Hombre del Pan al final se recuperó algo de su hilaridad.

—Bueno —dijo—. ¿Es que han sido ustedes degradados? ¿O es que van a un baile de disfraces?

Martin Beck suspiró y salió del coche. Abrió la puerta del asiento trasero.

—Entra, Lindberg —le dijo—. Te vamos a dar un paseo hasta Västberga.

—Me va bien —contestó El Hombre del Pan de buen humor—. Eso está en el camino de mi casa.

De camino hacia la comisaría de policía de Södra, El Hombre del Pan les contó que había ido a visitar a su hermano en Rasunda, lo cual fue rápidamente confirmado por un coche patrulla enviado a dicho lugar. No había armas, dinero o géneros robados en el apartamento. En cuanto a El Hombre del Pan no llevaba encima más que veintisiete coronas.

A las doce menos cuarto tuvieron que soltarlo, y Martin Beck y Kollberg pudieron empezar a pensar en irse a casa.

—Nunca habría imaginado que ustedes, muchachos, tuvieran tanto sentido del humor —dijo El Hombre del Pan antes de marcharse—. Primero esa broma de los trajes... eso sí que fue divertido. Pero lo que más me gustó es que escribieran PIG en la trasera de su coche. Ni yo mismo lo habría hecho mejor.

Ellos también estaban moderadamente divertidos; pero las carcajadas del otro les llegaron desde su largo camino al bajar las escaleras. Casi parecía ahora *El alegre policía*^[2].

La verdad es que aquello no importaba mucho. Lo atraparían pronto, de todos modos. El Hombre del Pan era uno de esos tipos que acaban siempre atrapados.

Y en lo referente a ellos, pronto tendrían otras cosas en que pensar.

El aeropuerto era una desgracia nacional y estaba de acuerdo con su reputación. El vuelo desde el aeropuerto de Arlanda en Estocolmo no había durado más que cincuenta minutos; pero ahora el avión llevaba más de hora y media dando vueltas sobre la parte más meridional del país.

—Niebla —fue la lacónica explicación.

Y eso era lógicamente lo que podía esperarse, porque el aeropuerto había sido construido (después de que los habitantes del lugar fuesen desalojados) en uno de los lugares más neblinosos de Suecia. Y por si fuera poco, estaba situado en medio de una bien conocida ruta de las aves emigrantes y a una distancia muy incómoda de la ciudad.

Además, había sido destruido un lugar de gran belleza natural que la ley debió haber protegido. Los daños eran inmensos e irreparables y constituían un grave atentado ecológico, típico del cinismo antihumanitario cada vez más característico de lo que el gobierno llamaba Una Sociedad más Compasiva. Esta expresión, a su vez, representaba un cinismo tan sin límites que a las personas sencillas les costaba trabajo comprender.

Por último, el piloto se cansó e hizo descender el avión, hubiera o no niebla, y unos pocos pasajeros pálidos y sudorosos se dirigieron, dispersos, hacia el edificio de la terminal.

Dentro, los mismos colores de siempre, gris y amarillo azafrán, que parecían subrayar el olor de la incompetencia y la corrupción.

A Martin Beck le esperaban varias horas desagradables. Siempre había aborrecido montar en avión, y los nuevos aparatos no mejoraron la cosa. El reactor era un DC-9. Había empezado a subir repentinamente a una altura incomprensible para el ser humano corriente transportado por tierra. Luego, a una velocidad abstracta, había cruzado el país, para concluir en la monotonía de siempre. El líquido en los vasos de cartón, llamado café, producía instantáneas náuseas. El aire en la cabina era nocivo y pegajoso, y los pocos pasajeros, tecnócratas e inquietos hombres de negocios, miraban continuamente sus relojes y hojeaban sin cesar los papeles que llevaban en sus carteras de mano.

El vestíbulo de llegadas ni siquiera podía ser llamado incómodo. Era

monstruoso, una catástrofe del diseño que haría que cualquier polvorienta estación de autobuses, situada a kilómetros de todas partes, pareciera, en comparación, llena de vida y acogedora. Había un puesto de perros calientes que servía una comida incomible, una parodia de alimentos, un quiosco de periódicos con un despliegue de preservativos y revistas porno, algunas vacías cintas transportadoras de equipaje y un número de sillas que podían haber sido diseñadas en los tiempos del auge de la Inquisición española. Añádase a eso una docena de policías bostezando y unos funcionarios de aduanas aburridos, todos allí indudablemente contra su voluntad, y un taxi, cuyo conductor se había quedado dormido con el último número de una revista pornográfica abierta sobre el volante.

Martin Beck tuvo que esperar su maleta un irrazonable largo tiempo, la tomó de la cinta transportadora y salió hacia la niebla otoñal.

Un pasajero entró en el taxi, que se marchó.

No había nadie en el vestíbulo de llegadas que hubiera dicho nada o indicado de algún modo que lo habían reconocido. Parecían apáticos, como si hubieran perdido el don del habla, o, en todo caso, el interés en emplearlo.

El jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios había llegado; pero nadie pareció apreciar la importancia de ese acontecimiento. Ni siquiera los periodistas más novatos se habrían molestado en ir allí para enriquecer sus vidas con juegos de naipes, *wieners*^[3] demasiado hervidos y suaves bebidas petroquímicas. De todos modos, las llamadas celebridades nunca se presentaban en aquel lugar.

Había dos autobuses color naranja aparcados frente a la terminal. Letreros de plástico mostraban su destino: Lund y Malmö. Los conductores fumaban en silencio.

La noche era tibia y el aire húmedo. Halos neblinosos rodeaban las luces eléctricas.

Los autobuses partieron, uno de ellos vacío, el otro con un solo pasajero. Los otros viajeros se dirigieron hacia la zona de aparcamiento.

A Martin Beck le sudaban todavía las palmas de las manos. Volvió a entrar y se dirigió al servicio de caballeros. La cisterna estaba rota. Había un perro caliente medio comido y una botella de vodka vacía en el urinario. Unos mechones de pelo estaban pegados al sucio borde del lavabo. No había toallas de papel.

Éste era el aeropuerto de Sturup en Malmö. Tan nuevo que aún no estaba terminado.

Dudó si sería lógico terminarlo. En cierto modo ya resultaba perfecto: era el compendio del fracaso.

Martin Beck se secó las manos con el pañuelo. Volvió a salir y permaneció en la obscuridad durante un momento, sintiéndose solo.

Ciertamente no había esperado que la banda de música de la policía estuviera

alineada en el vestíbulo de llegadas, o que el jefe de la policía local acudiera a caballo a saludarle.

Pero quizás había esperado algo más que nada de nada.

Hurgó en el bolsillo, por si tenía cambio, y consideró la búsqueda de una cabina telefónica a la que no le hubieran cortado el cable o taponado con chicle la ranura de las monedas.

Las luces de unos faros hendieron la niebla. Un coche patrulla blanquinegro se acercó de modo solapado por la rampa y giró hacia la puerta de la enorme caja amarilla azafrán.

Se acercaba lentamente y, cuando pasó a la altura del viajero solitario, se detuvo. Se bajó el cristal de la ventanilla y un hombre pelirrojo con las cortas patillas de los policías le miró con frialdad.

Martin Beck no dijo nada.

Al cabo de un par de minutos el hombre alzó la mano y le señaló con el dedo. Martin Beck se acercó al coche.

—¿Qué hace usted por aquí?

—Esperando a quien me lleve.

—¿Esperando a que lo lleven? ¡No me diga!

—Quizás usted pueda ayudarme.

El patrullero se lo quedó mirando estupefacto.

—¿Ayudarle? ¿Qué quiere decir?

—Me he retrasado. Pensé que quizá podría utilizar su radio.

—Pero ¿quién se ha creído usted que es?

Sin apartar los ojos de Martin Beck, hizo a un compañero varias observaciones por encima del hombro.

—¿Has oído eso? Dice que pensó que quizá podría utilizar nuestra radio. Me parece que se imagina que somos un servicio de alcahuetes o algo así. ¿Lo has oído?

—Lo oí —contestó el otro policía, aburrido.

—¿Puede usted identificarse? —preguntó el primer policía.

Martin Beck se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, pero cambió de idea y dejó caer el brazo.

—Sí —respondió—; pero será mejor que no lo haga.

Dio media vuelta y volvió a donde estaba su maleta.

—¿Has oído eso? —preguntó el policía—. Dice que será mejor que no lo haga. Se cree un duro. ¿Crees que es un duro?

El sarcasmo era tan fuerte que pareció como si las palabras cayeran al suelo como ladrillos.

—Olvidalo —dijo el hombre que iba conduciendo—. No tengamos más jaleos esta noche. ¿De acuerdo?

El pelirrojo miró con dureza a Martin Beck durante un buen rato. Luego hubo

una conversación en susurros y el coche se puso en marcha de nuevo. A veinte metros se detuvo otra vez para que los policías pudieran observarle por el espejo retrovisor.

Martin Beck miró en dirección opuesta y soltó un suspiro de fatiga.

Allí parado podía ser tomado por cualquiera.

Durante el año anterior había logrado liberarse de varios de sus hábitos de policía. Ya no se llevaba invariablemente las manos a la espalda, por ejemplo, y podía permanecer de pie en un sitio por breve tiempo sin balancearse hacia adelante y hacia atrás sobre los dedos de los pies.

Aunque había ganado algo de peso, seguía siendo, a los cincuenta y un años, un hombre alto, sano, bien formado, un poco encorvado. También vestía más confortablemente que antes, aunque no intentaba parecer joven al elegir vestuario: sandalias, pantalones vaqueros, cuello de tortuga y una chaqueta azul de dacrón. Por otra parte, esto podía ser considerado inadecuado para un detective superintendente de policía.

Para los dos agentes del coche patrulla era algo evidentemente difícil de tragar. Aún seguían considerando la situación cuando un Opel Ascona color tomate giró frente al edificio de la terminal y se detuvo de un frenazo. Un hombre salió del coche y lo rodeó.

—¿Allwright? —preguntó.

—Beck.

—La gente generalmente se ríe de eso.

—¿Se ríe?

—Bueno, se ríen del modo como digo Allwright^[4].

—Ya veo.

Martin Beck no tenía muchas ganas de reír.

—Hay que reconocer que es un nombre tonto para un policía. Herrgott Allwright. Así que generalmente me presento de ese modo, como haciendo una pregunta. ¿Allwright? Eso confunde a la gente.

Metió la maleta en el portaequipajes de su coche.

—He llegado tarde —dijo—. Nadie sabía dónde iba a aterrizar el avión. Yo supuse que en Copenhague, como siempre. Así que ya estaba en Limhamn cuando me enteré de que había aterrizado aquí. Lo siento.

Miró inquisitivamente a Martin Beck, como tratando de averiguar si su distinguido huésped estaba de mal humor.

Martin Beck se encogió de hombros.

—No importa —dijo—. No tengo prisa.

Allwright echó un vistazo al coche patrulla, que seguía allí parado aunque con el motor en marcha.

—Éste no es mi distrito —dijo haciendo una mueca—. Son de Malmö. Será mejor que nos vayamos antes de que nos detengan.

El hombre evidentemente tenía una risa fácil, que, además, era suave y contagiosa.

Pero Martin Beck siguió sin sonreír. En parte porque no había mucho porque sonreír, y también en parte porque estaba tratando de formarse una opinión del otro hombre, el esbozo de una especie de primera descripción.

Allwright era un hombre bajo, de piernas arqueadas. Bajo para el departamento de policía. Con sus botas verdes de goma, su traje cruzado marrón grisáceo y el sombrero safari echado hacia atrás, parecía un granjero, o, en todo caso, un hombre en su propio territorio. Su rostro estaba bronceado y curtido por la intemperie y había arrugas joviales en torno a los rabillos de sus vivos ojos castaños. Y no obstante, era el representante de cierta categoría de policía rural. Un tipo de hombre que no encajaba con el nuevo estilo conformista y, por lo tanto, estaba en vías de extinción; pero no extinguido del todo todavía.

Era probablemente más viejo que Martin Beck, pero tenía la ventaja de vivir en un medio más tranquilo y más sano, lo cual no quiere decir que ellos fuesen tranquilos y sanos, ni mucho menos.

—Llevo aquí casi veinticinco años. Pero ésta es la primera vez que la Patrulla Nacional de Homicidios de Estocolmo interviene en un caso como éste.

Allwright meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien —dijo Martin Beck—. Si no...

Acabó la frase en silencio para sí: o bien no saldrá bien.

—Exactamente —repuso Allwright—. Ustedes los de la Nacional de Homicidios comprenden este tipo de casos.

Martin Beck se preguntó si éste era el plural de la cortesía, o si se estaba refiriendo a él y a Lennart. Kollberg se hallaba en camino; venía desde Estocolmo en automóvil y se le esperaba para el día siguiente. Había sido la mano derecha de Martin Beck durante muchos años.

—Esta historia no tardará en tener trascendencia —comentó Allwright—. Hoy he visto en la ciudad a un par de individuos, y creo que son periodistas. —Volvió a menear la cabeza—. No estamos acostumbrados a esta clase de cosas. Toda esta atención.

—Alguien ha desaparecido —dijo Martin Beck—. No hay nada de extraordinario en eso.

—Sí, pero ése no es el punto capital del caso. Ni mucho menos. ¿Quiere que se lo cuente?

—Ahora no, gracias. Si no se lo toma a mal.

—Yo nunca me tomo las cosas a mal. No es mi estilo. —Volvió a reír; pero se detuvo y añadió, ya serio—: Claro que yo no estoy a cargo de la investigación.

—Puede que se la encarguen. Es lo normal.

Allwright negó con la cabeza por tercera vez.

—No lo creo —dijo—. Si es que mi opinión cuenta para algo. Además, es un

caso abierto y cerrado. Todo el mundo dice eso. Y probablemente tienen razón. Todas esas tonterías con... Bueno, perdone; pero llamar a la Nacional de Homicidios y todo eso es debido a las circunstancias extraordinarias.

—¿Quién dice eso?

—El jefe.

—¿El jefe de policía de Trelleborg?

—El mismo. Pero usted tiene razón; dejemos eso de momento. Esta carretera por la que vamos es la nueva, la que han hecho para el aeropuerto. Y ahora saldremos a la autopista de Malmö a Ystad. También nueva. ¿Ve las luces allá a la derecha?

—Sí.

—Aquello es Svedala, que aún forma parte del distrito policial de Malmö. Es un infierno de distrito por su gran extensión.

Habían salido de la zona de niebla, que, al parecer, limitaba a la inmediata vecindad del aeropuerto. El cielo estaba estrellado. Martin Beck había bajado el cristal de la ventanilla y aspiraba los olores del exterior. Gasolina y diésel; pero también una fértil combinación de humus y estiércol. Parecía una mezcla densa y saturada. Nutrición. Allwright fue por la autopista sólo unos centenares de metros. Luego giró a la derecha y los aromas del campo se hicieron más ricos.

Había un olor especial.

—Tallos y pulpa de remolacha —explicó Allwright—. Eso me recuerda cuando era muchacho.

En la autopista había habido turismos y enormes camiones con remolques, que pasaban atronando uno tras de otro; pero aquí parecían solitarios. La noche estaba muy oscura y aterciopelada en la ondulante llanura.

Estaba claro que Allwright había pasado por este mismo tramo de la autopista centenares de veces antes y conocía al dedillo cada curva. Mantenía una velocidad constante y apenas necesitaba mirar a la carretera.

Encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete.

—No, gracias —repuso Martin Beck.

Él no había fumado más de cinco cigarrillos en los dos últimos años.

—Si he comprendido bien, usted quiere alojarse en el albergue —dijo Allwright.

—Sí, creo que será lo mejor.

—Le he reservado una habitación allí.

—Bien.

Las luces del pueblo aparecieron ante ellos.

—Ya hemos llegado —dijo Allwright—. Esto es Anderslöv.

Las calles estaban solitarias, pero bien iluminadas.

—Aquí no hay vida nocturna —explicó Allwright—. Es un sitio muy tranquilo y pacífico. Encantador. Yo he vivido aquí toda mi vida y nunca tuve de qué

quejarme. Hasta ahora.

Parecía un pueblo completamente muerto, pensó Martin Beck. Aunque tal vez éste era el aspecto que se suponía debía tener.

Allwright redujo la velocidad y señaló hacia un edificio bajo, de ladrillos amarillentos.

—Es la comisaría de policía —dijo—. Ahora está cerrada. Pero puedo abrirla si quiere.

—Por mí no lo haga.

—El albergue está ahí, doblando a la derecha. El jardín junto al que acabamos de pasar le pertenece. Pero el restaurante no está abierto a esta hora. Si quiere, podemos ir a mi casa y tomar un bocadillo y una cerveza.

Martin Beck no tenía hambre. El descenso en avión le había quitado el apetito. Y rechazó la oferta cortésmente. Luego preguntó:

—¿Está muy lejos la playa?

El otro hombre no pareció sorprenderse por la pregunta. Quizás Allwright no era hombre que se sorprendiera fácilmente.

—No —repuso—. No está lejos.

—¿Cuánto se tarda en ir en coche de aquí a allí?

—Unos quince minutos.

—¿Le importaría que fuéramos?

—En absoluto.

Allwright hizo girar el coche hacia lo que parecía ser la calle más importante.

—Éste es el principal atractivo del pueblo —explicó—. La Calle Mayor. Antes fue la carretera principal que iba de Malmö a Ystad. Cuando giremos a la derecha, estará usted al sur de la Calle Mayor. Y entonces ya realmente en la provincia de Escania.

La carretera secundaria era muy tortuosa; pero Allwright condujo con la misma seguridad y confianza. Pasaron junto a granjas e iglesias blancas.

Diez minutos después pudieron oler el mar. Unos minutos más y estaban en la playa.

—¿Quiere que me detenga?

—Sí, por favor.

—Si quiere meterse en el agua tengo otro par de botas de goma en el portaequipajes —dijo Allwright chasqueando la lengua.

—Gracias, me gustaría.

Martin Beck se puso las botas. Le apretaban un poco, pero no pensaba hacer ninguna excursión larga.

—¿Dónde estamos ahora exactamente?

—En Böste. Aquellas luces a la derecha son las de Trelleborg. El faro de la izquierda es el de Smygehuk. Más allá de eso no se puede ir a pie.

Smygehuk es el punto más meridional de Suecia.

A juzgar por las luces y sus reflejos en el cielo, Trelleborg debía de ser una gran ciudad. Un barco de pasajeros muy iluminado se dirigía hacia el puerto, probablemente el transbordador del ferrocarril de Sassnitz (Alemania Oriental).

El Báltico lanzaba y retiraba con indiferencia sus olas contra la costa. El agua desaparecía con un suave silbido en la finamente granada arena.

Martin Beck penetró en el oscilante terraplén de algas y luego dio un par de pasos en el agua. Sintió un frescor agradable a través de la caña de las botas.

Se inclinó, ahuecó las manos y las llenó. Se mojó la cara y aspiró el agua fría por la nariz. Tenía un sabor fresco y salado.

El aire era húmedo. Olía a algas, pescado y alquitrán.

A unos metros de distancia pudo ver redes colgadas a secar y la silueta de un bote de pesca.

¿Qué le había dicho Kollberg?

Lo mejor de Homicidios es que de vez en cuando te hace salir de la ciudad.

Martin Beck alzó la cabeza y escuchó. Todo lo que pudo oír fue el mar.

Al cabo de un rato regresó al coche. Allwright estaba inclinado hacia el guardabarros, fumando. Martin Beck hizo un movimiento de cabeza.

Estudiaría el caso por la mañana.

No esperaba mucho de ello. Estas cosas no eran generalmente más que rutina. Las mismas viejas historias una y otra vez, de ordinario trágicas y deprimentes.

La brisa del mar era suave y fresca.

Un buque de carga surcó el oscuro horizonte. Con rumbo oeste. Pudo ver la verde farola de estribor y algunas luces en medio del navío.

Le habría gustado estar a bordo.

Martin Beck se despertó del todo en cuanto abrió los ojos. La habitación era espartana, pero agradable. Había dos camas y una ventana que daba al norte. Las camas, paralelas, a casi un metro de distancia. Su maleta estaba sobre una de ellas y él en la otra. Yacía en el suelo el libro del cual había leído media página y dos pies de ilustraciones antes de quedar dormido. Era un libro de la serie «Trasatlánticos famosos del Pasado», y su título era *El trasatlántico «Normandie»*.

Miró al reloj: eran las siete y media. De vez en cuando le llegaban sonidos del exterior; automóviles y voces. En alguna parte del edificio se oyó caer el agua de la cisterna de un retrete. Algo era diferente, y él lo identificó en seguida. Había estado durmiendo en pijama, cosa que ahora sólo hacía cuando estaba de viaje.

Martin Beck se levantó, se dirigió a la ventana y miró hacia fuera. El tiempo parecía bueno. El sol brillaba sobre el césped que había tras el albergue.

Se lavó y vistió rápidamente y bajó las escaleras. Por un momento pensó si tomaría el desayuno, pero desechó el pensamiento. Nunca le había gustado comer por la mañana, sobre todo de niño, cuando su madre le obligaba a tragarse un vaso de chocolate y tres bocadillos antes de salir de casa. A menudo había vomitado en su camino a la escuela.

En vez de desayunarse, localizó una moneda de media corona en el bolsillo de su pantalón y la metió en la máquina tragaperras que había a la derecha de la entrada. Tiró del asa, le salieron tres cerezas y se embolsó sus ganancias. Luego salió del edificio, atravesó diagonalmente la plaza empedrada, pasó frente al establecimiento de venta de licores, que aún no estaba abierto, dobló dos esquinas y se halló en la comisaría de policía. Al parecer el cuerpo de bomberos voluntarios se alojaba en la casa de al lado, porque había aparcado frente al edificio, reculado contra la pared, un vehículo con escalera. Para pasar tuvo que arreglárselas como pudo saltando sobre el extremo saliente de la escalera. Un hombre con un mono grasiento estaba arreglando algo en el coche de bomberos.

—¡Hola! ¿Hola? ¿Cómo está usted? —le dijo amistosamente, desafiando todas las reglas de la formalidad sueca.

Martin Beck se quedó perplejo. Estaba visto que ésta era una ciudad poco

convencional.

—¡Hola! —le contestó.

La puerta de la comisaría de policía estaba cerrada y pegado al cristal había un pedazo de cartón sobre el cual habían escrito con bolígrafo:

Horas de Oficina

Días laborables 8.30 – 12.00 / 13.00 – 14.30

Los jueves también de 18.00 – 19.00

Cerrado los sábados

Los domingos no eran mencionados. Los delitos probablemente no se cometían en domingo y puede que estuviera prohibido.

Martin Beck se quedó mirando al letrero pensativamente. A cualquiera que viniese de Estocolmo, le sería difícil imaginar que las cosas hubieran sido nunca así.

Tal vez debía de desayunarse, al fin y al cabo.

—Herrgott volverá en seguida —dijo el hombre del mono—. Salió con el perro hace diez minutos.

Martin Beck asintió.

—¿Es usted el famoso detective?

Era una pregunta difícil, y él no la contestó inmediatamente.

El hombre siguió trabajando en el coche de bomberos.

—No se ofenda —le dijo sin volver la cabeza—; pero he oído decir que había un policía famoso en el albergue. Yo no lo he reconocido.

—Sí. Supongo que debo de ser yo —contestó Martin Beck, inseguro.

—Eso significa que Folke va a ir a parar al calabozo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—¡Oh! Todo el mundo lo sabe.

—¿De veras?

—Es terrible. Sus arenques ahumados son muy buenos.

El hombre puso fin a la conversación metiéndose bajo el coche de bomberos y desapareciendo.

Si ésta era la opinión general, entonces Allwright no había exagerado.

Martin Beck se quedó donde estaba, frotándose la nuca pensativamente.

Un par de minutos después, Herrgott Allwright apareció al otro lado del coche de bomberos. Llevaba el mismo sombrero de cazador de leones, echado hacia atrás, e iba vestido con una camisa de franela, a cuadros, pantalones de uniforme y zapatos ligeros de ante. Un gran perro gris tiraba de su correa. Los dos se agacharon para pasar bajo la escalerilla, y el perro se incorporó sobre sus patas traseras, puso las patas delanteras en el pecho de Martin Beck y empezó a

lamerle la cara.

—¡Baja, Timmy! —le dijo Allwright.

El perro bajó al suelo y dio tres vueltas sobre sí mismo. Luego se sentó de mala gana, miró a su amo y levantó las orejas.

—Probablemente es el peor perro policía del mundo; pero tiene una excusa. Nada de entrenamiento. Ni obediencia. Mas como yo soy un policía, eso le hace a él el perro policía. En cierto sentido.

Allwright se echó a reír, sin mucho motivo. Al menos esto le pareció a Martin Beck.

—Cuando el HSC estuvo aquí yo lo llevé al partido.

—¿HSC?

—El Helsingborg Sports Club. Un equipo de fútbol. ¿A usted le gusta el fútbol?

—No mucho.

—Bueno, pues se me escapó y se metió en el campo. Le quitó la pelota a uno de los jugadores del Anderslöv y por poco provoca un motín. El árbitro me abroncó. Es la cosa más dramática que ha ocurrido aquí en muchos años. Hasta ahora, claro. ¿Qué debía hacer yo? ¿Detener al árbitro? Desde un punto de vista puramente legal yo no tenía idea de cuál podía ser el *status* de un árbitro de fútbol.

Volvió a reír.

—Salté al campo y puse las esposas al árbitro. ¿Allwright? —le dije—. Inspector de policía Venga conmigo, por favor. Ha impedido usted a un agente de policía el cumplimiento de su deber. Pero no sirvió de nada, así que me quedé allí como un idiota.

Allwright se echó a reír, y Martin Beck no pudo evitar preguntarse de qué.

—Bueno, estaba pensando, ¿y si Timmy hubiera metido un gol? ¿Qué habría pasado entonces?

Martin Beck no supo qué contestar.

—¡Hola! —saludó Allwright.

—Buenos días, Herrgott —dijo una voz sepulcral desde debajo del coche de bomberos.

—Dime, Jöns, ¿tienes que aparcar ese trasto frente a la comisaría de policía?

—Aún no habéis abierto —contestó Jöns.

Su voz sonaba ahogada.

—Pero voy a abrir.

Allwright hizo rechinar sus llaves y el perro se puso de pie de un salto.

Allwright abrió la puerta y echó un rápido vistazo a Martin Beck.

—Bienvenido —le dijo— a la comisaría de Anderslöv, distrito de policía de Trelleborg. En realidad esto sirve de ayuntamiento, oficina del seguro de enfermedad, comisaría de policía y biblioteca. Yo vivo arriba. Todo es nuevo y espacioso. El calabozo es estupendo. Tuve que usarlo dos veces el año pasado.

Éste es mi despacho. Entre.

Era una habitación agradable, con una mesa y dos sillones para visitantes. Las grandes ventanas daban a una especie de patio. El perro se tumbó bajo la mesa.

Tras la mesa había estantes llenos de grandes volúmenes. En su mayoría eran las Leyes de Suecia; pero había también otros muchos libros.

—Ya han llamado por teléfono de Trelleborg —dijo Allwright—. El superintendente. El comisario nacional también. Parecían desilusionados de que usted estuviera aquí.

Se sentó ante su mesa y sacó un cigarrillo.

Martin Beck se sentó en uno de los sillones.

Allwright cruzó sus piernas y miró su sombrero, que había dejado sobre la mesa.

—Vendrán hoy, seguro. Por lo menos el superintendente. A menos que nosotros vayamos a Trelleborg.

—Yo prefiero quedarme aquí.

—Está bien.

Hojeó los papeles de su mesa.

—Aquí está el informe. ¿Quiere echarle un vistazo?

Martin Beck se quedó pensativo un momento.

—¿No me lo puede dar verbalmente? —preguntó.

—Me encantaría.

Martin Beck se sintió cómodo. Le caía simpático Allwright. Todo iba a salir bien.

—¿Cuántas personas tiene usted aquí?

—Cinco. Una secretaria. Buena chica. Tres patrulleros, cuando no hay vacantes. Un coche patrulla. Y a propósito, ¿se ha desayunado usted?

—No.

—¿Quiere tomar algo?

—Sí.

Empezaba a tener apetito.

—Bien —dijo Allwright—. ¿Cómo lo haremos? Subamos a mi casa. Britta vendrá y abrirá a las ocho treinta. Si ocurre algo especial, me llamará para decírmelo. Puedo ofrecerle café, té, pan, mantequilla, queso, mermelada y huevos. Y no sé qué más. ¿Quiere café?

—Preferiría té.

—Yo también tomo té. Me llevaré el informe y proseguiremos arriba. ¿De acuerdo?

El apartamento de arriba era agradable y tenía mucho carácter, bien arreglado; pero no para la vida familiar. Se veía en seguida que quienquiera que viviese allí era soltero, con hábitos de soltero, y lo había sido durante algún tiempo, quizá toda su vida. Había dos rifles de caza y un viejo sable de la policía

colgando de la pared. La pistola de servicio de Allwright, una Walther 7.65, estaba desmontada sobre un trozo de paño en lo que era presumiblemente la mesa del comedor.

Se veía claro que era aficionado a las armas.

—Me gusta disparar —dijo.

Se echó a reír.

—Pero no a la gente —prosiguió—. Nunca he disparado contra una persona. La verdad es que nunca he apuntado contra nadie. Ni siquiera llevo pistola. Tengo también un revólver, un modelo de competición. Pero está encerrado abajo, en la caja fuerte.

—¿Es usted buen tirador?

—¡Oh, bueno! Gano de vez en cuando un premio. Es decir, raramente. Tengo la placa, por supuesto.

Eso podía suponer sólo una cosa. La placa de oro, que sólo han ganado los buenos tiradores.

Por su parte, Martin Beck tiraba muy mal. Nunca se había planteado la cuestión de una placa de oro. O de ninguna otra clase. Por otra parte, él había apuntado a personas, y disparado contra ellas también. Pero nunca había matado a nadie.

—Puedo limpiar la mesa —dijo Allwright sin mucho entusiasmo—. Casi siempre como en la cocina.

—Yo también —dijo Martin Beck.

—¿Es usted también soltero?

—Más o menos.

—Ya veo.

Allwright no pareció interesado.

Martin Beck estaba divorciado y tenía dos hijos mayores: una chica de veintidós años y un chico de dieciocho.

«Más o menos» significaba que durante el año anterior una mujer había vivido con él regularmente. Ella se llamaba Rhea Nielsen y era posible que él hubiese estado enamorado de ella. Tenerla a su lado había cambiado la casa... para mejorar, según él creía.

Pero eso no importaba a Allwright, quien parecía ser totalmente indiferente al modo como el jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios había solucionado su vida privada.

La cocina era práctica y eficaz, con todas las comodidades modernas. Allwright colocó un pote de agua sobre el calentador, sacó cuatro huevos del refrigerador, hizo té en la tetera, es decir, calentó agua y metió las bolsitas de té en las tazas. Método eficaz, pero que no hubiese dejado satisfecho a un entendido.

Pensando que debía hacer algo útil, Martin Beck metió dos rebanadas de pan en la tostadora.

—Aquí hacen un pan muy bueno —dijo Allwright—. Pero yo siempre compro el Co-op. Me gusta.

A Martin Beck no le gustaba el Co-op, que era una marca de pan para emparedados; pero no lo dijo.

—Está muy cerca —prosiguió Allwright—. Aquí está todo cerca. Creo que Anderslöv tiene la concentración comercial más importante de Suecia. O casi.

Comieron, lavaron los platos y volvieron al salón.

Allwright se sacó del bolsillo el doblado informe.

—Papeles —dijo—. Ya estoy harto de papeles. Esto ha llegado a ser un trabajo de papeleo, nada más que solicitudes y licencias y copias y tonterías. En los viejos tiempos ser policía era peligroso. Por dos veces al año, en la temporada de la remolacha. Aquí venían toda clase de gentes. Algunos se emborrachaban y peleaban de modo increíble. Y a veces tenía que ir uno y acabar con la pelea. Había que ser rápido con los puños si se quería conservar el físico. Era duro, pero también divertido en cierto modo. Ahora es diferente. Automatizado, mecánico.

Hizo una pausa.

—Pero no iba a hablar de estas cosas. Para eso no necesito el informe. Los hechos son muy sencillos. La mujer en cuestión se llama Sigbrit Mard. Tiene treinta y ocho años de edad y trabaja en una pastelería en Trelleborg. Divorciada, sin hijos, vive sola en una casita en Domme. Eso está en la carretera de Malmö.

Allwright se quedó mirando a Martin Beck. Su expresión era ceñuda, pero aún llena de humor.

—De Malmö —repitió—. Es decir, al oeste de aquí, en la carretera nacional 101.

—Usted no tiene mucha fe en mi sentido de la orientación —comentó Martin Beck.

—No sería usted la primera persona que se haya perdido en las llanuras de Escania —dijo Allwright—. Y hablando de eso...

—¿Y bien?

—Bueno, la última vez que estuve en Estocolmo (y espero que él cielo quiera que sea la última vez), estaba buscando el edificio de la Jefatura Nacional de Policía, y me metí, en cambio, en el cuartel general del partido comunista. En las escaleras me encontré con él propio jefe del partido y me pregunté qué demonios estaría haciendo en la Jefatura Nacional de Policía. Pero se mostró muy amable y me llevó a donde quería ir. Fue andando, tirando de su bicicleta todo el camino.

Martin Beck se echó a reír.

Allwright aprovechó la oportunidad para reír también.

—Pero eso no fue todo. Al día siguiente pensé que debía ir a saludar a su comisario. El antiguo, el que solía estar en Malmö. No conozco al nuevo, gracias

a Dios. Así que fui al Ayuntamiento, y una especie de guardián, tomándome por un turista, me mandó a dar una vuelta por la Galería Azul. Cuando finalmente logré decirle lo que quería, me envió a Scheelegatan y entré en el Palacio de Justicia. El conserje quiso saber en qué sala se celebraba la vista de mi caso y por qué me procesaban. Para cuando pude llegar finalmente al edificio de la policía en Agnegatan, Lüning se había ido y ya no volvería aquel día. Con eso tuve bastante. Tomé el tren de la noche para volver a casa. Lo pasé maravillosamente en el camino. Hacia el sur. Doscientos veinticinco kilómetros y ¡qué diferencia!

Pareció pensativo.

—Estocolmo —dijo—. ¡Qué ciudad más desgraciada! Pero, claro, a usted le gusta.

—He vivido allí toda mi vida —contestó Martin Beck

—Malmö es mejor —continuó Allwright—. Aunque no mucho mejor. A mí no me gustaría trabajar allí, a menos que me hicieran comisario o algo así. Pero no hablemos de Estocolmo.

Soltó una risa sonora.

—Sigbrit Mard —dijo Martin Beck

—Sigbrit tenía libre aquel día. Y había llevado su coche a arreglar, así que tomó el autobús hasta Anderslöv. Luego fue a varios sitios, al banco y a la oficina de Correos. Y luego desapareció. No tomó el autobús. El conductor la conoce y sabe que no subió. Nadie la ha visto desde entonces. Eso fue el diecisiete de octubre. Era casi la una cuando ella salió de la oficina de Correos. Su coche, un Volkswagen, sigue en el garaje. No hay nada en él, yo mismo lo he comprobado. Tomamos varias muestras y las enviamos al laboratorio de Helsingborg. Todas negativas. Ni una pista.

—¿La conocía usted? ¿Personalmente?

—Pues claro. Hasta que empezó esa manía de vuelta-a-la-naturaleza, yo conocía a todo el mundo en el distrito. Ya no es tan fácil. Hay gente viviendo en viejas casas abandonadas y en cobertizos que no se sostienen en pie. No se registran en el censo, y cuando uno va a verlos, resulta que ya se han marchado. La única cosa que queda es la cabra y un huerto diminuto.

—Pero Sigbrit Mard era diferente, ¿no?

—Pues claro. Ella es un tipo corriente. Ha vivido aquí desde hace veinte años. Vino de Trelleborg. Parece una persona muy sensata. Siempre duró en sus empleos. Es muy normal. Quizás un poco frustrada.

Encendió un cigarrillo, tras examinarlo pensativamente.

—Pero eso es normal en este país —prosiguió—. Por ejemplo, yo fumo demasiado. Eso es sin duda frustración también.

—Puede que simplemente ella se haya escapado.

Allwright se inclinó y rascó al perro tras las orejas.

—Sí —dijo por último—. Eso es una posibilidad; pero no lo creo. Ésta no es la clase de sitio del que uno pueda escapar de esa manera, sin que nadie se dé cuenta. Y la gente que se escapa no deja sus domicilios intactos. Fui a ver la casa con los detectives que vinieron de Trelleborg. Todo seguía allí, sus papeles y efectos personales. Joyas y todo lo demás. La cafetera y su taza estaban sobre la mesa. Parecía como si hubiera salido un rato y tuviese que volver en seguida.

—Entonces, ¿qué cree usted?

Esta vez la respuesta de Allwright tardó más en llegar. Sostuvo el cigarrillo con la mano izquierda y dejó que el perro mordisqueara juguetonamente la derecha. Toda huella de risa había desaparecido de su cara.

—Creo que está muerta —anunció.

Y eso fue todo lo que dijo sobre el tema.

De lejos llegó el ruido del intenso tráfico en la carretera.

Allwright alzó la mirada.

—Casi todos los camiones grandes siguen tomando esta carretera de Malmö a Ystad —explicó—. Aunque la nueva carretera II es mucho más rápida. Los camiones se aferran a sus hábitos.

—Y ¿qué ocurre con Bengtsson? —preguntó Martin Beck.

—Usted debe de saber más de él que yo.

—Tal vez sí, tal vez no. Lo detuvimos por un crimen sexual hace casi diez años. Después de muchos peros. Era un hombre extraño. Pero de lo que le haya ocurrido después, no sé nada.

—Yo sí lo sé —contestó Allwright—. Y todo el mundo aquí en la ciudad lo sabe. Declararon que estaba en su sano juicio, y pasó siete años y medio en la cárcel. Finalmente se vino aquí y se compró una casita. Al parecer tenía dinero porque también se compró un bote y una furgoneta usada. Se gana la vida ahumando pescado. Parte de éste lo captura él mismo y parte lo compra a gente que pesca y no está sindicada. No es popular entre los pescadores profesionales, pero en realidad lo que hace no es ilegal. Al menos en lo que yo puedo ver. Luego va con su furgoneta y vende arenques ahumados y huevos frescos, casi siempre a unos pocos clientes fijos. La gente de por aquí ha aceptado a Folke como una persona decente. No ha hecho nunca daño a nadie. No habla mucho y es muy reservado. Es un tipo solitario. Las veces que yo he ido a verle parecía como si quisiera excusarse por vivir. Pero...

—¿Sí?

—Pero todo el mundo sabe que es un asesino. Convicto y confeso. Por lo visto cometió un crimen bastante feo, una indefensa mujer extranjera.

—Se llamaba Roseanna McGraw. Y fue algo nauseabundo. Pero él fue provocado sexualmente. Es el modo como él lo vio. Y tuvimos que provocarlo de nuevo para capturarlo. Yo mismo. No puedo imaginar cómo logró pasar el examen psiquiátrico.

—¡Oh, vamos! —exclamó Allwright, mientras unas risueñas arrugas se extendían alrededor de sus ojos como una tela de araña—. Yo también he estado en Estocolmo. El curso apresurado de psiquiatría legal. En el cincuenta por ciento de los casos los médicos están más locos que los pacientes.

—Por lo que pude enterarme, Folke Bengtsson era un auténtico enfermo mental. Una combinación de sadismo, puritanismo y misoginia. ¿Conoce él a Sigbrit Mard?

—¿Conocerla? —preguntó Allwright—. Su casa está a doscientos metros de la de ella. Son, entre sí, los vecinos más próximos. Ella es una de sus clientas regulares. Pero eso no es lo peor de todo.

—¿De veras?

—El punto clave es que él estaba en la oficina de Correos al mismo tiempo que ella. Hay testigos que los vieron hablando. Él tenía su coche aparcado en la plaza. Estaba tras ella en la cola y dejó el lugar cinco minutos después de que ella lo hiciera.

Hubo un momento de silencio.

—Usted conoce a Folke Bengtsson —dijo Allwright.

—Sí.

—Y ¿sería capaz...?

—Sí —contestó Martin Beck.

—Para ser completamente sincero, y yo siempre lo soy, Sigbrit está muerta y las cosas se presentan muy mal para Folke —dijo Allwright—. Yo no creo en coincidencias.

—Usted dijo algo sobre el marido de ella, ¿no?

—Sí, exacto. Es capitán de la marina mercante, pero bebe mucho. Hace seis años contrajo una misteriosa enfermedad del hígado y lo enviaron a casa desde Ecuador. No lo despidieron; pero como los doctores no le daban un certificado de buena salud, no pudo volver a embarcarse. Se vino aquí a vivir y siguió bebiendo. Entonces ellos no tardaron en separarse. Ahora él vive en Malmö.

—¿Ha tenido usted algún contacto con él?

—Sí, por desgracia. Un estrecho contacto físico, digámoslo así, si quiere expresarlo con buenas palabras. El hecho es que ella quería el divorcio. Él se oponía enérgicamente. Pero ella se salió con la suya. Estuvieron casados mucho tiempo, pero él estaba en el mar casi siempre. Venía a casa una vez al año, más o menos, y al parecer así iban bien. Cuando trataron de vivir juntos todo el tiempo, la cosa fue un completo desastre.

—¿Y ahora?

—Ahora, cada vez que él se emborrachaba de verdad venía aquí «para hablar con ella», aun cuando no hubiese nada de que hablar, y él generalmente acababa por darle a ella una buena alarma.

—¿Una qué?

Allwright se echó a reír.

—Una alarma —contestó—. Una frase del dialecto local. ¿Cómo lo llaman ustedes en Estocolmo? Que le arreaba una paliza. «Alboroto doméstico», según el lenguaje de la policía. ¡Qué asquerosa expresión! Alboroto doméstico. Como fuera, tuve que ir allí dos veces. La primera vez pude convencerle; pero la segunda no fue tan fácil. Tuve que traérmelo y encerrarlo aquí en nuestro calabozo de fantasía. Sigbrit parecía muy desgraciada aquella vez. Tenía los ojos amoratados y unas señales muy feas en la garganta.

Allwright dio un codazo a su sombrero de cazador de leones.

—Conozco a Bertil Mard. Se emborracha, pero no creo que sea tan malo

como parece. Imagino que ama a Sigbrit. Y, claro, está celoso. Aunque supongo que no tenga ningún motivo. No sé nada de la vida sexual de ella, en el caso de que la tenga. Aquí todo el mundo conoce la vida de todos. Probablemente yo sea quien sabe más.

—Y ¿qué dice Mard?

—Le interrogaron en Malmö. Tiene una coartada para el día diecisiete. Afirma que estuvo en Copenhague aquel día. Que fue en el transbordador *Malmöhus*; pero...

—¿Sabe quién lo interrogó?

—Sí, el inspector jefe Mansson.

Martin Beck conocía a Mansson desde hacía muchos años y tenía mucha confianza en él. Se aclaró la garganta.

—Dicho con otras palabras, las cosas tampoco se presentan de modo favorable para Mard.

Allwright rascó al perro durante un rato, antes de contestar.

—No —dijo—; pero se halla en mucha mejor situación que Folke Bengtsson.

—Si es que de veras ha ocurrido algo.

—Ella ha desaparecido. Eso basta para mí. Nadie que la conozca da una explicación razonable.

—Y a propósito, ¿qué aspecto tiene ella?

—El aspecto que tenga ahora es algo en lo que no quiero pensar —contestó Allwright.

—¿No está usted llegando demasiado pronto a una conclusión?

—Claro que sí. Pero sólo le estoy diciendo lo que pienso. Normalmente tiene este aspecto.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó dos fotografías, una de pasaporte, y una ampliación en color, doblada.

Se quedó mirando las fotos antes de entregarlas.

—Las dos son buenas —comentó—. Yo diría que tenía un aspecto normal. Parece lo que la mayoría de las personas parecen. Muy atractiva, desde luego.

Martin Beck se las quedó mirando un buen rato. Dudó que Allwright pudiera verlas con los ojos que él las veía, lo cual, además, era una imposibilidad técnica.

Sigbrit Mard no era atractiva. Era más bien fea y desgarrada. Pero indudablemente hizo todo lo que pudo para mejorar su aspecto, lo cual a menudo produce resultados poco afortunados. Sus rasgos eran irregulares, enjutos y pronunciados, y su rostro estaba irremediablemente estropeado por las preocupaciones. A diferencia de lo que solía ocurrir en la mayoría de los casos en estos tiempos, la foto no había sido tomada con una Polaroid o en una cabina automática. Era un típico retrato de estudio. Ella había tenido mucho cuidado con su maquillaje y su peinado, y el fotógrafo, sin duda, le había mostrado toda una serie de pruebas para que escogiera una. La otra era una foto de aficionado, pero

no una copia normal. Había sido ampliada y retocada a mano, un retrato a gran tamaño. Ella estaba de pie en el muelle de un puerto, y al fondo se veía un barco de pasajeros con dos chimeneas. Ella alzaba la vista hacia el sol, de modo natural, en una pose que seguramente pensó le hacía justicia. Vestía una fina blusa verde sin mangas y una falda azul con pliegues. No llevaba medias y de su hombro derecho colgaba un gran bolso veraniego naranja y amarillo. Calzaba sandalias de plataforma. Adelantaba ligeramente el pie derecho, alzando el talón sobre el suelo.

—Ésta es reciente —dijo Allwright—. Se la hicieron el verano pasado.

—¿Quién se la hizo?

—Una amiga. Fueron de excursión.

—Al parecer estuvieron en la isla de Rügen. Ese barco que se ve al fondo es el *Sassnitz*, ¿no?

Allwright pareció muy impresionado.

—¿Cómo demonios ha sabido usted eso? —preguntó—. Yo he trabajado en el control de pasaportes cuando ellos han estado escasos de personal y no sabría distinguir un buque de otro. Tiene usted razón. Ése es el *Sassnitz*, e hicieron una excursión a Rügen. Puede echar un vistazo a los acantilados calizos y ver a los comunistas y todo eso. Hay pocas cosas que ver y mucha gente se desilusiona. El crucero de un día cuesta unas pocas coronas.

—¿Dónde consiguió usted esta foto?

—La tomé de su casa cuando la registramos. Ella la había pegado en la pared. Creo que suponía que era muy buena. —Inclinó la cabeza hacia un lado y se fijó en la foto—. Y es muy buena. Éste es su verdadero aspecto. Bonita chica.

—¿No ha estado nunca casado? —le preguntó Martin Beck de repente.

Allwright estaba encantado.

—¿Va a empezar a interrogarme? —le preguntó riendo—. Eso es lo que yo llamo ser concienzado.

—Lo siento —dijo Martin Beck—. Fue una tontería, y además es una cuestión que no tiene nada que ver.

Era una mentira. Sí tenía que ver.

—Pero no me importa contestarle. Salí con una chica de Abbekas durante cierto tiempo. Nos prometimos. Pero ¡maldita sea!, ella era como una planta carnívora. Al cabo de tres meses ya estaba harto, y después de seis meses ella aún no tenía bastante. Desde entonces sólo he vivido con perros. Fíjese en los enterados. Un hombre no necesita una esposa. Una vez te acostumbras a ello, es un gran alivio. Yo lo siento cada mañana cuando me despierto. Ella hizo desgraciados a tres hombres. Claro que a estas alturas ya ha sido abuela varias veces.

Permaneció en silencio un momento.

—Parece un poco triste no tener hijos —dijo entonces—. A veces. Pero otras

veces siento lo contrario. Aun cuando las condiciones sean buenas aquí, todavía hay algo equivocado con la sociedad en conjunto. No me habría gustado tener y criar hijos aquí. La cuestión es saber si eso se puede hacer.

Martin Beck permaneció silencioso. Su propia contribución a la crianza de niños había consistido en mantener la boca cerrada y dejar que sus hijos crecieran más o menos naturalmente. El resultado había sido un éxito parcial. Tenía una hija que se había convertido en un ser estupendo e independiente y que parecía quererle. Por otra parte, tenía un hijo al que nunca había comprendido. Para ser franco, tampoco le gustaba mucho, y el chico, que tenía dieciocho años, no lo había tratado nunca con algo que no fuera desconfianza, desengaño y, en años recientes, franco desprecio.

El muchacho se llamaba Rolf. Casi todas sus tentativas de conversación acababan con el « ¡Dios mío, papá! No sé para qué hablo contigo. Nunca comprendes lo que te digo », o, « Si yo tuviera cincuenta años más, puede que tuviéramos una oportunidad; pero éste ya no es el siglo diecinueve, ¿sabes? », o: « ¡Si no fueras un jodido policía! ».

Allwright había estado ocupado con el perro. Ahora alzó la mirada.

—¿Puedo hacerle una pregunta?—dijo con una ligera sonrisa.

—Claro.

—¿Por qué quería usted saber si yo he estado casado?

—Fue sólo una pregunta estúpida.

Por segunda vez desde que se encontraron, el otro hombre pareció completamente serio. Y un poco dolido.

—Eso no es cierto. Sé que no es cierto. Y creo saber por qué lo preguntó usted.

—¿Por qué?

—Porque usted cree que yo no comprendo a las mujeres.

Martin Beck soltó las fotografías. Desde que había conocido a Rhea, se encontraba con que había tenido menos jaleos siendo honesto.

—Bueno —dijo—. Tiene usted razón.

—Bien —contestó Allwright con expresión abstracta, encendiendo un nuevo cigarrillo—. Muy bien. Gracias. Puede que usted tenga razón. Yo soy un hombre que no tiene mujeres en su vida privada. Aparte de mi madre, claro, y de la pescadora de Abbekas. Y siempre he mirado a las mujeres como gente normal, esencialmente no diferentes de mí y de los hombres en general. Así que si hay algunas diferencias sutiles, es posible que se me hayan escapado. Como sé que soy ignorante en el tema, he leído muchos libros, artículos y otras cosas sobre la libido de las mujeres; pero, en general, son tonterías. Y la parte que no es tontería es tan evidente que un hotentote podría comprenderlo. Igual paga por igual trabajo, por ejemplo, y discriminación sexual.

—¿Por qué un hotentote?

Allwright se rió con tal fuerza, que el perro se levantó de un salto, y empezó a lamerle la cara.

—Había un individuo en la ciudad que afirmaba que los hotentotes poseyeron la única cultura que en dos mil años nunca logró inventar la rueda. Tonterías, claro. Apenas he de decirle qué partido representaba.

Martin Beck no quiso saberlo. Ni tampoco quiso saber qué ideal político era el de Allwright. Cuando la gente empezaba a hablar de política, él siempre se quedaba tan callado como una almeja.

Y seguía sentado allí, con un silencio de molusco, cuando, treinta segundos más tarde, sonó el teléfono.

Allwright tomó el auricular.

—¿Allwright? —dijo.

Quienquiera que fuese, por lo visto hizo alguna observación divertida.

—Sí, soy yo.

Y luego, con cierta vacilación:

—Sí, está sentado aquí.

Martin Beck tomó el auricular.

—¡Hola! Soy Ragnarsson. Hemos hecho lo menos cien llamadas tratando de localizarle. ¿Qué ocurre?

Uno de los inconvenientes de ser jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios era que los grandes periódicos tenían gente que vigilaba donde uno iba y por qué. Para hacer eso necesitaban tener informadores pagados dentro del departamento de policía, lo cual era irritante; pero él no podía evitarlo. El comisario nacional de Policía se mostraba especialmente irritado; pero le daba mucho miedo que eso pudiera hacerse público. No se quería que trascendiera nada.

Ragnarsson era un periodista de los mejores y más decentes, lo cual no significaba en absoluto que su periódico fuera uno de los mejores y más decentes.

—¿Me oye? —preguntó Ragnarsson.

—Alguien ha desaparecido —repuso Martin Beck.

—¿Desaparecido? Todos los días desaparece alguien, y no por eso le llaman a usted. Y lo que es más, me he enterado de que Kollberg viene también para acá. Hay algo que huele mal en todo esto.

—Puede que sí, puede que no.

—Nosotros hemos enviado a un par de hombres. Prepárese bien. Es todo lo que quería decirle. No quería hacer nada a espaldas suyas, y a me conoce. Puede confiar en mí. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Martin Beck se frotó la nuca. Confiaba en Ragnarsson, pero no en sus informadores y menos todavía en su periódico.

Allwright parecía pensativo.

—¿Periodistas?

—Sí.

—¿De Estocolmo?

—Sí.

—Pues esto va a dar mucho que hablar.

—Puede darlo por seguro.

—Tenemos aquí corresponsales locales también. Y ya saben todo sobre el caso. Pero se portan bien. Es una especie de lealtad. El *Trelleborg Allehanda* es muy correcto. Pero luego tenemos los periódicos de Malmö. El *Kvällsposten* es el peor. Y ahora tendremos al *Attonbladet* y el *Expressen*.

—Eso me temo.

—¡Pelotas!

Pelotas era una expresión suave, muy corriente en Escania.

Pero más al norte sonaba muy mal.

Tal vez Allwright no supiera eso, o quizá no le importara.

A Martin Beck le caía simpático Allwright.

Era una especie de amistad obvia y natural. Las cosas iban a salir bien.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo que usted diga —respondió Martin Beck—. Usted es el experto.

—El distrito de Anderslöv. Sí, tiene que ser. ¿Le doy una orientación? ¿En coche? Pero no vayamos en el coche patrulla. El mío es mejor.

—¿El de color tomate?

—Exacto. Aunque todo el mundo lo conoce, claro. Pero me siento más cómodo en él. ¿Vamos?

—Lo que usted diga.

Hablaron de tres cosas en el coche.

La primera fue algo que Allwright no había mencionado antes, por alguna razón.

—Allí está la oficina de Correos, y ahora nos acercamos a la parada del autobús. La última vez que vieron a Sigbrit estaba ahí, de pie.

Redujo la velocidad y se detuvo.

—Tenemos un testigo que vio algo más, también.

—¿Qué?

—A Folke Bengtsson. Él se acercó con su furgoneta y cuando pasó junto a Sigbrit aminoró la velocidad y se detuvo. Parece bastante natural. Él va en su coche con dirección a su casa. Los dos se conocen y son vecinos. Él sabe que ella espera el autobús y se ofrece a llevarla en su coche.

—¿Qué clase de testigo?

Allwright tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Una anciana de este pueblo, que se llama Signe Persson. Cuando se enteró de que Sigbrit había desaparecido, vino a decirnos que ella iba por el otro lado de

la acera y se fijó en Sigbrit y que entonces Bengtsson se acercó en coche por la otra dirección. Frenó y se detuvo. Pero resulta que Britta estaba sola en la comisaría cuando ella vino, así que ella le dijo que debía volver y hablar conmigo. Y volvió al día siguiente y yo hablé con ella. Me contó más o menos la misma historia. Que había visto a Sigbrit y que Folke detuvo su coche. Entonces le pregunté si de veras había visto al coche detenerse y a Sigbrit subir a él.

—Y ¿qué contestó ella?

—Me respondió que no quiso volverse y mirar por no parecer chismosa. Lo cual es una respuesta tonta, ya que la anciana señora es probablemente la mujer más chismosa de esta comarca. Pero cuando yo la presioné un poco ella me confesó que había vuelto la cabeza, pero que ni Sigbrit ni el coche estaban ya a la vista. Así que charlamos un poco de esto y lo otro, y al cabo de un rato ella declaró que no estaba segura. Manifestó que no quería hablar de la gente a sus espaldas. Pero al día siguiente se encontró con uno de mis hombres en la cooperativa y declaró decididamente que ella había visto a Bengtsson detenerse y a Sigbrit meterse en el coche. Si mantiene esa declaración, entonces Folke Bengtsson está relacionado definitivamente con la desaparición.

—Y ¿qué dice Bengtsson?

—No lo sé. No he hablado con él. Dos detectives de Trelleborg fueron a su casa, pero había salido. Luego decidieron llamarle a usted y más o menos me ordenaron que no hiciera nada. No querían que me adelantara a los acontecimientos. Que esperase el momento propicio y aguardara a los expertos. Ni siquiera he escrito un informe sobre mi charla con Signe Persson. ¿Cree que he sido un descuidado?

Martin Beck no contestó.

—Creo que ha sido un descuido —dijo Allwright soltando una risita—. Pero he de ser un poco cauteloso con Signe Persson. Estuvo mezclada en el peor caso que tuve. Puede que haga de eso cinco años. Afirmaba que una vecina había envenenado su gato. Presentó una denuncia, así que tuvimos que investigar. Pero entonces la otra anciana presentó una queja contra Signe Persson, porque el gato había matado a su lorito. Desenterramos al gato y lo enviamos a Helsingborg. No encontraron ningún veneno. Así que Signe afirmó que la otra mujer había comprado dos puros en el estanco y que los hirvió. Había leído en alguna revista que si uno hervía puros el tiempo suficiente se obtienen cristales de nicotina, que son un veneno mortal y no deja ningún rastro. La vecina había comprado ciertamente dos puros, pero dijo que para ofrecérselos a sus huéspedes y que su hermano se los había fumado. Le pregunté cómo se las había arreglado el gato para matar al lorito, ya que siempre estaba en su jaula. Y ella afirmó que Signe logró que el gato asustara al loro hasta matarlo de miedo, porque el ave podía hablar y le había dicho algunas verdades feas. Signe declaró que era cierto que el loro la había llamado puta no menos de cinco veces. Había aquí un cadete de la

policía en aquel tiempo, uno de esos hombres que creen saberlo todo, e investigó esta teoría de los puros y llegó a Ja conclusión de que era teóricamente posible y que si la víctima era un fumador habitual entonces no había manera de probar el envenenamiento. Así que cuando Signe Persson vino aquí por décima o duodécima vez le pregunté si su gato era un fumador empedernido. Tras eso ella no me saludó durante varios años. Dimos por concluido el caso y el cadete siguió hirviendo puros en su casa hasta que lo despidieron. Luego se estableció en Eslöv y se convirtió en inventor.

—¿Qué inventó?

—Que yo sepa solicitó la patente de una chuchería con borde luminoso y un detector de nicotina que maullaba si uno lo metía en una sopa de coles envenenada. Como eso no le salió bien, trató de transformarlo en un gato mecánico que funcionaba con baterías.

Allwright miró su reloj.

—Eso fue el punto de interés número uno. La parada de autobús. Más la historia de nuestro testigo Signe Persson y de un hombre que echó a perder su vida por un gato que fumaba puros. Debo decir que la idea de un caso en el que Signe figure como testigo principal no me hace feliz. Será mejor que nos marchemos. El autobús llegará pronto.

Puso el coche en marcha y miró por el espejo retrovisor.

—Tenemos a alguien detrás de nosotros —dijo—. Un Fiat verde con dos hombres. Están ahí, en el coche, desde que nos detuvimos. ¿Les enseñamos un poco los alrededores?

—Por mí, estupendo.

—Es interesante eso de que te sigan —comentó Allwright—. Es una experiencia nueva para mí.

Iba conduciendo a menos de treinta y cinco kilómetros por hora, pero el otro coche no hizo ningún intento por adelantarles.

—Aquellos edificios, allá a la derecha, son Domme. Allí es donde viven Sigbrit Mard y Folke Bengtsson. ¿Quiere que vayamos allí?

—Ahora no. ¿Ha habido alguien que haya hecho un buen trabajo de laboratorio allí?

—¿En casa de Sigbrit? No. No puedo decir eso. Estuvimos allí y echamos un vistazo, y yo arranqué aquella foto de la pared sobre su cama. Y supongo que dejamos huellas por todas partes.

—Si ha muerto...

Martin Beck se calló. Era una cuestión totalmente estúpida.

—Si yo la hubiera matado, ¿qué habría hecho con el cuerpo? Ya he pensado eso. Pero hay demasiadas posibilidades. Hay un montón de hoyas de marga y viejas casas ruinosas. Y barracones y cobertizos. Una larga línea costera sobre el Báltico, casitas de verano vacías. Bosques y montones de hojas secas, matorrales

y zanjas, y todas esas cosas malditas.

—¿Bosques?

—Sí, allá junto al lago Börringe. La policía solía celebrar allí un concurso de tiro cada año en un claro de la orilla este. Desde la tormenta del sesenta y ocho hay allí tal revoltijo que no se podría entrar ni en un tanque. Harán falta cien años para librarse de las hojas y ramas caídas. Además... A propósito, hay un mapa en la guantera.

Martin Beck sacó el mapa y lo desplegó.

—Ahora estamos en Alstad, en la carretera 101 que se dirige a Malmö. Puede orientarse por eso.

—¿Piensa conducir tan lentamente todo el camino?

—¡No, por Dios! Iba distraído. Sólo quería estar seguro de que no perdíamos a esos tipos que nos siguen.

Allwright giró a la derecha. El coche verde les siguió.

—Ahora hemos salido del distrito de policía de Anderslöv —dijo—, pero inmediatamente volveremos a él.

—¿Qué iba a decir hace un minuto? Además... ¿qué?

—¡Ah, sí! Es creencia general que Sigbrit Mard fue llevada por alguien que la admitió en su coche. Incluso hay un testigo que afirma eso. Si mira el mapa verá que hay tres carreteras principales que atraviesan el distrito. La vieja carretera nacional, que acabamos de dejar; la carretera número 10, que sigue la costa de Trelleborg a Ystad, y luego todo el camino hasta Simrishamn, y, además, un sector de la nueva autopista europea 14, que conecta con el transbordador de Polonia en Ystad, y después pasa por Malmö y Dios sabe por donde más. Y por si fuera poco tenemos una red de carreteras secundarias que probablemente no tiene igual en ninguna otra parte del país.

—Ya veo —dijo Martin Beck

La verdad es que ya estaba empezando a sentirse harto de automóvil.

Eso no le impidió estudiar el paisaje que estaban atravesando. Nunca había estado antes en esta parte del país, y no subía mucho más de él que lo que recordaba de las viejas películas de Edvard Persson. Las llanuras de Escania tienen una belleza suave y ondulosa. Esto era algo más que un populoso idilio rural, era un trozo singular de campo con una especie de armonía inherente.

De repente recordó una frase suelta del coro general de quejas sobre las condiciones de vida en el país. «Suecia es un país podrido; pero es un país podrido muy bonito»; alguien lo había dicho o escrito, pero no podía recordar quién.

Allwright siguió hablando.

—El distrito de Anderslöv es poco corriente. Cuando no estamos atareados con el papeleo, estamos más que nada ocupados con el tráfico. Por ejemplo, recorreremos más de ochenta mil kilómetros al año en el coche patrulla. Este

pueblo tiene unos mil habitantes, y puede que tenga diez mil en su distrito. Pero tenemos más de veinticuatro kilómetros de playa y en el verano la población llega a ser de más de treinta mil. Así que puede usted imaginarse cuántos edificios hay vacíos en esta época del año. Y hasta ahora sólo he hablado de la gente que conocemos y sabemos dónde la podemos encontrar. Pero yo diría que hay otras cinco o seis mil personas sobre las que no ejercemos el menor control, gente que vive en casas antiguas o que acampan y luego se van y otra gente ocupa su lugar.

Martin Beck se volvió para mirar una iglesia blanqueada muy bonita. Allwright siguió su mirada.

—Dalköpinge —explicó—. Si está interesado en iglesias pintorescas, puedo enseñarle por lo menos treinta. Sólo en este distrito, claro.

Llegaron a la carretera de la costa y giraron hacia el este. El mar estaba tranquilo, de un color gris azulado. En el horizonte se veían algunos cargueros.

—Lo que quiero decir es que, si Sigbrit está muerta, hay varios centenares de sitios donde puede estar. Y si alguien la llevó en su coche, Folke o quien fuera, entonces hay la posibilidad de que ni siquiera esté en el distrito. En ese caso puede estar en mil sitios.

Miró hacia el paisaje costero y dijo:

—Magnífico, ¿no?

Era claramente un hombre orgulloso de su patria chica.

Y no sin razón, pensó Martin Beck

Pasaron por Smygehuk

El Fiat verde les seguía fielmente.

—Smygehamn —explicó Allwright—. En mis tiempos se llamaba East Torp.

Los pueblos estaban muy cerca unos de otros. Beddinge, Skateholm. Pueblos de pescadores, parcialmente convertidos en lugares de veraneo; pero aún bonitos. Nada de especulación ni de hoteles de lujo.

—Skateholm —explicó Allwright—. Aquí es donde acaba mi territorio. Ahora entramos en el distrito de policía de Ystad. Le llevaré a Abbekas. Esto es Dybeck. Es muy pantanoso y pobre. La parte peor de la costa. Puede que ella esté metida en el barro. Bien, éste es Abbekas.

Allwright cruzó lentamente el pueblo.

—Sí, aquí es donde vivía ella —dijo—. La mujer que me hizo abandonar a las mujeres. ¿Quiere que vayamos a ver el puerto?

Había un pequeño puerto con algunos bancos para sentarse a contar historias de pesca, y algunos ancianos con gorras en la cabeza. Tres botes de pesca. Montones de cajas de arenques y algunas redes colgadas y puestas a secar.

Salieron del coche y se sentaron en bolardos separados. Las gaviotas chillaban sobre el rompeolas.

El Fiat verde se había detenido a unos veinte metros de distancia. Los dos

hombres que lo ocupaban siguieron sentados en el asiento delantero.

—¿Los conoce? —preguntó Martin Beck

—No —contestó Allwright—. Son como niños. Si quieren algo, pueden venir aquí y hablar conmigo. Debe de ser muy aburrido estar allá sentados mirándonos.

Martin Beck no dijo nada. Se iba haciendo cada vez más viejo, mientras que los periodistas eran cada vez más jóvenes. Y sus relaciones iban siendo peores cada año. Además, la policía había dejado de ser popular, suponiendo que alguna vez lo hubiera sido. Personalmente, Martin Beck no creía que tuviera que avergonzarse de su trabajo; pero conocía a muchos hombres que lo estaban, y peor aún, que debían estarlo.

—¿Qué fue todo eso sobre las mujeres y yo? —preguntó Allwright.

—Se me ocurrió pensar que usted sabía muy poco de Sigbrit Mard. Sabemos qué aspecto tenía y donde trabajaba, y también que nunca provocó jaleos. Que se divorció y no tuvo hijos. Y eso es todo. ¿Ha considerado usted el hecho de que ella está en una edad en que muchas mujeres se sienten frustradas, especialmente si no tienen hijos ni familia o ningún interés especial? ¿Cuándo una se aproxima a la menopausia y empieza a sentirse vieja? Sienten que sus vidas han sido inútiles, su vida sexual en particular, y a menudo cometen tonterías. Se sienten atraídas por los hombres jóvenes y se ven implicadas en asuntos estúpidos. Y a menudo se dejan llevar financiera o emocionalmente.

—Gracias por la conferencia —dijo Allwright.

Tomó una tabla del suelo y la arrojó al agua. El perro se zambulló inmediatamente para recuperarla.

—Terrible —continuó Allwright—. Ahora me va a ensuciar el asiento trasero. ¿Cree usted que Sigbrit pudiera tener una vida sexual secreta o algo así?

—Creo que es posible. Habrá que investigar su vida privada. Averiguar todo lo que podamos. Hay la posibilidad de que ella se haya ido con un hombre siete u ocho años más joven. Escapar de todo para ser feliz un poco de tiempo. Aunque sólo sean dos semanas o un par de meses.

—Echar una canita al aire —dijo Allwright.

—O ir a hablar con alguien a quien ella cree que puede confiarse.

Allwright inclinó la cabeza hacia un lado e hizo una mueca.

—Eso es una teoría en la que no creo —dijo.

—Porque no encaja.

—Exacto. No encaja en absoluto. ¿Tiene usted algún plan? ¿O es una pregunta presuntuosa?

—Pienso aguardar a que llegue Lennart. Y luego creo que será hora para una charla informal con Folke Bengtsson y Bertil Mard.

—Me gustaría ir con usted.

—No lo dudo.

Allwright se echó a reír. Entonces se levantó, se dirigió hacia el coche verde y llamó con los nudillos en una ventanilla lateral. El conductor, un joven de barba pelirroja, bajó el cristal y se lo quedó mirando interrogativamente.

—Vamos a volver a Anderslöv ahora —dijo Allwright—. Pasaré por Källstorp para recoger unos huevos en casa de mi hermano. Pueden ahorrar dinero a su periódico si toman la carretera de Skivarp.

El Fiat les siguió y sus ocupantes asistieron a la recogida de los huevos.

—Está claro que no se fían de la policía —dijo Allwright.

•••••

Aparte de eso no ocurrió nada más de importancia aquel día, que era viernes.

Martin Beck hizo su visita obligatoria a Trelleborg, y se encontró con el comisario y el superintendente que estaba al frente de la división criminal. Envidió al jefe de policía su oficina, que tenía una vista sobre el puerto.

Nadie tuvo nada que decir sobre el caso.

La ausencia de Sigbrit Mard duraba ya diecisiete días y todo el mundo estaba enterado de los chismes que corrían por Anderslöv.

Por otra parte los chismes a menudo están bien fundados.

Donde hay humo, hay fuego.

Aquella tarde recibió una llamada de Kollberg, quien le dijo que no le gustaba conducir y que había pensado pasar la noche en Växjö.

—¿Qué tal van las cosas en Anderstorp? —preguntó.

—Es Anderslöv.

—¡Ah, sí!

—Éste es un sitio muy agradable; pero los periodistas ya han venido para seguirnos.

—Ponte el uniforme y te tendrán más respeto.

—¡No me vengas con tu cachondeo! —contestó Martin Beck

Luego llamó a Rhea, pero no recibió respuesta.

Volvió a probar una hora más tarde, y de nuevo antes de meterse en la cama. Esta vez ella estaba en casa.

—He intentado poneme en contacto contigo toda la tarde —dijo él.

—¿De veras?

—¿Qué has estado haciendo?

—Eso no es asunto tuyo —le contestó ella alegremente—. ¿Cómo van las cosas?

—No lo sé seguro. Ha desaparecido una mujer.

—La gente no puede desaparecer. Tú debes saberlo, ya que eres detective.

—Creo que te quiero.

—Ya lo sé —repuso ella felizmente—. Fui al cine y luego a Butler's a comer algo.

—Buenas noches.

—¿Eso es todo lo que querías?

—No; pero puedo esperar.

—Que duermas bien, cariño —dijo ella, y colgó.

Martin Beck tarareó mientras se cepillaba los dientes. Si alguien hubiera estado allí, eso probablemente le habría parecido extraño.

Al día siguiente era fiesta. Día de Todos los Santos. Siempre habría alguien que se lo estropearía. Mansson, que estaba en Malmö, por ejemplo.

—Conocí a muchos gorilas en mis tiempos —dijo Per Mansson—, pero Bertil Mard es uno de los peores.

Estaban sentados en el balcón de Mansson que daba a la Regementsgatan, disfrutando de un día precioso.

Martin Beck había tomado el autobús hasta Malmö, más que nada por gusto y para poder decir que realmente había hecho el mismo trayecto que Sigbrit Mard no hizo.

También trató de interrogar al conductor del autobús, sin éxito, ya que el hombre era un sustituto y no había conducido en el día en cuestión.

Mansson era un hombre alto y desocupado, que se tomaba la vida por las buenas, y era raramente culpable de una exageración. Pero ahora dijo:

—Ese hombre me pareció un matón.

—Muchos capitanes de la marina mercante se vuelven un poco raros —repuso Martin Beck—. A menudo son hombres solitarios, y si son tipos altaneros, tienden a volverse duros y autocráticos. Se convierten en gorilas, como dice usted. A la única persona que hablan es a su jefe.

—¿Su jefe?

—El ingeniero jefe.

—¡Oh!

—Muchos de ellos beben demasiado y tiranizan a sus tripulaciones. O pretenden que éstas ni siquiera existen. Ni se hablan con sus compañeros.

—Usted sabe mucho de barcos.

—Sí, es mi afición. Una vez tuve un caso en un barco. Asesinato. En el océano Índico. En un carguero. Uno de los casos más interesantes que he tenido.

—Bueno, y yo conozco al patrón del *Malmöhus*. Es un tipo muy decente.

—Los barcos de pasajeros suelen ser otra cosa. Los propietarios contratan oficiales diferentes. Al fin y al cabo los capitanes tienen que frecuentar el trato social de los pasajeros. En los grandes barcos hay una mesa del capitán.

—¿Qué es eso?

—La propia mesa del capitán en el comedor. Para agasajar a pasajeros de primera clase, los importantes.

—Ya veo.

—Pero Mard navegaba en buques de carga. Y hay cierta diferencia.

—Sí, se mostró bastante arrogante —dijo Mansson—. Me gritó y maldijo a su ex-esposa. Es un hijo de puta. Se ha creído que es alguien especial. Es duro y arrogante. Yo tengo bastante buen carácter, pero casi me hizo poner furioso. Y hace falta mucho para eso.

—¿Cómo se gana la vida?

—Tiene una cervecería en Limhamn. Ya conoce la historia. Bebió tanto que se estropeó el hígado en Ecuador o Venezuela. Allá lo tuvieron que llevar al hospital. Luego la compañía naviera lo trajo a casa. No querían darle un certificado de salud, así que no pudo navegar de nuevo. Se fue a su casa de Anderslöv a vivir con su mujer, pero las relaciones matrimoniales fueron mal. Él se emborrachaba y le pegaba. Ella quiso separarse, él no. Pero al fin ella consiguió el divorcio.

—Allwright dice que tiene una coartada para el día diecisiete.

—Sí, eso parece. Tomó el transbordador de Copenhague para emborracharse. Pero es una coartada muy floja, según me parece a mí. Dice que fue en el salón de proa. El transbordador zarpa ahora a las doce menos cuarto, antes zarpaba a mediodía. Dice que estuvo solo en el salón, y que el camarero tenía resaca, y que había un tripulante allí jugando en la máquina tragaperras. Yo tomo a menudo ese barco. El camarero, que se llama Sture, siempre tiene resaca, con bolsas bajo los ojos. Y siempre hay algún tripulante metiendo monedas de una corona en la máquina tragaperras.

Mansson bebió ruidosamente un sorbo de su bebida. Siempre bebía lo mismo, una mezcla de ginebra y soda de pomelo. Es una especialidad sueco-finlandesa, llamada Gripenberger por algún oscuro y noble funcionario.

Hacía buen tiempo en Malmö. La ciudad parecía casi deshabitada.

—Creo que usted debería hablar con Bertil Mard —dijo Mansson.

Martin Beck asintió.

—El testigo del transbordador lo identificó —prosiguió—. Tiene uno de esos aspectos que no se olvidan. Lo único malo es que esas cosas ocurren cada día. El transbordador sale de aquí a la misma hora, generalmente con los mismos pasajeros. No se puede contar con que la tripulación recuerde a alguien un par de semanas más tarde, y no puedes asegurar que te digan la fecha exacta. Hable con él y verá.

—Pero ¿usted lo ha interrogado ya?

—Sí, y no quedé especialmente convencido.

—¿Él tiene coche?

—Sí, vive en el barrio oeste, a un tiro de piedra de aquí, si uno tiene un fuerte brazo. En el número veintitrés de la Mäster Johansgatan. Necesita media hora para ir en coche a Anderslöv. Más o menos.

—¿Por qué me dice eso?

—Bueno, parece que iba de vez en cuando.

Martin Beck no hizo más preguntas sobre la cuestión.

Era sábado y casi verano todavía. También era festivo: el día de Todos los Santos; pero, a pesar de todo, Martin Beck pensaba interrumpir la tranquilidad del capitán Mard. No era probable que fuera un hombre religioso.

No hubo la menor noticia de Kollberg. Quizás había encontrado a Växjö fascinador y decidido quedarse un día. Pero ¿en qué sentido fascinador? Acaso alguien le había seducido con ilegales cangrejos frescos. Claro que ahora había cangrejos congelados; pero Kollberg no era hombre fácil de engañar y mucho menos en cuestión de cangrejos de río.

Rhea había llamado aquella mañana para darle ánimos. Como siempre. En un año ella había cambiado su vida y le había dado más satisfacciones que veinte años de matrimonio con una persona a quien una vez amó, una persona que le dio dos hijos y muchos momentos de gozo. Era cosa de contarlos. Pero «dio» era una palabra fea. Los hijos habían sido cosa de los dos, ¿no? Bueno, puede que sí; pero él nunca lo sintió así.

Con Rhea Nielsen todo era diferente. Tenían unas relaciones libres y abiertas, claro. Quizá demasiado libres y abiertas, según le parecía a él de vez en cuando. Pero primero y sobre todo había una sensación de comunidad que iba más allá de su amor por esta mujer curiosamente perfecta. Junto con ella, él había empezado a convivir con la gente de una manera que nunca antes le había sido posible. La casa de ella en Estocolmo era completamente diferente de la casa de apartamentos corriente. Casi se la podía llamar una comuna, aunque sin ninguna de las connotaciones negativas de esa palabra desacreditada, a menudo merecidas, pero a veces imaginarias. La gente que vive en comunas fuma drogas y va por ahí acobardada. El resto del tiempo habla de indecencias y come alimentos macrobióticos, ninguno trabaja y todos viven de la beneficencia. Los miembros de la comuna se consideran víctimas de un sistema social perverso. A menudo toman LSD y creen que pueden volar o clavan un estilete en la barriga de su mejor amigo para enriquecer sus experiencias, o se matan a sí mismos.

No hacía mucho tiempo que él pensaba de la misma manera, al menos en parte y a veces. Y ciertamente había un grano de verdad en eso, o todo un campo de trigo.

Martin Beck, por su posición, podía disfrutar del dudoso placer de leer informes confidenciales. Casi todos ellos eran políticos, y él los arrojaba directamente a la bandeja de salidas de papeles secretos, que había de ser pasada al burócrata inmediato con una aclaración. Pero él leía generalmente los que parecían tener alguna relación con su propio trabajo. El suicidio, por ejemplo, era un tema que había empezado a interesarle más y más. Y las memorias secretas sobre el tema iban apareciendo con creciente regularidad. El punto de

partida era siempre el mismo: Suecia iba por delante en el mundo por un margen que parecía aumentar de un informe a otro; pero, al igual que con muchas otras cosas, el comisario nacional había decretado que nada debía trascender. Por otra parte, la explicación variaba. Otros países falsificaban sus estadísticas. Durante cierto tiempo fue popular acusar a los países católicos; pero entonces el arzobispo y varios personajes religiosos influyentes en el departamento de policía empezaron a quejarse, así que los países con una forma socialista de gobierno tuvieron que ocupar su lugar. Pero el servicio de inteligencia sueco empezó inmediatamente a poner dificultades, basándose en que ya no podrían emplear curas como espías. Y como las actividades secretas de la policía de seguridad entraban dentro de la categoría de cosas que siempre, inevitablemente, se sabían, un suspiro de alivio se elevó en el cuartel general de la Administración de la Policía Nacional. Corrió el rumor de que fue el propio comisario nacional quien expresó ciertas dudas ante la sugerencia de que los sacerdotes suecos, algunos de los cuales eran rojos a ultranza con carnet, pudieran espiar a los comunistas suecos, o ser capaces de poner de rodillas a un oponente tan formidable como la Unión Soviética.

Pero, como siempre, todo esto era un rumor sin confirmar. Nada debía trascender fuera, como ellos a menudo decían, aunque no fuese más que por broma o por hacer las cosas de modo diferente. Pero los fieles no tolerarían ninguna desviación. «Nada debe trascender», era la expresión apropiada.

Y eso era todo.

La esencia del último manifiesto sobre suicidios era la siguiente: ya que la mayoría de las personas ni se pegaba un tiro ni saltaba por el puente de Väster, sino que, en cambio, estaban buenos y borrachos y se tragaban un bote de pastillas para dormir, podían ser considerados como casos de envenenamiento accidental y eliminados completamente de las estadísticas, que así pasarían de golpe a ser favorables.

Martin Beck pensó mucho sobre esto.

Mansson echó más soda de pomelo en su Grippenberger.

Había permanecido en silencio durante un buen rato, y a juzgar por el modo como estaba vestido, no pensaba ir a ninguna parte. Llevaba camisa de dormir, pantalones de franela, zapatillas y un albornoz que parecía formar parte del conjunto.

—Mi esposa no tardará en llegar —dijo—. Generalmente viene a las tres.

Mansson había vuelto por lo visto a su vida de cinco séptimos de soltero, y a que pasaba cinco días de la semana solo y los fines de semana con su esposa.

Tenían apartamentos separados.

—Es un buen sistema —explicó—. Es cierto que yo tuve una amiga en Copenhague hará cosa de un año. Era estupenda, pero encontré que era demasiado bueno. No soy tan joven como antes.

Martin Beck pensó por un momento lo que el otro hombre le había dicho.

Cierto, Mansson era más viejo que él; pero sólo dos años.

—Ella fue algo estupendo para mí mientras aquello duró. Se llamaba Nadja. No sé si usted llegó a conocerla.

—No —repuso Martin Beck

De repente quiso cambiar de tema.

—Y a propósito, ¿cómo le va a Benny Skacke?

—No le va mal. Ahora es inspector, y se casó con su fisioterapeuta. Tuvieron una niña la primavera pasada. Nació en domingo, un poco antes de fecha, y él estaba en Minnesberg jugando al fútbol cuando eso sucedió. Afirma que todas las cosas importantes de la vida le ocurren mientras está jugando al fútbol. Dios sabrá qué quiere decir con eso.

Martin Beck sabía muy bien a lo que Skacke se refería, pero no dijo nada.

—En cualquier caso, es un buen policía —dijo Mansson—. Y éstos escasean cada vez más. Pero, por desgracia, me parece que él no se siente feliz aquí. No puede acostumbrarse a esta ciudad. Lleva ya casi cinco años, pero sigue añorando Estocolmo.

Luego miró ostensiblemente su reloj.

—Será mejor que me vaya —dijo Martin Beck

—Sí —convino Mansson—. Iba a decir que sería una buena idea que fuera a ver a Mard cuando todavía esté sobrio. Pero ésa no es la razón verdadera.

—¿Oh?

—No. Si usted se queda otros quince minutos se encontrará con mi esposa. Y entonces tendré que vestirme. Ella es muy convencional y nunca le ha entrado en la cabeza la idea de que yo esté sentado charlando de esta guisa con destacados jefes de la policía. ¿Quiere que le pida un taxi?

—Prefiero ir andando.

Había estado en Malmö muchas veces y conocía el camino, al menos el centro de la ciudad.

Además, era un día muy hermoso y quería ordenar sus pensamientos antes de hablar con Bertil Mard.

Era consciente del hecho de que Mansson le había proporcionado una presuposición.

Éste iba a ser claramente un caso en el que las presuposiciones desempeñaran un importante papel.

Las presuposiciones nunca eran buenas. Dejar que afecten a nuestro juicio era tan peligroso como ignorarlas. Siempre hay que recordar que una suposición puede ser cierta aunque sea preconcebida.

Martin Beck estaba ansioso por formar su propia opinión de Mard. Sabía que pronto estarían cara a cara.

La cervecería estaba cerrada por ser fiesta y Mansson se había tomado la

molestia de destacar a un policía novato para que vigilara la casa de Mäster Johansgatan y le dio instrucciones de dar la alarma si Mard salía.

El policía novato habría tenido gran éxito en la televisión haciendo la parodia de alguien que trata de aparentar que no está vigilando una casa. Además, la casa era muy pequeña y los edificios de ambos lados habían sido derribados. El policía estaba de pie al otro lado de la calle, con las manos a la espalda, mirando hacia el espacio vacío; pero echando continuas miradas de reojo a la puerta tras la cual se suponía había de salir el objeto de su atención.

Martin Beck se detuvo a cierta distancia y observó. Pasó cosa de un minuto y entonces el policía novato cruzó lentamente la calle e inspeccionó con detalle la puerta. Acercó la nariz a la placa. Luego, dando zancadas, regresó a su puesto con estudiada indiferencia y entonces giró para asegurarse de que, a sus espaldas, no había ocurrido nada impropio. Como muchos otros policías a los que se asigna una misión confidencial o delicada, llevaba zapatos negros, calcetines azul oscuro, pantalones de uniforme, una camisa de azul claro y una corbata azul oscuro. A esto había añadido un gorro amarillo de punto, una chaqueta de cuero con grandes botones brillantes y un bordado rojo y amarillo en las mangas, y, alrededor del cuello, una bufanda de colores que incluso Martin Beck reconoció como los del club de fútbol de Malmö: blanco y azul celeste. Su chaqueta abultaba en el lado derecho, como si llevara una botella de licor en el bolsillo.

Cuando Martin Beck se acercó a él, dio un salto como si lo hubiera mordido una serpiente, e inmediatamente alzó su mano hacia la inexistente visera de su gorra y dio su informe.

—Nadie ha salido del edificio, inspector.

Martin Beck se quedó parado de asombro un momento por haber sido reconocido. Luego alargó un brazo y tomó un pico de la bufanda entre el pulgar y el índice.

—¿Te tricotó esto tu madre?

—No, señor —contestó el joven ruborizándose—. No fue ella. Fue el novio de mi hermana. Se llama Enok Jansson, señor, y es estupendo tricotando, aunque trabaja en Correos. Es capaz de tricotar incluso mientras ve la televisión.

—Y ¿si Mard ha salido por la puerta trasera?

El policía novato se ruborizó aún más.

—¿Qué? —preguntó—. Eso es imposible.

—¿Tú crees?

—Bueno, señor, no puedo estar delante y detrás de la casa a la vez. Es imposible. Usted... señor, ¿no irá a dar parte de mí por esto?

Martin Beck negó con la cabeza. Cruzó la calle, preguntándose cómo se las arreglaba el cuerpo de policía para encontrar jóvenes como ése.

—Ésta es la casa —añadió el muchacho, siguiéndole—. He ido tres veces a comprobarlo. El nombre de Mard figura en la puerta.

—Y ¿no cambió?

—No, señor. ¿Entro con usted? Llevo pistola y todo por si es necesario. Y la radio metida dentro de la camisa, para que nadie pueda verla.

—Adiós —le dijo Martin Beck, apretando el timbre con el dedo.

Bertil Mard abrió la puerta casi antes de que el timbre hubiera podido sonar.

Él también llevaba los pantalones de un uniforme, negros, más una camiseta y zuecos. El tufo del licor de la noche pasada aún le rodeaba como una pared; pero se mezclaba con el olor de la loción para después del afeitado, y en una de sus manazas sujetaba una botella de Agua Florida y una navaja de afeitar abierta, que agitó en dirección al policía novato.

—¿Quién demonios es ese maldito payaso? —gritó—. ¿Quién es el que ha estado vigilando la casa durante dos horas?

—Eso es insultar a un agente de la autoridad —dijo el novato, desafiante.

—¿Cómo te vuelva a ver, maldonado de paisano, te cortaré las orejas! —berreó Mard.

—Y eso es amenazar a un policía.

—Nada de eso —dijo Martin Beck, cerrando la puerta tras él—. Nada de eso.

—¿Qué quiere decir con «nada de eso»? —preguntó Mard—. ¿Qué demonios es todo esto?

—Tranquilícese un momento.

—No voy a tranquilizarme. Quiero que me dejen en paz. Y no quiero malditos policías disfrazados espíandome. Y lo que es más, tengo costumbre de conseguir lo que quiero. Y ¿quién demonios es usted? ¿El jodido poli jefe en persona?

—Exactamente —contestó Martin Beck.

Se adelantó un par de pasos a Mard y echó un vistazo a la habitación. Olía como si gente sucia hubiese dormido allí, y apenas como si hubieran sido seres humanos. Había viejos edredones con manchas de grasa y pingajos de relleno clavados ante las ventanas, que dejaban entrar una luz muy escasa. Pero era posible levantar los picos y mirar hacia fuera. Contra una pared había una cama que evidentemente no había sido hecha en semanas, quizás meses. Aparte de eso, el mobiliario consistía en cuatro sillas, una mesa y un gran armario. Sobre la mesa había un vaso y dos botellas de vodka ruso de alta graduación introducidas

de contrabando, de etiquetas azules, una de ellas vacía y la otra mediada. En un rincón había un gran montón de ropa sucia, y por la puerta trasera pudo atisbar la cocina, donde el revoltijo era indescriptible, y el cuarto de baño, donde había una bombilla encendida y, al parecer, había estado Mard afeitándose.

—He estado en ciento ocho países —dijo Mard— y nunca he visto tanta porquería. La poli te sigue. El seguro de enfermedad te persigue. O el recaudador de impuestos, o la comisión antialcoholismo, o la oficina de beneficencia, o como quiera que se llame la puñeta. O la compañía de electricidad, o las aduanas, o el registro nacional o la sanidad pública. Hasta esa mierda de Correos, y yo no quiero recibir cartas.

Martin Beck se quedó mirando más de cerca a Mard. Era un hombretón de 1.88 metros de estatura, con un peso de luchador de, por lo menos, 125 kilos. Tenía el pelo negro y ojos oscuros y brutales.

—Dígame, Mard, ¿cómo sabe usted exactamente que han sido ciento ocho países? —preguntó Martin Beck

—No me llame Mard. No quiero que nadie me trate como a un viejo amigo. Llámeme señor. ¿Qué cómo lo sé? Porque llevaba un libro de ruta. El país centésimo octavo fue el Alto Volta. Fui allí en avión desde Casablanca. El centésimo séptimo fue el Yemen del Sur. Pero le juro que éste es el peor. He estado en un hospital de Corea del Norte y en Honduras, y en Macao y en la República Dominicana, y en Pakistán y en Ecuador. Pero nunca he visto uno peor que el de aquí, el de Malmö, el verano pasado. Me metieron en una sala que debió de haber sido construida en 1890. Allí estábamos veintinueve personas, y diecisiete acababan de sufrir una operación quirúrgica. Luego vinieron aquellos imbéciles de trabajadores sociales a preguntarnos de qué nos quejábamos. Se supone que debemos mantener las bocas cerradas, ya que al fin y al cabo es gratuito. ¡Gratuito! Cuando tienes al recaudador de impuestos siguiéndote como un lobo. ¿Puede explicarme por qué este gobierno idiota sigue en el poder? He estado en muchos sitios donde ahorcan a la gente por hacer cosas como ésas.

Mard miró en torno suyo.

—Ya sé que esto está revuelto —reconoció—. No soy muy bueno limpiando. No sé cómo hacerlo.

Tomó la botella vacía de vodka y la llevó a la cocina.

—Allí —dijo—. Así está mejor. Ahora quiero hacerle una pregunta. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Por qué ese idiota de ahí fuera araña mi puerta mientras me afeito? Siempre me afeito dos veces al día, a las seis de la mañana y a las tres de la tarde. Y siempre me afeito yo mismo. Y me gusta la navaja. Afeita mejor.

Martin Beck guardó silencio.

—Le he hecho una pregunta —dijo Mard—, y no he tenido respuesta. ¿Quién es usted, por ejemplo? Y ¿qué demonios está haciendo en mi casa?

—Me llamo Martin Beck y soy policía. Un detective inspector jefe, para ser exacto, y jefe de la llamada Patrulla Nacional de Homicidios.

—¿Cuándo nació usted?

—El veinticinco de septiembre de mil novecientos veintidós.

—Muy bien. Es divertido hacer las preguntas de siempre, para cambiar. Y ¿qué quiere usted?

—Su esposa desapareció el diecisiete de octubre.

—¿Y?

—Nos preguntamos dónde puede estar.

—Estupendo, pero ya he dicho, por amor de Dios, que no lo sé. Y el día diecisiete yo estaba sentado en el transbordador *Malmöhus* bebiendo unas copas. Bueno, emborrachándome. Ése es el único barco decente de la ciudad. Un hombre no puede existir en este país, así que me monto en los barcos de Copenhague y bebo.

—Creo que usted dirige una especie de restaurante, ¿verdad, capitán Mard?

—Sí, tengo un par de mujeres que lo llevan por mí. Y, ¡por Dios!, el sitio está limpio y los cacharros pulidos, si no, ya las habría arrojado de un puntapié al puerto. Voy allí de vez en cuando, pero ellas nunca saben cuándo me presentaré.

—Ya veo.

—Usted musitó algo sobre un homicidio.

—Sí, es una posibilidad. Parece que alguien la secuestró.

Y usted tiene una coartada muy mala.

—Tengo una coartada muy buena. Estaba en el *Malmöhus*. Pero al lado de ella vive un maniaco sexual. Si le ha hecho algo a Sigbrit, la estrangularé con mis manos.

Martin Beck miró las manos de Mard. Eran unas manos formidables. Serían capaces de estrangular a un oso.

—Usted ha dicho « la estrangularé » .

—No es lo que he querido decir. Yo amo a Sigbrit.

De repente Martin Beck comprendió muchas cosas. Bertil Mard era un hombre peligroso, con un temperamento impreciso. Hacía muchos años que estaba acostumbrado a dar órdenes y a hacer muy poco por sí mismo. Era probablemente un buen marino y le costaba mucho trabajo acostumbrarse a la vida en tierra. Podía ser considerado capaz de todo, incluyendo, presumiblemente, lo peor.

—La tragedia de mi vida fue nacer en esta maldita ciudad de Trelleborg — dijo Mard—. Con una nacionalidad que nunca quise. Un país en el que nunca he podido quedarme más de un mes seguido, o dos, como máximo. Incluso así todo fue bien hasta que enfermé. Pero quería a Sigbrit, y venía a casa a verla casi todos los años. Nos llevábamos muy bien. Después me marchaba de nuevo. Y luego esta maldita cosa. Mi hígado me falló, y finalmente no quisieron

aprobarme en el examen físico.

Permaneció allí, de pie, silencioso, durante un minuto.

—Váyase ahora —dijo de repente—. Si no, me pondré furioso y le partiré la mandíbula.

—Está bien —dijo Martin Beck—. Volveré si tengo que llevármelo detenido.

—¡Váyase al infierno! —exclamó Mard.

—¿Cómo era su esposa? ¿Qué clase de persona?

—Eso no es asunto suyo. ¡Fuera!

Martin Beck dio un paso hacia la puerta.

—¡Adiós, capitán Mard! —dijo.

—¡Espere! —exclamó Mard de repente.

Dejó la botella de Agua Florida y cerró la navaja.

—He cambiado de idea —dijo—. ¿Por qué? No lo sé.

Se sentó y se sirvió un vaso de vodka.

—¿Bebe usted?

—Sí —contestó Martin Beck—, pero ahora no, y mucho menos vodka tibia sin mezcla.

—Tampoco yo la bebería de esta manera —respondió Mard— si tuviera una camarera o un ayudante de cocina que me trajera lima agria y cubitos de hielo en cuanto yo tosiera. A veces me pregunto por qué no vendo la cervecería, me voy de aquí y me embarco para Panamá o Liberia.

Martin Beck se sentó ante la mesa.

—Lo único malo es que nunca me darían el mando de un barco. A lo máximo sería primer oficial de un tipo como yo. Y no lo podría soportar. Estrangularía a ese hijo de puta.

Martin Beck siguió sin decir nada.

—Pero al menos podría emborracharme y ponerme como una cuba en mar abierto. Quiero a Sigbrit y quiero un barco. Y ahora no tengo ni una cosa ni otra. Y aquí no puedo emborracharme sin que todos los imbéciles entrometidos metan la nariz.

Miró, en torno suyo, la habitación.

—¿Cree que yo quiero vivir de esta manera? —preguntó—. ¿Cree que me gusta vivir rodeado de tanta porquería?

Pegó un puñetazo sobre la mesa, tan fuerte, que a punto estuvo de volcar el vaso.

—No, y a sé lo que usted cree —rugió—. Cree que le hice algo a Sigbrit. Pero no le hice nada. ¿No se pueden meter eso en sus cabezas? ¡Malditos policías! Todos son lo mismo, en todo el mundo. Los policías son cerdos de playa, y para lo único que sirven es para subir a bordo, beber algo y pedir cigarrillos a cambio de no causarle a uno molestias. Recuerdo a un hijo de puta en Millwall cuando yo hacía aquella ruta. Un cara, que siempre nos estaba esperando en el muelle

como una estatua cuando atracábamos, y me saludaba diciendo: « Sí, señor », y « Me alegro de verle, capitán », y para cuando se marchaba iba tan cargado de cartones de cigarrillos y de botellas que apenas podía bajar por la escalerilla. Y aquí pasa lo mismo.

—Yo no he venido a pedirle licor ni tabaco.

—Entonces, ¿qué demonios quiere?

—Quiero saber qué le pasó a su ex-esposa. Por eso le he preguntado que cómo era. Qué clase de persona.

—Estupenda. Es estupenda. ¿Qué quiere que le diga? La amo. Pero ustedes quieren prenderme. Ese poli de Anderslöv le contó a usted que yo le pegué a ella varias veces. ¿Sabe que me pegó un puñetazo una vez? No creí que tuviera redaños. Sólo he perdido una lucha en toda mi vida, y eran cuatro contra mí. En Amberes. Pero él tenía la razón, y yo estaba equivocado y él lo sabía.

Martin Beck se quedó mirando a Mard pensativamente.

Era posible que aquel hombre estuviera tratando de presentarse de modo que diera mejor impresión.

—Ustedes estuvieron casados mucho tiempo —dijo Martin Beck

—Sí, Sigbrit tenía dieciocho años cuando nos casamos. Dos meses después yo me embarqué. Y después de eso yo siempre estuve en la mar; pero venía a casa a pasar un mes o dos cada año, y lo pasábamos bien.

—¿Sexualmente?

—Sí. Yo le gustaba a ella. Solía decir que yo la hacía sentirse como atropellada por un tren.

—¿Y qué me dice del resto del año?

—Me aseguraba que me era fiel, y yo nunca tuve motivos para pensar otra cosa. Pero siempre me pareció divertido lo lujuriosa que era durante un mes, y que luego se pasara sin ello durante once meses. Pero aseguraba que no había truco. Que no pensaba en eso.

—Y usted, ¿qué?

—Bueno, yo iba a una casa de putas cada vez que llegábamos a un puerto.

—¿En ciento ocho países?

—Nunca conté los prostíbulos, pero calculo que fueron bastantes. Le puedo dar algunas direcciones si quiere. Pero en algunos países no hay prostitutas. Recuerdo uno. Rumania. Tuve que pasar tres meses en Constanza con un viejo barco, y no encontré ni una puta en la ciudad. Tomé el tren y fui a Bucarest. Allí tampoco había. Nunca he visto nada parecido.

—Y ¿qué hizo usted?

—Me fui a El Pireo. Allí las hay a miles. Bebí y jodí y no salí de la cama en dos semanas. Sí, por Dios...

Mard miró fijamente al interior de su vaso, pero no bebió.

—Ya sé que estará pensando que los marinos no hacen más que ir corriendo

al prostíbulo en cada puerto, y eso sólo demuestra una cosa.

—¿Qué?

—Que usted no sabe mucho de marinos. Navegué con el mismo capitán durante siete años. Él tenía a su esposa en Bergkvara. Y le puedo jurar que nunca tocó a otra mujer, en aquellos siete años. Creo que eso estaba muy bien. Es como un hombre debe ser. Y conozco a muchos otros.

—¿Y qué le decía usted a ella cuando volvía a casa?

—¿A Sigbrit? Bueno, naturalmente, yo le decía a ella que le había sido fiel y que no había hecho más que esperar mis vacaciones. Todo lo que tenía que hacer era asegurarme de que no volvía a casa con alguna enfermedad venérea o señales de mordeduras en mi cuerpo. Gracias a la penicilina. Pero yo le decía a Sigbrit que nunca había mirado a otra mujer. Se lo juraba una y otra vez. Y tampoco lo reconocería ahora, aunque ya es demasiado tarde. Ya no importa.

—¿Quiere decir que Sigbrit está muerta?

Si Martin Beck había esperado que el hombre se derrumbara moralmente, estaba equivocado. Mard tomó un trago de su bebida, levantando el vaso con mano muy firme.

—Está tratando de arrastrarme a alguna clase de trampa —dijo calmosamente—, pero no le va a servir de nada. En primer lugar, yo estaba en aquel transbordador, y en segundo lugar, no creo que Sigbrit esté muerta.

—¿Qué cree usted?

—No lo sé. Pero conozco ciertas cosas en las que usted nunca habría pensado.

—¿Por ejemplo?

—Sigbrit es una persona algo presuntuosa. Le parecía que era estupendo ser la esposa de un capitán de la marina mercante y tener aquella bonita casa. Y era magnífico disponer de su salario y el mío. Además de eso, yo siempre he tenido dinero mío, propio. Así que cuando nos separamos yo dije, bueno; pero que no se figurara ella que iba a sacarme ningún dinero después de darme la patada, así que no le pasaba ninguna pensión para alimentación ni nada. De manera que creo que después del divorcio ella pasó estrecheces.

—¿Por qué se separaron ustedes?

—No podía soportar vivir en aquella ciudad insignificante sin nada que hacer. Así que empecé a beber y a gritarle que me limpiase los zapatos y limpiara la casa, y le pegué mucho, hasta que ella se hartó. Comprendo por qué. Luego lo sentí muchísimo. Y ahora puedo permanecer todo el día sentado aquí y sentirlo. También puedo lamentar haberme bebido dos botellas al día durante quince años. *Skoal!*

Mard terminó su bebida. Consistía en un cuarto de litro de alcohol de cuarenta y ocho grados, y se lo bebió como agua, sin suspirar siquiera.

—Me gustaría saber algo —dijo Martin Beck

—¿Qué?

—¿Ha tenido usted relaciones sexuales con ella después del divorcio?

—Pues claro. Fui allí y me acosté con ella muchas veces. Pero ahora ya hace tiempo. Por lo menos año y medio.

—¿Y qué dijo ella entonces?

—Seguía pensando que eso era como ser arrollada por un tren expreso. Tremendo. Su coño se le fue haciendo más grande y más húmedo conforme se iba haciendo vieja. Yo aún esperaba que pudiéramos arreglar las cosas, pero ahora es demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Por muchas razones. Porque estoy enfermo, en primer lugar. Pero también porque, en realidad, no había nada. Un matrimonio basado principalmente en mentiras y engaños, ¿vale la pena? Aunque yo fuera el único que mintiese. Y, sin embargo, sigo amando a Sigbrit.

Martin Beck pensó un momento.

—Capitán Mard —le dijo—, por lo que ha dicho parece que usted tiene mucha experiencia con mujeres.

—Sí. Puede decirlo así. Las buenas putas saben una cosa. Saben cómo fornicar. ¿Y qué?

—¿Era, o es, su esposa una mujer especialmente excitante sexualmente?

—Puede apostar a que sí. No me quedaba en Anderslöv, al menos un mes cada año, sólo para reírme.

Martin Beck estaba inseguro. Cuanto más duraba la conversación, menos sabía qué debía creer. Ni siquiera estaba seguro de que le siguiera disgustando Mard.

—Eso de los ciento ocho países —dijo—. Me ha impresionado que realmente pueda recordar...

Mard se metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó algo. Era un pequeño cuaderno de notas encuadernado en piel, casi tan grueso como un himnario.

—Lo apunto todo, como ya le dije. Mire aquí.

Hojeó las páginas, que parecían estar llenas en parte con notas. El papel estaba rayado y las líneas muy cerca unas de otras.

—Aquí tiene —dijo Mard—. Toda la lista. Empieza con Suecia, Finlandia, Polonia, Dinamarca, y acaba con Ras Al Kaima, Malta, Yemen del Sur y Alto Volta. Yo ya había estado en Malta mucho antes de eso, pero no la puse en la lista hasta que consiguió la independencia. Es un cuaderno de notas muy bueno. Lo compré en Singapur hace más de veinte años y nunca he visto otro como él.

Se volvió a meter el cuaderno de notas en el bolsillo.

—Es una especie de cuaderno de bitácora de mi vida —explicó—. Un librito como ése es todo lo que se necesita para una vida humana. Para la mayoría de la gente bastaría con uno más pequeño.

Martin Beck se levantó.

También lo hizo Mard.

De pie tenía un aspecto impresionante, alargando sus manazas.

—Pero si alguien ha hecho algo a Sigbrit, déjeme que me encargue de él. La verdad es que nadie mejor la ha tocado. Ella me pertenece.

Sus ojos oscuros centellearon.

—Lo haré pedazos —dijo—. Ya en otras ocasiones estas manos han hecho pedazos.

Martin Beck le miró las manos.

—Será mejor que piense un poco sobre lo que estuvo haciendo el día diecisiete, capitán Mard. Esa coartada suya no vale gran cosa.

—Coartada —dijo Mard con disgusto—. ¿Para qué?

Uno par de zancadas por la habitación y abrió la puerta de la calle.

—Y ahora váyase al infierno —dijo—. Y rápido, antes de que me vuelva loco.

—Adiós, capitán Mard —respondió Martin Beck cortésmente.

Cuando vio el rostro de aquel hombre a la luz, observó que el blanco de sus ojos estaba amarillo.

—Cerdo de playa —dijo Mard.

Y cerró la puerta de un portazo.

Martin Beck caminó hacia la ciudad durante unos cien metros.

Luego giró y se dirigió hacia el puerto. Cuando llegó al Savoy, entró en el bar y se sentó.

—Buenas tardes —le dijo el barman.

Martin Beck asintió con la cabeza.

—*Whisky* —pidió.

—¿Con hielo, como siempre?

Martin Beck volvió a asentir.

Hacía cuatro años que estuvo en este bar la última vez. Estaba visto que había gente con buena memoria.

Se sentó con su bebida durante un buen rato, pensando.

No sabía realmente qué pensar de aquel hombre. Casi seguro que Mard le había engañado en algo, pero él no podía imaginar en qué.

Mard había sido o muy sincero o muy astuto. En ambos casos había hablado demasiado de matar gente.

Al cabo de un rato empezó a pensar en otras cosas. Tenía muchos recuerdos de este hotel, y por lo menos uno de ellos era agradable.

Pidió otro *whisky*.

Cuando lo hubo bebido, pagó y se marchó, cruzó el canal y se dirigió a la fila de taxis que había frente a la estación de ferrocarril. Subió al coche primero de la fila.

—A Anderslöv —dijo.

En taxi, el viaje duraría exactamente veintinueve minutos.

Kollberg telefoneó aquella tarde desde un lugar llamado Jät.

—He tratado de comunicarme contigo todo el día. ¿Dónde has estado?

—En Malmö.

—¿En casa de Per Mansson?

—Estuve allí un rato. ¿Dónde estás tú?

—Me encontré con un viejo amigo mío en Växjö. Tiene una casa de verano aquí, en el lago Asnen, con playa, sauna y de todo. ¿Te importará mucho que no me presente hasta mañana?

—Quédate ahí y date un baño en la sauna —contestó Martin Beck—. Pero ¿tienes ganas de bañarte en el lago Asnen en esta época del año?

—Bueno, lo intentaré después de la sauna. Creo que luego vamos a ir a cenar. Martin Beck sonrió.

—Me rindo —dijo no del todo sinceramente—. ¿Qué vais a cenar?

—Cangrejos de río.

Kollberg parecía un niño en vísperas de Navidad.

—Es bueno tener amigos así —comentó Martin Beck—. Buenas noches. Te veré por la mañana.

Colgó el auricular y volvió a su habitación. Se detuvo en el balcón y echó un vistazo al jardín y a las luces del comedor que caían sobre los senderos de grava y el césped. No tenía apetito, ni tampoco deseos de bajar. Allwright estaba con su hermano en Källstorp, y no conocía a nadie más en Anderslöv para pasar con él la velada. Folke Bengtsson podía esperar hasta que Kollberg llegara, y, de todos modos, él ya había hablado bastante aquel día. Rhea estaba visitando a unos amigos en el campo, según había dicho, así que no podía telefonarla, y un paseo por la ciudad no parecía muy tentador. Decidió que la única alternativa que le quedaba era irse a la cama y leer su libro sobre el *Normandie*.

Kollberg no se presentó hasta muy avanzada la tarde del sábado, con la explicación bastante aceptable de que los cangrejos fueron acompañados por algo más que un poco de aguardiente, que tuvo que ser sacado del cuerpo con vapor y agua fría antes de que él pudiera volver a sentarse detrás del volante de su coche con la conciencia clara y una corriente sanguínea libre de alcohol.

Al anochecer, todos quedaron en ir a cenar a casa de Allwright, y, como Martin Beck había esperado, Allwright y Kollberg simpatizaron en seguida.

A principios de la mañana del lunes, Allwright reemprendió con entusiasmo su papel como guía local, y Kollberg no disimuló su delicia ante este cicerone locuaz y su encantador distrito nativo. Martin Beck se instaló en el asiento trasero con Timmy y se esforzó por no marearse. Admiraba la habilidad de Allwright en describir sin repetirse las mismas cosas que habían visto en sus anteriores excursiones, y su inagotable provisión de anécdotas sobre la zona y la gente que vivía en ella.

En Domme se dirigieron a la casa de Folke Bengtsson. Su furgoneta no estaba allí, y nadie contestó cuando llamaron a la puerta.

—Habrà ido a pescar —dijo Allwright—. O a llevar los encargos de sus clientes. Probablemente volverà esta tarde.

Se separaron a la puerta de la comisaría de policía. Allwright tenía que cumplir con sus deberes de rutina. Martín Beck y Kollberg fueron andando sin prisa hacia la carretera. El aire era claro y fresco, y el sol calentaba.

—Es como para tener envidia de Herrgott —dijo Kollberg—. ¡Qué diferencia de Estocolmo!

—Deberías solicitar que te trasladen a una ciudad pequeña —dijo Martin Beck.

Kollberg miró de reojo al sol y negó con la cabeza.

—No saldría bien —contestó—. Parece una buena idea cuando uno mira a Herrgott; pero yo me volvería loco en dos semanas en un agujero como éste. Tú eres lo mismo que yo, así que debes saber a qué me refiero. Además, Gun quiere empezar a trabajar, o al menos seguir estudiando si no encuentra un empleo.

Kollberg llevaba casado con Gun siete años. Tenían dos hijos, una chica de seis y un chico de tres, y Martin siempre había considerado ideal ese matrimonio. Antes de que él conociera a Rhea, había envidiado a Kollberg. Gun era inteligente y llena de vitalidad, afable y con sentido del humor, una buena compañera, y, en lo que él podía ver, una madre maravillosa. Además, era bonita y parecía tener menos de los treinta y cinco años que tenía. Se podía imaginar a Gun haciendo cursos de español o de *ballet de jazz*, o cualquier cosa que ella y las otras esposas en un lugar como Anderslöv pudieran pensar. Ella encontraría sin duda algo con que ocupar su tiempo; pero, como Kollberg, no se sentiría feliz. Ella era también estocolmesa, a macha martillo.

Un camión amarillo de reparto, con la palabra KVÄLLSPOSTEN en letras rojas giró alejándose del bordillo ante la cooperativa. Mientras subía colina arriba, una mujer salió del quiosco de periódicos y colocó un cartel con titulares.

La mitad del cartel estaba ocupada por las palabras ¿MUJER ASESINADA —en dos líneas y, debajo, en caracteres más pequeños, decía— *en Anderslöv?*

Kollberg agarró a Martin Beck por el brazo y bajaron a la calzada; pero Martin Beck indicó con un movimiento de cabeza el camión de reparto de periódicos, que se había detenido ahora frente a la farmacia al otro lado de la calle y frente a la posada.

—Siempre compro el diario en la tabaquería de la plaza —dijo.

—¿Siempre? —preguntó Kollberg—. ¿Es que ya has llegado a tener hábitos aquí?

—Es una bonita tienda —repuso Martin Beck—. Una tienda pueblerina, bien provista. Hasta tienen juguetes, si quieres comprar algo para Bodil y Joakim.

La dueña de la tienda estaba tras el mostrador con el cartel en las manos.

—¿Así que han encontrado a Sigbrit? —dijo. Martin Beck ya era muy conocido—. ¡Pobrecilla! —exclamó.

—No crea todo lo que lee en los periódicos —dijo Kollberg—. Sólo ha sido dada por desaparecida. Hay un interrogante aquí, aunque sea pequeño.

—Pero puede usted anticiparse —repuso la mujer—. Ahora se han puesto los periódicos que da no sé qué venderlos. No llevan más que mentiras, indecencias y desgracias.

Compraron el *Kvällsposten* y el *Trelleborgs Allehanda*, y Kollberg echó un vistazo al departamento de juguetes, que realmente estaba bien provisto. Halló un par de cosas que nunca había visto en NK, PUB, Ahléns o cualquiera de los otros grandes almacenes de Estocolmo, y decidió volver y comprarlos para sus hijos.

Al lado del coche de Kollberg había un descapotable deportivo, aparcado con su parte trasera hacia la tienda de licores. Era un modelo antiguo, de líneas muy funcionales. Parecía bien cuidado, y el esmalte color verde botella relucía bajo el sol. Martin Beck, a quien generalmente no le interesaban los coches, se detuvo para mirar.

—Un Singer —dijo Kollberg— de por lo menos hace veinticinco años. Bonito coche, pero frío en invierno como demonios.

La especialidad de Kollberg era entender casi de todo.

Entraron en el comedor del albergue. Era la hora del almuerzo y había varias mesas ocupadas. Se sentaron a la mesa, en un rincón, cerca de la terraza, y abrieron sus periódicos.

El *Trelleborgs Allehanda* publicaba una breve información a dos columnas en primera página sobre la desaparición de Sigbrit Mard. El texto era objetivo y exacto y llevaba la huella de las ponderadas declaraciones de Allwright a la prensa. El artículo contenía tan sólo los nombres y apellidos de la mujer desaparecida, de Allwright y Martin Beck. Aunque el titular y el cuerpo del texto dieran cuenta de que se había pedido la ayuda de la Patrulla Nacional de Homicidios para resolver el caso, el periodista había tenido buen cuidado de no hacer ninguna suposición para sus lectores, y las palabras «asesinada» y «asesino» no eran mencionadas. La información estaba ilustrada con la foto del

pasaporte y en el subtítulo se pedía ayuda a toda aquella persona que hubiera visto a la mujer desde el momento de su desaparición.

Kvällsposten no se mostraba tan moderado. Su primera página llevaba una foto a dos columnas de Sigbrit Mard cuando tenía veinte años, con peinado de cola de caballo y grandes pendientes blancos. En las páginas interiores del periódico había más fotos, de la casa de Sigbrit Mard y de la casa del asesino de Roseanna, la parada del autobús donde ella fue vista por última vez, una foto de hacía ocho años en la que se veía a Folke Bengtsson en un coche de la policía con cara de asustado y un retrato de Martin Beck con la boca abierta y el pelo revuelto.

En la información se daba mucho énfasis al hecho de que Sigbrit Mard vivía al lado de un asesino sexual, y había un artículo especial contando de nuevo el caso Roseanna de nueve años atrás. Había comentarios de un par de vecinos de Anderslöv que daban sus opiniones sobre la mujer desaparecida (« una joven muy cariñosa y agradable, que siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para todo el mundo ») y de Folke Bengtsson (« un tipo extraño, solitario, que rechazaba el trato con la gente »). La señora Signe Persson, « quizá la penúltima persona que vio a la señora Mard viva », daba una animada descripción de cómo ella la vio de pie en la parada del autobús, y luego « al parecer » subió al coche de Bengtsson.

También había una referencia especial sobre Martin Beck, « el conocido detective y jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios »; pero cuando Martin Beck llegó a las palabras « el Maigret de Suecia », arrojó el periódico a la silla vacía que había a su lado.

—¡Uh! —exclamó y miró en torno suyo, en busca de la camarera.

—Ya puedes decirlo —corroboró Kollberg—. Y ahora el *Expressen* y el *Aftonbladet*, y todos los demás, se van a echar sobre ti exigiendo declaraciones.

—No pienso hacer ninguna declaración —dijo Martin Beck—, pero supongo que no tendremos más remedio que celebrar una especie de conferencia de prensa.

Acudió la camarera y ambos pidieron estofado de buey Skansk con remolacha y encurtidos.

Comieron en silencio. Kollberg acabó primero, como siempre. Se limpió la boca y miró en torno suyo. La habitación estaba ahora casi vacía.

Además de él y Martin Beck sólo quedaba otra persona, un hombre sentado a una mesa junto a la cocina.

Había una botella de agua mineral y un vaso en la mesa frente a él. El hombre estaba fumando en pipa y hojeando un periódico, y de vez en cuando miraba de reojo a los dos detectives.

Kollberg tenía la vaga sensación de conocerle y se quedó mirándolo disimuladamente.

Aparentaba unos cuarenta y tantos años y tenía el cabello rubio oscuro que le llegaba a la espalda y le caía sobre su chaqueta de ante color marrón claro. Llevaba unas gafas con montura de acero y estaba muy bien afeitado, exceptuando las espesas y rizadas patillas. Su rostro era delgado, de mejillas prominentes, y las líneas alrededor de la boca eran amargas o quizá cínicas. Enarcó el entrecejo mientras limpiaba su pipa en el cenicero que tenía delante.

Sus manos eran de dedos largos y nervudos.

De repente alzó la cabeza y miró fijamente a los ojos de Kollberg. Su mirada era tranquila y firme y muy azul. Kollberg no tuvo tiempo de mirar a otra parte, y por un momento se quedaron mirándose el uno al otro.

Martin Beck apartó su plato y vació su vaso de cerveza.

Cuando dejaba el vaso, el hombre dobló el periódico, se levantó y se dirigió a la mesa de ellos.

—Me parece que no me han reconocido —dijo.

Martin Beck se quedó mirando a aquel hombre inquisitivamente y negó con la cabeza.

Kollberg aguardó.

—Ake Gunnarsson. Aunque ahora mi nombre es Boman.

Lo recordaron muy bien. Seis años antes había matado a un hombre en una pelea, a otro periodista de su misma edad llamado Alf Matsson. Los dos estaban borrachos. Matsson lo había provocado con exceso, y la muerte podía casi ser calificada de accidente. Cuando Gunnarsson se recobró del consiguiente choc, actuó fría e inteligentemente para borrar las huellas de lo que había hecho. Martin Beck había estado a cargo de la investigación, y, entre otras cosas, pasó una semana en Budapest antes de poder hallar el rastro de Gunnarsson. Kollberg también había estado presente en el momento de la detención, cosa que no resultó agradable a ninguno de los dos. Habían llegado a sentir cierta simpatía por Gunnarsson, a quien consideraban víctima de circunstancias infortunadas más que un asesino a sangre fría.

Gunnarsson tenía larga barba y pelo corto en aquellos tiempos, y estaba un poco grueso.

—Siéntese —dijo Martin Beck, apartando el periódico de la silla.

—Gracias —contestó el hombre, sentándose.

—Ha cambiado usted —le dijo Kollberg—. En primer lugar ha perdido peso.

—No lo he hecho con intención, aunque he tratado de cambiar mi aspecto, y supongo que puedo felicitar me por el hecho de que ninguno de ustedes dos me reconoció. Aunque puede que no me hubieran reconocido, de todos modos.

—Y ¿por qué se hace llamar Boman? —inquirió Kollberg.

—Era el apellido de soltera de mi madre. Me pareció que era la cosa mejor que podía hacer. Ahora me he acostumbrado a él, y casi he olvidado mi antiguo nombre. Les agradecería que ustedes lo olvidaran también.

—De acuerdo, Boman —dijo Kollberg.

Martin Beck pensó en la curiosa coincidencia que repentinamente había acercado a él y a Kollberg a dos personas que fueron la causa de dos de sus casos más difíciles, al cabo de tantos años, y en un sitio como Anderslöv.

—¿Qué está haciendo usted en Anderslöv? —preguntó él—. ¿Vive aquí?

—No —respondió Ake Boman—. La verdad es que he venido aquí tratando de conseguir una entrevista con usted. Vivo en Trelleborg y trabajo para el *Trelleborgs Allehanda*. Yo escribí ese artículo de primera página que estaba usted leyendo hace un rato.

—¿No escribía usted sobre automóviles? —preguntó Kollberg.

—Sí, pero en un periódico provinciano se ha de hacer un poco de todo. Tuve la suerte de conseguir este empleo. Me lo buscó la funcionaria que me consiguió la libertad condicional.

Llegó la camarera y limpió la mesa.

—¿Tomamos café? —preguntó Kollberg.

—Está bien —dijeron Ake Boman y Martin Beck a la vez.

—Quizás usted preferiría un coñac.

Ake Boman negó con la cabeza y la camarera se dirigió hacia la cocina.

—¿No bebe mientras trabaja? —preguntó Kollberg.

—No bebo nunca —repuso Ake Boman—. No bebo desde...

No acabó la frase, y sacó una lata de Capstan y empezó a llenar su pipa.

—¿Hace mucho que trabaja usted para el diario? —preguntó Martin Beck.

—Ya hace año y medio. Me condenaron a seis años, como usted quizás sepa. Asesinato en segundo grado. Pasé tres años en la cárcel y luego obtuve una reducción automática y la libertad condicional. Aquellos primeros meses de libertad fueron terribles. Casi peores que la prisión, y ésta era indescriptible. No sabía a dónde ir. Todo lo que sabía con seguridad era que había de irme lejos de Estocolmo. En parte porque allí me conocía mucha gente, y en parte porque habría vuelto a ir de juerga, a emborracharme y a visitar bares... Bueno, ya me comprende. Logré un empleo en un garaje de Trelleborg y tuve la suerte de encontrar una funcionaria de prisiones, encargada de las libertades condicionales, que era maravillosa. Ella fue la que me convenció para que siguiera escribiendo, y luego conseguí este empleo. Sólo el editor y otras dos personas en la ciudad saben... que he tenido mucha suerte.

Pero no parecía particularmente contento o feliz.

Bebieron su café en silencio.

—¿Es suyo ese Singer aparcado ahí fuera? —preguntó Kollberg.

Ake Boman sonrió con orgullo al contestar.

—Y eso es otro ejemplo de mucha suerte. Estaba en el pajar de una granja cerca de Önnestad a donde fui por una tarea que me encargaron el verano pasado. El propietario había muerto hacía un año y su viuda lo había metido allí.

Dio una chupada a su pipa.

—Estaba muy sucio, pero eso pudo arreglarse. Lo compré en el acto. En mis ratos libres me dedico a escribir artículos para revistas automovilísticas y alguna novela de vez en cuando, así que tenía un poco de dinero ahorrado.

—¿Sigue usted en libertad condicional? —preguntó Martin Beck.

—Desde septiembre pasado, no —contestó Ake Boman—; pero aún veo a mi funcionaria de prisiones de vez en cuando. Comprenda. Soy soltero y ella se imagina que no sé guisar para mí.

Martin Beck recordó una fotografía que él había visto en el apartamento de Boman seis años antes. Una joven rubia con la que él pensaba casarse.

Ake Boman dio una chupada a su pipa y miró pensativamente a Martin Beck.

—El hecho es que el periódico me envió aquí para sonsacarle cosas acerca de esta desaparición —dijo como excusándose—. Y aquí me tiene sentado ante usted hablando de mí todo el rato.

—No tenemos mucho que añadir a lo que usted ya ha publicado —contestó Martin Beck—. Ha hablado ya con Herrgott Allwright, ¿verdad?

—Sí, pero el mero hecho de que estén ustedes dos aquí significa que sospechan algo —dijo Ake Boman—. Y ahora en serio, ¿cree usted que Folke Bengtsson la asesinó?

—Aún no creemos nada —respondió Martin Beck—. Ni siquiera hemos hablado con Bengtsson. La única cosa que sabemos con seguridad es que Sigbrit Mard no ha vuelto a su casa desde el diecisiete de octubre, y que nadie parece saber dónde está.

—Usted ha leído los periódicos de la tarde —dijo Ake Boman.

—Sí, pero ellos serán responsables de sus propias especulaciones —dijo Martin Beck—. Sería inútil de momento, ya que aún no hay nada que decir. Pero si puede permanecer tranquilo durante cierto tiempo, en cuanto haya algo nuevo le telefonearé para decírselo. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo —repuso Ake Boman.

Los dos creían que se debían algo. Lo que fuera, y por qué, no lo sabían.

Martin Beck no pudo evitar seguir pensando en las manos de Bertil Mard, y después del almuerzo decidió ir a Trelleborg y hacer por télex una pregunta sobre Mard a la Interpol en París.

La mayoría de las personas, incluso la mayor parte de los policías, se hallan bajo la impresión de que la Interpol es una agencia internacional poco efectiva, poco manejable y burocrática, sobre todo una fachada, tras la cual en esencia no puede encontrarse nada.

El caso de Bertil Mard desmintió semejantes ideas.

Martin Beck no había tenido tiempo para hacer preguntas astutas. Simplemente preguntó si Mard había sido fichado alguna vez en alguna parte, y en caso afirmativo, por qué.

Tuvo respuesta al cabo de seis horas, una respuesta bastante detallada.

Aquella misma tarde él y Kollberg fueron al apartamento de Allwright y los tres consideraron el documento, no sin cierto asombro.

Estaban comiendo unos bocadillos y bebiendo cerveza.

En casa de Allwright tenían aún la posibilidad de que los dejaran más o menos en paz, ya que la comisaría de policía estaba, como siempre, cerrada a esa hora del día.

Un aparato de contestación automática daba cuenta de todas las llamadas telefónicas a la policía de Trelleborg, donde la centralita había dejado de ser una diversión.

El albergue estaba lleno de periodistas.

Por razones de seguridad, Allwright había puesto el interruptor de contacto en su teléfono privado.

Estudiaron la cinta del télex.

La policía de Trinidad-Tobago informaba que Bertil Mard había sido detenido el 6 de febrero de 1965 por matar a golpes a un tripulante de un buque petrolero, un individuo de nacionalidad brasileña. Aquel mismo día fue llevado ante un tribunal de la policía y considerado culpable de perturbar la paz, y de lo que el informe llamaba «homicidio justificado», que no era delito castigable en Trinidad-Tobago. Por perturbar la paz, sin embargo, le impusieron una multa de

cuatro libras. El tripulante del petrolero había hecho insinuaciones a una mujer que iba en compañía de Mard, y por tanto se le atribuyó la culpa del incidente. Mard salió del país al día siguiente.

—Cincuenta coronas —dijo Kollberg—. Muy barato por matar a un hombre.

—Homicidio justificado —repitió Allwright—. ¿Cómo se dice eso en sueco? ¡Claro! Tenemos el derecho de legítima defensa. Es lo mismo en principio. Pero no es una traducción.

—Es intraducible —declaró Martin Beck

—No hay tal concepto —dijo Kollberg.

—Pues sí lo hay —aseguró Allwright, que se echó a reír—. Lo tienen en los Estados Unidos. Que un policía mate a alguien, y siempre será «homicidio justificado». Asesinato legítimo o como lo llamemos en sueco. Ocurre todos los días.

Hubo un silencio de muerte en la habitación.

Kollberg apartó a un lado el plato, con su bocadillo medio comido, en señal de disgusto.

Sus ojos carecían de expresión, y se hundió en su silla con los codos apoyados en sus muslos y las manos colgando entre las rodillas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Allwright.

—Se ha reído en el lugar equivocado —contestó Martin Beck

Allwright no comprendió qué había hecho mal, pero sí advirtió que no debía decir nada más. Al menos de momento.

Martin Beck miró con ansiedad a su viejo amigo, pero también guardó silencio.

Allwright terminó su cigarrillo. Encendió otro y se lo fumó también. Luego no hizo nada durante un rato.

Martin Beck siguió mirando a Kollberg.

Al final, éste encogió sus carnosos hombros y se irguió.

—Lo siento, Herrgott —se excusó—. A veces me pongo así. Es un poco como la epilepsia. No lo puedo evitar.

Tomó un buen trago de su vaso de cerveza y se quitó de los labios la espuma con el dorso de la mano.

—Bueno, ¿dónde estábamos? —preguntó—. Mard tiene una coartada muy mala, o mejor dicho, carece de coartada. Y se le conoce un historial de violencia. Pero ¿tiene un motivo?

—Los celos —repuso Martin Beck

—¿De quién?

—Bertil Mard tendría celos de su gato —dijo Allwright, y se echó a reír—. Y claro, por eso no tenía gato.

—No tenemos mucho de qué echar mano —opinó Kollberg.

—¡Hala! —exclamó Allwright, mientras Timmy le quitaba el bocadillo de

jamón que tenía en la mano y se lo tragaba. Martin Beck prorrumpió en carcajadas—. ¡Hala, Timmy! ¡Vaya perro policía! ¡Es un récord del mundo! ¿Ha visto eso? Viene y me quita el bocadillo. ¿Es usted aficionado al fútbol, Lennart?

—No —contestó Kollberg, riendo con tantas ganas que el estómago se le movía.

—Bueno, entonces no le contaré una anécdota —dijo Allwright—. Volvamos a Folke.

—Folke Bengtsson no tiene coartada y sí un historial de violencia. Pero ¿tiene un motivo?

—El motivo podría ser que no lo tuviera —repuso Allwright.

—En el caso de Roseanna McGraw, el motivo estaba profundamente arraigado y era muy complejo —dijo Martin Beck.

—Tonterías, Martin —le replicó Kollberg—. Hay algo que ni tú ni yo hemos discutido nunca, pero en lo que he pensado mucho. Tú estás convencido de que Folke Bengtsson era culpable. Yo estoy convencido también. Pero ¿qué clase de prueba teníamos? Él se confesó a ti, por supuesto, después de que yo le hubiera partido el brazo y después de que lo hubiésemos forzado con engaños hasta enloquecerle y atraparlo. Ante el tribunal él lo negó. La única cosa que pudimos realmente probar fue la de que él trató de violar o posiblemente (recuerda, *posiblemente*) estrangular a la mujer policía simulada a la que habíamos instruido para que lo atrajera y sedujera, y que estaba casi desnuda cuando él entró en el apartamento de ella. Siempre he pensado que en una sociedad respetuosa con las leyes, Folke Bengtsson jamás habría sido declarado culpable del asesinato de Roseanna. Las pruebas no eran suficientes. Además, él era un enfermo mental; pero no lo llevaron a un hospital, lo llevaron a la cárcel.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—¿Es que no lo ves? Tú y yo y varias otras personas, el juez que lo declaró culpable, estábamos convencidos de que él era un asesino; pero nosotros no teníamos ninguna prueba verdadera. Hay muchísima diferencia.

—Él tenía las gafas de sol de ella, entre otras cosas.

—Un buen abogado defensor habría hecho picadillo nuestras pruebas. Y un tribunal de verdad habría sobreesido el caso. En una sociedad que respetara las leyes...

Kollberg se detuvo.

—Tal vez Trinidad-Tobago es una sociedad que respeta las leyes —observó Allwright.

—Sin duda —respondió Kollberg.

—En todo caso mañana tendremos que hablar con Folke Bengtsson —dijo Martin Beck como para cambiar por otro tema más agradable.

—Sí —afirmó Allwright—. Creo que ya es hora.

—Supongo que tendremos que celebrar también una especie de conferencia de prensa —recordó Kollberg—. Por mal que eso pueda sonar.

Martin Beck asintió sombrío.

—Conferencia de prensa —dijo Allwright—. Nunca he celebrado una antes. Y ¿cómo vamos a tratar a Folke? ¿Le pedimos que venga aquí?

—Prefiero hablar con él en su propia casa —respondió Martin Beck

—¿E ir allá con los periodistas siguiéndonos? —preguntó Kollberg.

—Creo que es algo que no puede ser evitado —declaró Martin Beck

—¿Celebramos la conferencia de prensa antes o después?

—Después.

—¿Y cómo sabremos cuándo Bengtsson decidirá estar en casa? —preguntó Kollberg.

—Eso puedo decirlo yo —terció Allwright—. Sale de casa a las seis de la mañana y vuelve a la una de la tarde. Luego sale por la tarde y extiende sus redes. Se atiene a un horario.

—Bueno, entonces iremos allí a la una y cuarto —anunció Kollberg—, y a las tres hablaremos con los periodistas.

Allwright pareció esperar un día interesante y lleno de emociones. Martin Beck y Kollberg opinaron de otra manera.

—¿Y si nos marcháramos y nos metiéramos en la cama? —preguntó Kollberg, bostezando.

—El restaurante está cerrado desde hace horas —dijo Martin Beck con optimismo—. Los que siguen despiertos seguro que están jugando a las cartas en alguna parte.

Resultó un cortejo muy elegante. Salieron en fila de la comisaría de policía de Anderslöv exactamente a las trece horas del 6 de noviembre de 1973. Un sargento de la policía, uniformado, indicaba el camino. Kollberg se sentía como Abbott y Costello en uno mientras caminaba junto con Martin Beck y con Timmy olfateando a sus talones. Allwright iba detrás con sus botas verdes de goma de siempre, el sombrero de safari echado hacia atrás, y tirando de la correa del perro. Se le ocurrió que debían llevar banderitas nacionales, porque hacía 341 años que Gustavo Adolfo II había muerto en la batalla de Lützen.

—Será mejor que conduzcamos despacio, para que nadie se nos pierda — dijo Allwright haciendo una mueca.

Kollberg y Martin Beck tomaron asiento en el coche patrulla, mientras que Allwright metía al perro en su Ascona color rojo tomate y se colocaba tras el volante para dirigir la expedición.

Pero si Lennart Kollberg se sentía ridículo, esto no era nada comparado con lo que otras personas tenían motivos para sentir. Nadie había pensado en ello por adelantado, pero la hora que habían escogido para su marcha caía en medio de lo que era, para la mayoría de los periodistas, un acontecimiento casi ritual.

El almuerzo.

Sin embargo, era evidente que alguien había estado allí vigilando, ya que la noticia corrió como la pólvora.

Hombres y mujeres salieron atropelladamente del comedor del albergue con las bocas llenas de ensalada de arenque y nabos machacados. Uno de ellos llevaba la cámara fotográfica en una mano y en la otra seguía sosteniendo una copa llena de aguardiente. Les seguían confusas camareras que preguntaban qué podría significar esta evasión en masa de los huéspedes, y otros clientes, quienes probablemente pensaron que el edificio estaba ardiendo. La confusión aumentó por el hecho de que algunos de ellos tenían sus coches aparcados en la plaza y otros en el gran aparcamiento que había tras el jardín del albergue.

Pero Allwright se tomó aquello despacio y con tranquilidad, como había prometido, y cuando Kollberg miró a su alrededor, justo cuando pasaban frente a la iglesia, vio no menos de diez coches que seguían en fila al coche patrulla. Y

sospechó que en todos ellos había miembros de lo que suele llamarse el Tercer Estado.

Sólo se notaba la ausencia de un vehículo, el Singer verde de Ake Boman. La explicación era sencilla. Cumpliendo su promesa del día antes, Kollberg había telefonado a Trelleborg y le había dicho lo que pensaban hacer.

A mitad de camino de Domme, Allwright redujo la marcha, se dirigió al bastión y se detuvo. Salió del coche, saltó la zanja y desapareció tras un pequeño cobertizo. Apareció de nuevo un minuto más tarde, abrochándose tranquilamente la bragueta a la vista de todos los que había en la fila de coches, algunos de los cuales se hallaban en la incertidumbre de si debían o no haberlo seguido.

Sin la menor expresión en el rostro, Allwright se dirigió al coche patrulla y se inclinó para poder hablar a través de la ventanilla.

—Ha sido sólo una maniobra de diversión —dijo—, para estar seguro de que nadie ha roto filas.

Se quedó mirando solemnemente a la gente de los coches que les seguían. Luego volvió al suyo y siguió conduciendo. Kollberg y Martin Beck vieron como sus hombros se agitaban. Seguramente se estaba riendo solo.

—¡Dios mío! ¡Cómo envidio a Herrgott! —exclamó Kollberg—. ¡Tiene sentido del humor!

—Sí —dijo el sargento de repente—. Es un hombre divertido fuera de lo común. Es muy agradable trabajar para él, y además uno nunca tiene la sensación de ser un subordinado. Por sueldo, estoy a cuatro grados por debajo de él; pero nadie piensa en eso. Es realmente muy buena persona.

Martin Beck conocía el nombre del conductor: Evert Johansson, pero nada más.

—¿Hace mucho tiempo que es usted policía? —le preguntó.

—Seis años. Fue el único empleo que pude conseguir. Tal vez no debería decirlo, pero cuando estuve destacado en Malmö creí que esto era el infierno. La gente me miraba como si yo no fuera un ser humano, y observé que empezaba a parecer divertido. Fue en una manifestación que se celebró allí en 1969, y empezamos a aporrear gente. Yo golpeé a una chica que no podía tener más de dieciocho años, y lo que es más, llevaba consigo a un niño.

Martin Beck se quedó mirando a Evert Johansson. Un joven de rostro luminoso y franco.

Kollberg suspiró, pero no dijo nada.

—Luego me vi por televisión. Era bastante para desear ahorcarme. Y decidí abandonar el cuerpo aquella misma noche; pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno, sucede que tengo una esposa que es una buena mujer fuera de lo corriente. Ella me dio la idea de que debía solicitar el traslado a otra parte del país. Y tuve suerte. Conseguí este empleo. De otro modo ahora no sería policía.

Allwright se volvió hacia la derecha. Ya habían llegado.

La casa era pequeña y vieja, pero parecía bien cuidada. El coche deportivo de Ake Boman estaba aparcado junto a la verja. Él estaba sentado tras el volante leyendo un libro.

Vio a Folke Bengtsson junto al gallinero con una laya en la mano. Llevaba puesto un mono y botas de cuero y se cubría la cabeza con una gorra a cuadros.

Allwright se dirigió al portaequipajes de su coche y sacó una bolsa de compras, de plástico blanco, de la cooperativa.

Martin Beck se preguntó qué tendría dentro.

—Vigile al perro, Evert —dijo Allwright—. Ya sé que es una tarea fastidiosa, pero la nuestra no va a ser más divertida. Y trate de mantener apartada a toda esa gente.

Entonces abrió la verja y Martin Beck y Kollberg la cruzaron tras él. Kollberg tuvo buen cuidado de cerrarla.

Folke Bengtsson soltó su laya y se acercó a recibirlos.

—Hola, Folke —le dijo Allwright.

—Hola —contestó Folke Bengtsson.

—¿Podemos entrar para hablar con usted?

—¿Hablar conmigo?

—Sí —repuso Allwright—. Traemos los papeles necesarios. Pero ya me conoces, no habría venido si no fuera preciso.

—Pues entonces entre, por favor.

—Gracias —dijo Martin Beck.

Kollberg guardó silencio.

Tan pronto como estuvieron dentro, Allwright sacó un par de zapatos de la bolsa de plástico y dejó las botas al lado de la puerta.

Martin Beck sintió pena.

¡Dios mío! ¡Qué poco sabía él acerca de modales y costumbres en el país! Además, eso no decía mucho de su capacidad de deducción. Uno va a visitar a alguien llevando botas. Por lo tanto, lleva un par de zapatos.

Folke Bengtsson también se quitó las botas.

—Podemos sentarnos en la sala de estar —dijo sin entonación.

Martin Beck miró en torno suyo, por la habitación, que era espartana; pero estaba limpia. Las únicas cosas que podían ser llamadas lujos eran un gran acuario y un televisor.

De fuera venían los ruidos de coches que eran aparcados, y luego, el bajo murmullo de las conversaciones.

Bengtsson había cambiado muy poco en nueve años. En todo caso, si la vida en la prisión lo había marcado, eso no era aparente.

Martin Beck recordó el verano de 1964.

Bengtsson tenía treinta y ocho años de edad en aquella época y un aspecto

saludable, tranquilo y fuerte. Ojos azules, algunas canas en el pelo. Un hombre alto, bien formado, tirando a guapo, había causado muy agradable impresión.

Ahora tenía cuarenta y siete y estaba más canoso.

Aparte de esto, la diferencia era mínima.

Martin Beck se pasó la mano por la cara. En seguida se recobró. ¡Qué terriblemente duro había sido irrumpir a través de la fachada de este hombre para hacerle bajar la guardia, llevarle a un desliz de la lengua o a una confesión!

—Bueno, ahora —dijo Allwright— no voy a ser yo el que hable, aunque supongo que ya sabes a qué viene todo esto.

Folke Bengtsson asintió. Posiblemente. En todo caso hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Creo que usted conoce a estos caballeros —dijo Allwright.

—Sí —declaró Bengtsson—. Conozco al detective inspector jefe Beck y al detective Kollberg. ¿Cómo están ustedes?

—Ahora son superintendentes —explicó Allwright—. Si eso supone alguna diferencia.

—Bueno —dijo Kollberg—, técnicamente sólo soy superintendente en funciones. El título correcto es detective inspector. Pero, como dice Herrgott, eso en realidad no importa. Bueno, ¿podemos llamarle por su nombre, tutearle?

—Me gustaría —respondió Bengtsson—. Aquí la gente no se anda con cumplidos. Ya me he fijado, por ejemplo, que los niños llaman al cura por su nombre de pila.

—Es cierto —corroboró Allwright—. Aunque vaya con traje talar, los chicos le gritan « ¡Hola, Karl! ». Y él los conoce a todos por el nombre, así que siempre les contesta, también a gritos: « ¡Hola, Jens! », por ejemplo.

—También en la cárcel guardábamos pocas formalidades —dijo Bengtsson.

—¿No le parece desagradable hablar de eso ahora? —preguntó Martin Beck.

—En absoluto. Lo pasé bien en la cárcel. Era una existencia ordenada y regular. Mejor que en casa la mayor parte del tiempo. No tengo quejas del sistema penal. Era una buena vida. Nada de complicaciones, por así decirlo.

Kollberg se sentó en una de las sillas de respaldo erguido que había ante la redonda mesa de comedor y se tapó la cara con ambas manos.

Este hombre está loco, pensó.

Y:

Ahora su pesadilla va a volver a empezar.

—Bueno, siéntense —dijo Bengtsson.

Martin Beck se sentó y Allwright le imitó.

Ninguno de ellos se paró a pensar que sólo había tres sillas.

—Es sobre Sigbrit Mard —dijo Martin Beck.

—Ya veo.

—La conoce, ¿verdad, señor... Folke?

—Pues claro. Vive a pocos centenares de metros de aquí, en el otro lado del camino.

—Ha desaparecido.

—Eso he oído decir.

—Nadie la ha visto desde poco después de la una del día diecisiete del pasado mes. Era un miércoles.

—Sí, eso es lo que me han dicho.

—Ella estuvo en la oficina de Correos en Anderslöv. Y luego fue a tomar el autobús al final de ese camino.

—Sí, también he oído eso.

—Hay testigos que dicen que te vieron hablar con ella en la oficina de Correos.

—Es cierto.

—¿De qué se habló?

—Ella quería comprar unos huevos el viernes, caso de que yo los tuviera.

—¿Y?

—Yo le contesté que podía estar segura de contar con una docena.

—¿Sí?

—Eso es lo que ella quería, una docena.

—¿Y qué dijo ella entonces?

—Que muchas gracias, o algo parecido. La verdad es que no recuerdo exactamente lo que dijo.

—Sigbrit Mard no tenía su coche aquel día.

—Eso me dijeron.

—Y ahora..., Folke, ¿sabías que no tenía su coche cuando te encontraste con ella en la oficina de Correos?

Folke Bengtsson no dijo nada durante un buen rato.

—Sí —dijo finalmente.

—¿Cómo lo sabías?

—Cuando se vive de esta manera, uno se entera de cosas de sus vecinos, quiera o no quiera.

—Pero habías ido con tu furgoneta a Anderslöv, ¿no?

—Sí, la dejé aparcada frente a la oficina de Correos.

—Sabes, Folke, que allí está prohibido el aparcamiento —dijo Allwright con mirada maliciosa.

—Eso no lo sabía.

—Hay un indicador —replicó Allwright.

—Nunca me fijé en él, de veras.

Allwright sacó un viejo reloj de bolsillo, de plata, y levantó la tapa.

—Sigbrit Mard estaría ahora esperando en la parada del autobús —dijo—. A menos, desde luego, que alguien la llevara en su coche.

Folke Bengtsson miró su reloj de pulsera.

—Sí —dijo—. Es cierto. Y ello está de acuerdo con lo que me han dicho.

—Y con lo que se ha publicado en los periódicos —añadió Martin Beck—.

¿De acuerdo?

—Nunca leo periódicos —contestó Folke Bengtsson.

—¿Ni siquiera revistas? ¿Revistas para hombres o periódicos deportivos?

—Las revistas para hombres han cambiado. Ahora las encuentro de muy mal gusto. Y los periódicos deportivos ya no existen. De todos modos las revistas son muy caras.

—Bien, ahora... Folke, como dio la casualidad que los dos se encontraron en la oficina de Correos y puesto que ella no tenía coche, ¿no sería lo más natural que te ofrecieras a llevarla en el tuyo? Era la misma dirección.

Con irritación creciente Martin Beck se dio cuenta de que lo estaba pasando mal tuteando a Bengtsson.

De nuevo hubo una larga pausa.

—Sí —contestó Bengtsson finalmente—. Supongo que eso parecería natural, pero no fue lo que sucedió.

—¿Pidió ella que la llevaras en tu coche?

Esta vez Bengtsson tardó tanto en contestar que Martin Beck finalmente tuvo que repetir la pregunta.

—¿Dijo Sigbrit Mard algo sobre que la llevaras a casa en el coche?

—No recuerdo nada de eso.

—¿Es posible que lo pidiera?

—No lo sé. Eso es todo lo que le puedo decir.

Martin Beck se quedó mirando a Allwright, quien enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—¿Y si fue al revés y te ofreciste a llevarla en tu coche?

—Desde luego que no —respondió Bengtsson en seguida.

Aquí, claramente, él pisaba suelo firme.

—¿Así que no hay duda en ese punto?

—No —repuso Folke Bengtsson rápido—. Nunca recojo autostopistas. Las veces que he llevado a alguien era una persona relacionada directamente con mi trabajo. Y eso ha ocurrido en muy pocas ocasiones.

—¿Es eso cierto?

—Sí, realmente.

Martin Beck miró de nuevo a Allwright, quien puso otra cara. Su capacidad para cambiar de expresión era prácticamente inagotable. El jefe de policía de Anderslöv habría sido indudablemente un buen mímico.

—Así que podemos descartar esa posibilidad.

—Completamente —dijo Bengtsson—. Es del todo impensable.

—¿Por qué ha de ser del todo impensable?

—Debido a mi modo de ser, supongo.

Martin Beck pensó por un momento en el modo de ser de Folke Bengtsson. Era un tema que merecía algunas reflexiones.

Pero ahora no era momento de pensar.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Soy de esa clase de personas para las que una rutina regular es casi una necesidad. Por ejemplo, mis clientes pueden decirle que soy muy puntual. Si algo me entretiene, luego me doy prisa para atenerme al horario.

Martin Beck se quedó mirando a Allwright, quien puso una cara que casi habría sido digna de Harpo Marx. La puntualidad de Bengtsson no podía ser puesta en duda.

—Me irrito cuando algo trastorna el ritmo de mi vida. Debo decir, por ejemplo, que esta conversación me altera mucho. No es nada personal, claro; pero ahora me retrasaré en una serie de pequeñas tareas.

—Comprendo.

—Así que, como he dicho, nunca recojo autostopistas. Sobre todo si son mujeres.

Kollberg apartó las manos de su cara.

—¿Por qué? —preguntó.

—No comprendo lo que quiere decir.

—¿Por qué «sobre todo si son mujeres»?

La expresión de Bengtsson cambió y se hizo más seria. Ya no parecía indiferente. Pero ¿qué había en sus ojos? ¿Odio? ¿Aversión? ¿Deseo? ¿Severidad?

Locura, quizás.

—Contéstame, Folke —dijo Kollberg.

—Las mujeres me han causado muchos problemas desagradables.

—Lo sabemos. Pero eso no significa que ignores que más de la mitad de las personas que viven en el mundo son mujeres.

—Hay diferentes clases de mujeres —respondió Bengtsson—. Casi todas las que yo conocí eran malas.

—¿Malas?

—Exacto. Simplemente seres humanos malos. Indignas de su sexo.

Kollberg miró hacia la ventana, resignado. Aquel hombre estaba loco. Pero ¿qué probaba eso? Para el caso, ¿podría ser considerado enteramente normal el fotógrafo de prensa encaramado como un mono en el peral que estaba a veinte metros de la casa? Era posible.

Kollberg suspiró profundamente y se desplomó como un balón meteorológico pinchado.

Martin Beck prosiguió su famoso interrogatorio sistemático.

—Dejemos ese tema por el momento.

—Sí, gracias —dijo Folke Bengtsson.

—En vez de hacer especulaciones, vamos a atenernos a los hechos. Los dos salieron de la oficina de Correos con sólo unos minutos de diferencia, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Subí a mi coche y me fui a casa.

—¿Directamente?

—Sí.

—Muy bien... señor Bengtsson, ahora llegamos a la siguiente pregunta.

—Dígame.

Martin Beck estaba disgustado consigo mismo. ¿Por qué no podía obligarse a decir «Folke»? Kollberg lo había dicho, y para Allwright era, por lo visto, la cosa más fácil del mundo.

—Usted debió de pasar junto a Sigbrit Mard con su coche, bien en la parada del autobús o muy cerca de ella.

No hubo respuesta, y Martin Beck se oyó a sí mismo decir:

—Contésteme, señor Bengtsson, ¿era la señora Mard visible en aquel momento?

Terrible. La mejor respuesta, desde luego, sería «No, ella era invisible».

Pero Folke Bengtsson no pareció darse cuenta del azoramiento del inspector Beck. No dijo nada, se quedó mirando sin expresión sus manazas curtidas por el sol.

Martin Beck estaba perplejo. Del modo como lo había preguntado, era idiota repetir la pregunta.

Por último Allwright acudió en su ayuda.

—Es una pregunta muy sencilla, Folke. ¿Viste a Sigbrit o no la viste?

Al final Bengtsson dijo:

—La vi.

—Un poco más alto, por favor —dijo Martin Beck.

—La vi.

—¿Dónde, exactamente?

—En la parada del autobús. Quizás a unos metros de distancia.

—Hay un testigo que afirma que redujo usted la velocidad del coche en aquel punto. Que incluso tal vez paró.

Pasaron los segundos. El tiempo transcurrió. Todos se hicieron un minuto más viejos. Al fin Bengtsson contestó, suavemente:

—La vi y es posible que redujera la velocidad. Ella iba andando por el lado derecho de la calle. Yo soy un conductor muy cuidadoso y por lo general reduzco la velocidad cuando paso junto a algún peatón. Tal vez me estaba cruzando con otro coche. No recuerdo.

—¿Iba conduciendo tan lentamente que paró el coche?

—No, no paré.

—¿Pudo parecer como si parase?

—No lo sé. Yo no lo creo. Todo lo que sé es que no paré.

Martin Beck se volvió hacia Allwright.

—¿No dijo hace un momento que trataba de ir más rápido cuando se le hacía tarde?

—Sí —contestó Allwright—. Eso es cierto.

Martin Beck se volvió al asesino. ¡Maldición! Había pensado aquella palabra. Asesino.

—Su visita a la oficina de Correos, ¿no le haría retrasarse? —preguntó—. ¿De modo que luego tuviera que apresurarse?

—Yo siempre voy a la oficina de Correos los miércoles —respondió Folke Bengtsson con calma—. Siempre mando una carta a mi madre, que vive en Södertälje, en primer lugar, y siempre hay otros asuntos que atender.

—¿Sigbrit Mard no subió al coche?

—No, no subió.

Había sido una pregunta orientadora, pero no en la verdadera dirección.

—¿Subió Sigbrit Mard al coche?

—No. Con toda seguridad. Yo no me detuve.

—Otra cosa. ¿Le hizo Sigbrit Mard alguna señal con la mano o algún ademán de otra clase?

Y entonces hubo otra de aquellas pausas dolorosas e incomprensibles.

Bengtsson no contestó. Miró a Martin Beck fijamente, pero no dijo nada.

—¿Hizo Sigbrit Mard algún tipo de señal cuando vio el coche?

Otros instantes de sus vidas transcurrieron en silencio. Martin Beck pensó en las mujeres y cómo podían haber pasado estos pocos instantes.

De nuevo Allwright rompió el silencio. Se echó a reír.

—¿Por qué demonios no le contestas, Folke? —preguntó—. ¿Te hizo Sigbrit alguna señal o no?

—No lo sé —contestó Bengtsson.

Lo dijo de modo tan bajito que fue apenas audible.

—¿No lo sabe? —preguntó Martin Beck.

—No, no lo sé.

Kollberg miró a Martin Beck con cara de resignación.

No tenía que decirlo.

Abandona, Martin.

Pero había más preguntas.

Preguntas duras.

—Recuerdo cuando estábamos sentados en Kristineberg hace nueve años —dijo Martin Beck.

—Yo también.

—Hablamos mucho de mujeres. Se airearon ciertos puntos de vista. Algunos de ellos eran más bien peculiares.

—Yo no lo creo así.

—A mí me parecieron peculiares. ¿Sigue teniendo las mismas ideas sobre las mujeres, señor Bengtsson?

Un largo silencio.

—Trato de no pensar en ellas.

Ellas.

—Usted conoce a Sigbrit Mard, ¿no es cierto, señor Bengtsson?

—Ella es uno de mis clientes regulares. Mi vecina más próxima. Pero trato de no pensar en ella como mujer.

—¿Trata? ¿Qué quiere decir con «trata», señor Bengtsson?

Allwright se agitó. Parecía más inquieto e infeliz que nunca en su familiaridad de seis días. Lo cual no quería decir que pareciera inquieto e infeliz. Sólo un poco menos animado.

—¿Por qué no le tutea? Eso suena tan formal.

—No puedo —dijo Martin Beck

Era cierto. No podía. Al mismo tiempo, se alegraba de poder ser honesto respecto a ello.

—Ya veo —dijo Allwright—. Bueno, entonces no hay nada que discutir. Se puede reprochar a la verdad, pero no avergonzarla.

Kollberg pareció un poco asombrado.

—Es un dicho local —explicó Allwright, y se echó a reír.

Folke Bengtsson no rió.

—En todo caso, usted conoce a Sigbrit Mard y a veces debe de pensar en ella como mujer. Quiero hacerle una pregunta, señor Bengtsson, y quiero una respuesta sincera. ¿Qué piensa usted de ella? ¿Cómo mujer?

Silencio.

—Contéstele —le animó Allwright—. Folke, tienes que contestarle. Sé sincero.

—A veces la veo como mujer. Pero no a menudo.

—¿Y...? —preguntó Martin Beck

—Creo que ella es...

—¿Es qué?

Folke Bengtsson y Martin Beck se miraron el uno al otro a los ojos. Los de Bengtsson eran azules. Los de Martin Beck azul gris. Él recordaba eso de antes.

—Repugnante —reconoció Folke Bengtsson—. Indecente. Como un animal. Huele. Pero la veo a menudo, y sólo he pensado eso dos o tres veces.

Está loco, pensó Kollberg.

—Dejemos eso, Martin.

—Eso es lo que usted quería que dijera, ¿no? —preguntó Folke Bengtsson.

—¿Le entregó usted los huevos? —inquirió Martin Beck

—No. Sabía que no estaba.

Que no estaba.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato.

—Usted me está atormentando —dijo Folke Bengtsson—. Pero no siento animadversión contra usted. Es su trabajo. Mi trabajo es vender pescado y huevos.

—Sí —reconoció Kollberg sombrío—. Ya lo hemos atormentado antes y ahora lo volvemos a atormentar. Yo le partí una vez un hombro. Sin necesidad.

—¡Oh! Se me soldó en seguida. Estoy completamente recuperado, de veras. ¿Me van a llevar con ustedes ahora?

Martin Beck tuvo una última idea.

—¿Ha visto usted alguna vez al ex-esposo de Sigbrit Mard?

—Sí. Dos veces. Vino en un Volvo color beige.

Allwright puso cara de misterio, pero no dijo nada.

—¿Ponemos fin por hoy? —preguntó Kollberg.

Martin Beck se levantó.

Allwright se quitó los zapatos y los volvió a meter en la bolsa de plástico. Y se puso las botas.

Fue el único que tuvo bastante sentido para decir:

—Hasta la vista, Folke. Lo siento.

—Adiós —dijo Kollberg.

Martin Beck no dijo nada.

—Volverá, supongo —manifestó Folke Bengtsson.

—Depende —contestó Allwright.

Ya fuera de la verja, las cámaras Nikon comenzaron sus clic como si fuera una tormenta de granizo.

Se oyó una voz que venía de un coche con una antena de radio de onda corta.

—El jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios y el hombre que es su mano derecha acaban de salir de casa del asesino de Roseanna. La policía local y los encargados de los perros guardan el edificio. Parece que el asesino de Roseanna no ha sido detenido todavía.

Boman se acercó a Kollberg.

—¿Y bien? —preguntó.

Kollberg negó con la cabeza.

—Gunnarsson —dijo de repente una voz áspera—. Si metes las narices en la poli hablaremos de ti en primera página. Y luego podrás hacerte llamar Boman hasta que te mueras. Sólo he querido advertirte.

—Lo vas a hacer de todos modos, imagino —replicó Boman.

Martin Beck miró de reojo al periodista que había hablado. Un hombre barrigudo con una gran barba gris y aire protector. Se llamaba Molin, y, por supuesto, trabajaba para uno de los periódicos de la tarde. Parecía haber

envejecido quince años desde que Martin Beck lo vio por última vez en 1966. Demasiada cerveza, probablemente.

—Fue uno de los compañeros de Alf —dijo Boman impasible.

Allwright se aclaró la garganta.

—La conferencia de prensa se retrasará media hora. La celebraremos en el Ayuntamiento. Creo que la biblioteca será el mejor sitio.

Disponían de media hora antes de que empezara la conferencia y emplearon el tiempo intentando analizar lo que Folke Bengtsson había dicho. Y no dicho.

—Se está comportando del mismo modo que se comportó la otra vez —dijo Martin Beck—. Da respuestas claras y nada ambiguas a preguntas que sabe que nosotros podemos comprobar.

—Está chiflado —dijo Kollberg con desánimo—. Es así de sencillo.

—Y luego a veces no contesta —manifestó Allwright a su vez—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí, de modo general. Se vuelve cómico y evasivo en cuanto uno llega a una pregunta clave.

—Como aficionado en esta zona... —empezó a decir Allwright, y luego se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Kollberg, ligeramente irritado.

—Bueno, no quiero decir que ame el asesinato, y esa clase de cosas —repuso Allwright—. Y un verdadero aficionado, al fin y al cabo es una persona que ama algo, ¿no? Proviene del latín *amator*...

—Dejemos aparte la filología —dijo Kollberg—. Merece la pena que comparemos nuestras impresiones.

—Sí —convino Martin Beck—. Creo que tienes razón. ¿Qué piensas tú?

—Bueno, si descartamos la actitud de Bengtsson hacia las mujeres, lo cual en mi opinión demuestra que está demente...

—Sexualmente anormal —corrigió Allwright.

—Exacto. Pero si descartamos que...

—Lo cual no puede ser descartado —le interrumpió Martin Beck

—No. En todo caso hubo dos preguntas en las que él realmente vaciló. Primero, ¿qué se dijo verdaderamente en la oficina de Correos? Y segundo, ¿intentó Sigbrit Mard, cuando él pasó por la parada del autobús, que él la llevara en su coche?

—Ambas preguntas implican la misma cosa —dijo Martin Beck—. ¿La llevó él en su coche o no la llevó? Si ella le habló en la oficina de Correos de algo más que de huevos, lo evidente habría sido que ella le pidiera a él que la llevara a

casa. ¿O suena eso un poco traído por los pelos?

—En absoluto —declaró Allwright—. Al fin y al cabo son vecinos.

—Pero ¿haría ella eso? —preguntó Martin Beck—. Sigbrit Mard sabía tan bien como la mayoría de los habitantes de la ciudad que Bengtsson había estado en la cárcel, convicto de asesinato sexual.

—Bueno, sí —convino Kollberg—. Eso es verdad. Pero en cierto modo es una idea lógica. Al fin y al cabo, ella era uno de sus clientes regulares. Lo cual quiere decir que Bengtsson iba a su casa todas las semanas a entregar lo que tuviera que entregar.

—Sobre todo pescado —aclaró Allwright—. El precio era bajo y la calidad alta. Eso de los huevos es algo secundario. Él no tiene tantas gallinas.

—Si ella hubiera sentido temor de él, nunca le habría permitido que fuera a su casa —opinó Kollberg.

—No —dijo Allwright—. No creo que Sigbrit tuviera miedo de Folke. Nunca observé que nadie le tuviera miedo. Por otra parte, todo el mundo sabe que él es un poco raro y prefieren dejarlo en paz.

—Por mi experiencia con Bengtsson, el modo como él actúa ahora es típico —dijo Martin Beck—. Se muestra muy cauto acerca de la conversación en la oficina de Correos y sobre lo que ocurrió en la parada de autobús. Sabe que hay gente que pudo haber oído lo que ellos estaban hablando y también sabe que puede haber testigos que vieran a ella intentar que él la llevara en su coche.

—Pero no hay razón para que mienta si ella no le pidió que la llevara —declaró Allwright—. Sobre todo si él no se detuvo en la parada del autobús.

—Ha de recordar que su experiencia con la policía y los tribunales es totalmente negativa —dijo Kollberg.

Martin Beck se frotó el puente de la nariz con los dedos pulgar e índice de la mano derecha.

—Tratemos de imaginar la situación —dijo—. Casualmente se encuentran en la oficina de Correos en el mismo momento. Y ocurre que Sigbrit Mard no tiene coche. Así que ella le pide que la lleve a casa, y él responde que no y da alguna excusa. Que tiene algo que hacer, por ejemplo. Ella acaba lo que tiene que hacer y se dirige a la parada del autobús. Cuando ve a Bengtsson en su coche, le hace una seña para que la lleve. Él modera la marcha, pero no para.

—O bien se para y la recoge —manifestó Kollberg tristemente.

—Exacto.

—Pero mientras no tengamos un cadáver, no tenemos un asesinato, y mucho menos nada de que acusar a Bengtsson.

—Pero no se puede soslayar el hecho de que él se comporta de un modo extraño —dijo Martin Beck—. Una tercera cosa que me choca es que él no fue allí con la docena de huevos. Fue sólo dos días después, y como Sigbrit Mard tenía unas horas de trabajo tan irregulares, no sería extraño que él supusiera que

ella estaba en casa el viernes aunque no la viera el jueves.

—La noticia de su desaparición circuló muy de prisa —afirmó Allwright—. Como ella no fue a trabajar el jueves y no contestó al teléfono, hubo mucha gente que empezó a preguntarse dónde podría estar. Yo me enteré el jueves de que ella se había ido; pero pensé, ¡qué demonios!, que una persona tiene derecho a desaparecer un par de días. Aun así en el garaje se preguntaron por qué ella no había ido a recoger su coche el jueves por la mañana como había dicho. Y ésa es una buena pregunta.

Sacó su reloj de bolsillo y lo abrió.

—¿Ya es hora? —preguntó Kollberg.

—Casi —contestó Allwright—. Queda un pequeño detalle que me gustaría indicar, algo en lo que ustedes apenas se han fijado.

—¿Qué puede ser? —preguntó Kollberg inclinando su cabeza con desánimo.

—Bueno —dijo Allwright—. Folke dijo que él conocía a Bertil Mard de vista y que lo había visto dos veces, en un Volvo beige. Eso no concuerda con lo que yo sé. Mard hace tiempo que no ha aparecido por aquí. Dejó de venir a ver a Sigbrit antes de que Folke se mudara a esa vieja casa.

—Sí —repuso Martin Beck—. Ya me di cuenta de eso. Porque Mard me contó que solía venir a acostarse con ella de vez en cuando; pero luego dijo que hacía por lo menos año y medio de la última vez.

—Lo cual puede significar que su capitán de barco mintió —declaró Kollberg.

—Hay muchas cosas de aquella conversación que no sé si creer o no creer.

—Tenemos que bajar ahora —recordó Allwright—. ¿Decimos algo de Mard?

—Mejor será que no —dijo Martin Beck

•••••

La conferencia de prensa fue muy improvisada y para Martin Beck y Kollberg muy desagradable, porque tenían poco que decir.

Pero era una necesidad. Representaba su única posibilidad de que los dejaran en paz para hacer su labor tranquilamente.

Allwright fue el que se mostró más flemático y de buen humor en todo. Incluso parecía como si pensara que aquello era divertido.

La primera pregunta, con su simple brutalidad, dio el tono.

—¿Cree usted que Sigbrit Mard ha sido asesinada?

Martin Beck se sintió obligado a responder:

—No lo sabemos.

—Pero la presencia aquí de usted y su colega, ¿no es suficiente indicación de que sospechan que Sigbrit Mard ha sido asesinada?

—Sí. Eso es correcto. Esa sospecha no puede ser desechada.

—¿Sería exacto decir que ustedes tienen un sospechoso, pero no un cadáver?

—Yo no lo diría de ese modo.

—¿Cómo querría decirlo la policía?

—No sabemos dónde está la señora Mard, ni tampoco lo que le ha ocurrido.

—Una persona ha sido ya interrogada. ¿Es correcto eso?

—Hemos hablado con cierto número de personas en un intento de determinar las andanzas de la señora Mard.

Martin Beck detestaba las conferencias de prensa. Las preguntas eran a menudo injuriosas y desconsideradas. Eran difíciles de contestar y cabía darles una mala interpretación.

—¿Es inmediata una detención?

—No.

—Pero se ha pensado en una detención, ¿no?

—Yo no diría eso. Ni siquiera sabemos si se ha cometido un crimen.

—Entonces, ¿cómo explica usted el hecho de que personal de la Patrulla Nacional de Homicidios haya venido?

—Ha desaparecido una mujer. Tratamos de descubrir lo que le ha pasado.

—Tengo la impresión de que la policía se anda por las proverbiales ramas.

—En ese caso, la prensa ciertamente no —dijo Kollberg, para aclarar la atmósfera un poquito.

—Nuestro deber como periodistas es proporcionar información al público. Si la policía no nos da información, tenemos que conseguirla nosotros mismos. ¿Por qué no ponen sus cartas sobre la mesa?

—No hay cartas que poner —dijo Kollberg—. Estamos buscando a Sigbrit Mard. Si quieren ayudarnos a encontrarla, bueno, serán bienvenidos.

—¿No es razonable suponer que ha sido víctima de un crimen sexual?

—No —contestó Kollberg—. No es razonable suponer nada mientras no sepamos dónde está.

—Me gustaría saber cómo resume la policía la situación. ¿Le importaría?

Kollberg no respondió. Se quedó mirando a la mujer que hizo la pregunta, una rubia de unos veinticinco años.

—¿Y bien?

Ni Kollberg ni Martin Beck dijeron nada.

Allwright se los quedó mirando y luego rompió el silencio.

—Lo que sabemos es muy sencillo —aclaró—. La señora Mard salió de la oficina de Correos de Anderslöv hacia el mediodía del miércoles diecisiete de octubre. Desde entonces no se ha sabido nada de ella. Hay un testigo que cree haberla visto o en, o de camino hacia, la parada de autobús. Punto. Eso es todo lo que sabemos.

El periodista que había amenazado a Boman en Domme se aclaró la garganta.

—¿Beck? —preguntó.

—Sí, señor Molin.

—Ya hemos tenido bastante con esta pequeña farsa.

—¿Qué farsa?

—Esta conferencia de prensa es una comedia. Usted es el jefe de la Patrulla Nacional de Homicidios; pero en vez de darnos las debidas respuestas a nuestras preguntas, se esconde tras su personal y la policía local. ¿Está usted pensando detener o no a Folke Bengtsson?

—Hemos hablado con él. Eso es todo.

—Y ¿qué ha salido de esa conversación? Han estado ustedes allá moviendo el pico casi dos horas.

—De momento, no tenemos sospechosos.

Martin Beck estaba mintiendo, y a él no le gustaba. Pero ¿qué iba a decir? La siguiente pregunta le gustó aún menos.

—¿Cómo se siente un policía en una sociedad en la que hay que detener al mismo hombre dos veces en menos de diez años por la misma clase de crimen infame?

Sí, ¿cómo se sentía? Martin Beck ya tenía bastantes dificultades analizando sus relaciones con una sociedad sin necesidad de que los periodistas se lo preguntaran.

Su única respuesta fue mover la cabeza.

Kollberg contestó las restantes preguntas, que ya carecían de interés, y eran un poco traídas por los pelos, y a las que dio respuestas también sin interés y traídas por los pelos.

La conferencia de prensa estaba perdiendo interés. Todo el mundo pudo verlo, con la posible excepción de Allwright.

—Ahora que están todos ustedes aquí —dijo él de repente—, representando a los principales diarios, la radio, y etcétera, ¿por qué no escriben algo sobre Anderslöv?

—¿Es una broma?

—En absoluto. Todo el mundo habla siempre de las desgraciadas condiciones de este país, y de que en las grandes ciudades (si uno ha de hacer caso a los medios de comunicación) la gente apenas se atreve a asomar la nariz fuera de la puerta por miedo a que se la corten. Pero aquí todo es tranquilo y pacífico. No tenemos ni obreros en paro ni drogadictos. Es agradable. La gente en su mayoría es encantadora, y por si fuera poco, guapa. Vayan por ahí a dar una vuelta y vean las iglesias de este distrito, por ejemplo.

—Un momento —contestó Molin—, ya tenemos periodistas que se dedican a ver iglesias. Pero yo prefiero aquella pregunta que alguien hizo hace un rato. ¿Cómo se sienten al tener que perseguir al mismo maniaco sexual autor de dos asesinatos en diez años? ¿Cuál es su respuesta a eso?

—Sin comentarios —dijo Martin Beck.

Y con eso acabó la conferencia de prensa en el Ayuntamiento de Anderslöv.
El nombre de Bertil Mard ni siquiera fue mencionado.
La única persona que no dijo una palabra fue Ake Boman.

Si las noticias aparecidas en los periódicos el lunes y el martes causaron cierta consternación, fueron como una brisa marina comparadas con el ciclón que descargó sobre el pueblo el miércoles.

El teléfono sonaba continuamente, tanto arriba en el despacho de Herrgott Allwright como abajo en la oficina, para no mencionar lo que pasaba en la comisaría de policía de Trelleborg.

Sigbrit Mard había sido vista en Abisko y Skanör, en Mallorca, Rodas y en las islas Canarias, e incluso una voz aseguró que había hecho un *strip tease* en un *sex club* nada menos que en Oslo.

Se informó que había tomado el transbordador de Ystad a Polonia, y el transbordador del ferrocarril de Trelleborg a Sassnitz. Había sido vista en diferentes lugares de Malmö, Estocolmo, Gotenburgo y Copenhague. Rumores especialmente insistentes la situaban en la sala de espera de los aeropuertos de Kastrup y Sturup.

Sólo en Anderslöv nadie la había visto.

Algunos de los que llamaron la habían visto con Folke Bengtsson en los sitios más inverosímiles; pero ninguno de ellos pudo describir qué ropas llevaba puestas. Con otras palabras, la policía no había dado a conocer estos informes, y cada diario que tenía sus propios periodistas dedicados al caso publicaba completos detalles erróneos y mutuamente contradictorios de sus atavíos, que iban desde los pantalones rojos y un abrigo con capucha blanca, a un vestido negro con medias y zapatos negros. Y verdaderamente el último número se refería a ella como « la mujer de negro » .

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en la descripción de Folke Bengtsson. La verdad es que sólo los periodistas más serios lo llamaban por su nombre y publicaban fotos tomadas recientemente. Para los otros él era « el hombre de la gorra » o « el asesino convertido en vendedor de arenques » .

A las tres de la tarde, Martin Beck, con dolor de cabeza, estaba sentado en el apartamento de Allwright. Acababa de provocar una gran conmoción al ir a la farmacia a comprar una aspirina, y ya podía ver mentalmente los titulares de mañana en la prensa, dolor de cabeza en Anderslöv, por ejemplo. También había

estado a punto de ir a la tienda de licores a comprarse una botella de *whisky*; pero se había contenido debido a los comentarios que tal acto habría suscitado sin duda.

¿RESACA EN ANDERSLÖV?

Y ahora sonó el teléfono.

El teléfono infernal.

¿Por qué no habría podido ponerse en contacto con Rhea, ni esta mañana ni la noche anterior?

—¿Allwright?... ¿Qué?... No, no lo he visto esta tarde.

El inspector de policía de Anderslöv decía de vez en cuando mentirijillas.

Pero esta vez no le sirvió.

—¿Perdone?... ¿Quién?... Sí, un momento. Voy a ver si puedo encontrarlo.

Allwright cubrió el auricular con la mano.

—Es el superintendente Malm de la Administración Nacional de Policía.

¿Quiere hablar con él?

¡Santo Dios!, pensó Martin Beck, aunque no era religioso.

Malm era para él lo que el trapo rojo se dice que es para el toro.

—Bien —contestó—. Lo tomaré.

¿Qué otra cosa podía hacer un pobre funcionario civil?

—Sí, soy Beck

—¡Hola, Martin! ¿Cómo va eso?

¿Cómo va eso?

—De momento, muy mal.

Malm cambió inmediatamente de tono.

—Le diré algo, Martin. Esto se está convirtiendo en un verdadero escándalo.

Ahora mismo acabo de hablar con el comisario.

Seguro que estaban sentados en la misma habitación. El comisario nacional de Policía era conocido porque no le gustaba hablar con gente capaz de hacer preguntas o replicar.

Especialmente le disgustaba hablar con Martin Beck, quien había adquirido demasiado prestigio con los años.

Además, el comisario sufría de paranoia aguda. Ya hacía tiempo que estaba convencido de que la creciente impopularidad del cuerpo de policía y su continuo estancamiento era debido al hecho de que «ciertos elementos» no sentían personalmente simpatías por el comisario nacional de Policía. Ahora se le había metido en la cabeza la idea de que tales elementos existían incluso dentro del cuerpo de policía.

—¿Ha detenido usted al asesino?

—No.

—Pero la policía se está convirtiendo en el hazmerreír de la gente.

¡Qué gran verdad!

—Nuestros detectives más capaces se encargan del caso, y no sucede nada. El asesino va por ahí concediendo entrevistas, mientras la policía le hace fiestas. Los periódicos incluso publican fotos del lugar donde está enterrado el cadáver.

Lo que Malm sabía sobre el caso era lo que había leído en los periódicos, y seguramente lo que él sabía del trabajo práctico de la policía era lo que había visto en las películas.

Oyó que alguien susurraba algo, como fondo.

—¿Qué? —dijo Malm—. ¡Oh, sí! Puedo decirle que por nuestra parte no se ha ahorrado ningún esfuerzo. Consideramos a usted nuestro detective de homicidios más capaz desde Herbert Söderström.

—¿Herbert Söderström?

—Sí, o como quiera que se llamase.

Malm se estaba sin duda refiriendo a Harry Söderman, un famoso criminólogo sueco que murió cuando era jefe de policía en Tånger, y que una vez se ofreció a matar a Hitler para poner fin a la Segunda Guerra Mundial.

Hubo más susurros de fondo, y Malm musitó algo apartando el auricular. Luego volvió la voz, tan aguda como siempre.

—La policía parece ridícula. El asesino está contando en los periódicos la historia de su vida. La próxima cosa que hará será escribir un libro sobre cómo engañó a la Patrulla de Homicidios. Y ya tenemos bastantes jaleos.

Por lo menos la última parte era verdad. La policía tenía jaleos.

Con mucho, las dificultades empezaron en 1965, cuando el cuerpo de policía fue nacionalizado. Desde entonces había empezado a desarrollarse y a convertirse en un estado dentro del Estado, siendo cada vez menos popular entre los ciudadanos. Durante aquellos ocho años de administración nacional, los recursos de las fuerzas de policía habían aumentado varias veces, lo cual significaba que la policía tenía más poder que nunca antes en la historia de Suecia. También significaba que Suecia mantenía la policía más cara del mundo. Sobre una base *per capita*, la policía sueca costaba a los contribuyentes sesenta y cinco dólares por persona al año. La cifra correspondiente en los Estados Unidos era de veinticinco dólares. Comparada con los otros estados escandinavos, la disparidad era grotesca. En Noruega y Dinamarca, además, la policía era relativamente popular.

Sin embargo, el promedio de delitos continuaba aumentando, así como la violencia. Dentro de la administración de la policía parecía no haber nadie capaz de comprender la sencilla verdad de que la violencia engendra violencia y que, de hecho, era la policía la que había asestado el primer golpe.

Hasta este punto era evidente que Malm tenía razón. La gente ya empezaba a sentirse harta. Habían pasado muy malos ratos tratando de comprender por qué un policía sueco habría de costar al contribuyente tres veces más que un policía en la vecina Finlandia.

—¿Me oye? —preguntó Malm.

—Sí, le oigo.

—Tiene que detener a ese Bengtsson y ponerlo bajo llave y candado.

—No tenemos pruebas contra él.

—Esperaremos a ese detalle más tarde.

—No estoy tan seguro —contestó Martin Beck.

—¡Vamos! Si olvidamos aquel infortunado asunto en Bergsgatan hace un año, su historial de investigaciones terminadas con éxito es muy notable. Además, parece un caso que ya puede darse por cerrado.

Martin Beck sonrió para sí. Él había resuelto el asesinato de Bergsgatan; pero una investigación, que, además, no fue satisfactoria, había llevado a que aquel criminal resultara convicto, en cambio, por otro crimen, un crimen que, de hecho, él no había cometido. Por parte de Martin Beck, todo el asunto significó que fue excusado de solicitar un puesto de comandante de división que él no había querido en lo más mínimo. Stig Malm ocupaba ahora ese puesto en su lugar.

—¿Se está riendo?

La voz fue claramente audible. El poderoso que se hallaba tras la espalda de Malm estaba por lo visto poniéndose furioso, cosa que no era rara.

—¿Se está riendo? —preguntó Malm.

—En absoluto —contestó Martin Beck con tono inocente—. Hay un ruido raro en la línea. ¿No será que su teléfono ha sido intervenido?

Otro tema delicado que era mejor no tocar ni menear.

Y claro, Malm se sintió fastidiado.

—No es momento para bromas —dijo—. Es tiempo de acción inmediata.

Martin Beck no contestó, y Malm se volvió más conciliador.

—Si necesita refuerzos, Martin, ya sabe que podemos ayudarle en cuanto nos lo pida. Nuestra nueva estrategia de concentración significa...

Martin Beck sabía lo que la nueva estrategia de concentración significaba. Quería decir que treinta autocares llenos de policías podían ser llevados al pueblo en menos de una hora. También significaba armas automáticas, tiradores apostados, bombas de gas lacrimógeno, helicópteros, escudos blindados y chaquetas a prueba de balas.

—No —contestó—. Refuerzos es la última cosa que necesito.

—Supongo que detendrá a ese hombre hoy, ¿no?

—No, no lo he pensado.

Hubo una conversación ahogada en el otro extremo de la línea.

—Usted se dará cuenta del hecho —dijo Malm finalmente—, de que se puede ejercer presión de otros modos.

Martin Beck no contestó.

—Si usted prefiere ser difícil.

Él estaba bien al tanto de lo que se podía hacer. El comisario no tenía más que llamar al fiscal del Estado. Ni siquiera había de llamar él mismo. Malm, probablemente, podría hacerlo.

—Yo no creo que de momento esté justificado detener a Bengtsson — contestó Martin Beck.

—Tenemos que poner fin a esas historias de los periódicos.

—Nuestras pruebas son muy débiles.

—¡Pruebas! —exclamó Malm despreciativamente—. Ésta no es una película de Sherlock Holmes.

Pudiera ser que Malm hubiese visto alguna película de Sherlock Holmes en la televisión. Por otra parte, no había razón para suponer que él supiera algo del trasfondo literario.

—¿Y bien? —preguntó Malm—. ¿Va usted a detener al asesino o no?

—He pensado que antes trataré de descubrir lo que le ocurrió a esa mujer. Si hay un asesino, espero que podamos relacionarlo con el crimen.

—Parece ser que vamos a tener que obligarle a que se ponga en marcha.

—Preferiría que no lo hicieran, gracias.

Una puerta se cerró de un portazo allá en la habitación de Estocolmo. Martin Beck pudo oírlo claramente.

—No soy el único que toma las decisiones —explicó Malm excusándose—. Y, la verdad, todo parecería mejor para usted si pusiera a Bengtsson bajo custodia.

—No estoy pensando hacerlo.

—Hágalo inmediatamente —ordenó Malm—. Antes de que...

—Y desde luego no inmediatamente.

—Bueno, en ese caso, sólo a usted habrá que echar la culpa —dijo Malm sin entonación—. Y en cuanto a pruebas, estoy seguro de que encontrará las que necesita. Buena suerte.

—Lo mismo le digo —repuso Martin Beck.

Con lo que la conversación terminó.

El proceso de pasar por los canales del llamado sistema judicial era generalmente tedioso y dificultoso, e implicaba toda suerte de papeleo y formalismos.

Pero a veces nada de eso parecía existir. Alguien tomó un teléfono y dijo: Ha de ser de esta manera. Y eso fue todo.

El mensaje vino menos de media hora después de la conversación de Martin Beck con Malm.

Folke Bengtsson había de ser puesto bajo custodia inmediatamente.

Kollberg, quien durante un rato había estado tratando de resolver un problema de ajedrez que publicaba el periódico dominical, tiró el bolígrafo.

—Yo no voy —dijo.

—Estás excusado —le dijo Martin Beck.

Él y Allwright fueron a casa de Folke Bengtsson en el coche patrulla. Varios periodistas los siguieron, y aún más esperaban frente al domicilio de Bengtsson. Además, muchos curiosos se habían tomado la molestia de ir a echar un vistazo.

No había mucho que ver.

El crepúsculo y una casita con un gallinero de madera y un garaje de chapa ondulada. Y un hombre echando calmosamente paladas de hojas de remolacha a su montón de estiércol.

Folke Bengtsson llevaba puestas exactamente las mismas ropas que la vez anterior.

No pareció sorprendido de verles, ni asustado, ni alterado, ni enfadado.

Parecía el mismo de siempre.

Fue una repetición casi ridícula. Allwright buscó en el asiento trasero y sacó la bolsa de la cooperativa con sus zapatos.

Martin Beck se fijó en que había algo más en la bolsa. Pero ¿qué?

Pensó en ello durante unos segundos.

—¿Herrgott? —preguntó.

—Sí.

—¿Ha metido usted una linterna en esa bolsa de plástico?

—Claro —contestó Allwright—. Hace falta una cuando se vive en el campo. Cuando no hay luna, no se ve ni la mano delante de la cara.

Bengtsson soltó la laya y salió a su encuentro.

—¡Hola, Folke! —le saludó Allwright.

—¡Hola! —contestó Folke Bengtsson.

—Tendrás que venir con nosotros ahora. Es el momento.

—Ya veo.

Pero no estaba completamente impasible, porque miró a su alrededor en la luz decreciente y dijo:

—Hay mucha gente aquí.

—Sí, eso es malo —reconoció Allwright—. ¿Entramos?

—Pues claro.

—No hay prisa. Puedes cambiarte de ropa y recoger algunas cosas. Lo que necesites. Puedo prestarte una bolsa de plástico si te hace falta.

—Gracias, pero tengo una cartera de mano.

Allwright se puso los zapatos.

—Tómame tu tiempo —le dijo—. Martin y yo nos podemos sentar aquí y jugar una partida de tijeras-papel-piedra.

Martin Beck no estaba familiarizado con este noble juego, que no requiere más equipo que la mano humana.

Dos dedos son unas tijeras. Una palma abierta es papel. Un puño es una piedra. Las tijeras cortan papel. El papel cubre a la piedra. La piedra rompe las

tijeras.

—Once a tres a mi favor —dijo Allwright un rato después—. Es usted demasiado rápido con las manos. Por eso está perdiendo. Tiene que hacerlo al mismo tiempo que yo.

Te crees que eres demasiado rápido, pensó Martin Beck.

La verdad es que siempre perdía todos los juegos, lo mismo fueran el ajedrez que el más sencillo.

Unos minutos más y Folke Bengtsson estaba listo para irse.

Por primera vez pareció un poco inquieto.

—¿Qué te pasa, Folke? —preguntó Allwright.

—Alguien tiene que alimentar a los peces. Y cuidar de las gallinas. El acuario ha de limpiarse de vez en cuando.

—Yo me cuidaré de ello —dijo Allwright—. Palabra de honor.

Sonrió incómodo.

—Hay otra cosa, Folke, que probablemente no te va a gustar. Vendrán aquí mañana a cavar en el jardín.

—¿Por qué?

—Bueno, creo que están buscando el cadáver.

—Me van a estropear las margaritas —dijo Folke Bengtsson lacónicamente.

—Trataremos de ser cuidadosos. No te preocupes mucho por ello.

—Supongo que será usted el que me interrogue, ¿no, superintendente?

—Sí —contestó Martin Beck—; pero no hoy. Ni tampoco mañana. A menos que Trelleborg quiera que empecemos en seguida. Pero no creo que lo hagan.

—Está bien —terció Allwright—. Iremos a mi domicilio de Anderslöv para las primeras diligencias. Podremos tomar un bocadillo y una taza de té. A menos que prefieran café.

—Sí, yo lo preferiría, gracias.

—Podremos pedirlo en la cafetería. También tienen panecillos de cinamomo calientes. ¿Está listo?

—Sí.

Folke Bengtsson pareció vacilar.

—¿Qué hacemos con los huevos? —preguntó.

—Me encargaré de ello —prometió Allwright, y soltando una risa añadió—: palabra de honor de nuevo.

—Bien —dijo Bengtsson—. Usted es una buena persona, Herrgott.

Allwright pareció felizmente sorprendido.

—Haremos lo que podamos —aseguró.

—¿Estoy ahora detenido? —preguntó Bengtsson.

—No exactamente. Te vamos a llevar a mi domicilio y así acallaremos las murmuraciones durante un rato. Vendrán de Trelleborg dentro de media hora a buscarte y te llevarán allí. Técnicamente, podemos decir que te hallas bajo

custodia, aunque no de manera formal. Yo iré contigo a Trelleborg. Allí te registrarán, y luego no pasará nada durante cierto tiempo.

Folke Bengtsson pareció un poco apático mientras salían de la casa.

Cerró la puerta y dio la llave a Allwright.

—¿Quiere guardármela? ¿Por si tardo en venir? Usted la necesitará de todos modos, para cuidar los peces.

Allwright se metió la llave en el bolsillo.

Ya había oscurecido, y subieron al coche patrulla entre el fuego cruzado de los *flashes*.

Los tres permanecieron en silencio mientras se dirigían a la ciudad.

Allwright compró café y pasteles daneses calientes en la cafetería que estaba al lado de la cooperativa. Él bebió té, como siempre.

Kollberg había vuelto a su problema de ajedrez. Ni siquiera miró de reojo a Folke Bengtsson cuando ellos entraron en la habitación.

Martin Beck no dijo nada. Los dos habían sido puestos en una situación que no les gustaba, y su libertad de elección para tratar del caso había sido limitada radicalmente.

Allwright, sin embargo, sentía poca inclinación por el silencio y la meditación sombría. Y acercó una jarra de plástico llena de café a su prisionero.

—Sírvete, Folke. Aquí aún puedes considerarte un hombre libre. —Se echó a reír—. Más o menos. Si tratas de escapar, habremos de detenerte.

Kollberg refunfuñó. Tenía un recuerdo muy vivo de una vez que Folke Bengtsson trató de escapar.

Y había sido Lennart Kollberg, antiguo paracaidista y especialista en el combate cuerpo a cuerpo, quien tuvo que detenerlo.

—Me gustaría estar en casa —dijo de pronto.

Lo dijo espontáneamente, sin realmente saber lo que decía.

Era cierto que echaba de menos a su esposa e hijos, y también era cierto que Folke Bengtsson y su caso eran cosas con las que no quería tener nada que ver. Pero a un nivel más profundo, su insatisfacción era con la vida en general.

Su casa de Estocolmo, que estaba a un tiro de piedra de la estación del metro, no era una cosa como para echar mucho de menos. Y ciertamente no echaba de menos sus confrontaciones diarias con policías y gente rebelada contra la ley. A veces le parecía que la única cosa normal en su vida eran su mujer y sus hijos. Por otra parte, el mundo parecía lleno de policías y delincuentes. Y en este punto de su vida, sus sentimientos hacia unos eran tan negativos como hacia otros.

No es cierto, pensó. La vida no puede ser una película de *gangsters*, con sólo dos clases de personas.

Sonó el teléfono, y Allwright contestó.

—No, nadie ha confesado nada... Sí, hemos detenido a un hombre. Esto es todo lo que puedo decirle.

Colgó y comprobó la hora en su gran reloj de plata.

—No nos queda mucho tiempo, Folke —dijo—. Si sabes algo sobre Sigbrit Mard, ¿por qué no nos lo dices ahora? Sería todo muy sencillo.

—Es que no sé nada —contestó Folke Bengtsson.

Martin Beck se lo quedó mirando. No sé nada. Bengtsson no había cambiado. Tendrían que interrogarle hora tras hora, día tras día, y él no reconocería nada excepto cuando ellos tuvieran pruebas absolutas. Quizá ni aún entonces.

—Excepto que no me gusta. No, no me gusta.

—Esa contestación no va a poner contento que digamos a tu abogado defensor —dijo Allwright.

Acarició al perro que tenía a sus pies.

—No me gustaría tener que defenderte, Folke —añadió.

El teléfono se las arregló para sonar una vez más, antes de que los detectives de Trelleborg acudieran a formalizar la detención.

—Es su amigo de Estocolmo —dijo Allwright con la mano sobre el auricular.

Martin Beck tomó el receptor.

—Tengo entendido que todo va bien —dijo Malm.

—¿Usted cree eso?

—No sea misántropo. Se ha puesto muy raro desde que se perdió el ascenso.

¡Qué estúpido puede ser uno!, pensó Martin Beck.

—Pero no lo he llamado por eso —continuó Malm con acritud—. Hay otra cosa que me parece rara. Se han recibido algunos comentarios de los altos jefes.

—¿Qué comentarios?

—Los periódicos informan que usted demuestra cierto favoritismo por un hombre que es, en realidad, un asesino y que ahora trabaja como periodista. Un tipo llamado Gunnarsson.

—Se llama Boman —repuso Martin Beck—, y da la casualidad de que lo conozco desde hace años.

—«Convicto de estrangular a un hombre, recientemente puesto en libertad, y que ahora es una especie de auxiliar de la Patrulla Nacional de Homicidios». Es lo que dice aquí. Tengo el periódico delante de mí. No he de decirle lo mal que nos ha sentado esto.

Todo en Malm era ridículo, incluso sus interjecciones.

—Supongo que no tendré que decirle que me importa un bledo lo que piense —contestó Martin Beck.

—Todo lo que le digo le enfada —dijo Malm quejicoso.

—Hasta la vista.

Pasaron el resto de la tarde en Trelleborg, lo cual fue una pérdida de tiempo.

Martin Beck dijo que interrogaría más adelante al sospechoso.

Folke Bengtsson fue registrado oficialmente.

A la mañana siguiente la policía empezó a cavar en su jardín.

Cuando Martin Beck y Kollberg bajaron las escaleras del albergue a primeras horas de la mañana del jueves, no había periodistas a mano. Era poco más de las ocho, y el sol apenas había tenido tiempo de asomar en el horizonte. El aire era frío y seco y los guijarros de la plaza aún relucían por la escarcha.

Subieron al coche de Kollberg y fueron carretera abajo hasta Domme. Kollberg condujo con cuidado, echando de vez en cuando un vistazo al espejo retrovisor. Estaban solos en la carretera.

Allwright les había dado una llave de la casa de Sigbrit Mard. Él mismo había encargado a un cerrajero que se la hiciera; pero una vez dentro confiscó el duplicado de la llave que colgaba de un clavo en la cocina.

Fueron en silencio. Ninguno de los dos era especialmente hablador por las mañanas, y, además, Kollberg se sentía desgraciado y no se había desayunado.

Cuando llegaron ante la casa de Folke Bengtsson, ya había una furgoneta de la policía de Trelleborg aparcada en el patio. Por lo visto acababa de llegar. La puerta trasera estaba abierta, y dos hombres con botas de goma y monos azulgrises descargaban picos y palas.

Un tercero estaba de pie en medio del patio rascándose la nuca mientras analizaba la situación.

Unos doscientos metros más allá, Kollberg detuvo el coche, y Martin Beck salió y abrió la verja de entrada a la parcela de Sigbrit Mard. Kollberg aparcó frente a la puerta del garaje, construido junto a una pared lateral de la casa.

Antes de entrar, miraron a su alrededor. El patio delantero estaba cubierto de grava, con la excepción de un círculo de hierba y unos rosales directamente enfrente de la puerta, y una banda de tierra de cultivo de un metro de ancha que corría a lo largo de la pared frontera de la casa. Estaba labrada, pero no plantada. Era de suponer que allí se cultivaban flores en primavera.

La parcela no era muy grande. Detrás de la casa consistía en un cuadro de césped con un par de manzanos, arbustos de bayas, y, en un rincón, una cocinita de jardín dentro de un seto. En el camino de grava entre los escalones de la cocina y el escotillón del sótano, había un tendedero.

Varias piezas color rosa colgaban de los alambres.

Martin Beck y Kollberg volvieron a la parte delantera. No era una casa muy bonita, ladrillos amarillos sobre cimientos de cemento, con un tejado de tejas rojas y un adorno verde. Como una caja, sin embellecimientos o una decoración excesiva.

Tres escalones de cemento y una baranda verde de metal llevaban a la puerta principal. Martin Beck la abrió con la llave que Allwright le había dado.

Entraron en un recibidor con suelo de piedra. Había una pequeña cómoda con patas curvadas y doradas y superficie de mármol blanco, contra una pared, y sobre ella colgaba un espejo con marco dorado, flanqueado por dos candelabros de cristal. A ambos lados de la cómoda había taburetes con cojines bordados.

La sala de estar tenía dos ventanas que daban a la carretera y una en la pared lateral sobre el tejado del garaje.

Martin Beck miró en torno suyo por la habitación, y se dio cuenta de lo que Bertil Mard había querido decir al afirmar que su esposa era una persona con pretensiones sociales.

La habitación no había sido amueblada para que fuera cómoda, sino para dar la impresión de elegante.

El suelo estaba cubierto de alfombras orientales que podían haber sido genuinas, una lámpara de cristal colgaba del techo, y las sillas estaban tapizadas de felpa rojo vino, y la baja mesita oval para tomar café era de madera dura pulimentada.

Las paredes tenían escasa decoración. Algunos óleos pequeños y oscuros, un par de platos de china pintados a mano y un gran espejo con ancho marco esculpido.

Había una vitrina de caoba con puertas de cristal en la que había una colección de chucherías y recuerdos seguramente traídos por Bertil Mard al regreso de sus viajes.

Kollberg entró en la cocina y fue abriendo y cerrando con energía cajones y alacenas durante un rato, antes de volver a reunirse con Martin Beck, quien estaba frente a la vitrina de caoba estudiando los objetos que había dentro.

—Tiene la casa muy limpia —dijo Kollberg—. De manera casi meticulosa. Todo reluciente y en su lugar.

Martin Beck no contestó. Estaba absorto admirando las líneas de un velero surcando las olas de un mar azul de yeso dentro de una botella ancha, pero de boca estrecha, de cuarto. Tras ella había una bandeja hecha con luminiscentes alas azules y verdes de mariposas.

De muchacho, él había tenido una bandeja de mariposas de la misma clase, que le había regalado algún pariente que acababa de regresar de un viaje a América del Sur.

Para él había representado la aventura: puertos extranjeros, selvas primitivas y grandes ríos, lugares místicos más allá de los siete mares, todas tierras distantes

que él exploraría definitivamente cuando fuera mayor. Por un instante recordó aquellos sueños y esperanzas con repentina claridad que le hizo sentirse como un traidor al muchacho que una vez había sido.

Se sacudió, y volvió la espalda a la vitrina y sus recuerdos.

—Una sala de estar muy divertida —dijo Kollberg.

—¿Por qué?

—No hay un solo libro, ni radio, ni tocadiscos, ni siquiera un televisor.

—Pues hay una antena en el tejado —dijo Martin Beck—. Debe de tener el aparato en otra habitación.

—Herrgott dice que ella suele trabajar por las noches —explicó Kollberg—; pero debe de pasar la noche en casa de vez en cuando. ¿Qué supones que hace aquí sola?

Martin Beck se encogió de hombros.

—¡Vamos! Echemos un vistazo al resto de la casa —dijo.

Había un pequeño comedor entre la cocina y la sala de estar. Estaba amueblado de modo convencional, con una mesa lacada y cuatro sillas, más otras cuatro sillas contra la pared. Dos aparadores y, en un rincón, una alacena, llenos de vasos y porcelana. Cortinas de encaje blanco y macetas con plantas en el alféizar de la ventana.

Atravesaron la cocina y volvieron al recibidor, abrieron un par de puertas y echaron un vistazo a un retrete y un lavabo. Luego entraron en el dormitorio.

Como la sala de estar, daba a la parte delantera de la casa; pero era más pequeño y tenía sólo una ventana.

A través de esta ventana pudieron ver la puerta de la verja que a ellos se les había olvidado cerrar, y un poco de la carretera que llevaba hacia la casa de Folke Bengtsson.

Tras el dormitorio había un baño espacioso, desde el cual otra puerta daba a una habitación con ventana al jardín de la parte trasera de la casa. Estaba claro que era allí donde Sigbrit Mard pasaba sus tardes libres.

En un rincón había un televisor y, frente a él, una cómoda mecedora y una mesita con un cenicero, un par de revistas y una caja de metal para cigarrillos. En una pared había una librería con una biblioteca poco impresionante.

Unas treinta novelas en rústica, una docena de volúmenes encuadernados, y una biblia escolar en negro, un atlas mundial y varios libros de cocina.

El resto de la librería estaba ocupado por varios montones de revistas, una cesta de costura, un transistor, algunos cuencos de cerámica y un par de palmatorias de peltre.

En la habitación había también un escritorio, un sillón, un sofá con muchos cojines y una mesita baja frente a él. Había una máquina de coser sobre una mesa frente a la ventana.

Kollberg abrió un cajón de la mesa. Dentro había un par de revistas de modas

y varias piezas de modelos en papel tela. El otro cajón contenía artículos de mercería, sobres, un par de bolígrafos y una baraja.

Luego se dirigió hacia los cajones y compartimentos del escritorio, que estaban llenos de cartas, recibos y varios documentos, todos cuidadosamente distribuidos en carpetas con etiquetas claramente impresas.

Martin Beck volvió al dormitorio. Permaneció un buen rato mirando a través de la ventana hacia la casa de Folke Bengtsson, casi completamente oculta por los árboles. Todo lo que se podía ver era un poco del tejado y la chimenea. Tras él, oyó a Kollberg salir hacia la cocina, y, un momento después, bajar pesadamente la escalera del sótano.

El dormitorio estaba tan limpio como el resto de la casa.

Al lado de la cama y de la mesita de noche, había una cómoda con espejo, un tocador, una mecedora baja y un cojín para los pies, un par de sillas de erguido respaldo y un arca rústica.

En el suelo, junto a la mecedora, había una cesta con ovillos de lana de diversos colores y una parte de pieza tricotada.

Martin Beck se apartó de la ventana y se vio a sí mismo en un espejo que cubría el espacio entre la puerta del cuarto de baño y el retrete. Él se miraba pocas veces en el espejo, especialmente no de cuerpo entero, y no pudo dejar de advertir que estaba bastante desmelenado.

Sus pantalones vaqueros estaban arrugados, sus zapatos sin lustre y su chaqueta azul de dacrón empezaba a parecer desgastada y ajada.

Dejó el espejo y decidió registrar la habitación sistemáticamente. Empezó por el tocador.

Estaba muy bien provisionado de botellas, jarros y tubos de varias clases. Sigbrit Mard evidentemente pasaba mucho tiempo cuidando su aspecto, y sus provisiones de preparados de cosmética eran impresionantes. Además había un joyero de cuero rojo con muchas pulseras, anillos, broches, pendientes y amuletos. Había collares, aretes y sargas de perlas colgando de un par de ganchos de madera junto al espejo del tocador.

Martin Beck no era experto en piedras y metales preciosos, pero sabía lo suficiente para advertir que esta colección de joyas no era valiosa. La mayor parte eran baratijas.

Miró al armario, que estaba lleno de vestidos, blusas, faldas y trajes, algunos de ellos metidos en bolsas de plástico para protegerlos del polvo.

Había filas de zapatos en el suelo. Sobre el estante, un gorro de piel negro, un sombrero de verano, de algodón de *batik*, y una caja de zapatos.

Martin Beck tomó la caja de zapatos, que estaba atada con bramante. Deshizo el nudo y la abrió.

Estaba llena de cartas y postales, y sólo tuvo que echarles un vistazo para ver que todas habían sido escritas por la misma mano y que todas tenían sellos

extranjeros.

Miró los membretes.

Evidentemente estaban por orden cronológico; en el fondo una gruesa carta databa de 1953, y encima, una postal de Yemen del Sur que había sido echada al correo hacía seis años.

La colección de cartas que Bertil Mard había enviado a casa en catorce años de matrimonio y un número igual de años en el mar.

Martin Beck no se molestó en leerlas. Además, la letra era casi ilegible. Ató la cuerda alrededor de la caja y volvió a dejarla en su estante.

Oyó a Kollberg en la escalera del sótano. Entró en el dormitorio un momento después.

—Allá abajo casi todo son trastos viejos. Algunas herramientas, una bicicleta vieja, una carretilla, cosas así. Muebles de jardín. Un cuarto lavadero, y un sitio para guardar fruta. ¿Has encontrado algo interesante?

—Hay cartas de Bertil Mard en una caja de zapatos en el armario. Aparte de eso, nada.

Se dirigió a la cómoda con espejo y abrió los cajones. El de arriba estaba lleno de ropa interior, pañuelos y batas ordenados en montones. En el del centro había saltos de cama, rebecas y jerseys, y el cajón del fondo contenía un par de jerseys gruesos, un librito con tapas azules con el título *Poesía* en letras de oro muy ornadas y un grueso diario con un broche y un pequeño candado en forma de corazón.

Había también álbumes de fotos bajo algunos pañuelos de seda doblados.

Todos estos documentos databan de la adolescencia de Sigbrit Mard.

El álbum de poesía contenía los versos usuales escritos por sus amigas veinticinco años antes.

Martin Beck abrió por la última página y leyó lo que había esperado encontrar:

Aquí estoy al final, la última del libro; pero la primera amiga. Anne-Charlotte.

Kollberg punzó la cerradura del diario con una horquilla que halló en un cuenco en la cómoda.

25 de diciembre, 1949. Querido diario. Anoche me fuiste entregado como regalo de Navidad, y a partir de este día te confiaré mis pensamientos más íntimos.

Kollberg leyó varias páginas.

Un tercio del libro estaba lleno con la misma letra redondeada e infantil; pero

el 13 de marzo de aquel mismo año, Sigbrit Mard, al parecer, se había cansado de hacer confidencias a su diario.

Los álbumes de fotos contenían instantáneas hechas por aficionados, de compañeras de clase, profesoras, padres, amigas y amigos. Al final de uno de los álbumes había algunas fotografías sueltas de fecha más reciente. La foto de una boda, un novio joven con el pelo muy aplastado con agua y una novia aún más joven con ojos claros y mejillas de manzana.

—Bertil Mard —dijo Martin Beck

—Ya era un hombretón entonces —comentó Kollberg.

Había un par de fotos de pasaporte de Bertil Mard y varias instantáneas de Sigbrit, al parecer tomadas en su excursión a Sassnitz.

Vollieron a meterlo todo en el cajón y lo cerraron.

Kollberg entró en el cuarto de baño.

Martin Beck le oyó abrir el armario que había sobre el lavabo.

—Aquí hay muchas cosas para el maquillaje, y rizadoros y todo eso —dijo —. Pero no píldoras ni medicinas. Sólo aspirinas y alka-seltzer. Es curioso. La mayor parte de la gente tiene tranquilizantes o pastillas para dormir.

Martin Beck se dirigió hacia la mesita de noche y abrió el cajón.

Tampoco había allí medicinas; pero sí, entre otras cosas, un almanaque de bolsillo.

Martin Beck lo tomó y hojeó sus páginas.

Contenía, por lo general, recordatorios de cosas que hacer: peluquería, lavandería, dentista. La última nota era del 16 de octubre: *Coche al garaje*. Aparte de eso no había más que sus días de menstruación, señalados con una cruzcita, y la letra C, que aparecía a intervalos regulares.

Martin Beck recorrió el libro página a página. En enero y febrero la C aparecía regularmente cada jueves. Lo mismo en marzo, exceptuando que en la última semana de marzo, tanto en miércoles como en jueves, y en mayo no había nada el día de la Ascensión, que también era jueves; sin embargo, aparecía en tres sábados consecutivos. En junio y julio no había ninguna C; pero en agosto aparecía tres o cuatro veces a la semana. En septiembre y octubre volvía la monotonía, con una C cada jueves hasta el 11 de octubre.

Martin Beck oyó a Kollberg volver al escritorio que había en la habitación de atrás. Se metió el almanaque en el bolsillo, pensativamente, y miró el cajón de la mesita de noche. Había un montoncito de papeles doblados bajo un bote de *cold cream*.

Puso los papeles sobre la parte superior de la mesa y los desplegó uno a uno. Por lo general eran recibos, más un par de facturas impagadas, toaos de fecha muy reciente.

Debajo del montón había dos papelitos de una naturaleza completamente diferente.

El primero decía lo siguiente:

Cariño, no me esperes. El hermano de Sissy está en la ciudad, y no puedo escapar. Te llamaré más tarde esta noche, si puedo. Cariño y besos, Clark.

Martin Beck leyó el breve mensaje dos veces. La letra se torcía ligeramente hacia adelante, pero era suave y fácil de leer, como si fuera de imprenta.

Luego miró el otro trozo de papel.

Mi querida Sigge. ¿No puedes perdonarme? No era yo mismo y no supe lo que decía. Debes venir el jueves de modo que pueda darte cumplida satisfacción. Te echo de menos. Te quiero, Clark.

Tomó los dos trocitos de papel y fue con ellos a Kollberg, quien estaba de pie junto al escritorio examinando un par de talonarios.

—No tenía mucho dinero en el banco —dijo sin volverse—. Ingresaba y retiraba dinero constantemente. Como cuando uno trata de ahorrar, pero no puede. Antes del divorcio, ella estaba en mucho mejor situación económica. ¿Qué tienes ahí?

Martin Beck soltó los dos pedazos de papel sobre el escritorio, frente a Kollberg.

—Cartas de amor. Supongo.

Kollberg las leyó.

—Eso parece. Puede que ella se haya escapado con ese Clark.

Martin Beck sacó el almanaque de bolsillo y se lo mostró a Kollberg, quien silbó.

—Un amante con hábitos regulares. Me pregunto por qué los jueves especialmente.

—Puede que él tenga un empleo del que sólo puede escapar los jueves —contestó Martin Beck.

—Conduce una camioneta de reparto de cerveza —conjeturó Kollberg—. Entrega la cerveza a la cervecería cada jueves... algo de eso.

—Es curioso que Herrgott no lo supiera.

Martin Beck sacó un sobre vacío de un cajón de la mesa de costura, puso el almanaque y las dos cartas dentro y se metió el sobre en el bolsillo del pantalón.

—¿Has acabado aquí? —preguntó.

Kollberg miró a su alrededor.

—Sí —dijo—. No hay nada de mucho interés. Declaraciones de impuestos, certificados de nacimiento, algunas cartas poco interesantes, recibos y cosas así.

Volvió a dejarlo todo en su sitio.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Carretera abajo vieron una larga fila de coches parada frente a la casa de Folke Bengtsson. Eran las 9.30, y por lo visto los periodistas ya estaban yendo de un lado para otro.

Kollberg dio más gas, pasó rápidamente junto a la multitud de periodistas y salió a la carretera. Tuvieron tiempo de fijarse en que otros dos coches de la policía estaban aparcados en el patio de la casa y que el patio había sido acordonado.

Camino de Anderslöv, permanecieron largo rato sin decir nada.

Finalmente Martin Beck rompió el silencio.

—«Debes venir», decía en una de esas cartas. Eso quiere decir que no se veían en el domicilio de ella.

—Hablaremos con Herrgott —dijo Kollberg confiadamente—. Puede que él sepa algo.

Herrgott Allwright se sintió muy sorprendido por el descubrimiento de Martin Beck.

No conocía a ningún hombre llamado Clark.

Nadie se llamaba así en Anderslöv. Espere. Sí, había uno; pero tenía siete años de edad y acababa de entrar en el colegio.

Que él supiera, Sigbrit trabajaba en la pastelería de Trelleborg los jueves por la noche.

No solía llegar a casa antes de las once, más o menos, cuando trabajaba por la noche.

—Él la llama Sigge —dijo—. Nunca oí a nadie llamarla de esa manera. Suena tonto. De todos modos es nombre de muchacho y no le cae bien a una mujer, y menos como Sigbrit.

Se quedó mirando fijamente las hojas azul claro y se rascó la nuca. Luego chasqueó la lengua.

—¿Y si ella se ha escapado con su amante? —preguntó—. En ese caso ya pueden pasarse la vida cavando, y Folke convertir su jardín en un sembrado de patatas.

Soplaba un viento suave del sur, y la pequeña bahía parecía suave y brillante abrigada por la tierra; pero más allá, en el lago, rápidas brisas trazaban oscuras venas sobre la superficie del agua en calma. Un frío desagradable se elevaba del terreno pantanoso allá donde no alcanzaban los inclinados rayos del sol de la tarde, y una ligera niebla flotaba sobre los carrizos a lo largo de la costa.

Era el 11 de noviembre, un domingo, y el cielo seguía azul y sin nubes. Era la 1.30. El sol calentaría otro par de horas antes del crepúsculo y el frío de la noche se haría más intenso.

Un grupo de personas se acercó andando por el sendero que seguía la costa sudoeste del lago. Seis mujeres, cinco hombres y dos muchachos de entre ocho y diez años de edad. Todos llevaban botas de goma y los pantalones arremangados, y la mayoría de ellos mochilas o bolsas colgadas del hombro. Caminaban rápidamente y en fila india, porque el sendero se abría camino entre altos macizos de carrizos amarillentos y la espesura de alisos y avellanos silvestres, y no había sitio para que fueran de dos en fondo. Todos tenían los ojos fijos en el suelo, que era una masa revuelta de barro negro y resbaladizo.

Cuando de este modo hubieron recorrido cierta distancia, la espesura terminó, y el sendero continuó a lo largo de una cerca de postes podridos y de alambrada oxidada. Al otro lado de la cerca había un terreno en barbecho, y más allá del terreno un denso bosque de abetos.

El hombre que iba primero de la fila se detuvo y se quedó mirando el paisaje. Era un hombre delgado y musculoso y bastante bajito, y más parecía un muchacho que un hombre de cincuenta años. Tenía el rostro curtido y su pelo castaño estaba en desorden.

Hizo falta un rato para que los otros se agruparan en torno a él.

Un hombre alto, con barba medio canosa, dirigía la retaguardia con zancadas largas y lentas. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo, y con una mirada tranquila y divertida miró al hombre bajito.

—¿Qué va a hacer usted ahora? ¿Hay que cambiar de rumbo?

—Creo que debemos cortar a través de ese campo hasta el bosque que se ve allí —dijo el hombre que parecía ser el que dirigía la expedición.

—Pero eso nos alejará del lago —dijo una de las mujeres. Se había dejado caer sobre una roca, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo—. Quiero decir —prosiguió— que la idea que teníamos era dar la vuelta al lago. Pero usted siempre nos lleva en la dirección equivocada. Además, estoy hambrienta. ¿Vamos a comer pronto?

Los otros se mostraron de acuerdo. Todos estaban hambrientos y querían aligerar los cargamentos de sus mochilas.

—Descansaremos cuando hayamos cruzado ese campo —dijo el jefe.

Agarró al más pequeño de los dos muchachos, lo pasó por encima de la cerca y lo soltó en el otro lado. Luego la pasó él mismo y a grandes zancadas partió a través de las matas herbosas.

Cuando todos llegaron al bosque de abetos, se encontraron con que los árboles estaban tan cerca unos de otros que ni siquiera los niños podían pasar entre ellos. Siguió un momento de discusión, pero como no pudieron ponerse de acuerdo sobre qué camino seguir, el jefe se llevó a los niños y a dos de las mujeres y tomó la derecha a lo largo del bosque, mientras que los otros, con el hombre alto al frente, tomaron la izquierda en dirección al lago.

Quince minutos después los dos grupos se encontraron en el otro lado del bosque y empezaron a buscar un buen sitio para detenerse y comer.

Esta vez estuvieron todos de acuerdo. Se descargaron de sus mochilas y bolsas en un claro de hierba soleado entre un amontonamiento de hojas secas acumuladas por el viento y una pila de troncos de haya, y cuando uno de los hombres, que estaba considerado como un experto en fuegos de campamento, seleccionó un lugar conveniente, todo el mundo empezó a recoger leña.

Había muchas ramitas y ramas secas en el amontonamiento de hojas, y no pasó mucho tiempo antes de que se acomodaran alrededor de una vivaz y chisporroteante hoguera. Se merecían sobradamente el descanso, porque habían ido caminando por un terreno más bien difícil durante tres horas, casi sin pararse.

Aparecieron termos, paquetes de bocadillos y pequeñas botellas, y no permitieron que la comida les silenciara. La conversación pasó de un tema a otro, reinó el buen humor y se sintieron relajados.

Un hombre con chaqueta verde y gorrito de punto se levantó para calentarse los pies al fuego.

—Este lago es muy grande —comentó—. Escojamos uno más pequeño el domingo que viene. Donde no haya tantos barrizales.

Hizo una pausa para vaciar de un trago un vasito de plata lleno de aguardiente de serbal de los cazadores. Luego se quedó mirando al cielo.

—Dios sabe si podremos rodearlo antes de que anochezca —dijo.

El fuego empezó a extinguirse y todos pincharon salchichas en palitos agudos y las asaron sobre las ascuas.

Los dos muchachos jugaron a perseguirse alrededor de la pila de troncos.

El botánico del grupo se dirigió hacia el bosque en busca de setas. Ya había recogido varios puñados de *Marasmius scorodonius*, que se había metido en un bolsillo de su abrigo con capucha, y tenía una bolsa de plástico llena de almizcleñas que, una vez secas, esparcirían su agradable aroma por toda su casa.

El bosque de abetos era menos espeso por esta parte, y él, con la mirada del experto, buscó entre los troncos de los árboles y sobre el suelo sembrado de hojas secas.

Realmente no esperaba encontrar nada. Estaba ya muy avanzada la estación, y el otoño, como el verano, había sido seco y cálido.

A unos metros dentro del bosque vio lo que parecía ser un grande y bello ejemplar de seta. Dejó su bolsa de almizcleñas sobre una piedra musgosa y empezó a abrirse camino a través de los árboles. Apartó las ramas extendidas y trató de no perder de vista el lugar donde estaba la seta.

De repente pisó un musgo suave que cedió bajo su peso, y su pie derecho se hundió toda la caña de la bota en lo que parecía ser un cenagal.

Qué raro, pensó.

No debería de haber ningún cenagal allí.

Puso su otro pie sobre una rama partida de abeto en lo que él creyó era suelo firme. Pero la rama se partió, y su bota se deslizó en el barro, aunque sólo se hundió unos centímetros antes de chocar con un soporte sólido.

Sacó el pie derecho del cieno, que absorbió su bota y casi tiró de ella. Luego, cargando su peso sobre el pie izquierdo, dio un gran salto hasta suelo firme.

Se había olvidado de la seta y se volvió para mirar esa curiosa charca de barro cubierta de musgo.

Vio que burbujeaba un barro negro en los agujeros dejados por sus pies.

Y entonces se fijó en algo más, que se elevaba lentamente del lodo y el musgo y las ramas de abeto a cosa de un metro de la depresión donde su pie izquierdo había estado.

Se quedó muy quieto y se preguntó qué podría ser.

El objeto tomó forma ante sus ojos, y fue menester una fracción de segundo para que su cerebro registrara el hecho de que había visto una mano humana.

Y entonces gritó.

El lunes 12 de noviembre todo había cambiado.

Sigbrit Mard ya no era una desaparecida. Era un cadáver en avanzado estado de descomposición en una charca de barro en un bosque. Todo el mundo sabía dónde estaba, y la habían encontrado más o menos donde mucha gente esperó encontrarla. Ella estaba ya más allá del bien y el mal, y había permanecido así más de cuatro semanas.

Folke Bengtsson fue acusado aquella mañana. No había confesado nada, pero su propia actitud y las vagas declaraciones de los testigos tenían mucho peso, y cuando su abogado impugnó la acusación, lo hizo más como un gesto que como una protesta seria.

Martin Beck y el abogado se habían reunido e intercambiaron algunas observaciones. No fue una conversación muy profunda, pero el abogado hizo un comentario con el cual Martin Beck estuvo totalmente de acuerdo.

—No lo comprendo —dijo.

Folke Bengtsson no era ciertamente fácil de comprender. Martin Beck había hablado con él el viernes, tres horas por la mañana y otras tres después del almuerzo. No había sido un intercambio fructífero. Ambas partes se retreparon en sus sillas durante largos períodos y repitieron frases que habían empleado apenas minutos antes.

El sábado le tocó el turno a Kollberg. Se había puesto a trabajar aún con menos entusiasmo que Martin Beck, con resultados proporcionales.

Es decir, nada de nada.

Prácticamente, todo el interrogatorio estaba atascado en los mismos puntos. Primero y sobre todo, qué había ocurrido en la oficina de Correos.

—Hablaron ustedes dos en la oficina de Correos, ¿no es verdad?

—Sí, ella se acercó a mí.

—¿Se acercó a usted?

—Vino hacia mí y me preguntó que si tendría huevos el viernes.

—¿Llama usted a eso «acercarse alguien»?

—¿Cómo, si no, lo voy a llamar?

—¿Le preguntó ella algo más?

—No recuerdo.

—¿Quiso ella que la llevara usted en coche a su casa?

—No me acuerdo.

Y luego, claro, había el famoso momento en la parada del autobús.

—¿Le hizo Sigbrit Mard alguna seña? ¿Con la mano o algo?

—No recuerdo.

—Y ella, ¿no subió a su coche?

—No. No subió.

Martin Beck se inclinaba a creer que Herrgott tenía razón. Ella probablemente le había pedido a él que la llevara a casa y él se había mostrado evasivo. También parecía verosímil que ella hubiera hecho algún gesto de autostopista cuando él pasó junto a la parada del autobús minutos más tarde.

Lo malo es que había muy pocos testigos.

Allwright había hablado ahora con todos los que estuvieron en la oficina de Correos en el momento en cuestión. Cuatro personas podían atestiguar el hecho de que Sigbrit Mard y Folke Bengtsson habían estado hablando, pero nadie oyó lo que dijeron.

Claro que Folke no podía saber eso.

La situación era similar con respecto a la infame Signe Persson y lo que ésta había visto o no visto en la parada de autobús.

Sólo una cosa era absolutamente cierta. Sigbrit Mard estaba muerta, y quienquiera que la hubiese matado había hecho todo lo posible para ocultar el cuerpo.

—Ella pudo haber permanecido allí todo el invierno sin que la encontraran nunca —dijo Allwright—. De no haber sido por aquellos excursionistas chiflados que dan vueltas a los lagos.

Estaban de pie en el escenario del crimen (si en realidad éste era el escenario del crimen) observando a varios policías que trataban de conseguir pistas en la zona acordonada.

Otro hecho seguro era que el patio de Folke Bengtsson había sido excavado para nada, a menos que sirviera para que las plantas de su jardín crecieran mejor durante la primavera siguiente. También habían levantado varias tablas del suelo de la casa y del cercano gallinero.

Y ahora se habían apoderado de su furgoneta para que la examinaran en el laboratorio.

Martin Beck dejó escapar un profundo suspiro, y Allwright se lo quedó mirando con ojos castaños inteligentes e inquisitivos.

Tocó el turno a Kollberg de continuar el unilateral diálogo con Folke Bengtsson, y Martin Beck había olvidado que estaba en Trelleborg. Cuando Martin Beck suspiraba, Kollberg, por lo general, sabía lo que quería decir. Habían trabajado juntos tanto tiempo que pensaban del mismo modo. Generalmente. Se

comunicaban los pensamientos y conclusiones sin palabras. Claro que no siempre ocurría así.

Y parecía muy improbable que Allwright comprendiera por qué Martin Beck había suspirado.

—¿Por qué suspira?—preguntó Allwright. Martin Beck no contestó—. Un sitio horrible para un asesinato, ¿verdad? Suponiendo que ocurrió allí. Aunque probablemente sí.

—Lo sabremos después de la autopsia, si no antes—dijo Martin Beck.

Los excursionistas que encontraron el cadáver eran amantes de la naturaleza. No habían dejado basuras ni restos, ni dañado al terreno, aunque claro, era de comprender que el sitio donde el cadáver fue hallado había sido pisoteado por muchos pies. Los policías que se movían por el lugar no habían contribuido a mejorar las cosas, y, además, la hallaron al cabo de cuatro semanas. El tiempo había sido inestable, con lluvias, tormentas y heladas.

Desde el punto de vista del laboratorio, el escenario del crimen no inspiraba optimismo. Había una especie de carretera que llevaba al lugar, al menos hasta el amontonamiento de hojas; mas por allí había pasado recientemente maquinaria forestal pesada. Además, habían recibido informes indicando que sus actuales malas condiciones se debían al hecho de que el ejército la había recorrido con vehículos todo terreno sólo una semana antes, cuando la carretera estaba húmeda y barrosa.

En su estado actual, la carretera no era transitable para ningún vehículo ordinario de pasajeros. Pero muy bien podría haber estado así cuatro semanas antes.

En cuanto a la cuestión de si este lugar había sido elegido o no por casualidad, la respuesta tenía que ser negativa.

Sólo el propietario y la gente que trabajaba aquí de vez en cuando conocía la zona en detalle. El edificio más cercano era una casita de verano, en la que no había vivido nadie desde septiembre.

Era un trozo de terreno difícil e inaccesible. Nadie podía ir allá en coche sin saber de antemano que el coche podría salir de allí.

Por otra parte, era razonable suponer que cualquiera que viviese en la vecindad tenía una buena posibilidad de conocer el lugar.

Folke Bengtsson y Sigbrit Mard no vivían lejos, y si uno daba por supuesto que Bengtsson era culpable —lo cual suponía mucha gente, y era cosa que de momento nadie podía refutar—, la situación del cadáver era otro punto adicional contra él. Si la carretera estaba en buenas condiciones, él podía llegar allá desde Anderslöv en diez minutos. Además, estaba en la misma dirección general que él había tomado. Sólo tenía que desviarse un poco antes y luego gradualmente terminar su camino hacia este sendero a través del bosque.

Martin Beck se retrepó contra un montón de leños y miró hacia el montón de

hojas y los abetos.

—¿Qué piensa usted, Herrgott? ¿Cree que alguien pudo haberla traído aquí en un coche ordinario el diecisiete de octubre?

Allwright se rascó la nuca y se echó a un lado el sombrero.

—Sí —contestó—. Creo que sí. Alguien pudo ir en coche hasta esa pila de troncos de haya. No se podría cruzar ese amontonamiento de hojas ni con un tanque. Ni ahora, ni entonces. ¡Siéntate, Timmy! ¡Agáchate, por amor de Dios! Sí, así está bien. Buen perro.

Los hombres que examinaban el escenario del crimen llevaban consigo un perro pastor alemán, un perro policía entrenado, y Timmy estaba demasiado interesado por lo que hacía el otro animal como para quedarse quieto sujeto a la correa.

—Déjelo suelto, ¿por qué no? —dijo Martin Beck bostezando sin querer—. A lo mejor encuentra algo.

—Y puede que tengamos una pelea de perros —respondió Allwright.

—Ya veremos.

Allwright soltó al perro, quien inmediatamente empezó a husmear el suelo.

—Miren a quien tenemos aquí para volver a mordernos los talones —dijo Evert Johansson un momento después.

Era uno de los hombres que trabajaban con el equipo del laboratorio.

—Sí, tengan cuidado con cualquier cosa que encuentren —dijo Allwright.

Un rato más tarde, Johansson se dirigió a donde estaban ellos. Llevaba un mono y altas botas de goma y caminaba lentamente entre la hojarasca.

—Tiene un aspecto horrible —dijo.

Martin Beck asintió. Se había visto muchas veces en casos como éste como para preocuparse ahora. Los restos de Sigbrit Mard no eran el espectáculo más apetitoso que él hubiera visto, aunque tampoco estaban cerca de ser los más repulsivos.

—Pueden trasladarla tan pronto como la chica con la cámara haya terminado —dijo Martin Beck—. Luego echaremos un vistazo a lo que hayan encontrado los perros.

—Timmy ha encontrado algo extraño —dijo Evert Johansson, extendiendo una bolsa de plástico llena de algo indescriptible.

—Sí, se lleva todo lo que no parece formar parte de la vegetación natural —repuso Martin Beck.

—Y ha encontrado este trapo viejo —dijo Allwright, señalando con la punta de su bota.

—Lléveselo.

Dieron la vuelta a la pila de troncos y se acercaron a la barrera de cuerda, donde algunos periodistas incansables estaban de guardia.

—Hay una cosa que me gustaría indicar —dijo Allwright—. Y es que no

quisiera hacer la prueba de venir aquí con la vieja furgoneta de Folke. Ni siquiera con buen tiempo cuando el suelo está seco.

—Bueno, ¿y si venimos en su coche, por ejemplo?

—Sí, probablemente podría haberlo hecho. Antes de que el ejército destragara la carretera.

—¿Ha pensado en el hecho de que Bertil Mard puede estar también familiarizado con esta zona?

—Sí, ya se me ha ocurrido —contestó Allwright.

Llegaron al acordonamiento y pasaron por encima de la cuerda. Otro de los sargentos de Allwright mantenía al grupo de periodistas al otro lado.

Era un escenario muy pacífico.

—¿No ha ido usted a echar un vistazo? —preguntó uno de los informadores.

—¡Santo Dios, no! ¡Uf! —contestó el policía.

Martin Beck sonrió. Era una situación miserable y trágica; aunque, sin embargo, había en ella algo de rural e idílico. Opuesta a la usual atmósfera sombría de densas sospechas y porras amenazadoras.

—¿Está desnuda? —preguntó el periodista a Martin Beck

—No del todo, al menos por lo que puedo ver.

—Pero ¿ha sido asesinada?

—Eso parece.

Se quedó mirando a los informadores, que estaban mal equipados para aquel terreno y con aquel tiempo.

—No podemos decirles mucho de interés hasta que se haya hecho la autopsia —explicó—. Hay un ser humano muerto allí. Todas las indicaciones son de que se trata de Sigbrit Mard y de que alguien intentó ocultar su cadáver. Mi impresión personal es la de que ella no llevaba mucho puesto y de que fue atacada violentamente. Si se quedan aquí y se congelan lo suficiente, nos verán venir con una camilla cubierta con una lona. Y eso es todo lo que hay que contar.

—Gracias —dijo uno de los periodistas, quien se volvió y después de estremecerse se dirigió hacia la línea de coches aparcados a unos centenares de metros de distancia.

Y eso era todo lo que había que contar, incluso para Martin Beck

•••••

Se recibió el informe del laboratorio, y con él los resultados de la autopsia.

Con ellos se enteraron de pocas cosas.

Timmy había hecho el descubrimiento más curioso, un trozo de pechuga de ganso asado, el cual, seguramente, habría pertenecido a los excursionistas del lago. Lo más curioso, según pareció a Martin Beck, era que el perro no se lo comió.

Un trapo de algodón que podría haber pertenecido a cualquiera.

La propia Sigbrit Mard, sus ropas y su bolso de mano.

Su reloj de pulsera tenía una ventanilla para la fecha, y se había detenido a los dieciséis minutos, veintitrés segundos después de las cuatro de la tarde del 18 de octubre, como resultado de no haberle dado cuerda.

Sigbrit Mard había sido estrangulada, y había huellas de violencia bajo el abdomen, una contusión en la pelvis, como de un golpe muy fuerte.

Las condiciones de sus ropas eran más bien interesantes.

La chaqueta y la blusa habían sido halladas formando un todo junto a su cuerpo. Su falda y *panties*, por otra parte, estaban desgarrados. Sus órganos sexuales, al descubierto, y el sujetador quitado en parte.

Martin Beck permaneció en Anderslöv, aunque el interrogatorio tenía efecto en Trelleborg.

Se sentó y estudió los informes del laboratorio. Podían ser interpretados de varios modos, desde luego. Una cosa parecía bien evidente.

La chaqueta y la blusa no estaban dañadas porque se las había quitado ella misma. Esto, en cambio, podía indicar que había acompañado a su asesino voluntariamente.

No podía determinarse con exactitud dónde ella lo hizo. Sin duda, cerca de la hoya de barro; pero eso era sólo una suposición.

El contenido del bolso era el corriente.

Casi todas las pruebas indicaban que poco después de dejar la oficina de Correos, ella acompañó a alguien al lugar solitario donde fue hallada y que la mataron en algún lugar de la zona inmediata.

Nada de esto hacía que las perspectivas fueran más brillantes para Folke Bengtsson.

Roseanna McGraw había muerto en circunstancias muy similares poco más de nueve años antes.

Y Bengtsson seguía negando todo, de modo apático, y sin mostrar la menor señal de cooperación.

La investigación se estaba empantanando.

Las pruebas eran burdas; pero Bengtsson tenía en contra la opinión pública, y seguramente sería condenado.

Martin Beck no estaba satisfecho. Había algo que no encajaba, pero ¿qué?

Algo sobre Bertil Mard.

Martin Beck pensaba a menudo en él y en su cuaderno de notas. Realmente era un cuaderno de notas excepcionalmente hermoso. El mejor cuaderno de notas que Mard había podido encontrar en ciento ocho países. ¿Habría él tomado nota de todo realmente? ¿Habría registrado, por ejemplo, la muerte del tripulante brasileño de un petrolero en Trinidad-Tobago?

Martin Beck comprendió que tendría que hablar con Mard una vez más. Por lo menos.

También pensó en lo que Sigbrit llevaba en su bolso para colgar del hombro; un conjunto bastante vulgar: un pañuelo, un frasquito con aspirinas, llaves, algunos recibos, un peine, un bolígrafo, una botellita de pastillas de sacarina, un espejo, permiso de conducir, un monedero con setenta y dos coronas y un estuche de maquillaje conteniendo polvos, lápiz de labios, rímel, sombreador de ojos y crema para la piel. Más un cartón de píldoras anticonceptivas, una para cada día de la semana. Ella se había tomado la del lunes, martes y miércoles, pero no la del jueves. El jueves, claro, estaba muerta.

¿Significaban las píldoras, necesariamente, algo? Claro que no.

Sigbrit Mard tenía treinta y ocho años y estaba divorciada. Era muy posible que siguiera tomando las pastillas aunque hubiera dejado de acostarse con hombres.

Pero de todos modos...

Pensó en el almanaque y en las cartas que había encontrado en casa de ella.

Y había una llave en su llavero que no encajaba en ninguna de las cerraduras que él conocía.

Tenía que haber cosas que Mard no le había contado. Martin Beck decidió ir a Malmö e intentar tener otra charla en un rato que el hombre estuviera sobrio.

La mañana del viernes parecía buen momento. A primera hora, cuando él no se hubiera tomado ni siquiera su primer trago del día.

Si a Martin Beck le disgustaba el caso de Sigbrit Mard y el modo como se estaba desarrollando, había por lo menos otra persona que sentía lo mismo.

Kollberg.

Lennart Kollberg llevaba su parte en la investigación como si fuera una cruz, y el camino al juicio un verdadero camino del Gólgota.

Las sesiones con Folke Bengtsson se estaban volviendo cada vez más infructuosas. Habían pasado muy malos ratos hablando entre ellos. Las palabras parecían desvanecerse en el aire, como si carecieran de la flotabilidad necesaria para manejarlas de un lado a otro por encima de la mesa.

Kollberg sostenía que Bengtsson era psicológicamente un hombre algo raro, o, para decirlo con mayor brusquedad, que estaba chiflado; pero también descubrió que los hilos que unían a Bengtsson con Sigbrit Mard eran más frágiles y la situación total más abstracta. Más que Martin Beck, Kollberg no se había visto nunca tan profundamente implicado en el caso Roseanna, ni tampoco había intentado forzarse un camino para meterse en la cabeza de Bengtsson. Por aquel entonces no tuvo a su cargo el interrogatorio principal.

Y ahora le iba pareciendo cada vez más que estaba simplemente atormentando a un hombre que podía ser inocente, y que, en realidad, no comprendía lo que estaba pasando.

O quizá estaba atormentándose a sí mismo. Él diría algo, y antes de que esto llegara al otro hombre, las palabras se disolverían y dispersarían en el aire.

Kollberg a menudo tenía asuntos que resolver en la jefatura de policía de Trelleborg, y al salir del edificio el viernes dieciséis, se encontró con alguien a quien conocía.

Ake Boman.

—¡Hola! —le saludó Kollberg.

—Probablemente no deberíamos hablarnos —dijo Boman—. Podríamos perder nuestros empleos.

—Me importa un comino —replicó Kollberg—. ¿Conoce un buen sitio para ir a comer?

—La taberna de Jönsson. Los Tres Corazones. Allí puede uno atracarse.

—Pues entonces permita que le lleve a almorzar.

—O a la inversa.

—Nos llevaremos el uno al otro a almorzar. Es más elegante. Veo que ya ha empezado la locura de la Navidad —dijo Kollberg echando un vistazo a su alrededor.

La taberna de Jönsson era magnífica. Convenía exactamente a las intenciones de Kollberg, es decir, atracarse.

—¿Sirven mucho de comer aquí?

—Sirven de comer hasta reventar. Y es bueno.

—Estupendo.

Se sentaron y Kollberg examinó atentamente la minuta antes de pedir.

—¿No quiere beber algo? —preguntó Boman.

Kollberg se lo quedó mirando. Como siempre, Boman había pedido agua mineral.

—Sí —dijo el otro tras un momento de vacilación—. Señorita, tráigame un aguardiente doble.

Sus relaciones con Boman requerían, por lo menos, una buena comida, bebida y charla.

—A menudo he pensado que deberíamos tener una breve charla —dijo Boman—. Aunque sólo fueran unas pocas palabras.

—Lo mismo se me había ocurrido a mí —respondió Kollberg—. Sobre todo ahora.

—Usted salvó mi vida —dijo Boman—. La cuestión es si valía la pena salvarla. Realmente entonces quise morir. Y muchas veces desde entonces.

—No tuve otra elección —explicó Kollberg—. Del modo como ocurrió no se podía hacer otra cosa. ¿Qué clase de píldoras fueron las que usted tomó?

—Vesparax.

—Bien. He leído en alguna parte que ahora las venden sólo en forma de supositorio. Muy listos. Como si la gente no pudiera matarse por el culo.

Boman sonrió tristemente.

—Sólo hay una pregunta que me gustaría hacerle —dijo Kollberg.

—¿Cuál?

—Usted estuvo a punto de salirse con la suya. Iba a casarse con una mujer estupenda. ¿Qué iba a hacer usted? ¿Vivir con aquello? ¿Olvidar?

—No —repuso Boman—. Cuando yo maté a Alf, destruí mi vida. Pude haber escapado sin ser castigado; pero nunca podría haber vivido con aquello. Ahora sé que no.

—Boman —dijo Kollberg.

—Llámeme Gunnarsson. Eso ya no importa.

—Usted es Ake Boman para mí. Le diré algo. Yo también maté a un hombre una vez. Hay pocas personas que lo sepan. Si usted quiere, le daré los detalles. —Ake Boman negó con la cabeza—. Bien. Nada de detalles. Yo tampoco los quiero —continuó Kollberg—. Ya sabe usted cómo se siente uno. No puede vivir con eso. Todo parece cambiado. Nunca logra superarlo. Y yo ni siquiera recibí una reprimenda. El comisario me comparó con Carlos XII. —Rió secamente—. La verdad es que odio ser policía. Y no seguiré siéndolo mucho tiempo, me temo. Puede tenerlo por seguro. Lo que me salvó fue una buena esposa y dos hijos maravillosos.

—Yo también he estado pensando en algo parecido —dijo Boman—, pero no me atrevo.

Llegaron el arenque y las patatas.

Kollberg empezó a comer con entusiasmo.

Boman no tenía el mismo apetito, aunque el ejemplo de su compañero pareció abrirse un poco.

—¿Quiere usted mi opinión? —preguntó Kollberg.

—Sí y no.

—Bueno, se la doy, gratis. Creo que Bengtsson está chiflado, pero que es inocente. Escriba eso si quiere. Estoy casi convencido.

—¿Cree que podríamos ser amigos? —preguntó Boman.

—Ya lo somos —contestó Kollberg.

Alzó su vaso de aguardiente.

—*Skoal!*

Boman tomó un trago de su agua mineral.

Fue un largo almuerzo. Kollberg no tenía nada más para beber, pero siguieron hablando durante un buen rato.

Un poco de todo.

Continuaron sentados allí, a la mesa, uno frente a otro. Un homicida y un policía que había matado.

Ambos se comprendían bien.

Puede que se hicieran amigos.

—Usted salvó mi vida —dijo Boman.

—Creo que sí. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—No lo sé.

—Si quiere, puede escribir todas las palabras que he dicho.

—Se vería metido en un lío si lo hago.

—Me importa un comino —contestó Kollberg—. Le doy mi palabra.

De repente tuvo una sensación de libertad.

Se tomó el postre, helado con crema de chocolate.

—Estoy muy gordo —se quejó Kollberg.

—Yo no lo creo.

—Es usted tan delgado...

—Tal vez. A veces me siento bien, a pesar de todo.

—A pesar de todo —repitió Kollberg.

—He conseguido un pequeño apartamento aquí cerca —dijo Boman—. ¿Quiere que vayamos un momento? Está sólo a cinco minutos de aquí.

—Está bien —dijo Kollberg.

—Nos despedirán a los dos —declaró Boman.

—Y ¿a quién le importa? —preguntó Kollberg.

El apartamento de Boman era agradable.

Sobre la mesa de al lado del teléfono había una foto enmarcada.

Kollberg la reconoció inmediatamente.

Era una foto de exterior. Ella echaba la cabeza hacia atrás y se reía de cara al fotógrafo. El viento desmelenaba su desordenado cabello rubio.

—Anne-Louise, ¿no?

—La cosa mejor que me haya ocurrido. Está ahora casada con un buen muchacho, según creo. Tienen dos hijos. Un niño y una niña.

—¡Lástima! —exclamó de repente.

Estuvieron hablando durante un par de horas.

Sobre toda clase de cosas.

Dos hombres que habían matado.

Pocos cambios se habían producido en casa de Bertil Mard. Había el mismo hedor a licor y a ropas de cama por lavar. La misma semioscuridad en la desaseada casita. Mard llevaba incluso las mismas ropas de la vez anterior: una camiseta y unos viejos pantalones de capitán de la marina mercante.

La única innovación era una vieja estufa de queroseno que humeaba y no hacía nada por mejorar la atmósfera general de suciedad y podredumbre.

Sin embargo, Mard estaba sobrio.

—Buenos días, capitán Mard —dijo Martin Beck cortésmente.

—Buenos días —contestó Mard.

Miró inquisitivamente a su visitante, y el blanco de sus ojos apareció cubierto con una insana película amarilla. Pero la mirada de sus ojos negros era cruda y asesina.

—¿Qué quiere?

—Me gustaría hablar con usted un rato.

—No quiero hablar. —Dio un puntapié a la humeante estufa—. Puede que usted sea capaz de arreglarme este cacharro —dijo—. No funciona bien, y de noche hace aquí dentro un frío de todos los demonios. Nunca fui bueno con la maquinaria.

Martin Beck inspeccionó el artilugio calentador, que parecía ser antiguo. Hacía años que no había visto uno igual. En principio parecía haber sido construido como una estufa primus.

—Creo que debería comprarse algo más nuevo y mejor —le dijo.

—Tal vez —repuso Mard como ausente—. Bueno, ¿de qué demonios quiere hablar?

Martin Beck no contestó nada inmediatamente. Se sentó en una de las sillas y casi esperó una protesta; pero Mard se limitó a suspirar profundamente y se sentó también.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó.

Martin Beck negó con la cabeza. El licor era la misma mercancía de la vez anterior: vodka rusa ilegal, de una potencia devastadora. Pero había sólo una botella sobre la mesa y ni siquiera estaba abierta.

—Está bien —dijo Mard.

—¿De dónde saca usted ese género? —preguntó Martin Beck echando un vistazo a la botella con su etiqueta azul.

—Eso a usted no le importa —contestó Mard.

—Supongo que no.

—Es difícil vivir en un país en donde una porquería de *whisky* cuesta quince dólares —añadió Mard filosóficamente.

—Supongo que se habrá enterado de que encontramos a su ex-esposa.

—Sí —respondió Mard—. Me he enterado.

Destapó la botella con la habilidad de un práctico y arrojó el tapón al suelo.

Se sirvió medio vaso y se lo quedó mirando durante un buen rato, como si fuera un ser viviente o una llama.

—Lo divertido es que yo tampoco quiero —dijo.

Tomó un pequeño trago.

—Y me sienta fatal —reconoció—. Pero si has de beber te ha de doler. Creo que ésa es la maldición del bebedor.

—¿Así que está enterado de lo que le pasó a Sigbrit?

—Sí. No es que nadie se molestara en informarme. Pero las mujeres de la cervecería leyeron los periódicos, gracias a Dios.

—¿Lo ha sentido usted? —preguntó Martin Beck

—¿Qué?

—Que si lo ha sentido. ¿Siente pena?

Mard negó con su cabeza lentamente.

—No —dijo al final—. No se puede sentir pena por una persona a la que no se ha tenido desde hace tanto tiempo. Pero...

—¿Sí?

—Tiene gracia que ella no exista ya. Nunca pensé que Sigbrit estirase la pata antes que yo. Y conozco a alguien que tampoco lo hubiera creído.

—¿Quién es?

—La propia Sigbrit. Ella se ha comportado como si yo llevara muerto mucho tiempo.

Mard golpeó la mesa con su carnosa mano derecha, pero la acción no pareció significar gran cosa.

—¿Cuándo empezó eso?

—En el instante en que dejé de darle dinero.

Martin Beck no dijo nada.

—Pero aún me queda mucha vida —dijo Mard—. Creo que aún me quedan años.

Miró sombrío a Martin Beck

—Años —repitió—. Dios sabe cuántos en este agujero infernal.

Se bebió el resto de la vodka como en un gesto de rabia.

—El estado beneficencia —dijo—. He oído hablar de eso en todo el mundo. Y luego, cuando uno ve esta mierda de país, se pregunta cómo demonios han logrado hacer circular todas esas mentiras y propaganda.

Volvió a llenar su vaso.

Martin Beck no supo exactamente qué debía hacer. Quería a un Mard razonablemente sobrio, pero también lo quería de buen humor.

—No beba tanto —le dijo para tantear.

—¿Qué? —Mard pareció perplejo—. ¿Qué coño ha dicho? ¿Aquí en mi propia casa?

—Le he dicho que no debiera beber tanto. Es un buen consejo. Además, quiero hablar con usted y quiero respuestas razonables.

—¿Respuestas razonables? ¿Cómo va a ser una persona razonable en medio de tanta mierda? Además, ¿cree usted que yo soy el único que se sienta para emborracharse como una cuba en este maravilloso estado beneficencia?

Martin Beck sabía muy bien que Mard no era el único a quien se le planteaba este dilema. Para una buena parte de la población, el alcohol y los narcóticos parecían ser la única escapatoria. Esto se aplicaba a los jóvenes tanto como a los viejos.

—Usted debería ver a los viejos en mi llamado restaurante. Y lo peor de todo ello es que ninguno se divierte nada bebiendo. Es tan divertido como abrir la espita del gas un rato y después cerrarla de nuevo cuando uno está lo bastante atontado. Y luego abrirla otra vez cuando se empieza a recuperar el conocimiento.

Mard se quedó mirando fijamente su sucio vaso.

—He pasado muy buenos ratos bebiendo. En mis viejos tiempos. Ésa es la diferencia. Fue en los viejos tiempos. Nos lo pasábamos estupendamente. Pero aquí no. En otros sitios.

—¿En Trinidad-Tobago, por ejemplo?

Mard no pareció sentirse afectado en absoluto.

—Bueno —dijo—. Así que usted ha logrado averiguar el asunto. Bien hecho. ¡Maldito sea yo! No pensé que usted se iba a dedicar a eso.

—¡Oh! Nosotros descubrimos casualmente muchas cosas —dijo Martin Beck—. La verdad es que muchas cosas.

—Bueno, uno no lo creería al ver los policías en la ciudad. A menudo me pregunto por qué emplean seres humanos. Allá en el Tivoli de Copenhague tienen un hombre mecánico que saca una pistola y dispara si usted mete una moneda. Deberían de arreglarlo para que pudiera levantar el otro brazo también y te diera un golpe con una porra. Y deberían poner una cinta magnetofónica que dijera: «Está bien, ¿qué pasa aquí?».

Martin Beck se echó a reír.

—Es una buena idea —reconoció.

De lo que realmente se estaba riendo era de pensar cómo reaccionaría el comisario nacional a la propuesta de Bertil Mard de reorganización de sus fuerzas.

Pero se guardó eso para sí.

—Tuve suerte —dijo Bertil Mard—, maté a un hijo de puta y sólo me impusieron una multa de cuatro libras. En muchos sitios, por eso me habrían ahorcado.

—Tal vez.

—Aquí no, desde luego. Mas, por otra parte, un hatajo de bandidos te rodea y estropea la vida a todos. Ni siquiera te imponen una multa de cuatro libras. Se hacen nombrar gobernadores de provincias y consiguen gratis billetes de avión para ir a sus bancos en Liechtenstein y Kuwait. No es que Liechtenstein y Kuwait tengan nada de malo. Los dos son países estupendos.

De repente Mard gimió y se llevó la mano al diafragma.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Martin Beck

—No, pero voy tirando.

Mard tomó su vaso y vació la mitad.

Estaba respirando con dificultad. Martin Beck esperó. Un instante después, su expresión se alivió.

—Pero usted me ha dicho que quería hablar de Sigbrit —dijo—. Está bien. Fue asesinada por ese maniaco sexual que vivía cerca de ella, y ustedes lo han detenido y lo han metido en el pabellón psiquiátrico, que es donde le corresponde. Si ustedes no lo hubieran detenido, yo habría ido allí y lo habría matado. Me han ahorrado la molestia. ¿De qué más hay que hablar?

—De ese viaje a Copenhague.

—Pero usted ya tiene a su asesino, ¡por Dios!

—No estoy completamente seguro de que lo tengamos. Usted dice que fue a Copenhague el diecisiete de octubre.

—Sí.

—¿En el transbordador de ferrocarril *Malmöhus*?

—Sí. Y los hombres que iban a bordo me vieron. El camarero y la tripulación de cubierta.

—Pero ellos no están absolutamente seguros del día. Eso es lo malo.

—Y ¿qué demonios quiere que haga yo?

—Bueno, ¿qué hizo usted en Copenhague?

—Fui a muchas tabernas y me emborraché hasta apestar. Ni siquiera recuerdo cómo regresé a casa.

—Escuche, capitán Mard. Nos dijo que estuvo sentado en el salón delantero, el que solía ser salón fumador de primera clase.

—Sí, en la mesa de en medio. Detrás de la campana del barco.

—Yo también me he sentado a esa mesa. Desde allí se ve una vista

maravillosa.

—Sí, es casi como estar en el puente. Supongo que por eso me gusta sentarme allí.

—Usted es un viejo marino y un observador práctico. ¿Ocurrió algo en aquella travesía?

—Las cosas que siempre pasan en el mar. Pero nada que significara algo para usted.

—No esté tan seguro.

Mard se metió la mano en su bolsillo y sacó el gastado cuaderno de notas de cuero.

—Me encontraba en el mar, al fin y al cabo —dijo—. Aunque estuviera sentado allí como una pieza de equipaje. Aquí tengo una anotación. Yo apunto todo lo de interés en el cuaderno de bitácora, a menos que esté borracho como una cuba.

Con el pulgar hojeó las páginas del libro hasta llegar a una sección especial.

—Aquí tenemos —dijo—. Transbordador de ferrocarril *Malmöhus*, zarpó de Malmö a las once cuarenta y cinco horas del diecisiete de octubre de mil novecientos setenta y tres. Velocidad estimada, dieciséis nudos. Rumbo a Copenhague. Tomé notas de los buques con que nos encontramos.

—¿Oh?

—Bueno, hay que apuntar los buques con que uno se encuentra, es natural.

—Espere un momento —dijo Martin Beck.

Sacó un papel y bolígrafo, cosas que él empleaba raramente en su trabajo.

—Once cincuenta y cinco, motonave *Öresound* rumbo al puerto de Malmö.

—Sí. Ese barco viene cada día.

—Supongo que sí. Tráfico regular. —Y luego prosiguió—: Doce treinta y siete, motonave *Gripen*, lo mismo. Buque de carga pequeño en tráfico regular. Escribí «cinta azul» después del nombre. Lo cual no significa la Cinta Azul del Atlántico.

—¿Qué significa entonces?

—Bueno, pues que tiene una cinta azul pintada a lo largo de su casco.

—Y ¿qué tiene eso de especial?

—La cinta solía ser verde. La compañía naviera debe de haber cambiado sus colores. El de las doce cincuenta y cinco fue más interesante, un carguero llamado *Runatkindar*. Bandera faroesa.

—¿Faroesa?

—Sí, no se ve muy a menudo. Luego nos pasaron dos *hydrofoils*, uno a las trece cero cinco y otro a las trece cero seis, el *Svalan* y el *Queen of the Waves*. A continuación apunté que había un destructor italiano en Langelinie, y dos pequeños cargueros alemanes en Frihavnen. Y eso es todo.

—Apuntaré esos nombres —dijo Martin Beck—. ¿Puedo echar un vistazo?

—No. Pero se los deletrearé.

Deletreó el nombre del barco que había ondeado la bandera de las islas Faroe.

Martin Beck haría que Benny Slacke comprobara todo aquello. Pero en el fondo de su corazón ya estaba seguro de que la coartada de Bertil Mard resistiría.

Había otro par de temas en los que él quería entrar.

—Perdone si le hago más preguntas —dijo—, pero ¿cómo sabía usted que Folke Bengtsson vivía al lado de su ex-esposa?

—Porque ella me lo dijo.

—Pero usted me ha dicho que no ha estado allí por lo menos hace año y medio. Y Bengtsson se mudó hace un año.

—Y ¿quién demonios ha dicho que fue allí donde me lo contó? Sigbrit vino aquí intentando sacarme algún dinero. Y le di algo. Aún me gustaba. Y también me la jodí. Aquí mismo, en el suelo. Chillaba como un cerdito cuando vino. Eso fue el día en que me contó lo de aquel maniaco sexual. Y la última vez que la vi, precisamente.

Mard fijó su extraña mirada en el suelo.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó—. La estranguló, ¿no? ¿Dónde lo han encerrado?

—No hablemos de eso.

—Entonces de qué coño hablamos, ¿de putas? Usted estaba interesado en las casas de putas, ¿no? ¿Quiere algunas direcciones?

—No, gracias.

Bertil Mard volvió a gemir y apretó el puño fuertemente contra su lado derecho, bajo las costillas. Se sirvió más vodka y se la bebió.

Martin Beck aguardó.

—Capitán Mard —le dijo, cuando el dolor pareció haber pasado—. Hay un punto en el cual usted está evidentemente mintiendo.

—Maldito si yo le he contado una sola mentira en este día. ¿En qué día estamos?

—Viernes dieciséis de noviembre.

—Debo de escribirlo en el cuaderno de bitácora. «Nada de mentiras hoy». Claro que el día aún no ha terminado.

—Usted ha dicho que Bengtsson no se mudó a Domme hasta después de que usted hubiera dejado definitivamente de ir por allí, y, sin embargo, él le ha visto por allí dos veces.

—¡Ahora es usted el que está mintiendo! No he puesto pie en aquel lugar.

Martin Beck pensó y se dio masaje en la nuca.

—¿Sabe usted si su ex-esposa se veía con alguien llamado Clark?

—Nunca he oído hablar de él. Además, yo no permitiría que Sigbrit viera a otros hombres.

—¿No conoce usted a nadie que se llame Clark?

—Así de pronto, no. Supongo que debo de haber conocido a alguien de ese nombre alguna vez. Pero no tendría nada que ver con Sigbrit. Además, es un nombre muy tonto.

—No veo por qué Bengtsson había de mentir contándome eso. Él asegura que le vio a usted en la casa dos veces distintas.

—Típico —contestó Mard—. Está chiflado. Ha estrangulado a dos mujeres. Y usted se sienta ahí, todo un superintendente de policía, preguntándose por qué demonios él habría de contar una mentira. —Escupió en el suelo—. ¡Cristo! Ese hombre mecánico de que le hablé sería mejor policía.

De repente Martin Beck quiso poner las cosas en claro.

Demasiado tarde, según le pareció a él.

—¿Qué clase de coche conduce usted, capitán Mard?

—Un Saab. Un viejo cacharro de color verde. Hace seis años que lo tengo. Está aparcado por ahí en algún sitio, con un papelito en el parabrisas que dice que tengo que pagar treinta y cinco coronas. Casi nunca estoy lo bastante sobrio para conducirlo.

Martin Beck se quedó mirándolo fijamente un buen rato.

Mard no dijo nada.

Al cabo de un minuto, Martin Beck rompió el silencio.

—Me voy —dijo—, y con toda probabilidad no volveré nunca más.

—Estupendo.

—De algún modo usted me cae simpático —declaró Martin Beck—. Gracias por ser tan paciente.

—Me importa un comino que le caiga simpático o no.

—¿Me permite que le de un consejo de amigo?

—Supongo. A lo mejor le hago caso.

—Venda el restaurante y todo lo que usted pueda poseer. Conviértalo en dinero en efectivo y váyase de aquí. Cómprase un billete de avión para Panamá u Honduras y embárguese. Aunque tenga que firmar como piloto.

Mard se lo quedó mirando con sus ojos oscuros, que podían cambiar tan rápidamente de la locura a la calma total.

—Es una idea —contestó.

Martin Beck cerró la puerta tras él.

Era siempre muy concienzudo, así que pediría a Benny Skacke que comprobara todo ese relato sobre los barcos.

Pero eso ya no tenía importancia.

Folke Bengtsson había visto a un hombre en un Volvo beige en la casa de Domme. Dos veces.

Y aquel hombre no había sido Bertil Mard.

Cuando Martin Beck volvió a Anderslöv se dirigió a la comisaría de policía para hablar con Herrgott Allwright.

No había nadie en el despacho, excepto un anciano calzado con zuecos, que estaba de pie junto al mostrador retorciendo con las manos una gastada gorra de astracán. La puerta de la oficina de Allwright estaba entornada y él la abrió de par en par y echó un vistazo en el interior. Britta, la empleada, estaba de pie ante la mesa hojeando unos papeles.

—Herrgott ha ido a Hönsinge a ver algo —explicó—. Dijo que volvería dentro de una hora.

Martin Beck se quedó en el umbral y pensó. Deseaba hablar con alguien, pero no quería esperar toda una hora a Allwright, y Kollberg no estaba disponible.

—Dígale que he ido a Trelleborg —dijo finalmente—. Volveré esta noche.

Cerró la puerta y fue a la oficina exterior a llamar un taxi. El hombre de los zuecos soltó la gorra sobre el mostrador.

—Perdone —dijo—. Vengo a solicitar un permiso de conducir.

Martin Beck negó con la cabeza.

—Siento no poder ayudarle.

—Pero si es sólo para una carreta y un caballo —suplicó el anciano.

—Tendrá que hablar con la empleada —contestó Martin Beck tomando el teléfono.

El anciano pareció tan alicaído e infeliz, que Martin Beck se sintió acongojado.

—Volverá en seguida —dijo—. Y estoy seguro de que ella podrá dárselo.

Permiso de conducir para una carreta y un caballo, pensó.

¿Existía tal cosa?

El taxista no era un tipo corriente. Era de los que no hablaban.

Iba conduciendo y Martin Beck pensando. Trató de resumir lo que sabía acerca del hombre que había sido el amante de Sigbrit Mard.

Se llamaba Clark.

Le escribía breves frases en un papel que parecía haber sido arrancado de un cuaderno de notas. ¿Cómo recibía ella esos mensajes? No por correo, desde

luego.

Él estaba probablemente casado con una mujer llamada Sissy, que tenía un hermano.

Se veía con Sigbrit los jueves. De vez en cuando podían verse también otro día de la semana, pero lo normal era siempre los jueves. Excepto las fiestas y los meses de junio y julio. Tal vez él tenía entonces sus vacaciones. Se veían de modo fuera de lo corriente durante el mes de agosto. Quizás entonces él estaba de Rodríguez y Sissy en el campo.

Era posible que poseyera un Volvo beige.

La llamaba Sigge.

No era mucho para empezar.

Martin Beck pensó en la llave que había en el bolso de Sigbrit Mard, la que no encajaba en ninguna cerradura. Herrgott había establecido que ella no tenía llave del lugar donde trabajaba. ¿Sería la llave del apartamento de Clark, o disponían de un nido de amor?

Él tenía muchas preguntas, pero la mayoría eran puras especulaciones, basadas en dos mensajes escritos a mano y en la letra C en el almanaque de Sigbrit.

La letra podría significar algo enteramente diferente. ¿Cafetería? ¿Trabajaba ella horas extraordinarias esos días? ¿Clase? Tal vez ella seguía algún curso especial para adultos. Pero no había nada en su casa que lo indicara, y nadie sabía que ella hubiese mencionado nada de eso. Hizo que el taxi le dejara en la plaza y recorrió a pie la corta distancia hasta la pastelería y cafetería donde Sigbrit Mard había trabajado.

Parecía un sitio popular. La sección de panadería estaba llena de clientes y todas las mesas del café se hallaban ocupadas.

Martin Beck se quedó mirando un rato, tratando de imaginar cuál de las mujeres que despachaban tras el mostrador era la encargada. Constantemente llegaban nuevos parroquianos y las mujeres estaban muy ocupadas. Finalmente tomó un número y esperó su turno.

La propietaria era una mujer de unos cincuenta y tantos años. Era rolliza y parecía de buen carácter y maternal, y Martin Beck se la imaginó constantemente rodeada por el aroma de pan fresco, merengues y crema de vainilla.

Ella le hizo pasar a una pequeña oficina que estaba detrás de la cocina.

—No puedo decirle lo horrible que ha sido todo esto, ¡la pobre Sigbrit! — exclamó—. Tuve mis dudas cuando desapareció de repente de ese modo; pero que le haya pasado algo tan terrible es simplemente inconcebible.

—¿Qué clase de mujer era? —preguntó Martin Beck.

—¿Sigbrit? Una chica maravillosa, inteligente y consciente, y de muy buen carácter. Todo el mundo la quería, las chicas que trabajaban con ella, todo el

mundo. Los clientes también.

—¿Trabajó aquí mucho tiempo?

—Sí, mucho tiempo. Era una de mis empleadas más antiguas. Déjeme pensar...

Cerró los ojos y pensó.

—Doce años —dijo finalmente—. Empezó a trabajar aquí en el otoño del sesenta y dos.

—Entonces imagino que usted la conocía muy bien —dijo Martin Beck—. ¿Le habló ella alguna vez de su vida privada, de su matrimonio, por ejemplo?

—¡Oh, sí! Pero aquél fue un matrimonio muy raro. Creo que hizo bien en divorciarse de aquel tipo. De todas formas nunca estaba en casa.

—¿Sabe usted si tuvo algo que ver con otros hombres?

La mujer alzó sus dos manos rollizas.

—Sigbrit no era de esa clase —contestó—. Fue fiel a su esposo, se lo puedo asegurar, superintendente. A pesar de que él siempre estaba embarcado y aunque él era un mal hombre. Eso es lo que era, en mi opinión.

—Quiero decir luego, después del divorcio —aclaró Martin Beck

—Bueno, Sigbrit era todavía joven y bien parecida, así que, en realidad, tendría gracia que no hubiera encontrado a otro hombre. Pero no lo encontró, al menos que yo sepa.

—¿Qué clase de trabajo hacía? ¿Permanecía tras el mostrador o atendía a las mesas?

—Las dos cosas. Las chicas hacen turnos; depende de lo que haya que hacer. A veces hay más trabajo en la tienda, y a veces hay tanta gente que pide café que tenemos a dos chicas atendiendo a las mesas.

—¿Qué horario de trabajo hacía ella?

—Variaba. No cerramos hasta las diez, así que las chicas hacen turnos.

—Los jueves por la noche, por ejemplo. ¿Trabajaba ella entonces?

La mujer negó con la cabeza y se quedó mirando sorprendida a Martin Beck

—No —respondió—. Los jueves Sigbrit disponía siempre de la tarde. Tenía también otras tardes libres, claro; pero siempre quiso en particular los jueves.

—¿Lo pidió ella?

—Así es. Pero no le importó trabajar los viernes y los sábados, días que las otras querían tener libres.

Martin Beck permaneció sentado y en silencio durante un rato. Miró al teléfono que estaba sobre el bufete.

—¿Recibió alguna vez llamadas telefónicas particulares mientras trabajaba?

—No, nunca. No me gusta que las chicas que trabajan aquí reciban llamadas personales; pero, claro, de vez en cuando sucede que hay asuntos familiares urgentes y cosas por el estilo. Pero Sigbrit nunca recibió ninguna llamada mientras trabajaba.

De repente se quedó mirando a Martin Beck y enarcó las cejas.

—¿Por qué me hace esas preguntas, superintendente? Al fin y al cabo ya han detenido a ese hombre, a ese maniaco que la mató. ¿De qué sirven todas estas preguntas?

—Hay aún algunos puntos que no han sido aclarados del todo —contestó Martin Beck—. Suponemos que había un hombre en su vida y nos gustaría encontrarlo.

La mujer negó con la cabeza.

—No lo creo —dijo—. Sigbrit fue siempre habladora y abierta. Estoy segura de que si hubiese conocido a otro hombre lo habría mencionado.

—¿Así que aquí no vino nunca nadie a verla? ¿Ni a buscarla después del trabajo?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Piense bien —dijo Martin Beck—. Puede ser importante.

—No —repuso ella—. Nunca.

—¿La oyó usted mencionar alguna vez a alguien llamado Clark?

—No. Nunca.

—¿Y no ha visto usted nunca a nadie que viniera a buscarla en un coche?

Otra negativa con la cabeza.

—¿Me permite usted que hable con las mujeres con quienes ella trabajó? Le prometo no retenerlas mucho tiempo.

—Como usted quiera —contestó ella—. Quédese aquí y se las iré enviando. ¿Quiere hablar también con la cocinera, la señora Johansson?

—Sí —respondió Martin Beck—, si no le importa me gustaría hablar con todas ellas. ¿Cuántas empleadas tiene usted?

—Cinco. Cuatro chicas (he tenido que buscar a una que reemplazara a Sigbrit), y luego una mujer para el bufete, para que prepare el café y los bocadillos. Además, tengo al panadero, claro; pero trabaja en un edificio aparte, a dos manzanas de aquí.

Se levantó. Cuando abrió la puerta, el olor de café y pan recién cocido llegó a él desde la cocina.

Martin Beck vio a una mujer delgada con cabello cano y manos muy enrojadas decorando una bandeja de emparedados. Él se la quedó mirando admirado mientras ella ensartaba con un mondadientes un gajo de mandarina, una aceituna y una cereza de cóctel y lo dejaba todo en una gruesa rebanada de queso que descansaba sobre una hoja de lechuga.

La propietaria volvió con una bandeja y la dejó frente a Martin Beck

Café y un buen plato de pastas y dulces daneses.

—Espero que le gusten —dijo—. Ulla vendrá en seguida.

Martin Beck se dio cuenta de que estaba hambriento, y aunque, por lo regular, no le gustaban los dulces ni la pesada pastelería danesa, logró limpiar el plato

antes de que compareciera Ulla.

Habló con las cuatro chicas y finalmente con la imaginativa señora Johansson.

Sus opiniones sobre Sigbrit Mard variaban. La señora Johansson y dos de las chicas no compartían el entusiasmo de su patrona. Al parecer pensaban que ella se daba mucho tono y era orgullosa.

Ninguna creía que hubiese tenido un asunto amoroso, ni nada que ver con hombres. No habían oído hablar nunca de ningún Clark, ni visto un Volvo beige en relación con Sigbrit Mard.

Martin Beck dejó la pastelería y se encaminó hacia el puerto. El buque transbordador estaba vacío.

Luego fue lentamente hacia el edificio de la policía. Eran las dos de la tarde, lo cual significaba que sus posibilidades de encontrar a Kollberg con Folke Bengtsson eran escasas. Kollberg no era de los que se dejan perder el almuerzo.

No le hacía mucha gracia pensar en su próxima conversación con Bengtsson; pero era necesario, y esta vez tenía preguntas concretas que hacerle y tal vez hallara a Bengtsson más dispuesto a cooperar.

Miró en el Cosmopolite, un restaurante en la misma manzana de casas del edificio de la policía. Kollberg no estaba allí, pero reconoció a un par de detectives sentados a una mesa de un rincón, comiendo arenques del Báltico y patatas hervidas. Le saludaron con un movimiento de cabeza y él alzó la mano para devolver el saludo antes de cerrar la puerta tras él.

Folke Bengtsson estaba en el calabozo.

Martin Beck logró que le dejaran una habitación con vistas al puerto, y mientras esperaba que alguien le trajera a Bengtsson, miró la panorámica.

Un pequeño carguero alemán estaba atracado en el muelle. Una mujer salió a cubierta y vació un cubo lleno de desperdicios por encima de la barandilla. Una gaviota solitaria, que volaba perezosamente contra el viento, se lanzó en picado hacia la superficie del agua, agarró algo largo y blando con el pico y volvió a elevarse trazando un amplio círculo. La mujer se quedó junto a la barandilla con el cubo en las manos, mirando a las gaviotas. En menos de un minuto se reunió una bandada de ellas y empezaron a gritar y a agitar sus alas mientras luchaban por los mejores pedazos. La mujer desapareció por una escotilla.

Folke Bengtsson estaba tranquilo y nada enojado, y saludó a Martin Beck cortésmente antes de tomar asiento en el sillón de los visitantes frente al bufete.

—El detective inspector Kollberg estuvo aquí esta mañana y me interrogó —dijo—. Yo no sé qué pueda decirles que no les haya dicho ya. La verdad es que yo no la maté, eso es todo lo que puedo decir.

—He venido a preguntarle algo en particular —contestó Martin Beck—. Algo que usted dijo cuando nosotros hablamos en su casa de Domme hace diez días.

Folke Bengtsson miró de modo atento y con expectación a Martin Beck. Se

sentó con la espalda erguida y las manos entrelazadas sobre el regazo, lo cual recordó a Martin Beck un escolar obediente esperando a que el maestro le pregunte.

—Usted mencionó entonces que había visto al ex-esposo de la señora Mard un par de veces, ¿es cierto?

—Sí, es cierto. Lo vi un par de veces.

—¿Puede contarme algo más de él? —preguntó Martin Beck—. ¿Puede recordar cuándo fue eso?

Folke Bengtsson se retrepó y pensó un buen rato.

—La primera vez fue en la primavera pasada —dijo finalmente—. El último domingo de mayo. Lo recuerdo porque era el Día de la Madre, y yo había ido al pueblo para telefonar a mi madre que vive en Södertälje. Yo siempre la llamo el Día de la Madre y el de su cumpleaños.

Dejó de hablar, absorto en sus propios pensamientos. Martin Beck aguardó, pero finalmente rompió el silencio.

—¿Y fue entonces cuando vio a Mard? ¿Puede decirme cómo ocurrió?

—Bueno, yo había ido en coche a la casa y luego fui andando a la parte de atrás para cerrar la puerta de la verja. Justo entonces un Volvo beige giró en la carretera, y como iba muy despacio, me paré pensando que quizás era alguien que venía a mi casa. No es que yo esperara a nadie (era domingo), pero a veces viene gente que quiere comprar pescado o huevos.

—¿De qué dirección vino el coche?

—De Malmö.

—¿Vio usted al conductor?

—Sí, lo vi. Era su esposo.

Martin Beck se quedó mirando fijamente al hombre que tenía frente a él.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó.

Folke Bengtsson se retrepó de nuevo en silencio, como si no hubiera oído la pregunta.

—Había oído decir que era capitán de la marina mercante —dijo al final—. Pero a mí no me pareció un marino. Estaba muy bronceado, desde luego, pero era delgado y parecía frágil. Más bien pequeño. Tenía el pelo ondulado y casi blanco y llevaba gafas.

—¿Lo pudo usted ver tan claramente? Aunque fuera conduciendo con lentitud, usted no pudo disponer de tanto tiempo para fijarse en él.

—Bueno, quizás no me fijé en él tan detenidamente entonces. Pero lo vi una vez más, tiempo después.

—¿Cuándo fue eso?

Folke Bengtsson miró a través de la ventana.

—No recuerdo exactamente, pero no hace tanto. A principios de septiembre, tal vez.

—Y ¿cómo ocurrió eso? ¿Vino él en su coche esta vez también?

—No, el coche estaba aparcado en el patio de Sigbrit. Yo había ido a los prados a ver si había setas. Pero no vi ninguna. A menudo se crían allí muchos champiñones. Suelo recoger bastantes y hay muchos clientes que se sienten felices pudiendo comprar setas. Especialmente champiñones.

—¿Así que usted fue carretera abajo y pasó junto a la casita de Sigbrit Mard?

—Sí, así es. Y entonces él salió a la escalera y se metió en su coche. Tal vez fue entonces cuando se me ocurrió pensar que parecía frágil y encanijado para ser un marino. —Se quedó silencioso de nuevo—. Los marineros son generalmente fuertes —prosiguió—; pero, claro, había estado enfermo, según oí decir.

—¿Vio usted también a la señora Mard en aquella ocasión?

—No, no la vi. Sólo al señor Mard de pie en la escalera abotonándose la chaqueta, luego bajó los escalones y se metió en su coche. Pasó por mi lado antes de que yo llegara a mi casa.

—¿Qué dirección tomó?

—¿Cómo dice?

—¿Qué dirección tomó cuando llegó a la carretera?

—Fue hacia Malmö. Allí es donde vive. Eso he oído decir.

—¿Qué llevaba puesto?

—Sólo recuerdo su chaqueta. Era una de esas zamarras color marrón con la lana por la parte interior. Parecía nueva y elegante, pero debía darle calor en un día como aquél. No llevaba nada sobre la cabeza. —Alzó los ojos y se quedó mirando a Martin Beck—. Era un día caluroso. Recuerdo eso.

—¿Recuerda usted algo más de él?

Folke Bengtsson negro con la cabeza.

—No, eso es todo.

—¿Vio usted la matrícula del coche?

—No. No pensé en ello.

—¿Tenía matrícula antigua de modo que usted pudiera ver de qué provincia procedía?

El registro de automóviles sueco estaba preparando el cambio de su sistema de numeración.

—No. No recuerdo.

Folke Bengtsson volvió al calabozo y Martin Beck logró que un coche de la policía lo llevara a Anderslöv.

Kollberg aún no había regresado, pero Allwright estaba sentado en su despacho de la comisaría. Martin Beck le contó su visita a Trelleborg.

—Bien —dijo Allwright pensativamente—. Supongo que debe de ser el tal Clark el que conduce ese Volvo beige. Preguntaré en el pueblo si alguien lo ha visto, a él o al coche. Pero lo dudo. Si alguien hubiera sabido algo, seguro que lo habría mencionado antes. Cuando se dio a Sigbrit por desaparecida.

Quedaron sentados y en silencio durante un rato.

—Lo cual significa —dijo Allwright finalmente—, que Folke es el único que sabe que ese hombre existe.

No era un buen coche. Demasiado visible para lo que de él se pretendía. Un gran Chevrolet color verde claro con tres sietes en el número de matrícula, mucho cromado y muchas luces.

Además, ya había sido visto, y algún vecino entrometido había llamado a la policía.

Era por la mañana temprano y hacía más bien frío, aunque iba a ser un día caluroso para algunos. La humedad se elevaba del suelo y se mezclaba con la niebla que venía, perezosa, del mar. La primera luz matinal era grisácea y blanquizca, brumosa y confusa.

En el asiento trasero del coche verde había un par de alfombras orientales enrolladas, un televisor, una radio y cinco botellas de licor. El portaequipajes contenía varias pinturas, una figurita de origen dudoso, un pedestal y algunas otras cosillas.

Los asientos delanteros los ocupaban dos ladrones. Ambos eran jóvenes y nerviosos y estaban cometiendo muchos errores. Los dos sabían que habían sido vistos. Y su suerte era mala. Todo el asunto había empezado mal y aún había de empeorar.

No había faroles encendidos a esta hora, pero el suave resplandor del cielo se reflejaba en la película de rocío que cubría el coche. El motor ronroneaba suavemente y, con las luces apagadas, el coche verde se deslizó entre los setos que rodeaban los jardines particulares de ambos lados de la calle. Al final de la manzana redujo la marcha y se detuvo. Luego giró para salir a la carretera, tan precavido como un tigre de circo que saliera a la pista. Hacía rato que no había llovido, pero el pavimento tenía surcos de humedad y para un no iniciado podría parecer recién limpio. Los iniciados sabían, sin embargo, que el departamento de limpieza no operaba tan lejos de la ciudad.

Un coche americano verde claro con las luces apagadas. Se deslizó a través de la niebla como un fantasma, casi sin hacer ruido, con los contornos borrosos.

El coche patrulla, por otra parte, era prosaico y temible.

Un Valiant de cuatro puertas, blanco y negro, con luces de situación y dos *flashes* azules en el techo. Era inconfundible. Pero para más seguridad, la palabra

policía estaba escrita con letras muy visibles en las puertas, capó y carrocería.

El número de automóviles en Suecia era todavía muy alto, y por tanto resultaba anormal el de los coches patrulla. Era cada vez más frecuente que estos vehículos se detuvieran de pronto y vomitaran hombres extrañamente vestidos, con armas en las manos, y, sin embargo, en estos casos el elemento humano era prácticamente inexistente.

Los coches patrulla físgaban en los lugares más inverosímiles o se quedaban envenenando el aire con sus motores ociosos, mientras que el patrullero corriente acomodado en su interior tenía mal la espalda y un siempre más decreciente coeficiente de inteligencia, aunque cada vez estuviera más alienado respecto de la sociedad en general.

Un policía a pie era casi una curiosidad en estos tiempos, y en todo caso su figura encarnaba lo desagradable.

La patrulla en cuestión estaba formada por tres policías: Elofsson, Borglund y Hector.

Elofsson y Borglund eran un viejo equipo de coche patrulla y se parecían a cualquier otro policía de edad mediana. Hector era más joven y más inexperto. En realidad no lo necesitaban, hablando francamente. Iba con ellos por pasarlo bien y por hacer algunas horas extraordinarias. Estaba muy orgulloso de sus bien cuidadas patillas, que parecían haber llegado a formar parte del equipo general de los policías jóvenes.

Borglund era perezoso y gordinflón, y en aquel momento estaba dormido en el asiento trasero, con la boca abierta. Elofsson tomaba café de un termo forrado de tartán y fumaba soñadoramente un cigarrillo. A Hector no le gustaba el tabaco e intencionadamente había bajado el cristal de la ventanilla. Sentado con las manos sobre el volante, miraba fijamente y en silencio a través del parabrisas con una expresión malhumorada y aburrida. Los tres hombres llevaban uniformes de color azulgris del tipo llamado « de asalto » , con corraje, pistolas y porras metidas en blancas fundas de cuero.

El coche estaba a un lado de la carretera con sus luces de situación encendidas. El motor, desde luego, en marcha, y los venenosos gases de expulsión lanzaban su mortaja de muerte y sofocación sobre la languideciente vegetación a lo largo del borde de la cuneta.

Ninguno de los policías había hablado durante un buen rato.

Hector había encendido la radio hacía poco, pero Elofsson la había bajado inmediatamente, por el derecho que le daba ser veterano unos años más. Hector fue lo bastante razonable para no armar un jaleo por ello, y la voz de la radio era ahora un parloteo bajito de observaciones casi animadas hechas con un tono tonto de voz. Elofsson no estaba escuchando. Borglund respiraba con resoplidos en el asiento trasero, y Hector tuvo que prestar mucha atención para escuchar lo que se estaba diciendo.

—Buenos días, buenos días, buenos días, queridos amigos y colegas de la autopista y la carretera. Tenemos algunos buenos bocados para ustedes. Una bronca doméstica en Björkgatan en Sofielund. Denuncias sobre el ruido. Probablemente alguna juerga de borrachos. El coche patrulla que esté más cerca, por favor, que vaya. ¿Qué? Sí, música y canciones. Björkgatan veintitrés. Coche sospechoso frente a una villa deshabitada en Ljunghusen. Un Chrysler azul de dos tonos, matrícula A con tres seises en el número. El coche patrulla más cercano que investigue. La dirección es Östersjövägen treinta y seis. Puede estar relacionado con un supuesto robo con escalo. Se ha visto a un joven y a dos chicas en el coche. Comprobación de rutina.

—Eso es muy cerca —dijo Hector.

—¿Qué? —preguntó Elofsson.

La única reacción de Borglund fue un ronquido ligeramente indignante.

—Muchachos, los que estéis en la zona tened cuidado —dijo la voz—. Procedimiento usual. No corran riesgos. Comprueben el vehículo si se presenta. Se desconoce en qué dirección va. Traten de no llamar la atención. Tómenselo con tranquilidad si lo ven. Comprobación ordinaria de rutina. Nada más de momento. Buenos días a todos.

—Eso es muy cerca —repetió Hector.

—No tengas miedo, muchacho —le dijo Elofsson, buscando en su bolsa de pastelillos.

Y clavó los dientes en un roscó de cinamomo.

—Pero cerquísima —insistió Hector—. Vayamos.

—Tú tranquilo, muchacho. Probablemente no es nada. Y si es algo, nosotros no somos los únicos policías del mundo.

Hector se ruborizó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. No comprendo.

Elofsson siguió masticando.

Borglund suspiró profundamente en su sueño y lloriqueó. Quizás estaba soñando con el comisario nacional.

No estaban a más de veinte metros del cruce, cuando el Chevrolet verde claro salió a la carretera frente a ellos.

—Ahí están esos hijos de puta —dijo Hector.

—Tal vez —repuso Elofsson.

Sus palabras salieron ahogadas porque tenía la boca llena.

—Vamos por ellos —dijo Hector.

Puso el coche en marcha y pisó el acelerador.

El coche patrulla dio un salto hacia adelante.

—¿Qué pasa? —preguntó Borglund adormilado.

—Ladrones —contestó Hector.

—Tal vez —dijo Elofsson.

—¿Cómo? —preguntó Borglund, aún medio dormido—. ¿Qué pasa?

Los jóvenes que iban en el coche verde no descubrieron al coche patrulla hasta que estuvo a su lado, y entonces fue demasiado tarde.

Hector aceleró, les cortó el paso por delante y frenó de pronto. El coche policía resbaló en el húmedo pavimento. El coche verde fue forzado a girar a la derecha y se detuvo con la rueda delantera a diez centímetros del borde de la cuneta. El conductor no había tenido otra elección.

Hector fue el primero en salir a la carretera. Ya había desabotonado la pistolera y sacado su Walther de 7.65 mm.

Elofsson salió por el otro lado.

Borglund fue el último, desorientado y jadeando.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—No lleva encendidos los faros —dijo Hector con voz aguda—. Eso es una infracción. Fuera del coche, tíos asquerosos.

Esgrimía la pistola con la mano derecha.

—Y cuando digo «ahora» no quiero decir mañana. ¡Vamos, fuera!

—Tranquilo —le dijo Elofsson.

—Nada de trucos —advirtió Hector.

Las personas que había en el coche verde salieron por lados opuestos. Sus rostros eran parches blancos en la niebla.

—Es sólo una comprobación de rutina —dijo Elofsson.

Estaba más cerca de ellos que los otros, pero aún no había tocado su revólver.

—Tranquilo —repetió.

Hector estaba tras él a un lado, con el revólver en la mano y el dedo en el gatillo.

—No hemos hecho nada.

La voz sonaba a joven. Podía ser de una chica o de un muchacho que tuviera quebrada la voz.

—Eso es lo que dicen todos —contestó Hector—. Iban con las luces apagadas, por ejemplo. ¿Qué me dicen de eso? Echa un vistazo al coche, Emil.

Desde donde él estaba, sólo a unos metros de distancia, Elofsson pudo ver que los sospechosos eran dos hombres jóvenes. Los dos llevaban chaquetas de cuero, pantalones vaqueros y zapatillas de tenis; pero el parecido terminaba aquí. Uno era alto y moreno, con el pelo cortado a lo militar. El otro, de estatura inferior a la normal, tenía el pelo ondulado y rubio que le llegaba hasta los hombros. Ninguno de ellos parecía tener más de veinte años.

Elofsson se dirigió hacia el más alto de los dos jóvenes, llevándose la mano a la pistolera, pero sin abrirla. En cambio movió la mano, sacó su linterna y la enfocó hacia el asiento trasero. Luego la apagó de nuevo.

—¡Hum! —susurró.

Luego se volvió bruscamente hacia el joven alto y lo agarró por las solapas.

—Muy bien, pequeños hijos de mala madre —dijo Hector detrás de él.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Borglund.

Y, al parecer, ésa fue la observación que desató las cosas.

Elofsson seguía el procedimiento normal. Había agarrado la chaqueta del muchacho con ambas manos. El siguiente paso era tirar de la víctima para acercarla y golpear con la rodilla derecha en la entrepierna del individuo. Con eso habría suficiente. Él había hecho lo mismo muchas veces antes. Sin necesidad de armas de fuego.

Pero Emil Elofsson no volvería a golpear con la rodilla a ningún detenido más. Eran otras las ideas del joven de pelo cortado a lo militar. Tenía la mano derecha en el cinturón, y la izquierda en el bolsillo. Había un revólver metido en el cinturón de sus pantalones vaqueros, y evidentemente no tenía dudas sobre para qué servía. Lo sacó y empezó a disparar.

El revólver era un arma construida para tirar de cerca, un Colt Cobra niquelado, de calibre 32, con seis tiros en la cilíndrica recámara. Los dos primeros disparos alcanzaron a Elofsson en el diafragma y el tercero y el cuarto pasaron bajo su brazo izquierdo. Estas dos balas hirieron a Hector en la cadera izquierda y lo lanzaron tambaleándose hacia atrás, hasta caer de espaldas, y quedó con la cabeza descansando sobre una baja cerca de alambre que iba a lo largo del borde de la carretera.

Sonaron los tiros cinco y seis. Al parecer fueron disparados contra Borglund, pero éste, que sentía un muy humano temor a las armas de fuego, al oír el primer tiro se lanzó de cabeza en la zanja que había en el lado norte de la carretera. La zanja era profunda y estaba húmeda, y su corpachón rodó pesadamente hasta el fondo. Se retorció hasta apoyarse sobre el estómago en el barro, no atreviéndose a levantar la cara, y casi inmediatamente sintió un dolor cruel y punzante en el lado derecho del cuello.

Elofsson ya había afirmado el pie, y su rodilla estaba unos tres centímetros en el aire, cuando las balas le alcanzaron el cuerpo. Se agarró con fuerza de la chaqueta de cuero y sólo se soltó cuando el hombre con el arma retrocedió varios pasos y abrió el cilindro para volver a cargarla.

El policía cayó hacia adelante y se desplomó de lado sobre el suelo donde yació con una mejilla contra el pavimento y el brazo derecho atrapado e impotente bajo el cuerpo, junto con su pistola, aún dentro de la abotonada pistolera.

A pesar de lo inseguro de la luz, pudo ver al joven distintamente cuando retrocedía y cargaba el arma con nuevos cartuchos que, al parecer, llevaba sueltos en el bolsillo de la chaqueta.

Elofsson sentía grandes dolores, y la parte delantera de su uniforme ya estaba empapada de sangre. No podía hablar ni moverse, sólo observar. Estaba más aturdido que atemorizado. ¿Cómo podía haber sucedido esto? Durante veinte años

él había ido por ahí en coche gritando, soltando tacos, empujando, dando puntapiés, golpeando a la gente con la porra o con el sable de plano. Había sido siempre el más fuerte, siempre había tenido la ventaja de las armas y el poder y la justicia contra gente que estaba desarmada e impotente y carecía de derechos.

Y ahora yacía sobre el pavimento.

El hombre que tenía el revólver estaba a veinte pasos de distancia. Se había vuelto más ligero, y Elofsson le vio volver la cabeza y oyó cinco palabras:

—¡Entra en el coche, Caspar!

Entonces el hombre levantó el brazo izquierdo, apoyó el cañón del arma en el hueco del codo y apuntó cuidadosamente. ¿A qué?

La pregunta era superflua. Un tiro de rebote dio en el pavimento a menos de tres decímetros de la cara de Elofsson. Al mismo tiempo oyó un tiro tras él. ¿Era el otro bastardo que le estaba disparando también? ¿O era Borglund? Desechó esa idea. Si Borglund no estaba ya muerto, yacía en algún sitio fingiendo estarlo.

El hombre con el revólver permanecía de pie y quieto. Con las piernas separadas. Apuntando.

Elofsson cerró sus ojos. Sintió cómo la sangre le manaba del cuerpo. No vio su vida desfilar ante sus ojos. Simplemente pensó: Ahora voy a morir.

Hector no había soltado la pistola al caer. Había caído de espaldas con la cabeza levantada por la cerca, y también pudo ver la figura con el revólver y el cabello negro corto, aunque menos claramente y desde mayor distancia. Y lo que es más, Elofsson estaba en medio de su línea de fuego; pero apretado tan fuerte contra la carretera, que había un campo de tiro libre sobre él.

En contraste con su colega, Hector no estaba especialmente sorprendido. Era joven, y aquello era más o menos lo que su febril imaginación había esperado de este trabajo. Su brazo derecho le funcionaba aún, pero el izquierdo no estaba bien, y le costó mucho trabajo llevar la mano al cerrojo de su pistola para amartillarla. Y tenía que hacerlo, porque de acuerdo con el reglamento de la policía, no había ningún cartucho en la recámara. (Elofsson y Borglund sí que lo tenían, lo que no les sirvió de nada). No lo consiguió hasta después que el otro hubo disparado el primer tiro de su segunda serie.

Hector estaba agonizando. El dolor en su brazo izquierdo y en todo el lado izquierdo era atroz, y su visión se hacía borrosa. Disparó su primer tiro descuidada y mecánicamente, y le salió alto.

No era momento de errar tiros, pudo darse cuenta de ello. Hector era generalmente un buen tirador, pero en este momento hubiera tenido que ser algo más que un buen tirador para salvar su vida. La figura que estaba en la niebla a dos metros y medio tenía todas las ventajas, y su conducta indicaba que no se iba a ir a casa antes de que todo policía a la vista no estuviera bien muerto.

Hector aspiró profundamente. El dolor era tan grande que casi perdió la consciencia. Una bala alcanzó la cerca y los alambres de acero vibraron. La

vibración se transmitió a la parte posterior de su cabeza y por un instante su visión se volvió sorprendentemente clara y concentrada. Alzó la pistola y se obligó a sujetar recta el arma y la mano quieta. El blanco era indistinto, pero podía verlo.

Hector apretó el gatillo. Luego perdió el conocimiento y la automática cayó de su mano.

Elofsson, sin embargo seguía consciente. Diez segundos antes había vuelto a abrir los ojos y nada había cambiado. El hombre del revólver no se había movido. Con las piernas separadas, el cañón de la pistola descansando sobre su codo, estaba apuntando de modo cuidadoso y tranquilo.

El policía oyó otro tiro a su espalda.

Y, maravilla de las maravillas, el hombre del revólver dio un salto y alzó los brazos por encima de la cabeza. El arma le cayó de la mano. Y luego, en una continuación del mismo movimiento, se desplomó sobre el pavimento cayendo flojamente, como si su cuerpo careciese de esqueleto. Y quedó allí como formando un montón. Ni un sonido salió de sus labios.

Sería equivocado llamar a eso pura casualidad, porque Hector había apuntado cuidadosamente e hizo lo que pudo. Pero fue un disparo casi increíblemente afortunado. La bala alcanzó a aquel individuo en el hombro y siguió su clavícula directamente hasta la médula espinal. El joven del revólver murió instantáneamente, sin duda cuando aún estaba de pie. Ni siquiera tuvo la oportunidad de tumbarse y exhalar su último suspiro.

Elofsson oyó a un coche arrancar y marcharse acelerando.

Y todo ello fue seguido por un silencio total, abstracto y no natural.

Después de otra larga espera, aunque no pudo ser más que minutos o quizás segundos, Borglund salió arrastrándose. Gemía y buscaba a su alrededor, como sin objeto, con la linterna. Pasó la mano bajo Elofsson, titubeó y la retiró. Y se quedó mirando fijamente la sangre.

—¡Dios mío, Emil! —exclamó. Y luego añadió—: ¡Por amor de Dios! ¿Qué habéis hecho?

Elofsson sintió que todas sus fuerzas lo abandonaban, y no pudo hablar ni moverse.

Borglund se puso de pie jadeando y gimiendo.

Elofsson lo oyó dirigirse pesadamente al coche patrulla y poner en marcha la radio por la frecuencia de emergencia.

—¡Emergencia! ¡Vengan! Carretera 100 en Östersjövågen, Ljunghusen. Dos hombres heridos. Yo también estoy herido. Tiroteo. Disparos. ¡Socorro!

Desde gran distancia Elofsson oyó voces metálicas que respondían por radio. Primero los distritos cercanos.

—Aquí Trelleborg. Ya vamos.

—Distrito de Lund. Estamos de camino.

Finalmente el comunicador de Malmö:

—Buenos días. La ayuda ya ha salido. Tardará unos quince minutos. Veinte máximo.

Al cabo de un rato Borglund estaba de vuelta, manejando torpemente el botiquín. Puso a Elofsson de espaldas, desgarró su uniforme y empezó a rellenar de compresas, al azar, entre su estómago y su ropa interior manchada de sangre. Mientras tanto no cesó de susurrar de modo firme y monótono, con la lengua trabada.

—¡Dios mío, Emil! ¡Dios mío!

Elofsson yacía sobre la humedad. Su sangre mezclada con el rocío. Estaba yerto. Aquello le dolía más que antes, y seguía aturdido.

Un poco más tarde oyó otras voces. Gente de la casa que había detrás de la alambrada se había despertado y se atrevió a salir.

Una joven se arrodilló al lado de Elofsson y tomó la mano de éste.

—Vendrán pronto —dijo.

Él estaba más aturdido que nunca. Alguien sujetaba su mano. Alguien del público. Al cabo de un rato ella puso la cabeza de él sobre su regazo y le pasó la mano por la frente.

Estaba aún en esa posición cuando el ulular de numerosas sirenas empezó a llegar hasta ellos, primero suave y luego agudo y penetrante.

Justo entonces el sol irrumpió entre la niebla y extendió una luz superficial, de un pálido amarillento, sobre la absurda escena.

Todo esto ocurrió en la mañana del 18 de noviembre de 1973, en el extremo más alejado del distrito policial de Malmö. Lo cual era lo mismo que decir en el extremo más alejado de Suecia. A unos centenares de metros de distancia, largas olas brillantes surgían contra una curvada playa arenosa que parecía interminable en la niebla. El mar.

En la otra orilla estaba el continente europeo.

Lunes, 19 de noviembre.

Claro, frío y ventoso.

Era el día de santa Isabel en el almanaque sueco y a Kollberg le tocó el turno de hablar con Folke Bengtsson.

Pero había muchas cosas diferentes en aquella mañana de noviembre. Era como si Anderslöv hubiera desaparecido de repente del mapa. Los medios de comunicación de masas estaban interesados en otras cosas.

¿Qué era una divorciada estrangulada en comparación con dos policías acribillados a balazos? Y un tercero herido, nadie sabía exactamente cómo o por qué. Un criminal había muerto y el otro era un fugitivo de la justicia.

Martin Beck y Kollberg sabían que ser policía no era especialmente peligroso, aunque en las altas esferas, y muchos policías sobre todo, gustaran de dramatizar la profesión.

Claro que los policías también resultaban muertos. La verdad es que eso ocurría con mayor frecuencia de lo que el público en general sabía. Como el promedio de accidentes en los polígonos de tiro de la policía era alarmantemente alto, a tales hechos se les quitaba siempre importancia. Lo malo era que muchos policías eran jóvenes y les gustaba apretar el gatillo, pero carecían de la experiencia y precaución en el manejo de las armas que generalmente caracteriza a los tiradores civiles. Eran descuidados, con el resultado de que a menudo disparaban contra sí mismos o contra otros, aunque pocas veces con consecuencias fatales.

Pero aparte de eso no era un trabajo peligroso, desde luego físicamente no. De hecho, el riesgo mayor era el de estropearse la espalda con tanto ir por ahí en automóvil. Había otras profesiones que tenían infinitamente más bajas en el trabajo.

Y esto era verdad no sólo en Suecia.

Tomando por ejemplo a Gran Bretaña, 7768 mineros habían resultado muertos desde 1947, mientras que en el mismo período sólo una docena de policías habían perdido la vida.

Era, sin duda, un ejemplo extremo; pero Lennart Kollberg tenía la costumbre

de citarlo cada vez que entraba en discusión sobre si los policías debían ir o no armados. En Inglaterra, Escocia y Gales, como todo el mundo sabe, los policías no van armados. Y debe de haber alguna explicación del hecho de que los policías sean heridos más a menudo en un país pequeño como Suecia.

Martin Beck tuvo que contestar a la primera llamada telefónica del día, y era de alguien con quien habría preferido no hablar.

Stig Malm.

La verdad es que, probablemente, sólo habría otra persona con quien hablar le produjera mayor aversión.

—Su caso puede darse por terminado —dijo Malm.

—Bueno...

—¿Acaso no lo está? Por lo que yo puedo ver, se ha resuelto. Tiene usted al asesino encerrado bajo llave. Y lo encerró antes de que descubriera el cadáver. Aunque no fue usted el que lo encontró.

Martin Beck recordó las excavaciones en el jardín de Folke Bengtsson, pero no quiso decir nada. El tema era posiblemente algo delicado.

—¿No es cierto eso? —insistió Malm.

—Yo no diría exactamente que el caso esté resuelto —contestó Martin Beck.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay otras posibilidades. Algunos detalles que aún no han sido aclarados.

—Pero ¿no ha detenido usted al asesino?

—Yo no estoy seguro de eso —repuso Martin Beck—. Aun que es posible, claro.

—¿Posible? ¿Podría ser más sencillo?

—¡Oh, claro! —exclamó Martin Beck convencido—. Mucho más sencillo.

Kollberg se lo quedó mirando inquisitivamente.

Estaban sentados en la oficina de Allwright.

Allwright había salido para dar al perro su paseo matinal.

Martin Beck negó con la cabeza.

—Bueno, en realidad no le he llamado por eso —dijo Malm—. Usted es muy dueño de pensar lo que quiera. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Qué cosas?

—¿Y tiene que preguntarlo? Tres policías acribillados a balazos por los bandidos y uno de los malhechores sigue en libertad.

—No estoy al tanto del caso.

—Eso parece muy extraño. ¿No lee los periódicos?

Martin Beck no pudo resistir más.

—Sí, pero yo no baso en ellos mis juicios como policía. Y no creo necesariamente todas las tonterías que leo.

Malm no reaccionó. Cada vez que Martin Beck dejaba de pensar que este hombre era su jefe, sentía la misma mezcla de disgusto y asombro.

—Todo el asunto es muy inquietante por su propia naturaleza —dijo Malm—. El comisario está terriblemente alterado, claro. Ya sabe usted lo mucho que siente que le ocurra algo a nuestros hombres.

Esta vez, al parecer, el comisario nacional no estaba en su despacho.

—Ya lo sé —respondió Martin Beck.

Y claro, todo el asunto era tan horrible como significativo. Lo que ocurría es que el modo como Malm hablaba de ello lo hacía aparecer como uno de esos seudoacontecimientos empleados tan a menudo en los últimos años para propaganda del cuerpo de policía.

—Nos estamos anticipando a una caza del hombre de carácter nacional —dijo Malm—. Hasta ahora, ni siquiera el coche ha sido hallado.

—¿Concierne esto realmente a la Patrulla Nacional de Homicidios?

—Eso es algo que el tiempo y el próximo acto de este horrible drama revelarán —dijo Malm con la pomposa solemnidad con que a menudo subrayaba su conversación.

—¿En qué estado se encuentran esos hombres? —preguntó Martin Beck.

—Al menos dos de ellos siguen en estado crítico. Los doctores dicen que el tercero tiene buenas posibilidades de salvarse, aunque habrá de pasar una larga convalecencia, claro.

—Comprendo.

—No podemos ignorar la posibilidad de que esta caza del hombre se extienda por todo el país —dijo Malm—. Tenemos que capturar a ese desesperado a cualquier precio, y hemos de capturarlo pronto.

—Como ya le he dicho, no estoy bien enterado de lo que sucedió, —respondió Martin Beck.

Pues entérese. Se enterará antes de lo que imagina —dijo Malm con una breve risa de autosatisfacción—. Por eso le he llamado.

Ya veo.

—Se ha decidido que yo dirija la caza del hombre personalmente —explicó Malm—. Yo me haré cargo del mando táctico.

Martin Beck sonrió. Ésta era muy buena noticia para él, y para el hombre que tenía que ser cazado.

Iba a librarse de una tarea en la que el comisario nacional se mataría trabajando. El criminal, en cambio, podría contar ahora con una excelente oportunidad de escapatoria.

Incluir a Martin Beck en cierta especie de estado mayor para la caza del hombre, como el llamado mando táctico, sería presumiblemente ir demasiado lejos. En este aspecto, Martin Beck era un ser privilegiado.

Así que se preguntó qué quería realmente Malm. Pero no tuvo que preguntárselo mucho tiempo. Malm se aclaró la garganta y adoptó su tono de voz más solemne.

Claro, ni que decir tiene que usted acabará la tarea en la que ya está trabajando. Pero estamos en el proceso de establecer una agrupación de fuerzas para una misión especial, en Malmö. El comisario jefe de dicha ciudad ya está enterado de todo. Acabamos de celebrar una reunión aquí a primera hora de esta mañana.

Martin Beck miró su reloj.

Aún no eran las ocho de la mañana.

Por lo visto el alto mando se había levantado muy temprano.

—¿Y?

—Hemos decidido trasladar a Lennart Kollberg a esa agrupación efectiva inmediatamente. Él es un hombre excepcionalmente bueno, y no hay razón para que usted lo necesite ahora en un caso que puede darse por terminado.

—Un momento —dijo Martin Beck—. Eso podrá decirselo usted mismo.

—No es necesario —repuso Malm evasivamente—. Dele usted el mensaje. Ha de dirigirse inmediatamente a Malmö. El coordinador de la agrupación de fuerzas Malmö es el inspector Mansson.

—Se lo diré.

—Bien —dijo Malm—. Y a propósito, felicitaciones.

—¿Por qué?

—Por el modo como usted ha terminado virtualmente con este caso de crimen sexual. Tan rápido como siempre.

—Pero si ni siquiera sé si es un crimen sexual —dijo Martin Beck—. Los resultados de la autopsia no están claros en ese punto.

—Su lista de casos resueltos es magistral —aseguró Malm—. Excepto cuando se trata de habitaciones cerradas.

Se rió de buena gana de su propio chiste.

A Martin Beck le fue extrañamente fácil contener la risa cuando vio la mirada suspicaz de Kollberg.

—Y le dará a Kollberg las órdenes... Quiero decir el mensaje.

—Hablaré con él.

—Bien. Adiós.

—Adiós —dijo Martin Beck.

Colgó.

—¿Qué quiere ese asno ahora? —preguntó Kollberg.

Martin Beck se lo quedó mirando pensativamente.

—Bueno. Te daré primero la buena noticia —dijo.

—¿Cuál es?

—Ya no tendrás que tratar más con Folke Bengtsson.

La mirada de Kollberg se hizo aún más suspicaz.

—¡Oh! —exclamó—. Y ¿cuál es la mala noticia?

—Dos policías fueron tiroteados cerca de Falsterbo a primera hora de la

mañana de ayer. Y un tercero fue herido de otra manera.

—Ya lo sé.

—Tienes que presentarte en Malmö.

—¿Por qué?

—Van a establecer allí una fuerza especial. Y Mansson es el coordinador.

—Bueno. Algo es algo.

—Hay otra cosa que no te va a gustar.

—¡El comisario nacional! —exclamó Kollberg, con algo parecido al horror escrito en su oronda cara.

—No es tan malo como eso.

—¿Cómo de malo?

—Malm.

—¡Cielos!

—Estará al frente del mando táctico.

—¿El mando táctico?

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Y qué demonios es un mando táctico?

—Suena a cosa militar. Nos están convirtiendo en una especie de milicia.

Kollberg frunció el ceño.

—Hubo una vez en que me gustaba ser policía. Pero de eso hace mucho tiempo. ¿Hay algo más?

—No, realmente no. Debes ir a Malmö inmediatamente.

Kollberg movió la cabeza.

—Malm —dijo—. ¡Qué tío más burro! Han disparado contra unos policías, y ese payaso va a dirigir algo llamado mando táctico. Terrible. Creo que no me queda otra cosa que hacer que empacar mis cosas y salir de aquí.

—¿Qué piensas de Folke Bengtsson? ¿Tu opinión personal?

—Con franqueza, creo que es inocente —contestó Kollberg—. No está bien del todo de la cabeza, pero esta vez no lo hizo él.

Se despidieron unos minutos después.

—No te sientas tan deprimido —le dijo Martin Beck.

—Lo intentaré —respondió Kollberg—. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Martin Beck permaneció sentado durante un rato y trató de ordenar sus pensamientos.

Confiaba en el buen juicio de Kollberg tanto como en el propio.

Kollberg no creía que Folke Bengtsson hubiera estrangulado a Sigbrit Mard.

Martin Beck tampoco lo creía, pero no estaba seguro. Bengtsson era un tipo muy raro.

Por otra parte, Martin Beck sabía una cosa. Bertil Mard era inocente. Benny Skacke había comprobado lo de los barcos. No era una tarea fácil en sí, pero no

imposible para un policía enérgico con ambiciones y una voz que sonaba agradable por teléfono.

El cuaderno de bitácora de Mard era exacto. Aquel detalle sobre el carguero faroés podía considerarse decisivo.

Allwright entró en la habitación, arrojó el sombrero sobre la mesa y se dejó caer en su sillón.

Timmy se levantó sobre las patas posteriores y empezó a lamer a Martin Beck en la cara.

Martin Beck apartó el perro a un lado.

—Herrgott —dijo—. ¿Está absolutamente seguro de que no conoce a nadie llamado Clark, con una esposa a la que llaman Sissy? ¿Qué es bajito y frágil, pero que tiene el rostro bronceado, pelo blanco ondulado y lleva gafas?

—No hay tal persona en el distrito de Anderslöv —contestó Allwright—. ¿Cree que es el hombre que mató a Sigbrit?

—Sí —contestó Martin Beck—. La verdad es que creo que empieza a parecer de ese modo.

—¡Al suelo, Timmy! —gritó Allwright. El perro se alebró^[5] junto a su sillón, y él le rascó detrás de las orejas—. Bueno, sería estupendo que no fuera Bengtsson. La gente, al parecer, lo echa de menos, y también sus arenques ahumados. Además, yo preferiría que fuera alguien que no viva en Anderslöv.

Condujo durante todo el día, y por la noche llegó a un pueblo llamado Malexander.

Había evitado las carreteras importantes. En principio se dirigía a Estocolmo, y siguió los indicadores mientras pudo. Pero su conocimiento de la geografía era limitado y no tenía mapa, así que a menudo se equivocó. A veces tuvo la sensación de que había pasado por un sitio dos veces, dirigiéndose hacia el sur por una carretera por donde antes había ido al norte.

Lo que había sucedido le parecía abstracto e irreal. Trataba de recordar toda la cadena de acontecimientos, pero sólo pudo evocar algunos instantes, como imágenes congeladas de una película.

Al principio se había sentido aterrizado, pero el temor fue disminuyendo y desapareció al fin.

Atravesó Malexander, giró para salir a una estrecha carretera que llevaba a un lago y detuvo el coche. Luego se recostó en el asiento trasero y se subió el cuello hasta las orejas, metió las manos entre las rodillas y quedó inmediatamente dormido.

La niebla se elevó del lago y cubrió el coche con una fina película de humedad.

Le despertó el frío. Al principio no supo dónde estaba, pero luego recordó y volvió a sentir temor inmediatamente.

Aún estaba oscuro. Se dirigió al asiento delantero, encendió los faros y puso en marcha el motor. Luego, tiritando, dio la vuelta al coche para estirar un poco sus miembros rígidos. Se detuvo frente al radiador, miró la matrícula y decidió cambiarla en cuanto tuviera una oportunidad.

Volvió al coche y siguió hacia el norte.

El muchacho llamado Caspar era bajito y delicado, con miembros delgados, y el cabello rubio, que caía en oleadas sobre sus hombros, acentuaba las líneas suaves e infantiles de su rostro. Cuando conducía, a menudo le pedían el carnet de conducción. Era difícil que alguien creyera que tenía dieciocho años de edad. Eso le fastidiaba cada vez que sucedía, y esperaba que, yendo por carreteras secundarias, evitaría encontrarse con un coche patrulla.

Su carnet era correcto. Lo llevaba en el bolsillo posterior de sus pantalones vaqueros, a nombre de Ronnie Casparsson, nacido el 9 de junio de 1954.

Se preguntó qué le habría pasado a su amigo. Cuando lo vio desplomarse en la carretera estuvo seguro de que estaba muerto, pero ahora ya no estaba tan seguro. El otro se había quedado en medio de la carretera y gritó: « ¡Entra en el coche, Caspar! », mientras apuntaba a uno de los policías. De pronto dispararon contra él. Quizá logró matar primero a uno o dos policías, Caspar no lo sabía. Se asustó y se marchó con el coche. Ni siquiera sabía que su compañero iba armado.

Tal vez no estuviera muerto. ¿Quizás se había chivado a los policías? Pero ¿qué podía decir? Ni siquiera conocía el verdadero nombre de Caspar. Lo mismo que Caspar no sabía nada de él, excepto cómo se llamaba.

Se habían conocido el viernes por la noche en Malmö.

Caspar había llegado de Copenhague aquella mañana. En realidad, él había querido volver inmediatamente a Estocolmo; pero se había quedado sin dinero, y no pudo conseguir que nadie le llevara en su coche. Así que estuvo dando vueltas por Malmö todo el día tratando de hallar un modo de conseguir algún dinero. Malmö era una ciudad desconocida para él. No conocía allí a nadie, ni sabía dónde ir.

Finalmente llegó a un parque y allí se encontró con otros muchachos, que le invitaron a una cerveza. Así fue como conoció a Christer.

Los otros se fueron y Christer y Caspar se sentaron en un banco y se bebieron juntos una cerveza. Christer tampoco tenía dinero, pero disponía de un coche. No estaba claro si el coche era suyo, pero al menos tenía las llaves. Vivía en Malmö y sabía dónde había casas de verano en las que se podía entrar.

Habían pasado la noche del viernes y la mañana del sábado dando vueltas con el coche, y hecho un intento infructuoso de penetrar en una villa en las afueras de la ciudad. Al final lograron entrar en una casita de verano que parecía estar cerrada durante el invierno. Encontraron algunas latas de conservas y comieron, y luego durmieron un par de horas.

No había nada de valor en la casa, pero se llevaron un par de cuadros y una figurita de yeso sobre un pedestal.

Luego volvieron a Malmö y Christer robó L. P. de una tienda de música. Christer, que conocía la ciudad, logró vender los discos inmediatamente, y con el dinero compraron cerveza y una botella de vino. Se sentaron en el parque y luego dieron vueltas con el coche hasta que oscureció.

—Esta noche iremos a un sitio donde sólo vive gente rica dijo Christer.

El lugar se llamaba Ljunghusen, y pudieron ver por las casas que era una barriada rica. Entraron en un par de villas y se llevaron cosas fáciles de vender: un televisor, un transistor y un par de alfombras que Christer insistió en que eran orientales de verdad. En una de esas casas había un bar y se llevaron varias

botellas de licor. Incluso encontraron algo de dinero en efectivo, unas treinta piezas de cinco coronas, recién acuñadas, en una hucha que rompieron.

Había sido una noche de buen trabajo hasta que el coche patrulla apareció salido de no se sabía dónde.

Caspar siguió evocando en su mente la cadena de acontecimientos, como había hecho ya no sabía cuántas veces antes. Primero el policía joven, que de repente apareció allí con una pistola en la mano, luego el mayor que agarró a Christer y después los tiros, que Caspar pensó al principio que eran de la pistola del policía joven. Luego vio caer a un policía e Inmediatamente al otro, y comprendió que era Christer el que estaba disparando.

Después, todo ocurrió muy de prisa. Caspar se asustó mucho y se marchó con el coche sin pararse a averiguar si Christer estaba muerto o sólo herido.

Regresó a Malmö por el mismo camino que habían recorrido al ir, pero cuando llegó a la autopista tomó otra carretera diferente.

Se dio cuenta de que ya habrían dado la alarma, y que los coches de la policía y las ambulancias estarían en camino desde la ciudad.

Y entonces, de repente, se quedó sin gasolina.

Christer y él estaban justamente hablando de encontrar un coche para robarle un poco de gasolina por el procedimiento del sifón cuando apareció el coche patrulla. Y luego, cuando él se alejó a toda velocidad presa del pánico, olvidó por completo que el depósito estaba casi vacío.

Había llegado con el coche hasta la ladera de una baja colina y lo aparcó tras unos barracones derruidos. Dejó en el coche las cosas que habían robado.

Luego fue andando por el lateral de la carretera hasta llegar a un pequeño grupo de casas. Había oído las sirenas de la policía gimiendo a distancia y el sonido lo aterrorizó. Examinó varios coches hasta encontrar uno que pudiera llevarse. Estaba, con las puertas abiertas, aparcado en el garaje, abierto al exterior, de una gran casa.

Caspar advirtió los riesgos. El propietario del coche podía salir repentinamente de la casa. Pero era domingo y una hora muy temprana de la mañana, y sólo necesitaría un par de minutos para poner en marcha el motor.

Desde entonces había estado conduciendo hacia el norte.

Hacia su casa. Hacia Estocolmo.

Caspar había vivido en Estocolmo los diecinueve años de su vida, aunque nunca vivió en la ciudad propiamente dicha. Nació y se crió en un suburbio, donde creció junto a sus padres y donde fue a la escuela hasta hacía tres años. Desde entonces había estado buscando un trabajo, no de muy buena gana, tenía que reconocerlo. Sus padres se habían mudado dos años antes. Habían comprado una casa en las afueras de Södertälje, y como él no quiso irse con ellos, empezó a vivir una existencia algo precaria en la capital.

No había ni que pensar en conseguir un apartamento propio. Vivía del seguro

de desempleo y de la beneficencia, y se pasaba casi todo el tiempo con amigos o amigas temporales, mujeres jóvenes divorciadas con apartamentos y un lugar en la cama.

Poco a poco se había ido introduciendo en círculos que vivían con la regla de que el delito rinde, siempre y cuando uno haga operaciones en pequeña escala y sea lo bastante listo para no dejarse atrapar. Había tomado parte en robos con escalo y cometido pequeñas raterías por su cuenta. Se dedicó a robar coches, traficó un poco con mercancías robadas y durante un par de meses vivió de los ingresos de una chica que frecuentaba Malmskillnadsgatan y llevaba a casa clientes, mientras él se sentaba en la cocina bebiendo vodka y Pommac. Tenía dos principios con respecto a la actividad criminal: no tratar nunca con drogas y no llevar nunca un arma. Su apariencia infantil le había ayudado a menudo, fue detenido y condenado sólo una vez.

Se detuvo a comprar gasolina cerca de Katrineholm. Pagó con relucientes monedas cinco coronas, y el hombre de la gasolinera se las quedó mirando antes de guardarlas en un compartimento especial en la caja registradora.

—¿No le da pena entregar estas monedas?

Caspar se encogió de hombros y pensó en dar alguna explicación, pero no dijo nada.

De pronto se dio cuenta de que estaba muy hambriento y entró en la cafetería de la puerta de al lado. Comió el plato del día: carne con una salsa pastosa y sin sabor, un poco de mermelada y cuatro patatas demasiado hervidas. La comida era mala y ni siquiera estaba caliente, pero se sentía tan hambriento que ni se enteró.

Tras conducir durante un rato, se detuvo ante un quiosco, y compró un paquete de cigarrillos, chicle y un periódico. De regreso al coche vio los titulares en primera página.

Lo dejó en el asiento de al lado y se dirigió a una carretera secundaria, donde detuvo el coche y abrió el periódico sobre el volante.

Christer había muerto, pero los tres policías seguían vivos. A él lo buscaba la policía en una caza del hombre que abarcaba todo el país. El periódico lo llamaba «gangster», «desesperado» y «matapolicias». Releyó el comienzo de la noticia, donde se explicaba el estado en que se encontraban los policías. Dos de ellos se hallaban al parecer gravísimos, pero, según la información, ninguno había muerto. Así que ¿por qué escribían «matapolicias»? Además, él ni siquiera iba armado.

Leyó la información cuidadosamente. Ni él ni Christer habían sido identificados y aún no habían encontrado el coche. De momento la policía seguía buscando el gran Chevrolet verde, pero él no había podido esconderlo muy bien, así que estaba seguro de que lo encontrarían pronto.

Cuando hubo leído el periódico, permaneció sentado un buen rato y trató de

ordenar sus pensamientos. El temor que había empezado a desaparecer, se apoderó de él de nuevo. Trató de pensar con claridad y calma.

De todo lo que él se consideraba culpable era de un par de hurtos y del robo de un coche. Él no había disparado. Aunque lo atraparan, tendrían que probarlo, y el castigo por lo que había hecho no podía ser severo. De momento las ventajitas estaban de su parte, y si no perdía la serenidad, tenía posibilidades de escapar.

Al cabo de un rato hizo una bola con el periódico, lo arrojó al barro y puso en marcha el coche. Ya había decidido lo que iba a hacer.

Se detuvo ante un almacén y compró el material de dos matrículas del tipo antiguo. Salió de la ciudad y en una carretera secundaria que cruzaba un bosque desatornilló las matrículas auténticas y las enterró bajo los árboles. Atornilló las falsas y se dirigió hacia Södertälje.

Aparcó el coche en el garaje de la casa de sus padres. Con suerte, podría dejarlo allí varios días. Su padre era viajante y a menudo estaba varios días fuera con su coche.

Tuvo suerte. Su madre estaba en casa, pero su padre no volvería hasta el fin de semana. Dijo a su madre que el coche era de un amigo a quien se lo había pedido prestado.

Ella estuvo muy contenta de verle y se sintió feliz cuando él le dijo que se iba a quedar unos días.

Para cenar le sirvió sus platos favoritos: bisté con cebollas, patatas fritas y tarta de manzana con crema de vainilla.

Él se fue a dormir muy temprano y se acostó en la cama de su padre. Al cerrar los ojos, se sintió relativamente seguro.

En la mañana del 21 de noviembre Gustav Borglund falleció en el pabellón de cuidados intensivos del Hospital General de Malmö. Había llegado al hospital demasiado tarde y los médicos tuvieron con él tantas posibilidades como una bola de nieve en el infierno.

Pero Emil Elofsson y David Hector sobrevivieron, gracias en gran parte a la competencia de los cirujanos. Los dos recibieron una pronta atención médica de primera clase y fueron tratados como pacientes privilegiados.

Los dos habían estado muy graves, sobre todo Elofsson, a quien una bala le había atravesado el hígado y otra pasó cerca del páncreas. Sin embargo, la cirugía había adelantado mucho desde los tiempos del desdichado James Garfield y los médicos conocían bien su profesión, aun cuando estuvieran abrumados de trabajo y crónicamente agotados.

Elofsson y Hector no estuvieron en condiciones de ser interrogados el lunes ni el martes, y Borglund no supo nada, ni siquiera que se estaba muriendo.

El mando táctico había hecho exactamente los mismos progresos que se podían esperar. No se encontró el coche y el hombre muerto a tiros no había podido ser identificado.

Borglund coronó su carrera de fiascos de relativo buen carácter con un último suspiro a eso de las cuatro de la mañana del miércoles. No había sido mala persona. Una vez incluso animó a Elofsson a que diera a un niño yugoslavo una pastilla contra la tos, a pesar de las complicaciones que eso podía haber causado.

En el curso de pocas horas la noticia de su muerte se abrió camino hasta la Jefatura Nacional de Policía, donde produjo un gran revuelo y provocó una inmediata serie de conversaciones telefónicas de Stig Malm al jefe de policía de Malmö. El propio poderoso gran jefe permaneció detrás de Malm mientras éste hablaba, y fue una maravilla que los cables no se desintegraran a causa de las vibraciones.

Lo que la Jefatura Nacional de Policía quería era actividad.

Y lo que la Jefatura Nacional de Policía quería decir por «actividad» era el movimiento de autocares abarrotados de policías llevando chaquetas a prueba de balas y cascos con máscaras protectoras de plexiglás.

Lo que también significaba tiradores de primera y armas automáticas y bombas de gas lacrimógeno, de todo lo cual se disponía ahora como préstamo permanente del Ejército.

Él había pasado el lunes y el martes observando pasivamente una afluencia de jóvenes arbitrariamente detenidos por policías entusiastas que se basaban en que eran extranjeros o vestían de modo sospechoso.

Kollberg era lo suficientemente viejo en este juego para saber que no se puede etiquetar a nadie de presunto asesino por la sencilla razón de no haber ido a la barbería en seis meses. Además, al menos que él supiera, nadie había sido asesinado.

Pero hubo tanta excitación tras el fallecimiento de Borglund, que alguien estaba obligado a hacer algo constructivo.

Y así Kollberg tomó su coche del garaje del hotel Sankt Jörgen, que es el sitio donde generalmente se alojaban los altos jefes de la policía, y se dirigió al Hospital General de Malmö.

Pensó que podría hablar con Elofsson y Hector. Los doctores habían dado su visto bueno, y a que ambos estaban tan lúcidos como era razonable esperar.

Kollberg era un hombre endurecido, pero eso no le impidió sentirse ligeramente horrorizado cuando entró en el pabellón. Miró la hojita de papel que Per Mansson le había dado. Sí, estaba en el lugar debido y, claro, él ya sabía que se hallaba en Suecia.

El edificio databa del siglo XIX y el pabellón en el que se encontraba albergaba unos treinta hombres. Muchos de ellos verdaderamente en estado grave, porque el pabellón hacía eco a los gemidos y lloriqueantes gritos en demanda de ayuda. El hedor era indescriptible y toda la escena recordaba mucho un puesto de primeros socorros durante la guerra de Crimea. Ni siquiera había pantallas o paneles divisorios entre los lechos.

Una mujer con bata blanca y expresión ausente resultó ser la encargada de la limpieza. Cuando él preguntó por el doctor, ella se le quedó mirando con claros ojos azules soñolientos.

—¡Oh! El doctor —contestó—. Aún no ha venido.

No pudo conseguir más información de aquella fuente.

Pero había, en efecto, un médico de servicio. Un hombre atezado con su camisa abotonada hasta el ombligo. Estaba sentado en la sala de personal, bebiendo café. Lo único malo de él es que era de Afganistán, tenía un nombre que era imposible pronunciar y hablaba un inglés que posiblemente habría sido bueno para un pastor de la república popular de Mongolia.

Si había escasez de médicos (y nadie podía dudar de que la había), la falta de enfermeras era aún más flagrante.

Pero finalmente la encontró. Debido a las vacantes, estaba al cuidado de dos pabellones y llevaba trabajando catorce horas de un tirón, aunque no lo

demostraba. Era una serena mujer rubia de unos treinta y cinco años, delgada y fuerte, con ojos claros y pantorrillas musculosas.

A Kollberg, que era sensual, le pareció que tenía un buen tipo.

De haber tenido diez años menos, le habría parecido excitante. Pero ahora su mujer era la única que lo excitaba. Era morenita y él la había escogido con gran cuidado por su habilidad para satisfacerle intelectualmente y (cosa de no menor importancia) sexualmente. Era una mujer estupenda y lo hacía feliz como él era capaz de serlo.

Gun era linda. Ella le recordaba un poco a Tatyana Samoylova, que era su actriz de cine favorita. Iba raramente al cine, pero nunca se perdía una película de su ídolo.

Y, sin embargo, pensaba que Gun era más linda que Tatyana Samoylova, lo cual era mucho decir.

Él la amaba. Era toda su vida. Ella y los niños. Bodil tenía seis años y pronto iría a la escuela. Joakim sólo tenía tres. Buenos chicos.

A primera hora de aquella mañana él se había mirado en el espejo de la habitación del hotel. Desnudo y de cuerpo entero.

Si Gun era linda, él estaba gordo y fofo. Y eso no le gustaba.

Se quedó mirando a la enfermera del pabellón. ¿Cómo podía parecer tan fresca y saludable? ¿Con dos pabellones que atender?

Parecía muy simpática. Se veía que le gustaba su trabajo.

Más de cincuenta pacientes, muchos de ellos muy enfermos, algunos de ellos muriéndose.

En un desastre de hospital.

Él le mostró su carnet de identificación.

—Se ha equivocado de lugar —le dijo ella—. No están en este pabellón, sino en una de las antiguas habitaciones privadas. Tenemos allí a cuatro. Dos personas por habitación. Los policías están en la número dos.

—Gracias.

—Allí es donde instalamos a los casos verdaderamente graves.

—¿Y verdaderamente privilegiados?

—Sí, puede decir eso.

Se quedó mirando sus pantorrillas y rodillas. No lo pudo evitar. Ella llevaba sostén bajo la bata blanca.

—Puede hablarles si quiere —siguió diciendo ella—. Pero no mucho rato. Elofsson es el que está peor, pero creo que Hector va a permanecer en cama más tiempo.

—Seré breve.

—El cirujano jefe hizo las operaciones en persona. Cuatro, una detrás de otra. No creo que se pudieran haber salvado de otra manera. Por lo menos Elofsson.

La habitación era una demostración del hecho de que la policía no olvidaba a

sus heridos. Había muchas flores, chocolate, frutas, una radio y un televisor en color.

De los dos, Hector parecía el más deshabilitado, aunque el brazo izquierdo y ambas piernas estaban inmovilizados.

Cuatro catéteres introducían en las venas de Elofsson cuatro sueros diferentes, uno sanguíneo y tres con líquidos de varios colores. Era un hombre alto y pesado con rasgos muy pronunciados y una expresión de aburrimiento debida probablemente a su estado.

Kollberg se presentó a sí mismo. Tuvo la impresión de haberse encontrado con Elofsson en alguna parte. Nunca había visto a Hector antes, pero su aspecto era típico del policía joven de hoy, si es que los aspectos pueden ser llamados típicos.

Le pareció que debía expresar sus condolencias, aunque todo el mundo lo hubiera hecho ya, desde el jefe de policía para abajo hasta el último patrullero que casualmente estuviera por las proximidades.

—Es una vergüenza que estén en un hospital como éste dijo prosaicamente.

—Nuestra hora aún no ha llegado —contestó Hector.

Quizás era un hombre religioso.

—El hombre que disparó contra ustedes está muerto.

—Sí, supuse que me lo había cargado —dijo Hector—. Bueno, quiero decir que él me dio dos balazos, y el oficial Elofsson había caído justo en mi línea de tiro, y estaba a oscuras, además.

—Pero todavía no hemos capturado al otro —explicó Kollberg—. ¿Vieron ustedes qué aspecto tenía?

—Aún no había claridad —respondió Elofsson—, como el oficial Hector ha dicho.

—Pero ¿lo vieron ustedes?

—Yo no llegué a verlo bien —dijo Hector—. El oficial Elofsson aquí presente estaba entre dos los, y además yo más bien me había concentrado en el otro. Pero recuerdo que tenía el pelo rubio.

—No tuvimos mucho tiempo de mirar a nuestro alrededor —añadió Elofsson—, pero era un muchacho, no creo que tuviera más de veinte años. Y tenía el cabello rubio y largo.

—¿Dijo algo?

—Oí que el oficial Elofsson les hablaba —dijo Hector—, pero no oí lo que le contestaban.

—Ninguno de ellos habló mucho —repuso Elofsson—. Sólo fue el alto el que dijo algo. No creo que el otro dijera una palabra.

—El alto dijo que él no había hecho nada —explicó Hector—. Recuerdo eso ahora. Yo le contesté que iban conduciendo con las luces apagadas, y entonces él me replicó que no había hecho nada.

—Así es —corroboró Elofsson—. El oficial Hector aquí presente dijo que infringían el código de circulación, y luego el otro contestó que él no había hecho nada.

—¿Eso es todo lo que dijo?

—No —repuso Elofsson—. Después de que empezaran a disparar, el alto dijo algo más. « Entra en el coche », o algo así, y un nombre.

—¿Recuerda el nombre?

—Espere un momento. Era un nombre raro. Empezaba con K o con C. Claus, quizás.

—Ese nombre no es extraño.

—No, era más extraño que eso. Lo recordaré en seguida.

—Tómese tiempo —dijo Kollberg—. Ya lo recordará.

—Yo no oí ningún nombre —aseguró Hector.

—Nos dieron una descripción equivocada por radio —explicó Hector—. Nos dijeron que era un Chrysler, pero estoy seguro de que era un Chevrolet viejo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elofsson.

—Entiendo de coches —respondió Hector—. La radio dijo que era un Chrysler azul, pero estoy absolutamente seguro de que era un Chevrolet. Y, además, verde. Y también nos dieron equivocado el número de la matrícula.

—Siempre pasa eso —comentó Elofsson—. Nos confunden. Pero no recuerdo exactamente qué dijeron por radio.

—Yo sí lo recuerdo —intervino Hector—. Nos dijeron que era un coche sospechoso con matrículas antiguas. Hasta ahí era verdad, pero lo demás estaba todo equivocado.

—Típico —comentó Elofsson.

Respiraba más bien con dificultad.

—¿Le duele algo? —le preguntó Kollberg con interés.

—Sí, a veces me duele muchísimo.

Kollberg se volvió hacia Hector.

—Usted dice que la descripción estaba equivocada —dijo—. Hasta ahora tenemos la forma y el color. ¿Había algo más?

—Sí. Dijeron que había dos chicas y un chico en el coche. Pero sólo había dos hombres, ninguna chica.

—Ahora recuerdo —dijo Elofsson de pronto—. Caspar.

—¿Caspar?

—Exacto. El tipo que me disparó exclamó: « ¡Entra en el coche, Caspar! ». Era Caspar.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente. Ya le dije que era un hombre extraño. Caspar es extraño. No conozco a nadie que se llame así.

—Ni yo tampoco —reconoció Kollberg.

—Y luego estaban las matrículas —dijo Hector—. Nos dijeron que eran matrículas A. Ya sabe, un coche de Estocolmo con matrículas antiguas. Y dijeron que había tres seises en la matrícula. Pero eso era erróneo porque el coche tenía matrícula B y el número empezaba con dos sietes. Y luego había otro número y quizás otro siete.

—Yo no sé nada de todo eso —declaró Elofsson.

—Esto es importante —dijo Kollberg—. Usted dice que era un Chevrolet verde, registrado en el distrito de Estocolmo, con dos o tres sietes en el número de matrícula.

—Puede estar seguro de ello —afirmó Hector—. Yo generalmente procuro fijarme bien en las cosas.

—Sí, es cierto —confirmó Elofsson—. El oficial Hector es muy concienzudo.

—¿Cómo vestía ese Caspar?

—Chaqueta oscura y pantalones vaqueros —explicó Hector—. Abrigo. Era un muchacho bajito con cabello rubio. Largo.

—Todos visten igual —dijo Elofsson.

Una estudiante que hacía el cursillo de enfermera entró con una mesita rodante llena de tubos de ensayo. Estuvo atareada con Elofsson. Kollberg se apartó para dejarle paso.

—¿Se sienten con fuerzas para resistir más preguntas?

—Pues claro —contestó Hector—. Por mí no hay inconveniente. ¿Qué quiere usted saber?

—Pienso sobre todo en lo que realmente ocurrió. Bien, usted detuvo aquel coche y salió. Usted ya había tomado nota mental de la forma, color y número de matrícula del coche.

—Pues claro.

—¿Qué hicieron los hombres que iban en el coche?

—Salieron también. Emil, el oficial Elofsson aquí presente, iluminó con su linterna el asiento trasero. Luego agarró al que tenía más cerca. Y entonces éste empezó a disparar.

—¿Le alcanzaron a usted inmediatamente?

—Casi. Creo que alcanzaron primero al oficial Elofsson. Pero todo sucedió de un modo increíblemente rápido. A mí me hirieron después.

—Pero ¿usted tuvo tiempo de sacar su revólver?

—Ya lo había sacado.

—¿Quiere decir que llevaba el revólver en la mano cuando se dirigió al coche?

—Sí, debí de tener un presentimiento.

—¿Cree usted que los hombres del coche pudieron ver que usted llevaba el revólver en la mano?

—Debieron verlo. Pero yo no tenía ninguna bala en la recámara. Eso va

contra el reglamento. Así que tuve que cargarlo antes de responder a los disparos.

Kollberg se quedó mirando a Elofsson, que empezaba a parecer más y más inconsciente. La investigación técnica había demostrado que él y Borglund llevaban balas en las recámaras de sus pistolas. Pero ninguno de ellos había disparado, y en lo tocante a Elofsson, podían decir de modo definitivo que ni siquiera había desabotonado la pistola.

—Escuche —dijo Hector—. He oído decir aquí que Gustav Borglund ha muerto. ¿Es eso cierto?

—Sí —respondió Kollberg—. Murió a primera hora de esta mañana. Aquí, en este hospital. Pero estaba en otro pabellón.

—Es horrible —murmuró Hector.

Kollberg asintió.

—Sí —dijo a su vez—. Es horrible.

—No lo vi mientras sucedía aquello —prosiguió Hector—. Estaba detrás de mí. Debí de ser el primero a quien hirieron.

—Yo lo vi —intervino Elofsson con voz pastosa—. Vino arrastrándose después de que tú dispararas contra aquel desesperado. Fue el que pidió socorro. Y el que me prestó los primeros auxilios. Estaba herido. ¿Ha muerto?

Gustav Kollberg pudo ver que Elofsson empezaba a perder el conocimiento, pero aún quería hacer un par de preguntas.

—¿Sabe si esos dos hombres dispararon contra usted?

—Creo que el segundo disparó también —repuso Elofsson—. Mientras sucedía aquello, estuve seguro de que ambos disparaban contra nosotros. Porque alguien estaba tirando con una pistola detrás de mí. Pero ahora me doy cuenta de que debí de ser David, aquí presente. El oficial Hector.

Kollberg se volvió hacia Hector.

—¿Qué cree usted?

—Todo lo que sé es que vi a aquel alto y moreno disparar contra mí y Emil mientras estábamos en el suelo. Y luego yo le disparé. Después de eso no recuerdo nada. Pero Emil seguía consciente.

—Sí —dijo Elofsson débilmente—. Vi al que había disparado contra mí alzar las manos y desplomarse. Y luego oí al coche retroceder y alejarse.

—¿Así que ninguno de ustedes dos tuvo la impresión de que aquel muchacho rubio disparara contra ustedes, o de que al menos tuviera un arma?

—No —dijo Hector—. Al menos que yo pudiera verlo.

Elofsson no respondió. Parecía sumido en estupor.

Kollberg miró a Hector. Había pensado hacerle una pregunta, pero no se la hizo. ¿Qué le hace sacar la pistola primero y preguntar después?

No parecía ser el momento adecuado.

—Bueno, hasta la vista, muchachos —dijo—. Que os mejoréis.

A la salida trató de encontrar al internista.

—Está en el pabellón de cirugía —dijo la enfermera.

—Y ese doctor Aklam...

—Azazkanzakersky —rectificó ella—. Está en cirugía también. ¿Qué quiere usted saber?

—Creo que Elofsson se encuentra muy mal.

—Está débil —contestó ella—, pero ya no en estado crítico. Los dos van a recuperarse, aunque...

—¿Qué?

—Son heridas graves —siguió diciendo la enfermera—. Puede que ninguno de los dos se recupere completamente.

Kollberg se estremeció.

—¡Qué vergüenza! —exclamó.

—Hemos de mirar las cosas por el lado favorable —dijo ella.

—Supongo que sí —contestó Kollberg—. Hasta la vista.

La visita había sido provechosa, pero le dio que pensar.

En la jefatura de policía de Malmö, Per Mansson partió el palillo de dientes que había estado masticando y arrojó los trocitos a la papelería.

—Terrible. Eso significa que hemos estado buscando en toda la nación un coche equivocado. Marca equivocada, color equivocado, letra equivocada y número de matrícula equivocado también. ¿Qué más se puede pedir?

—¿De qué murió Borglund? —preguntó Kollberg.

—Murió de resultados del tiroteo —contestó Mansson solemnemente—. Eso es lo que voy a decir a los periodistas.

Sacó un nuevo palillo de dientes del bolsillo de su chaqueta y lentamente le quitó el celofán.

—Lo acabo de escribir aquí en un trozo de papel para que no haya malos entendidos.

Dio el papel a Kollberg.

El sargento Gustav Borglund, de treinta y siete años de edad, murió esta mañana a causa de las heridas recibidas durante un tiroteo entre policías y dos hombres armados en Ljunghusen. Otros dos policías resultaron gravemente heridos en el mismo encuentro, pero, dentro de la gravedad, su estado es satisfactorio.

Kollberg soltó el papel sobre la mesa.

—¿De qué murió realmente?

Mansson se puso a mirar por la ventana, con una expresión inescrutable.

—De una picadura de avispa —dijo.

Mansson y Kollberg lo estaban pasando muy mal. Toda la tarde del miércoles Stig Malm estuvo sobre ellos como un halcón. El único consuelo era que la jefatura del mando táctico estaba en Estocolmo y por eso no podía fastidiar a sus subordinados más que por teléfono.

¿Cómo va eso?

¿Han encontrado el coche?

¿Ha sido identificado el asesino?

¿Quién es el fugitivo?

Y claro, por supuesto, la pregunta principal:

¿Por qué no hacen ustedes algo?

Fue a Mansson a quien hicieron esa pregunta, que no dejó de contestar.

—¡Oh! Estamos haciendo mucho.

Kollberg lo observó desde el otro lado de la mesa y admiró su compostura. Mansson prosiguió masticando tranquilamente su palillo de dientes mientras Malm parloteaba en su oído.

—Ahora, finalmente, hemos conseguido algo y podemos proseguir —dijo Mansson, y al cabo de un rato—: No, yo no haría eso. Es mejor que haya un coordinador central, alguien que pueda estar en todo. Sí, y a se lo haremos saber.

Mansson colgó.

—Nos ha amenazado con venir —dijo—. Si hay malditos aviones que vuelen, lo tendremos aquí en dos horas.

—¡Oh, no! —exclamó Kollberg desalentado—. ¡Todo menos eso!

—No creo que lo diga en serio —dijo Mansson—. De todos modos, algo tiene que ocurrir pronto. Y, además, a él no le gusta tomar el avión. Me enteré de eso hace años.

Mansson estaba en lo cierto. Malm no se presentó, y en la mañana del jueves ocurrió algo.

Kollberg durmió muy mal tras una cena casi incomible en un restaurante que alguien le recomendó porque era barato. Cuando se despertó, pensó con envidia en Martín Beck, que sin duda habría cenado regimiento en el albergue de Anderslöv y que estaría ahora sentado junto a Allwright considerando el caso de

Sigbrit Mard.

Pero comió una ración doble de jamón y huevos en el hotel y estaba un poco de mejor humor cuando abrió la gran puerta forrada de cobre del edificio de la policía y subió hasta el segundo piso para ver a Mansson y enterarse de las noticias de la mañana. Había visto las palabras muerte de un policía en los titulares de los periódicos.

—Buenos días —dijo Mansson—. No hemos querido molestarte a la hora del desayuno, pero ahora sabemos quién disparó contra Hector y Elofsson.

—¿Quién?

—Se llamaba Christer Paulson. La oficina central de huellas ha logrado al fin encontrar su ficha. Dicen que tuvieron algún problema con la computadora, como siempre.

Un problema con la computadora. Kollberg suspiró. Desde que la policía fue centralizada, su vida había estado llena de calamidades semejantes.

—Y, por si fuera poco, hemos encontrado el coche. Estaba aparcado tras unos cobertizos viejos en una granja cercana a Vellinge. El granjero dice que ha estado allí desde el domingo pasado, pero que creyó que era un coche desechado que alguien había dejado allí para librarse de él. Había leído la descripción en los periódicos, claro; pero, qué demonios, como hablaban de otro color, de otro número y otra marca... Benny ha ido allí para hacerse cargo de él. No tardarán mucho en remolcarlo hasta aquí.

—¡Hum! —musitó Kollberg.

Todo el país estaba lleno de coches viejos que la gente abandonaba. Era el medio más sencillo y económico de librarse de un automóvil desechado.

—¿Qué se sabe de Christer Paulson? —preguntó.

—Mucho. Fue soltado hace poco de una institución penal. Tenía veinticuatro años y ya con abundantes antecedentes. Es originario de Suecia central; pero, por lo visto, llevaba viviendo aquí mucho tiempo.

—Y ahora está muerto.

—Sí, bueno, Hector lo mató. Defensa propia se llama eso. De momento, no sabemos más que eso. Tenemos la declaración de un psiquiatra que dice que era un tipo neurótico...

Mansson se quedó mirando uno de los papeles que tenía delante.

—Era un inadaptado —prosiguió—. Un ser antisocial. Carecía de educación y nunca tuvo empleo. Pero jamás fue hallado culpable de ningún delito violento, aunque, por lo visto, iba armado en otras ocasiones. Quería parecer un tipo duro, supongo. También era drogadicto.

Kollberg suspiró. Este tipo de persona había llegado a ser tan común en el llamado estado beneficencia, que ahora era del todo imposible seguir el rastro a los casos individuales. Y lo que era peor, nadie tenía idea de qué se podía hacer con ellos.

La contribución de la policía, por lo general, se limitaba a un porrazo en la cabeza y a trabajarla un poco en la comisaría.

—Me pregunto si habría disparado si Hector no hubiera esgrimido su pistola —dijo Kollberg.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Estaba pensando en voz alta.

—He oído lo que has dicho —dijo Mansson tras un breve silencio—. Yo me he preguntado lo mismo. Pero he dejado de preocuparme por ello. El hecho es que nunca lo sabremos.

—¿Has matado alguna vez a alguien?

Mansson se quedó mirando el palillo de dientes que acababa de hacer pedazos y chasqueó la lengua.

—Sí —contestó—. Una vez. A una vaca. Se escapó del matadero y empezó a dar vueltas por la ciudad. Era cuando todavía circulaban tranvías, y el pobre bicho embistió uno en el puente de Kreuger. Fue toda una corrida.

—¡Hum! —volvió a exclamar Kollberg.

—Pero eso ocurrió hace mucho tiempo —prosiguió Mansson—. Y además fue un caso especial. Siempre he sentido no haber llevado mi sable. Podría haber actuado como torero.

—Yo nunca he matado a una vaca —dijo Kollberg.

—Pues no te has perdido nada —contestó Mansson—. Se quedó allí tumbada, sangrando en medio de la calzada y me miró fijamente. No, nunca he vuelto a llevar mi revólver. Lo guardo aquí en el cajón, claro.

Dio un puntapié a la mesa.

—No creo mucho en los tiros —dijo—. Y eso es lo que tú has querido decirme. De todos modos, no tengo muy buena la vista.

Kollberg permaneció en silencio.

—Vi un caso interesante hace unos años —continuó Mansson—. Era en los tiempos en que creía que aún tenía la posibilidad de llegar a detective superintendente, así que hice un viaje de estudios a Inglaterra. No a Londres, sino a una ciudad llamada Luton. Los hombres con quienes trabajaba tuvieron un caso muy difícil una noche. Se trataba de un maniaco que había entrado en la casa donde vivía su ex-esposa y la estaba amenazando y armando un escándalo tremendo. Él tenía una pistola en una mano y una espada de samurái en la otra.

—¿Y qué sucedió?

—Bueno, aquellos dos *constables*, que eran dos policías cabales, iban a entrar para apoderarse de él. Pero se comportaba como un loco furioso, esgrimiendo la espada, y uno de los *constables* recibió un corte en una mano. Entonces disparó varios tiros al aire. Pero, al final, ¿sabes qué tuvieron que hacer?

—¿Qué?

—Llamaron a dos policías más, que acudieron de la comisaría con una gran

red. La arrojaron sobre aquel tipo y lo atraparon como si hubiera sido un oso amaestrado. Una red. ¿Qué te parece?

—No es mala idea —contestó Kollberg.

—Pensé escribir eso para el Diario de la Policía Sueca —comentó Mansson—, pero los de Estocolmo se habrían reído de ello. Probablemente ni siquiera lo habrían publicado.

—Aún no sabemos nada de ese tipo, de Caspar —dijo Kollberg.

—No, pero tenemos un par de buenas pistas. Primero, podemos hablar con los amigos de Christer Paulson. Si es que quieren hablar. En estos tiempos los muchachos son muy especiales.

—No si les hablas tú —replicó Kollberg.

—Y en segundo lugar hemos de encontrar sus huellas en el coche. O quizás algo más.

Mansson aporreó con los dedos la mesa.

—Christer Paulson era de Estocolmo —dijo—. Típico. Las cosas han empeorado tanto allí que ni siquiera los maleantes tienen redaños para quedarse. En cambio se vienen aquí a causar dificultades.

Había algo de verdad en lo que Mansson había dicho, pero Kollberg se encogió de hombros.

Sonó el teléfono.

Mansson hizo un generoso ademán hacia el aparato.

—Eres mi huésped —dijo—. Ahora te toca a ti la vez.

Kollberg hizo una mueca de tristeza y tomó el auricular.

Pero no era Malm esta vez. Era Benny Skacke.

—¡Hola! —saludó—. Sigo aquí en Vellinge esperando al camión remolque. Parece que al coche se le acabó la gasolina. Pero está claro que es el coche que buscamos. Los objetos robados siguen dentro.

—Bueno, no metas la nariz dentro y dejes huellas dactilares innecesarias —le dijo Kollberg.

—No —respondió Skacke—. No lo haré. No te preocupes por eso. Pero hay otra cosa que pensé que deberíais saber.

Benny Skacke se mostraba siempre un poco inseguro cada vez que hablaba con Kollberg. Habían tenido ciertas experiencias en común que a Skacke le gustaría que se olvidaran.

—Vamos, Benny —dijo Kollberg—. ¿Qué es ello?

—Bueno, Vellinge es un pueblo pequeño, donde la mayoría de la gente se conoce entre sí, aunque esto pertenezca al distrito de Malmö.

—¿Qué has descubierto?

—Aquí hay un hombre que dice que le robaron su coche el domingo. Aunque al parecer no dio cuenta de ello hasta ayer. Y la verdad es que fue su esposa la que llamó.

—Buen trabajo, Benny —dijo Kollberg—. Dame el número de matrícula y todo, de modo que podamos enviar una descripción.

Kollberg apuntó los detalles y luego envió la información por télex.

—Todo esto encaja muy bien —dijo Mansson.

—¡Hum! —exclamó Kollberg—. Empieza a encajar.

—Exacto —dijo Mansson—. Christer Paulson y Caspar hicieron un trabajito juntos. Se les vio entrar en la casa. La radio patrulla con Elofsson, Borglund y Hector estaba casualmente en las inmediaciones. Detuvieron el coche con los ladrones dentro. Christer Paulson disparó contra Hector y Elofsson, pero Hector sacó su revólver...

—Ya había sacado su revólver —corrigió Kollberg.

—Está bien. Lo había sacado. En cualquier caso, mató a Christer Paulson. Caspar se cagó de miedo, se metió en el coche y se alejó con él. Logró cruzar el puente de Höllviksnäs, el único punto difícil. A partir de entonces pudo ir por carreteras secundarias, que no pudimos interceptar, ni siquiera vigilar efectivamente.

Kollberg no sabía muchas cosas de Escania, pero no ignoraba que Ljunghusen estaba sobre un promontorio cortado por el canal de Falsterbo y que había un solo puente sobre el canal.

—¿Pudo escapar antes de que llegara el primer coche patrulla?

—Fácilmente. Sólo necesitó un par de minutos para llegar al puente. Ljunghusen está al lado del canal. Pero, como puedes imaginar, las cosas fueron un poco confusas aquella mañana. Tuvimos a mucha gente en la zona, aunque la mayoría corría por la autopista de Malmö a ochenta kilómetros por hora. Y, además, dos de nuestros coches se estropearon. Como fuera, nuestro amigo Caspar llegó a Vellinge. Y allí se le acabó la gasolina. Salió a la carretera, robó otro coche y se alejó.

—¿A dónde?

—Lo más lejos que pudo, probablemente. Ese chico ya no está por aquí. Pero ahora tenemos algunos datos sobre su nuevo coche y debemos seguirle el rastro.

—Sí —dijo Kollberg.

Estaba pensando en otra cosa.

—A menos que el propietario nos diera un número de matrícula equivocado, la marca equivocada y el color equivocado —dijo Mansson.

—Quiero que me contestes a una pregunta —le pidió Kollberg—. Aunque se aparte del asunto. No es que quiera ser desleal a la versión oficial; pero, por mí mismo, he de saber exactamente lo que sucedió.

—No te preocupes por mí —dijo Mansson.

—¿Qué le ocurrió a Borglund exactamente?

—Creo saberlo, pero es sólo una suposición —respondió Manson.

—¿Qué crees?

—Creo que Borglund estaba dormido en el asiento trasero cuando detuvieron el coche de los sospechosos. Para cuando pudo salir, todo estaba sucediendo y a muy rápidamente. Christer Paulson y sin duda este chico, Caspar, empezaron a disparar, y entonces Hector contestó al fuego, con el resultado que conocemos. Tan pronto como se disparó el primer tiro, Borglund se puso a cubierto, lo cual es un decir, pues se arrojó a la zanja. Por lo visto fue a caer sobre un nido de avispas, y una avispa le picó en la carótida. Él trató de seguir prestando servicio el domingo, pero se puso tan enfermo que tuvo que irse a casa. Y el lunes ingresó en el hospital. Para entonces había perdido el conocimiento y ya no lo recobró.

—Un accidente —musitó Kollberg.

—Sí, pero no único. Estoy seguro de que ha sucedido otras veces.

—¿Hablaste con él antes de que fuera al hospital?

—Sí. No sabía prácticamente nada. Detuvieron un coche, él no sabía por qué, y entonces uno de los sospechosos empezó a disparar, así que él se puso a cubierto. Imagino que se asustó.

—Exceptuando a Caspar —dijo Kollberg—, ahora he oído todo lo que tienen que decir los implicados en el caso. Y no hay nadie que afirme que ese chico, Caspar, disparase contra nadie o empleara ningún tipo de violencia. Me parece extremadamente hipócrita sostener que Borglund fue asesinado.

—Es que nadie lo sostiene. Todo lo que hemos dicho es que murió de las heridas recibidas durante un tiroteo. Y eso es cierto. ¿A dónde vas a parar?

Mansson miró a Kollberg con gesto de preocupación.

—Pienso en ese chico al que estamos dando caza —contestó Kollberg—. De momento no sabemos quién es; pero estamos seguros de que lo encontraremos pronto. Él es el objeto de una salvaje caza del hombre que puede hacer que todos pierdan la cabeza. Muy bien puede ser que lo único que haya hecho es participar en el robo de una villa de veraneo abandonada. No me gusta esto.

—No —repitió Mansson—, pero no hay muchas cosas que gusten en este trabajo.

Y entonces sonó el teléfono.

Malm.

¿Cómo va eso?

¿Qué habéis hecho?

Kollberg entregó el receptor a Mansson.

—Él está mejor informado —mintió.

Con la frialdad del hielo Mansson le informó minuciosamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Kollberg cuando terminó la conversación.

—Excelente —respondió Mansson—. Eso es lo que ha dicho. Que vamos a toda vela.

A toda vela.

Una hora más tarde, Benny Skacke llegó con el coche infame.

Cuando los expertos en huellas terminaron, ya era hora para una inspección.

—¡Qué montón de cosas! —exclamó Mansson—. Aquí está el botín, un televisor viejo, algunas alfombras, esta divertida figura o lo que sea. Unas botellas de licor. Trastos. Algunas monedas de cinco coronas de una hucha.

—Y dos muertos y otros dos en el hospital, probablemente lisiados para el resto de su vida.

—Sí, ha habido muchas bajas innecesarias —comentó Mansson.

—Lo que podemos intentar es que no haya más —dijo Kollberg.

Volvieron a examinar el viejo Chevrolet, aún con mayor cuidado. Los dos estaban especializados en esta clase de trabajo, y Mansson podía pretender incluso ser un experto en descubrir cosas que ningún otro podía hallar.

Y él fue quien lo encontró.

Un fino pedazo de papel, doblado varias veces, que se había deslizado tras el cojín del asiento contiguo al del conductor. La tapicería estaba desgarrada y la pequeña hoja de papel se había alojado dentro del relleno. Kollberg estaba casi seguro de que él nunca lo habría encontrado.

Además, encontró dos tarjetas postales en la guantera. Las dos estaban dirigidas a Christer Paulson, a una dirección de Stenbocksgatan en Malmö. Al parecer le habían escrito dos chicas diferentes. Los mensajes carecían de interés. Como claves, habrían tenido mucho más interés veinticuatro horas antes. Ni siquiera la dirección era noticia. La policía ya había logrado encontrarla a través de las autoridades de la seguridad social.

Se llevaron a la oficina de Mansson lo que habían encontrado.

Kollberg desdobló el trocito de papel y Manson sacó su lupa.

—¿Qué es eso? —preguntó Kollberg.

—El resguardo de cambio de moneda de un banco danés —contestó Mansson—. La copia azul, por lo menos. Es justo una de esas cosas que uno tira o se mete doblada en el bolsillo. Y que luego pierde cuando saca el pañuelo para limpiarse la nariz.

—¿Y que uno firma con su nombre?

—A veces sí, a veces no —respondió Mansson—. Depende de las reglas del banco. Éste está firmado.

—¡Jesús, qué letra! —exclamó Kollberg.

—Hay numerosos muchachos que escriben así en estos tiempos. Pero ¿qué dice?

—Creo que « Ronnie » .

—Y luego algo que empieza con C. Y luego una a pequeña, y luego una lombriz de tierra.

—Podría ser Ronnie Casparsson —dijo Mansson—, o algo por el estilo. Aunque sólo es una suposición.

—Pero dice « Ronnie » en todo caso.

—Tendremos que comprobar y ver si hay alguien que se llame Ronnie Casparsson —repuso Mansson.

Slacke entró en la habitación y alternó el peso de su cuerpo de un pie a otro durante un rato. Kollberg alzó la vista y se quedó mirándolo.

—Déjate ya de eso, Benny. El pasado está enterrado y olvidado. Si vamos a trabajar juntos no vas a seguir portándote como un niño de cinco años al que han sorprendido metiendo la mano en el bote de los caramelos. ¿Qué ocurre?

—Bueno, tengo ahí fuera a algunos muchachos que conocían a Christer Paulson. Una chica y dos chicos. Gracias a la seguridad social hemos podido traerlos aquí. Encontramos a varios, pero éstos fueron los únicos que parecían deseosos de hablar con nosotros. Tal vez. ¿Quiere alguno de vosotros hablar con ellos?

—Sí —dijo Kollberg—. A mí me gustaría.

Aquellos jóvenes parecían gente muy ordinaria. Es decir, no habrían parecido ordinarios siete u ocho años antes. Vestían largas chaquetas de cuero bordadas. Los chicos llevaban pantalones vaqueros, también cubiertos de bordados, y la chica una falda larga que parecía ser india, marroquí o algo por el estilo. Todos usaban botas de cuero con tacones altos y el pelo les llegaba hasta los hombros.

Se quedaron mirando a Kollberg con absoluta indiferencia, que daba la impresión de que podía convertirse en abierta hostilidad en cualquier momento.

—¡Hola! —les saludó Kollberg—. ¿Podemos ofrecerles algo? ¿Café y pastas danesas u otra cosa?

Los chicos susurraron algo sin realmente decir nada, pero la chica se apartó el pelo de la cara y habló con voz clara:

—Es muy malo atracarse de café y pastas. Si uno quiere conservarse sano en esta sociedad ha de limitarse a los pocos productos naturales de que disponemos y no probar la carne o los alimentos preparados.

—Muy bien —convino Kollberg.

Se volvió hacia el bisoño que estaba de pie en el umbral con una extraña mirada en los ojos, vacilando entre su intento de portarse de modo dominante y superior frente a los tres jóvenes y complaciente y obsequioso hacia Kollberg.

—Ve a traer tres cafés y muchas pastas danesas —le dijo Kollberg—. Y luego ve a la tienda macrobiótica de la esquina y trae una zanahoria biodinámica.

El bisoño se fue. Los chicos soltaron una risita, mientras que la chica permanecía sentada y erguida, silenciosa y seria.

El prometedor bisoño regresó con el café, las pastas y la zanahoria.

Ahora fueron los tres los que soltaron una risita, y al propio Kollberg le entraron ganas de dedicarse una mueca. Por desgracia, ya no era tan fácil.

—Bueno, habéis sido muy amables al venir —dijo Kollberg—. Supongo que sabéis de qué se trata.

—De Christer —dijo uno de los muchachos.

—Exacto.

—Christer, en el fondo, no era mala persona —dijo la chica—; pero fue destruido por la sociedad, y por eso la odiaba. Y ahora los policías lo han matado.

—Él disparó primero contra dos de ellos —aclaró Kollberg.

—Sí —replicó ella—. Y eso no me sorprende.

—¿Cómo es eso?

Tras una larga pausa, uno de los chicos contestó.

—Generalmente iba armado —explicó—, con una navaja automática, una pistola o algo. Christer decía que había que llevar algo en estos tiempos. Era una especie de desesperado, o como ustedes lo llamen.

—Mi trabajo es estar sentado aquí y averiguar cosas de ésas —dijo Kollberg—. Es una tarea muy desagradable y desagradecida.

—Y nuestra muy desagradable y desagradecida tarea es hacernos cargo de esta sociedad podrida, a la que nosotros no hemos ayudado a estropear —declaró la chica—, y, como sea, volver a hacerla habitable.

—¿Le disgustaban los policías a Christer? —preguntó Kollberg.

—Todos nosotros odiamos a los policías —replicó la chica—. Y ¿por qué no? Los policías nos odian a nosotros.

—Sí, claro que nos odian —terció uno de los chicos—. No hay ningún sitio en donde nos dejen en paz, ni hay nada que nos dejen hacer. Tan pronto como te sientas en un banco o en la hierba, ya se presentan los policías a fastidiar. Y si pueden, nos pegan.

—O se burlan de nosotros —añadió la chica—, lo cual es casi peor.

—¿Conoció alguno de ustedes a ese individuo que fue con Christer a Ljunghusen?

—Sí. Caspar —dijo el chico que hasta entonces no había dicho nada—. Estuve hablando con él un rato. Luego, cuando se acabó la cerveza, me marché.

—¿Qué aspecto tenía?

—Parecía buen chico. Pacífico. Como todos nosotros.

—¿Sabías que se llamaba Caspar?

—Sí, pero pensé que su verdadero nombre sería otro. Creo que él dijo algo como Robin, Ronnie o algo parecido.

—¿Qué crees tú que pasó?

—Eso es típico —replicó el primer chico—. Siempre pasa igual. Todo el mundo nos odia, los policías sobre todo, y luego, cuando uno de nosotros se desespera y empieza una lucha, todo resulta así. No comprendo cómo no hay más chicos que lleven pistolas y navajas. ¿Por qué nos han de pegar sólo a nosotros?

Kollberg se quedó pensativo por un momento.

—Si hubieras tenido la posibilidad de hacer lo que querías —preguntó—, ¿qué

habrías hecho?

—Habría sido astronauta para que me lanzaran al espacio y me perdiera de vista —repuso el primer chico.

Pero la chica se tomó la cuestión en serio.

—Me iría a una granja y llevaría una vida decente y sana, y tendría muchos animales y niños, y cuidaría de que no fueran envenenados, sino de que crecieran como seres humanos.

—¿Puedo cultivar un poco de hachís en su jardín? —preguntó el segundo muchacho.

No se dijo nada más de interés, y muy pronto Kollberg volvió a estar con Mansson y Skacke.

Estaban haciendo progresos.

Había alguien llamado Ronnie Casparsson.

Estuvo en la cárcel y sus huellas se encontraban en todo el volante y el tablero.

Además, el avispa propietario de una gasolinera cerca de Katrineholm le había llenado el depósito del coche robado en Vellinge el domingo. El hombre también recordaba que el conductor tenía el cabello rubio largo y que había pagado con monedas de cinco coronas. Era un observador fuera de lo corriente. Incluso recordaba el número de matrícula. Kollberg le preguntó cómo había sucedido aquello.

—Apunto todos los números de matrícula. Una vieja costumbre mía. ¿Recibiré una recompensa?

—Sí. Le compraré gasolina la próxima vez que pase por ahí —le contestó Kollberg—. Pero no se sorprenda si me pongo una barba postiza y llevo matrículas falsas.

El viernes ellos sabían casi todo lo que había que saber de Ronnie Casparsson: dónde vivían sus padres, dónde había sido visto por última vez, qué dirección había tomado (norte), incluso el número de su tarjeta de la seguridad social.

Todo esto trasladó la investigación muy lejos del distrito de policía de Malmö. La caza del matapolicias continuaría en otros lugares del país.

—Se disuelve la agrupación de fuerzas de Malmö —dijo Malm con tono militar—. Venga aquí a Estocolmo a informarme en seguida.

—Béseme el culo —contestó Kollberg.

—¿Qué?

—¡Oh, nada!

Mientras hacía la maleta e iba a recoger el coche, se dio cuenta de que ya estaba hasta las narices.

En la noche del viernes, Ronnie Casparsson se enteró de que uno de los policías implicados en aquel dramático tiroteo en Ljunghusen estaba muerto.

Eso es lo que dijo la locutora de televisión. El «dramático tiroteo en Ljunghusen» .

Él estaba sentado en el sofá con su madre, viendo la televisión, y oyó cómo daban su propia descripción. El hombre a quien se busca tiene unos veinte años de edad, pesa menos del promedio, tiene cabellos largos y fue visto por última vez llevando pantalones vaqueros y abrigo oscuro.

Miró de reojo a su madre. Ella estaba muy atareada tricotando, arrugando el entrecejo y moviendo los labios. Contando puntos, probablemente.

La descripción no era muy detallada, ni muy exacta. Él acababa de celebrar su decimonoveno cumpleaños, pero sabía por experiencia que la gente a menudo lo tomaba por alguien de dieciséis o diecisiete años. Había llevado una chaqueta de cuero negra. Además, su madre le había cortado el pelo la noche anterior, mientras él fingía protestar.

La locutora dijo también que se suponía que conducía un Chevrolet verde claro con tres sietes en el número de matrícula.

Tenía gracia que no hubieran encontrado el coche. Él no se había tomado ninguna molestia especial en ocultarlo. Lo encontrarían en cualquier momento.

—Tengo que marcharme mañana, mamá —dijo.

Ella alzó la mirada de su labor.

—Pero, Ronnie, ¿no puedes quedarte hasta que vuelva papá? Se disgustará mucho cuando se entere de que has venido y te has ido, sin que él haya podido verte.

—Tengo que devolver el coche. El chico que me lo prestó lo necesita mañana. Pero volveré pronto.

Su madre suspiró.

—Sí, sí, eso es lo que siempre dices —respondió resignada—. Y luego no te vemos en un año.

A la mañana siguiente él se dirigió con el coche a Estocolmo.

No sabía a dónde ir, pero si la policía lograba descubrir quién era, no quería

estar sentado en casa con su madre y esperar a que lo detuvieran. En Estocolmo era más fácil desaparecer.

No le quedaba mucho dinero, sólo un par de las monedas de cinco coronas y dos billetes de diez que su madre le había dado. La gasolina no era problema. Había cortado un trozo de la manguera del jardín en el garaje de su padre, y en cuanto oscureció, consiguió toda la gasolina que necesitaba. Claro que en estos tiempos la mayoría de los coches tenían candados en sus depósitos de gasolina, pero con tal de que uno no tuviera prisa, las cosas solían salir bien.

Encontrar un sitio para vivir era más problemático. Tenía un par de amigos con apartamento propio; iría allí y les preguntaría si podía pasar con ellos un par de días; pero la mayoría de las personas a quienes conocía tenía el mismo problema que él. No sabía dónde meterse.

Era aún muy temprano cuando llegó a Estocolmo, y estuvo dando vueltas sin objeto por el centro de la ciudad antes de que se le ocurriera la idea de que era mejor ir en busca de sus amigos cuando aún hubiera la posibilidad de encontrarlos en la cama.

Vivían en Henriksdal. Condujo con cuidado, procurando no infringir las reglas del tráfico ni atraer la atención. El coche corría bien y era cómodo y agradable conducir.

Había un nombre extraño en la puerta del apartamento de sus amigos. Tocó el timbre y una mujer con bata de baño y zapatillas salió a abrirle. Le dijo que se había mudado hacía pocos días y que no sabía a dónde habían ido los inquilinos anteriores.

A Caspar no le sorprendió. Allí tomó parte en distintas juergas y sabía que sus amigos habían sido amenazados varias veces con el desahucio.

Regresó al centro de la ciudad. No le quedaba mucho combustible en el depósito y no quería gastar su último dinero en gasolina, que podría conseguir gratuitamente aquella noche. Pero estaba de suerte y encontró un sitio libre para aparcar en Skeppsbron.

Mientras aguardaba la luz verde del semáforo junto a la estatua de Gustavo II, se volvió para echar un vistazo al coche. Era un modelo del año anterior, y aún muy reluciente y limpio, sin ninguna abolladura o arañazo. Era de un tipo muy corriente, de estilo sobrio. En absoluto llamativo. Con sus nuevas matrículas falsas, conducirlo no suponría un gran riesgo.

Caminó por la ciudad antigua y pensó en lo que podía hacer.

Había estado fuera de Estocolmo dos semanas, y le parecía una eternidad.

Catorce días antes había tenido un poco de dinero y por eso se fue a Copenhague con un par de amigos. Cuando el dinero se le acabó se dirigió a Malmö, donde tuvo la desgracia de encontrarse con Christer, quien ahora estaba muerto. Aún le costaba trabajo comprender lo que había sucedido. El domingo por la mañana, en Ljunghusen, algo había sido arrancado de su vida. Era algo

que no tenía nada que ver con él; más, aún, parecía algo que hubiera visto en una película u oído contar a alguien y no haberlo vivido personalmente.

Sentía la imperiosa necesidad de hablar con alguien, de ver a sus amigos, de volver a su vida normal y convencerse de que nada había cambiado.

Pero todo había cambiado. Él ya se había visto metido en líos antes, aunque no como éste.

Esta vez se trataba de algo verdaderamente grave. Le buscaba la policía por todo el país, por lo menos eso habían dicho por televisión.

No podía ir al encuentro de sus amigos. Se reunían en Humlegården y Kungsträdgården, y en la plaza Sergel, los primeros sitios en donde la policía iría a buscarle.

Tenía hambre y entró en una tienda de Köpmangatan a comprarse unos panecillos. Una chica con pantalones vaqueros y chaqueta de cuero se hallaba ante el mostrador pagando una caja de té que tenía bajo un brazo. Llevaba el pelo rubio corto, y cuando se volvió, Caspar pudo ver que era más vieja que lo que había pensado. Treinta años por lo menos. Ella se lo quedó mirando cara a cara con sus inquisitivos ojos azules y por un instante él pensó que ella lo había reconocido y el temor le hizo sentir malestar en el estómago.

—¿Aún no ha vuelto el señor Beck?—preguntó la empleada tras el mostrador, y la mujer de mirada inquisitiva finalmente miró hacia otro lado.

—No, pero volverá un día de éstos—contestó.

Su voz era un poco ronca. Se dirigió hacia la puerta sin mirar a Caspar y salió a la calle.

—Gracias, señora Nielsen—dijo la empleada—. Hasta la vista.

Caspar compró sus panecillos, pero pasó un rato antes de que desapareciera lo bastante la molestia de su estómago para que pudiera comérselos.

Estoy empezando a desmoronarme, pensó. Tengo que dominarme.

Dejó la ciudad antigua y cruzó Slussen hacia la plaza Södermalm. Había dos finlandeses de pie junto a la entrada del metro. Él los conocía ligeramente y había hablado con ellos varias veces; pero al acercarse a los escalones que conducían hacia donde estaban ellos, vio a dos patrulleros que descendían por la colina de Peter Myndes. Cambió de dirección bruscamente y se dirigió hacia Götgatan.

Llegó a Medborgarplatsen y se detuvo para mirar los titulares de prensa ante el quiosco próximo al jardín Björn. POLICÍA ASESINADO, decía uno, y EL POLICÍA HERIDO HA MUERTO, otro, en grandes titulares negros. Leyó los subtítulos. *El desesperado es buscado en toda la nación*, decía uno de ellos, mientras que un tabloide vespertino afirmaba más lacónicamente: *El asesino en libertad*.

Caspar sabía que se estaban refiriendo a él; pero aún no comprendía por qué lo llamaban «desesperado» y «asesino» .

Nunca había tenido una pistola en la mano, y de haberla tenido, le hubiesen faltado redaños, aunque estuviera desesperado, para emplearla contra otro ser humano.

No se le había ocurrido en todo el día comprar los periódicos, y ahora que vio los titulares temió leer lo que decían.

Pensó en el coche verde, lleno de artículos robados y con sus huellas en el volante. Y no sólo en el volante. En cuanto hubieran encontrado el coche tendrían sus huellas, y en cuanto tuvieran las huellas sabrían a quién estaban persiguiendo.

Recordó muy bien aquel día, hacía ahora año y medio (la única vez que lo habían atrapado), y aún podía ver el tampón y la ficha sobre la que le obligaron a apretar sus dedos. Los diez, uno tras otro.

No compró ningún periódico. Siguió andando calle arriba, y calle abajo en la siguiente, sin darse cuenta de por donde pasaba. Se estrujó el cerebro pensando en algún lugar donde esconderse.

En la casa de sus padres no había ni que pensar. La policía iría allí tan pronto como descubriera quién era. Y probablemente ya sabían eso.

Lo sintió por su madre y deseó haber podido explicarle lo que sucedió. Que él no había disparado contra nadie. Si pudiera encontrar un sitio para esconderse, quizá le escribiría una carta.

A las cuatro de la tarde ya se había hecho de noche y empezó a sentirse más tranquilo. Al fin y al cabo, él no había matado a nadie. Todo era un mal entendido, y no pueden castigar a uno por algo que no ha hecho. ¿O sí lo pueden castigar?

Caspar sintió frío. Llevaba un jersey muy fino bajo su chaqueta de cuero, y sus gastados y archilavados pantalones vaqueros no le daban mucho calor. Sus pies, metidos en zapatillas de tenis, estaban aún más fríos que sus piernas. Pensó en volver al coche. Podía intentar robar un poco de gasolina por el procedimiento del sifón, marcharse al campo y dormir en el asiento trasero. Pero recordó el frío que había pasado junto al lago Sommen tres días antes, y, de todos modos, aún era muy temprano.

Además de los panecillos se había comprado dos perros calientes y un paquete de cigarrillos, pero aún le quedaban diecinueve coronas.

Entró en una pastelería de Ringvägen en la que nunca había estado. Pidió café y dos bocadillos de queso y se sentó a una mesa junto al radiador.

Al levantar la taza para tomar su primer sorbo de café, oyó una voz tras de él.

—¡Anda, pero si es Caspar! ¿Por qué te has cortado el pelo? Casi no te he reconocido. —Él dejó la taza y se volvió, la cara pálida de terror—. ¿Por qué pones esa cara de asustado? —preguntó la chica—. Soy yo, Maggie. Me recuerdas, ¿no?

Claro que la recordaba. Maggie había sido su mejor amiga durante mucho tiempo, y él la había conocido el día que llegó a Estocolmo, hacía ahora casi tres

años. Ella y su amigo habían roto seis meses antes, y el amigo se embarcó. Caspar no había visto a Maggie desde entonces.

Pero era una chica estupenda y a él le gustaba.

Ella se acercó a su mesa y durante un rato hablaron de los viejos tiempos, y finalmente Caspar decidió contarle el problema en que se encontraba. Se lo contó todo, tal como había sucedido. Maggie había leído los periódicos y se dio cuenta inmediatamente del lío en que se hallaba metido.

—¡Pobre Caspar! —exclamó cuando él hubo terminado—. ¡Vaya jaleo! Supongo que debería aconsejarte que fueras a la policía y que les contaras todo; pero no voy a hacerlo, porque no me fio de esos hijos de mala madre.

Se quedó pensativa un rato y Caspar siguió sentado y silencioso, y aguardó.

—Puedes quedarte en mi casa —le dijo ella finalmente—. Tengo un apartamento en Midsommarkransen. A mi amigo no le va a gustar, claro; pero como él tampoco está en buenas relaciones con la policía, tiene que comprender. En el fondo es un buen chico.

El vocabulario de Caspar no era verdaderamente adecuado para expresar su alivio y gratitud. Pero hizo lo que pudo.

—¡Eres una chica estupenda, Maggie! Siempre lo dije.

Maggie incluso le pagó la cuenta y luego fue andando con él hasta Skeppsbron en busca del coche.

—No puedes permitirte el lujo de meterte en gastos —le dijo—. Y yo tengo dinero para gasolina, así que no te preocupes por eso.

Se dirigieron a Midsommarkransen con Maggie al volante, y Caspar cantó con toda la potencia de sus pulmones todo el trayecto hasta allí.

Herrgott Allwright, con el pulgar y otros dos dedos, empujó tras su oreja derecha el sombrero hacia su ojo izquierdo. Esto le hizo parecerse a Huckleberry Finn, claro que treinta y cinco años más viejo.

—Hoy vamos a ir a cazar y mataremos un faisán. Y nos lo comeremos. Yo soy buen cocinero. Ésa es una de las ventajas de ser soltero.

Martin Beck musitó algo.

Él era uno de los peores cocineros del mundo. Puede que eso fuera el resultado de llegar a soltero demasiado tarde. Aunque probablemente no. Cada vez que trataba de hacer algún tipo de labor hogareña, tenía la impresión de que todos sus dedos eran pulgares.

—¿Y dónde vamos a ir a cazarlo? ¿Hay por aquí algún coto?

—Tengo amigos —contestó Allwright—, y disponemos de lo que se puede llamar una invitación permanente. Le puedo prestar unas botas. Y una escopeta... tengo dos.

Allwright hizo una mueca y metió unos papeles en su mesa.

—A menos, claro, que piense que sería más interesante refrescar su alma con un intercambio de opiniones con Folke —añadió.

Martin Beck se estremeció. Sus conversaciones con Folke habían llegado ahora a un estado de estancamiento total. Era como una partida de ajedrez en la que a ambos jugadores no les quedará sobre el tablero más que un rey y un peón.

—Aquí he leído una cosa muy interesante —dijo Allwright tomando un periódico policiaco extranjero—. En Dayton, Ohio, una ciudad que viene a tener los mismos habitantes que Malmö, ha habido cinco asesinatos en lo que va de año, lo cual, *per capita*, es diez veces más que en Nueva York Detroit, la única ciudad con estadísticas dignas de fiar, es aún peor. Setenta y uno de esos asesinatos fueron cometidos con armas de fuego. Peor que Estocolmo.

—¿Dice cuántos robos y atracos hubo?

—No. No lo dice. Y ahora compare eso con el distrito de policía de Trelleborg, en el que sólo tuvimos un asesinato. Y eso es una cifra desusadamente alta.

—Uno —dijo Martin Beck—, pero lo suficiente para quitarme el sueño. La pasada noche volví a soñar con Bengtsson.

Allwright se echó a reír.

—¿Con Folke? Yo no diría nada si hubiera soñado con Sigbrit.

Allwright estaba rozando un fenómeno psicológico que afectaba a Martin Beck, y, sin duda, a muchos otros policías en situaciones parecidas. Hablando en general, podía salir e inspeccionar un cadáver destrozado o mutilado sin que se le pusieran los cabellos de punta. Aunque sintiera cierta incomodidad interna, era capaz de desechar aquello como un abrigo viejo tan pronto como llegara a casa. Por otra parte, se sentía atormentado por situaciones en las que sospechaba que algo no estaba bien, como en el caso de Sigbrit Mard y Folke Bengtsson. Un hombre que había sido declarado culpable de antemano y que no podía defenderse. Era algo como un linchamiento.

—Hoy se ha recibido otro informe del laboratorio —dijo Allwright—. Aquel trapo que encontré cerca del cadáver cuando estábamos examinando el escenario del crimen. A decir verdad, lo había olvidado por completo.

Se echó a reír.

—¿Qué han encontrado?

—Lo han sometido a toda una serie de pruebas —contestó Allwright—. Aquí está el informe. Contenía fibra de algodón, grava, barro, arcilla, grasa, aceite y limaduras de níquel. La grava y el barro tienen exactamente la misma composición que la muestra que tomamos de la hoya de fango donde encontramos a Sigbrit. Pero, por otra parte, el suelo de donde yo lo recogí era de un tipo completamente diferente. Así que podemos adelantar la teoría de que quienquiera que asesinó a Sigbrit lo empleó para limpiarse las botas. Suponiendo que llevara botas, y debió llevarlas.

—¿Limaduras de níquel? —preguntó Martin Beck—. Eso es algo especial.

—Sí. Eso pensé yo. En todo caso, no es una prueba que relacione a Folke con el crimen.

Pero Folke Bengtsson va a ser declarado culpable, pensó Martin Beck. A menos que...

—Bueno, basta ya de eso. Vamos de cacería —dijo Allwright.

La cacería fue una experiencia peculiar para Martin Beck, quien, a decir verdad, no había cazado nunca antes. Con pantalones vaqueros, una chaqueta de lana basta, una gorra tricotada por la esposa de Evert Johansson y las botas que le había prestado Allwright, fue andando con paso furtivo a través de los prados al lado de Allwright, que tiraba de Timmy bien sujeto por la correa. Martin Beck llevaba la escopeta, que Allwright le había dejado, doblada sobre la horquilla de su codo izquierdo, que era el modo como él había visto que la llevaban los cazadores, probablemente en las películas.

—Usted haga el primer disparo —dijo Allwright—. Es el invitado. Yo

dispararé el segundo.

El prado era suave y esponjoso bajo los pies, y la hierba era alta y estaba empapada de rocío tras una fría noche. Flores obstinadas desafiaban a un invierno que se apresuraba en llegar, y en varios lugares había grandes grupos de setas azuladas.

—Son niscalos azules. Comestibles. Podemos coger algunos al regresar. Haremos una cena un poco *je ne sais quoi*. ¿Se dice así?

Los sombreretes de las setas estaban helados, completamente o en parte, mas para ser un tiempo tan tardío del año, fue un día magnífico. Martin Beck caminaba en silencio. Había oído decir que los cazadores no deben hacer ruido. Y pensó poco en divorciadas estranguladas, criminales sexuales puestos en libertad condicional, llaves que no encajaban en cerraduras y trapos conteniendo limaduras de níquel.

El aire era claro y puro, y el cielo estaba azul, con sólo algunas nubecillas. Un día estupendo.

De repente ante ellos echó a volar en vuelo rasante un ave, que se elevó a no más de tres metros y medio de sus pies. A Martin Beck le pilló de sorpresa, dio un salto atrás, disparó y el ave huyó volando como si hubiera sido lanzada por una catapulta.

—¡Jesús! —exclamó Allwright, echándose a reír—. No lo querría en mi equipo de tiro al plato. Ha sido muy amable al no disparar contra Timmy o contra mí.

Martin Beck se echó a reír también. Él ya le había advertido que su experiencia en estos asuntos era, diciéndolo suavemente, limitada.

El segundo faisán alzó el vuelo unos cuarenta minutos después, y Allwright disparó con tanta pericia, que pareció como si lo hiciera de paso.

Al regreso, Martin Beck se dedicó a recoger setas.

—Sí, las setas son más fáciles —dijo Allwright—. Se están quietas.

Se dirigieron al coche color tomate de Allwright.

—Limaduras de níquel —dijo Martin Beck cuando llegaron a donde estaba el vehículo—. ¿De dónde procederán?

—De alguna tienda de maquinaria especializada, supongo. ¿Cómo voy a saberlo?

—Podría ser importante.

—Podría ser —convino Allwright.

Parecía estar pensando sólo en la cena.

Que resultó ser especialmente deliciosa. A Martin Beck le costó recordar cuándo había tomado una comida mejor.

Aun cuando Rhea Nielsen era muy buena cocinera, lo cual demostraba con ganas y a menudo.

En el frigorífico de Allwright había toda clase de cosas extrañas. Múrgulas,

por ejemplo, que había recogido él mismo, y una mezcla deliciosa de arándanos, moras y frambuesas. Era un postre espléndido, especialmente con crema batida, que, como Allwright indicó, «no había sido tocada más que por manos humanas» .

Acababan de limpiarse la boca cuando sonó el teléfono.

—¿Allwright?... ¿Es cierto?... Bueno, ha sido un buen trabajo. Cuénteme... ¿Cómo? ¿En una carta?... Ya pasará. Iremos probablemente por la mañana... Si no dice nada puede que le consiga un traslado a Anderslöv... ¿Que no quiere? Ésa es la cosa más tonta que he oído... Bien, hasta la vista.

Colgó el teléfono y se quedó mirando a Martin Beck.

—¿Qué ha ocurrido?

—Era uno de los chicos de Trelleborg. Han encontrado el apartamento cuya cerradura coincide con la llave que Sigbrit llevaba en su bolso.

Martin Beck quedó estupefacto y no se molestó en disimularlo.

—¿Cómo demonios lo han logrado?—preguntó.

—Aquí tenemos un dicho que asegura «el granjero más tonto consigue las mejores remolachas». Ahora usted puede suponer que ha de aplicarse a un caso como éste. Pero se equivocaría.

Allwright empezó a limpiar la mesa mientras hablaba.

—El hecho es que algunos de los chicos de Trelleborg decidieron que, por san Jorge, ellos debían encontrar esa puerta, si es que esa puerta estaba en Trelleborg. Hicieron un montón de reproducciones de la llave y dedicaron a ello mucho tiempo libre, y claro, cuando uno se obstina, Trelleborg no es Estocolmo ni Dayton, Ohio, para poner un par de ejemplos. No es una gran ciudad, y si uno es lo bastante tenaz, generalmente logra lo que anda buscando.

Hizo una pausa y chasqueó la lengua entre su respiración. Martin Beck ya se había recobrado y estaba ayudando a retirar la mesa y a limpiar los platos.

—Y hay otra cosa que yo diría que fue un factor importante. Algunos de los chicos de allá son muy buenos. El jefe tuvo la oportunidad de seleccionarlos. No ha de admitir a todos, como en Estocolmo o Malmö.

Desde que llegó a Anderslöv, Martin Beck se dio cuenta, de modo fuera de lo normal, del hecho de que realmente había muy buenos policías entre las innumerables mediocridades y el temible gran número de incompetentes totales.

—Así que los chicos pensaron que podían mostrar a los jefes de Estocolmo, con todo su arsenal de armas, que también saben hacer su trabajo aquí al sur de la autopista. Y se lo callaron hasta encontrar la debida puerta. Esta tarde. Los conozco, y sé que habrían seguido con ello hasta poder jurar que no había otra cerradura semejante en Trelleborg.

—¿Le han dado algunos detalles?

—Claro. La dirección, por ejemplo. Y otras cosas. No han tocado nada, sólo mirado. Un pequeño apartamento de una sola habitación, con poco mobiliario.

Alquilado por Sigbrit con su nombre de soltera, que es Jönsson. El alquiler se pagó en efectivo en un sobre sellado, con la dirección mecanografiada, el día uno de cada mes durante tres años y medio. El hecho es que se pagó también este mes, aunque Sigbrit ya estaba muerta y no pudo pagarlo ella misma. Así que alguien debió encargarse de ello.

—Clark

—Tal vez.

—Estoy completamente seguro.

—Siempre figuraban dos palabras y una letra mecanografiadas en el dorso del sobre: *Alquiler S. Jönsson*.

—Tendremos que ir allí y echar un vistazo por la mañana.

—Con mucho gusto. Han sellado la puerta.

—Clark —dijo Martin Beck para sí—, difícilmente puede ser Folke Bengtsson.

—¿Por qué no?

—Está justo de dinero —contestó Martin Beck

—Bueno, el alquiler no era mucho. Setenta y cinco coronas. Siempre la cantidad exacta en un sobre, según el propietario.

Martin Beck negó con la cabeza.

—No es Bengtsson —insistió—. Es el hombre equivocado. No se ajusta a su norma de conducta.

—Bueno, Folke es un individuo rutinario —contestó Allwright.

—No encaja en su actitud hacia las mujeres. Su punto de vista sobre el llamado sexo opuesto es diferente.

—Sexo opuesto —dijo Allwright—. Ya puede decirlo. ¿Le cuento algo sobre mi amiga de Abbekas? ¿La planta carnívora?

Martin Beck asintió.

—Hablando de Clark, es una figura muy difuminada —comentó Allwright—. No vive en este distrito. Puedo decir eso con un noventa y nueve por ciento de seguridad. Y me consta que esos chicos de Trelleborg han trabajado duro en este asunto de Clark, la descripción y todo. En su opinión no hay tal persona en todo el distrito de policía de Trelleborg.

—¡Hum! —exclamó Martin Beck

—Así que queda la posibilidad de que Folke creara todo eso acerca de ese hombre y su coche a fin de distraer la atención de sí mismo.

—Es posible —dijo Martin Beck

Pero no lo creía.

Fueron a Trelleborg al día siguiente y examinaron el lugar.

El apartamento se encontraba en un edificio pequeño detrás de una casa de pisos que parecía en malas condiciones aunque no ruinoso. El edificio se hallaba en una calle lateral, que parecía muy tranquila.

El retiro secreto de Sigbrit Mard estaba en el piso segundo, o sea, a un vuelo,

como dicen en el sur de Suecia.

No tenía mucho de apartamento.

Olía a cerrado, y probablemente no se ventilaba hacia más de un mes.

Había algo de correo en el suelo del recibidor, bajo la rendija del buzón, recordatorios y notas dirigidas al inquilino.

En la puerta, con letras blancas de plástico, figuraba el apellido: S. JÖNSSON.

Un lavabo daba a la parte derecha del recibimiento, y tenía un estante para objetos de tocador. Dos cepillos de dientes en el mismo vaso, un paquete de compresas, lápiz de labios, crema, laca para uñas, sombreador para los ojos. Y un diafragma en una caja redonda de plástico. Sigbrit Mard, por lo visto, no era una mujer que corriera riesgos.

Había también una pastilla de jabón, una brocha de afeitar y una navaja, lo cual no significaba necesariamente que el lugar hubiera sido empleado por un hombre. Sigbrit se afeitaba los sobacos.

En la única habitación había dos sillas y una mesa, y un colchón ordinario de espuma de goma junto a la pared, cubierto con una colcha de colores de alguna rebaja de almacenes.

Sobre el colchón había una almohada con una funda color azul, y al lado de la mesa un calentador eléctrico. Estaba desenchufado, y probablemente llevaba así bastante tiempo.

Abrieron los cajones de la mesa sin tocar los tiradores. Vacíos, exceptuando algunas hojas de papel negro y un paquete de papel de cartas rayado azul y fino.

Martin Beck creyó reconocer la calidad.

En la cocina encontraron lo siguiente: una cafetera, dos tazas, dos vasos, un bote de Nescafé, una botella de vino blanco sin abrir, una botella medio vacía de *whisky* bueno (Chivas Regal), cuatro latas de cerveza (Carlsberg) y un jarro grande con tapa, de origen indeterminado.

Había un cenicero en la cocina y otro en el cuarto principal. Los dos estaban limpios.

—No es demasiado nido de amor —comentó Herrgott Allwright.

Martin Beck no dijo nada. Allwright sabía mucho sobre las cosas más dispares. El único tema sobre el que sabía muy poco era el amor.

No se veían lámparas, sólo bombillas desnudas. Todo estaba muy limpio y ordenado. Había una escoba, un recogedor, y un trapo en el chiribitil de la cocina.

Martin Beck se agachó y miró la almohada. Descubrió en ella dos clases de pelos.

Unos rubios y largos y otros más cortos y casi blancos.

Examinó el colchón. Había manchas que indudablemente podrían ser analizadas, y pelos rizados.

—Necesitamos un informe del laboratorio sobre este lugar. Y será mejor que

sea muy conciencizado.

Allwright asintió.

—Éste es el lugar, no hay duda —declaró Martin Beck—. Mis felicitaciones a la policía de Trelleborg.

Se quedó mirando a Allwright.

—¿Ha traído usted lo necesario para poner un nuevo sello a la puerta?

—Sí, claro —repuso Allwright con lentitud.

Un poco más tarde se encontraron con el patrullero que había descubierto el apartamento. Estaba de servicio en la calle mayor. Era pelirrojo y no hablaba el dialecto local.

—Buen trabajo —le dijo Martin Beck.

—Gracias.

—¿Habló usted con los vecinos?

—Sí, pero no saben nada. Casi todos son gente mayor. Admitieron que a veces, por las noches, allí había alguien; pero son de esa clase de gente que se va a la cama a las siete. Allí no vieron nunca a un hombre, sólo a una mujer. La anciana que la había visto pensó de pronto que podía ser una de las dependientas de la pastelería; pero eso fue sólo después de que yo se lo insinuara. Por otra parte, varios vieron alguna vez un coche beige aparcado en la calle. Un Volvo, según creen.

Martin Beck asintió. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar en su sitio.

—Buen trabajo —dijo, aun a sabiendas de que se repetía.

—¡Oh! Para mí ha sido un gran placer —contestó el policía—. Lo malo es que no hubiéramos podido descubrir una pista del tal Clark.

—Si es que existe —dijo Allwright.

—Existe —aseguró Martin Beck mientras se dirigían a pie hacia el edificio de la policía—. Puede estar seguro.

—Si usted lo dice...

Era un día de frío intenso, aunque el cielo seguía claro. Un transbordador de la Alemania Oriental estaba en el embarcadero. Se llamaba *Rügen*.

Feo fuera de lo común, pensó Martin Beck.

Los barcos eran cada vez más feos.

Clark pensó. Trapos. Limaduras de níquel. Un Volvo beige. Y el imposible Folke Bengtsson.

Su impresión sobre estas cosas era ahora más optimista.

Karl Kristiansson y Kenneth Kvastmo no formaban un buen equipo. Aunque habían manejado el mismo coche patrulla durante año y medio, tenían poco de que hablar, y menos aún de algo útil para uno o para otro.

Kvastmo era de Värmland, un hombretón de melena rubia, con cuello de toro, y una frente como un lavadero sobre una nariz ancha y carnosa. Como policía, era tenaz e insistente, ávido y agresivo. En resumen, un rigorista en el cumplimiento del deber. Aparte de lo cual era muy curioso.

Kristiansson había sido siempre perezoso, y los años fortalecieron esa condición. Casi nunca pensaba en el deber, sino más bien en las quinielas del fútbol, en la comida, y, a veces, el dolor que le producía una vieja herida de bala. Otro policía le había alcanzado en la rodilla hacía un par de años, el 3 de abril de 1971 para ser exactos. Aquél fue el día más calamitoso de su vida, y había muchos que podían ser calificados como tales. Aquel frío sábado perdió a su mejor amigo, y además, le habían pegado un tiro. Para colmo de males, sólo había tenido cuatro aciertos en su infalible sistema de quinielas.

En opinión de Kristiansson, Kvastmo era un zopenco incurable, que no hacía más que gemir y quejarse de todo y de todos, y que complicaba el trabajo por estar constantemente en acción. Por su parte, Kristiansson nunca emprendía una acción sin una orden directa, o a menos que fuera muy provocado a ello. Y mientras permaneciera dentro del coche patrulla y se contentara con mirar a través del parabrisas con ojos azules que miraban sin ver, no era fácilmente accesible, ni siquiera para los provocadores más notorios.

Pero Kvastmo hacía todo lo posible para que la vida fuera difícil. Luchaba en una batalla sin fin contra los maleantes. A pesar del hecho de que la policía sueca tenía un sistema de ascensos automáticos en el que la acumulación de méritos no pagaba dividendos apreciables, él estaba constantemente buscando actividades que requerían la intervención de la policía. Y dada la sociedad en la que él vivía, raramente tenía que ir a buscar muy lejos. Su sueño era ser trasladado a la célebre comisaría de Östermalm, donde, por ninguna buena razón, la policía detenía a cinco veces más personas que en todas las otras comisarías de Estocolmo juntas. La nueva ley daba a los policías excesivamente celosos una

gran oportunidad para acosar a la gente, particularmente a jóvenes que estuvieran, digamos por ejemplo, sentados en los bancos de un parque hablando entre sí porque no tenían otro sitio donde ir. La gente de esta clase era automáticamente considerada como sospechosa, y podía ser detenida inmediatamente. La policía podía retenerlos seis horas, pegarles en la comisaría, y volver a soltarlos, sólo para hacer otra incursión de tipo militar y llevarse a la misma gente en la furgoneta. Esto era un buen modo de llevar las cosas, pensaba Kvastmo; mas, por desgracia, él había sido destinado a una comisaría donde los funcionarios no estaban tan sedientos de sangre.

Durante los muchos meses que llevaba en el coche patrulla, Kristiansson había aprendido al menos dos cosas. Una mala: era imposible pedir prestadas cinco coronas a Kvastmo. Pero también una buena: Kvastmo era un adicto del café, y cuando el hombre se ponía insufrible, él siempre le podía sugerir que abandonaran el servicio para ir a tomar café.

El líquido marrón tenía un asombroso efecto positivo. Kvastmo podía permanecer sentado y quieto al menos media hora, a menudo más, farfullando y pasándose la lengua por los labios, y atracándose de pastas danesas y de pastel de almendra.

Pero tan pronto estaban de nuevo de vuelta en el coche, los buenos efectos desaparecían. Volvían en seguida a su incesante persecución de sospechosos y a sus importunas quejas sobre la sociedad de ladrones en la cual vivían.

A Kristiansson no le gustaba el café; pero sabía que era el precio que tenía que pagar por unos breves momentos de relajamiento.

En aquel instante acababan justamente de terminar una larga sesión de café y se hallaron de vuelta en el coche patrulla, un Plymouth blanco y negro con un faro y luces intermitentes, una radio de onda corta y todos los demás refinamientos técnicos.

El coche patrulla se encontraba ahora en Essingeleden, una superautopista elevada que atravesaba bahías e islas hasta el centro de Estocolmo, salida sur.

Kristiansson iba conduciendo a su usual velocidad flemática, y Kvastmo iba repitiendo uno de sus lugares comunes.

—¿Por qué no me contestas, Karl?

—¿Qué?

—Te estaba hablando de cosas importantes, y tú ni siquiera me escuchabas.

—Claro que escuchaba.

—¿De veras? ¡Una porra! Estabas pensando en otra cosa.

—¿Yo?

—¿En qué estabas pensando?

—¡Oh...!

—En tías, seguro.

—Bueno...

En lo que Kristiansson había estado pensando era en copos de avena con mermelada de fresa y leche fría; pero, a fin de controlar su hambre, había tratado de evocar la visión de un cadáver de lo más horrible que, gracias al celo de Kvastmo, habían logrado descubrir el verano anterior. Pero no queriendo revelar sus pensamientos más íntimos, hizo a cambio otra pregunta. La cual encontró para su uso inmediato.

—Bueno, ¿en qué estás pensando? Y ¿por qué no me contestas?

—Estaba pensando cómo el Leeds ha jugado veintiocho partidos de liga seguidos sin perder ni uno, y como el Millwall ha sido derrotado ya cinco veces en su campo. No tiene sentido.

—¡Qué idiota eres! —respondió Kvastmo—. ¿Cómo puede un policía, un hombre de tu edad, pensar en tonterías como ésa? Esos equipos ni siquiera son suecos.

Kristiansson se tomó esto muy a mal. Él era de Escania, y en el sur de Suecia la palabra « idiota » se consideraba muy insultante. Es casi lo peor que se puede llamar a una persona.

Kvastmo no tuvo en cuenta nada de esto, y siguió, desatento:

—Lo que trato de decirte es que no tenemos bastante protección legal, y que los funcionarios de policía son un hatajo de melindrosos. Muchos de nuestros compañeros no visten con propiedad, y nadie hace nada para remediarlo. ¿Recuerdas aquel patrullero en moto del pasado verano? ¿El que ni siquiera llevaba la gorra puesta? ¿Y la chaqueta atada atrás con una correa?

—Pero estábamos a treinta y cinco grados.

—Y ¿qué importa eso? Un policía es un policía con cualquier tiempo. Leí en el periódico que en Nueva York los patrulleros a menudo se quedan pegados en el asfalto cuando hay una ola de calor. Permanecen en sus puestos, por Dios, y han de sacarlos con una palanca cuando los relevan. Si los relevan alguna vez

Por « el periódico ». Kvastmo entendía su revista, *Policía Sueca*, que a menudo informaba a sus lectores de hechos curiosos.

Kristiansson no respondió. En películas de entrenamiento había visto a muchos policías americanos especializados en la lucha contra motines y se preguntaba qué pasaría si varios hombres estuvieran pegados en la calle cuando llegara la orden de pasar a la carga.

—¿Me escuchas, Karl?

Él se estaba preguntando qué tendrían que ver las ropas con la protección legal.

—¿Por qué no me contestas, Karl?

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—¡Oh...!

—Hablar contigo es perder el tiempo. La lucha contra el delito exige de cada

hombre cada minuto de cada día, y tú te quedas ahí pensando en fútbol, y todo lo que sabes decir es: « ¡Oh...! » y « Bien... », y cuando sucede algo, lo más que se te ocurre decir es « ¡Jesús! ». ¿Es que no se te puede meter en la cabeza en qué situación difícil estamos metidos los policías? El ministro de Justicia es el más pavisoso de todos. Por eso carecemos de protección legal. Apenas tenemos protección alguna. Como esa tontería de no llevar las pistolas cargadas. Y ahora imagina que te ves de repente cara a cara con algún bandido armado, ¿qué has de hacer? No llevas ninguna bala en la recámara.

—Yo llevo.

—Eso es una locura —replicó Kvastmo indignado—. Va contra el reglamento. Bueno, de todos modos, se *supone* que no la llevas. Y ahí nos tienes, indefensos. Fuera de combate. Y ¿de quién es la culpa? ¿De quién es la responsabilidad? Del ministro de Justicia. ¿Cómo se supone que hemos de hacer nuestro trabajo si ni siquiera se nos permite llevar una bala en la recámara?

—Yo disparé una vez con mi pistola —dijo Kristiansson de repente—. En un autobús.

—¿Alcanzaste a alguien?

—Bueno, no había nadie. Pero alcancé al autobús, de todos modos.

—¿Qué ocurrió?

—Tuve que pagar la reparación. Aquel tipo alto y feo de la División Violencia me echó una bronca.

—¿Lo ves? Ningún apoyo de arriba. Así que no es de admirar. Piensa en aquellos tres tipos de Escania. Atacados a balazos. ¿Qué crees que sus esposas e hijos piensan del ministro de Justicia? Y ni siquiera han capturado al asesino. ¿Sabías eso? Creo que se oculta en alguna parte de esta ciudad. ¡Maldito sea! ¡Si pudiéramos ponerle las esposas! Odio a esos hijos de puta. No vacilaría un segundo si tropezara con él.

—¡Oh...!

—¿Qué quieres decir con ¡oh!?! Dos de nuestros compañeros están en el hospital, ¿no es eso? Y otro está muerto. Borglund. Muerto. Asesinado.

—Bueno...

—¿Qué demonio quieres decir con bueno...?

—He oído decir que le mordió un animal venenoso, una rana o algo así.

—¿Puedes creer una tontería semejante? ¿No fuiste a aquella conferencia sobre las fuerzas perversas de la sociedad? Quiero decir subversivas. Comunistas y esa clase de sabandijas. Propagan mentiras como ésa para perjudicar y debilitar a las fuerzas de policía. Así pueden destruir los mismos fundamentos, la verdadera base, de la sociedad. Aunque no creo que tengamos a nadie en el cuerpo que se incline por ellos. A veces me das miedo, Karl.

—¿Yo?

Kristiansson había empezado a pensar en otra cosa. Tenía un plan

constructivo. Días antes había visto un bloque gigantesco de mazapán en el supermercado. Probablemente para ser utilizado en una confitería. Pero la próxima vez que ganara algún dinero con las quinielas, lo compraría y lo pondría en el asiento delantero entre ellos dos. A Kvastmo le gustaba muchísimo el mazapán y no podría resistirse. Pero había dos cosas que le preocupaban. Primero: ¿cuánto duraría el mazapán? Había el suficiente como para que a Kristiansson le durara el resto de su vida; pero tal vez Kvastmo se lo tragara como un lobo en medida hora. Lo segundo era igualmente grave: ¿y si Kvastmo era tan gran hablador que podía seguir perorando ininterrumpidamente con la boca llena de pasta de almendra?

De repente se quedó mirando a Kvastmo y le preguntó:

—¿Qué es lo que hace *oing-oing* y nunca cruza la puerta?

—Un cerdo.

—Te equivocas. Un gato con un defecto en la pronunciación.

—Me das miedo, Karl —dijo Kvastmo, moviendo la cabeza—. Y ¿por qué el gato no cruza la puerta?

—¡Oh!...

—Hay un límite —afirmó Kvastmo—. Hay un límite en lo que un policia sencillo y ordinario ha de aguantar. Norman Hansson, por ejemplo. Él es el límite. La semana pasada cuando tú faltaste por enfermedad, tuve que ir a aquella casa donde se había armado un escándalo familiar, y detuve a aquel chiflado que empezó a resistirse violentamente cuando lo esposé. Al bajar por las escaleras le pegué un poco con la vieja porra, y luego en el coche, ya sabes, para calmarlo. A la mañana siguiente Norman Hansson me llamó y me preguntó por qué había maltratado a ese editor de cuyo nombre no me acuerdo. Bueno, yo le contesté que había empleado mi porra para calmarle un poco; pero que no había habido brutalidad. ¿Y sabes lo que me dijo Norman Hansson?

Kristiansson se estaba preguntando cuánto costaría aquel enorme bloque de mazapán.

—¿Por qué no me contestas, Karl?

—¿Qué?

—¿Sabes lo que dijo Norman Hansson?

—No.

—Bueno, movió la cabeza y dijo: «Se ha de poner fin a eso, Kenneth. La próxima vez que alguien se queje daré parte de usted». Va a dar parte de mí porque un hijo de puta se emborrache y ponga su alta fidelidad demasiado alto.

—Creí que habías dicho que era un escándalo familiar.

—Bueno, un escándalo es un escándalo. Aquel tipo estaba en su casa solo, emborrachándose y poniendo discos. Pero eso no es culpa mía, ¿verdad? No me lo pueden reprochar, ¿no es cierto? ¿Qué puedo hacer y si ese tipo es un marica y Norman Hansson es un blandengue?

Kristiansson miró cansadamente la autopista que parecía retorcerse y desaparecer bajo el coche. Norman Hansson era uno de los jefes de la comisaría. Y, con mucho, a Kristiansson le caía bien.

—Espero una firme lealtad de otros policías, sea en lo que sea —declaró Kvastmo con firmeza—. Bueno, mira eso. ¡Mira! ¿Lo has visto, Karl?

Les había dejado atrás un Jaguar rojo. Indudablemente iba muy de prisa.

—¡Vamos tras él, Karl!

Kristiansson dejó escapar un suspiro y pisó a fondo el acelerador, mientras que Kvastmo hacía sonar la sirena y ponía en marcha las luces intermitentes.

—Ése puede ser nuestro matapolicías —dijo Kvastmo.

—¿En un Jaguar rojo?

—Es robado, desde luego.

Kristiansson sabía lo difícil que era robar un Jaguar, a menos que la puerta estuviera abierta y la llave en el encendido. Junto con su anterior compañero, Kvant, él había estado una vez a punto de capturar a un famoso ladrón de coches especializado en coches ingleses caros, conocido respetuosamente como El Chispa. La conclusión de la aventura fue que Kvant fue a parar contra un almiar, mientras que El Chispa desaparecía a lo lejos.

El coche de la policía bramó a través de la noche. Las luces traseras del coche delantero se aproximaron. Alrededor de ellos; pero especialmente a la derecha, estaba Estocolmo con sus centenares de miles de luces relucientes reflejándose en las oscuras bahías y ensenadas. Las agujas de las iglesias destacaban su silueta contra un cielo estrellado. No había luna.

—Ya tenemos a ese hijo de puta —dijo Kvastmo—. Sólo esperaba que ocurriera algo de esto.

Kristiansson miró su indicador de velocidad. Ciento treinta y cinco. Aceleró y se puso al lado del Jaguar rojo. Kvastmo ya tenía su pala de *Stop* en una mano y la porra en la otra.

Y entonces ocurrió algo extraño.

El conductor del coche al que estaban persiguiendo volvió los ojos hacia Kristiansson, sonrió y alzó su mano derecha como si lo estuviera saludando o quizás dándole las gracias por algo. Luego aceleró y se alejó de ellos.

—Bueno, ¡maldito sea! —exclamó Kvastmo—. ¿Has visto eso?

—Sí.

—Pero ahora al menos podré reconocerlo. Tengo su descripción. Nunca olvido una cara, como ya sabes. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Has tomado también el número de matrícula?

—Claro. ¿Crees que voy dormido? FZK 011, ¿no es cierto?

—No me fijé. ¿Pasamos la llamada?

—¡Por Dios, no! De este pájaro nos encargamos nosotros. Síguelo, ¿puedes, Karl?

—Bueno...

Sus posibilidades habrían sido mínimas; pero el bolido rojo salió de la autopista y se dirigió hacia el centro de la ciudad. Esto obligó al conductor a reducir su velocidad, Kristiansson logró no perderlo de vista.

La persecución prosiguió a través de desiertas calles nocturnas. A Kristiansson le parecía que aquel bandido no trataba de escapar, y el coche patrulla estaba sólo a unos doscientos metros de él cuando el Jaguar rojo frenó ruidosamente ante un edificio de Nybrogatan, en Östermalm. El conductor salió de un salto y se apresuró por la acera sin cerrar siquiera la puerta del coche.

Antes de que le alcanzara aquel disparo, Kristiansson había servido en Solna (y antes en Malmö), así que no conocía bien la capital. De haber conocido Estocolmo un poco mejor, posiblemente le habría sorprendido ver al villano desaparecer en el Hospital de la Fundación Betania.

Aun en el caso de que Kvastmo hubiera reconocido el edificio, no le habría planteado dudas en la mente. Nada que un criminal hiciera podría jamás sorprenderle. A él le gustaba recordar que una persona puede esperar todo de esta sociedad de maleantes.

—Lo que uno podía esperar, tal como hoy van las cosas —contestó—. ¿No te parece Karl? Pero ahora lo tenemos donde queremos. ¡Se va a quedar sorprendido! Entremos los dos.

Kristiansson había frenado tras el coche rojo. Se lo quedó mirando a través del parabrisas y luego miró dubitativo hacia la puerta por donde el hombre había entrado en el edificio.

—Bueno... —dijo.

Kvastmo, en cambio, no dijo nada esta vez. Abrió la puerta y salió. En su rostro había una expresión de ceñuda determinación.

—El número coincide —dijo Kristiansson—. FZK 011. Es el mismo coche.

—¿Qué esperabas?

—Bueno...

—De prisa —le urgió Kvastmo.

Kristiansson suspiró y salió del coche, se enderezó el correaje, y siguió a Kvastmo de mala gana por la acera.

Kvastmo penetró firmemente por la entrada, subió un tramo de escalera, y cruzó una puerta medio abierta.

Se encontraron en lo que parecía ser una sala de espera. Frente a ellos había una puerta con un panel de cristal opaco. Tras él alguien estaba hablando en voz baja.

Kvastmo dirigió a Kristiansson una mirada de connivencia que no le fue devuelta, agarró el picaporte de la puerta, tiró de él bruscamente y entró dando zancadas.

Kristiansson se quedó detrás, en el vestíbulo. La escena que había frente a él

lo llenó de incertidumbre. Vio a dos personas, el hombre del Jaguar, que ahora llevaba una bata verde de algún material extraño, y una mujer de mediana edad. La mujer estaba vestida de modo raro. Parecía una enfermera, o quizás una monja. Sostenía unos guantes de plástico que el hombre evidentemente intentaba ponerse.

También vio a Kvastmo, que levantaba la mano derecha desde la funda del revólver al bolsillo del pecho y sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo.

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? —preguntó con voz tonante.

El hombre dirigió una mirada distraída y ligeramente asombrada a los dos policías. Luego metió las manos en los guantes transparentes.

—Gracias por la ayuda —dijo.

Y entonces les volvió la espalda y empezó a alejarse.

La cara de Kvastmo enrojeció.

—No se haga el listo con nosotros —le gritó—. ¿Cómo se llama usted? Y enséñeme su permiso de conducir. Estamos cumpliendo con nuestro deber, y mi compañero aquí presente lo puede atestiguar, ¿verdad, Karl?

—Está cumpliendo con su obligación —musitó Kristiansson, alternando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

El hombre parecía haber perdido totalmente el interés por ellos. La mujer acababa de cubrir su rostro con una máscara, y él ya había dado un paso hacia una puerta grande, cuando Kvastmo lo agarró del brazo.

—Bueno, basta ya de bromas. ¿O es que quiere que nos lo llevemos detenido?

El hombre vestido de verde dio media vuelta, se quedó mirando a Kvastmo sin comprender, y le pegó un puñetazo.

Fue un buen golpe, rápido y duro. Le alcanzó directamente en la barbilla, y Kvastmo cayó sobre su trasero con un ruido blando y sordo.

Cuaderno de notas y bolígrafo cayeron de su mano, y su mirada se hizo aún más vacía, si eso era posible.

Kristiansson no movió un músculo.

—¡Jesús! —exclamó.

El hombre y la mujer salieron de la habitación. La maciza puerta se cerró tras ellos. Una llave giró en una cerradura.

Kvastmo siguió sentado en el suelo. Se parecía mucho a Harry Persson tras el famoso K. O. en el combate con Jonny Widd.

—¡Jesús! —repitió Kristiansson.

Kvastmo pareció recobrar algo al cabo de un minuto. Pero la recuperación fue incierta y, en todo caso, apenas perceptible. Gateó un rato, y luego se puso de pie, pesado e inseguro.

—Esto le va a costar caro a ese hijo de puta —dijo con voz pastosa—. Pegar a un agente de la autoridad.

Se llevó la mano a la barbilla y lloriqueó como un perro enfermo.

Evidentemente le dolía al hablar.

—Karl —susurró de modo casi inaudible—. No puedo hablar.

Demasiado hermoso para ser verdad, pensó Kristiansson.

Y de repente se sintió invadido por la pena.

Ahora volvería a haber complicaciones.

¿Por qué había siempre tantas dificultades?, se preguntó misantrópicamente.

Él no hacía nada para provocarlas.

Pasó el brazo por la cintura de Kvastmo para sujetarlo.

—Anda, vámonos de aquí —musitó.

—Sí —convino Kvastmo—. Tenemos que escribir el informe. Le impondrán treinta días por esto. Por lo menos. No, noventa días y el pago de daños y perjuicios.

Su voz sonaba como si tratara de hablar con la boca llena de mazapán.

Gunvald Larsson estaba furioso. No recordaba haber estado tan indignado en muchos años. Con su mano peluda dio un manotazo sobre la mesa y exigió silencio.

Por fin lo habían ascendido a inspector jefe un año antes. El programa de ascenso automático no había permitido mucha elección, pues o bien tenían que darle la patada hacía arriba y ascenderlo, o librarse de él.

Pero su nuevo título no le había cambiado. Eran sólo los años, cuarenta y ocho ahora, los que iban dejando lentamente su huella. No había crecido de estatura; pero ahora pesaba sus buenos ciento cuatro kilos, y el pelo rubio peinado hacía atrás empezaba a clarear en las sienes. Era más fuerte que nunca, y habría constituido un formidable oponente físico.

Incluso como oponente verbal no era para tomarlo a broma.

—No se quede ahí farfullando, hombre —le dijo a Kvastmo—. ¿Es que no puede hablar?

—Sólo con gran dificultad —contestó Kenneth Kvastmo con voz mucho más clara que la que le había salido hasta entonces.

Gunvald Larsson se volvió hacia Kristiansson.

—Tiene gracia cómo nos hemos visto metidos a menudo en situaciones como ésta en los últimos años. ¿Es posible que se deba a que usted es un zoquete aún más grande que todos los otros idiotas que infestan el cuerpo de policía en esta ciudad?

—Yo no lo sabía —contestó Kristiansson con cara de infeliz.

Los dos policías estaban de pie y en posición de firmes junto a la puerta. Para Kristiansson, esta situación no tenía nada de sorprendente, pero era nueva para Kvastmo, a quien parecía llegar al corazón.

—¿Quieren ser tan amables de decirme exactamente lo que pasó? —preguntó Gunvald Larsson en un tono de voz que él habría calificado de amable y comprensivo.

—Bueno...

Fue Kristiansson el que habló, y se quedó mirando a Kvastmo como apelando a él; pero éste, sin embargo, permaneció en silencio.

—Íbamos de patrulla, como siempre, por Essingeleden —dijo Kristiansson, suavemente—, y de pronto nos adelantó ese..., caballero, que pasó como un cohete con su Jaguar rojo.

—A velocidad excesiva —añadió Kvastmo.

—Y ¿qué hicieron ustedes entonces?

—Lo seguimos —contestó Kristiansson.

—Y ¿cuál fue la reacción de él?

—Me hizo una señal con la mano —declaró Kristiansson—. Y luego se nos adelantó otra vez.

Su expresión era tan borreguil que Gunvald Larsson se sintió de repente varios años más viejo y muchos kilos más pesado. Suspiró de fatiga.

—¿Así que lo persiguieron? —preguntó.

—Imaginamos que era el asesino del policía —respondió Kvastmo.

—¿Tenía el cabello rubio? ¿Parecía un joven de diecinueve años con aspecto aún más joven?

Kvastmo no contestó.

—El hecho es —prosiguió Gunvald Larsson— que ese hombre tiene cincuenta y siete años de edad y es profesor de la Facultad de Medicina. Se dirigía a realizar una operación muy urgente y complicada de cesárea de gemelos. ¿Saben ustedes lo que es eso?

Kristiansson asintió. Él y su mujer tenían varios hijos.

—Pero conducía muy de prisa —insistió Kvastmo, tercamente.

—¡Cretino! —le increpó Gunvald Larsson.

—Eso es insultar a un agente de la autoridad —replicó Kvastmo.

Kristiansson frunció el ceño.

—No, cuando lo dicen los superiores —dijo.

—Además, ese profesor llamó a la policía diez minutos antes y pidió una escolta —explicó Gunvald Larsson—. Así que se figuró que le estaban ayudando. ¿Qué hacían ustedes diez minutos antes?

—Habíamos ido a tomar café —contestó Kristiansson con desaliento—. No estábamos en el coche, y no oímos la radio.

—Ya veo —repuso Gunvald Larsson con tono triste—. Así que ustedes lo persiguieron hasta el hospital y trataron de impedirle que entrara en la sala de operaciones. Y lo que es más, tuvieron la humorada de dar parte por agresión a un agente de la autoridad. De haber sido yo, en tal situación, le habría matado a usted.

—Yo no he dado parte de nada —musitó Kristiansson.

—El propio comisario nacional dice que... —empezó a decir Kvastmo en tono grandilocuente; pero le interrumpió Gunvald Larsson.

—No lo mezcle en esto, o le arrojaré a usted por esa ventana —le gritó.

—Ésa no es una actitud muy leal —replicó Kvastmo.

Gunvald Larsson se incorporó todo lo que le permitía su estatura y extendió su brazo como Carlos XII, aunque señalaba la puerta y no hacia Rusia.

—¡Fuera! —tronó—. Y retire ese informe lo más rápidamente que pueda.

Una hora más tarde recibió una llamada telefónica que hizo que sus claros ojos azules se le endurecieran de rabia.

—Soy Malm. El jefe me dice que usted no ha demostrado la debida lealtad hacia las unidades de patrulla. Y no le gusta eso. Mientras usted esté a mis órdenes, tendrá que contenerse. Porque soy yo el que sufre las consecuencias.

—¿Cómo? —preguntó Gunvald Larsson.

Eso fue todo lo que se sintió capaz de decir.

—Y a propósito, tenemos al asesino del policía rodeado en Midsommarkransen —dijo Malm muy gozoso—. Con otro bandido llamado Lindberg. Usted y Kollberg podrían ir allí, si tienen tiempo. Nosotros nos vamos a poner en movimiento dentro de un instante. Yo tomaré personalmente el mando, desde la comisaría de policía de Södra.

Gunvald Larsson colgó de golpe el teléfono y corrió hacia el despacho de al lado, donde Kollberg y Einar Rönn estaban jugando al tres en raya.

Rönn era otro detective, notable por su nariz enrojecida y su dialecto lapón. Tenía una larga veteranía en la División Antiviolenca, y por lo tanto había sido destacado al mando especial de Malm.

—Rápido —dijo Gunvald Larsson—. El desesperado en persona me ha llamado y me ha dicho que tienen a Ronnie Casparsson y El Hombre del Pan rodeados en Midsommarkransen.

—¿El desesperado? —preguntó Rönn.

—Sí, Malm, claro. Vamos, salgamos de aquí. Iremos en mi coche.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Kollberg—. Pero tengo una cuenta pendiente con El Hombre del Pan.

•••••

Ronnie Casparsson había ido a meterse en una trampa cuando fue con Maggie a Midsommarkransen; pero, claro, ¿cómo iba él a saberlo?

Porque el nuevo amigo de Maggie era Lindberg en persona, más conocido como El Hombre del Pan, y el apartamento estaba vigilado día y noche.

Hay que reconocer que este piquete estaba constituido por un grupo de policías de paisano de lo más descuidado y carente de iniciativa, quienes, por temor a los bien conocidos descaros y audacia de El Hombre del Pan se apostaron muy lejos del edificio, careciendo de la experiencia necesaria.

Pero El Hombre del Pan se olió que estaban allí, y cuando vio a Ronnie Casparsson movió la cabeza.

—Éste no es buen sitio para ti, Caspar —le dijo.

Pero Ronnie Casparsson no tenía ningún otro sitio donde ir, y aunque El

Hombre del Pan era un granuja, era un granuja de buen carácter, lo cual demostró inmediatamente.

—Pero puedes quedarte, Caspar. Tengo un sitio estupendo para escondernos si tratan de encontrarnos aquí. De todos modos, nadie va a reconocerte con el pelo cortado.

—¿Crees que no me reconocerán?

Ronnie Casparsson estaba asustado y desanimado, y se sentía anonadado por completo. Antes sólo era un hombre inquieto, según el psicólogo de la beneficencia social.

—¡Vamos! —le dijo El Hombre del Pan—. No te desanimes. Así que mataste a un poli. Yo maté a una vieja, que salió no se sabe de dónde. Eso le puede suceder al mejor de nosotros.

—Pero es que yo no he matado a nadie.

—Eso no supone ninguna diferencia para ellos, así que no tienes por qué preocuparte. De todos modos, como ya te he dicho, nadie va a reconocerte.

Al propio Lindberg lo había buscado la policía infinidad de veces, y a él le parecía que era muy verosímil que lo estuvieran vigilando ahora; pero aceptaba la situación con estudiada calma y un sentido del humor casi exagerado.

—Ya han venido dos veces a registrar este lugar —explicó—. Así que probablemente tardarán en volver. Lo único malo es que ahora Maggie tendrá que mantenerte a ti también, y ya me mantiene a mí.

—No seas tonto —le dijo Maggie—. Tú recibes el subsidio de paro y asistencia social; ya nos arreglaremos. Claro que tendremos que conformarnos con *Pudding*, *spaghetti* y cosas así.

—En cuanto yo pueda salir de aquí e ir a mi cabaña de Söderström, tendremos *pâté* y champán —dijo El Hombre del Pan—. Podéis estar seguros de eso. Y no va a tardar mucho. Entonces, Caspar, muchacho...

Pasó su brazo por el hombro de Caspar y le dio un apretón para animarlo. Era unos veinte años mayor que él, y Caspar no tardó en empezar a considerarlo una especie de padre, o al menos, un adulto comprensivo. No había habido muchos adultos en la vida de Ronnie Casparsson. Sus padres tenían una mentalidad de la Edad de Piedra. Lo más que podía hacer una persona era sentir lástima por ellos, sentados allí en su espléndida casa suburbana con su coche, pagado a plazos, en su garaje, aburridos hasta la muerte, con los ojos pegados al televisor en color. Nunca pensaban en otra cosa que no fuera en cómo llegar a final de mes, y en lo malo que les había salido el hijo.

Después de todo lo que habían hecho por él.

Éste era un tema que se repetía constantemente.

Ronnie Casparsson siempre lo había pasado muy mal permaneciendo sentado y quieto. Nunca le había sido fácil esperar pacientemente a que sucedieran las cosas, y ahora le parecía que la atmósfera pasiva del hogar de sus padres era lo

que le había obligado a alejarse de él.

Se vio ante el espejo y se dio cuenta de que se parecía a miles de otros chicos jóvenes.

Maggie y El Hombre del Pan tendrían probablemente razón. Nadie le reconocería.

Y, así, el viernes, salió a la calle. Tomó el metro hasta el centro de la ciudad y caminó un poco dirigiéndose a los sitios de siempre. Sin embargo, evitó lugares como Humlegarden, donde, como él sabía, la policía solía hacer redadas, generalmente por el placer de hacerlas. No iba a dar a los polis la oportunidad de que lo encontrarán por casualidad, por coincidencia, simplemente porque él estuviera sentado en el banco de un parque o charlando con alguien a punto de ser detenido.

Estuvo fuera de la casa durante unas horas el sábado, y también el domingo. Sabía que su foto la habían publicado todos los periódicos, y que la policía había estado en casa de sus padres, y hecho incursiones en muchos clubs y departamentos a donde él solía ir. También sabía que lo presentaban como una especie de enemigo público número 1. Un asesino de policías, pura y simplemente. Una persona a la que había que poner a buen recaudo por el medio que fuera.

El Hombre del Pan era, en cierto modo, un tipo más tranquilo que Caspar; pero como ahora se había visto obligado a permanecer oculto cierto tiempo, también empezaba a buscar alguna especie de actividad.

Mientras los tres estaban viendo la televisión la noche del domingo. El Hombre del Pan hizo a Caspar una oferta.

—Si los policías te siguen el rastro y tratan de detenerte —le dijo—, salgamos de aquí juntos los dos. Tengo un buen plan, y aunque lo pensé para uno, servirá más fácilmente para dos.

—¿Te refieres a la cabaña en el bosque?

—Exacto.

Maggie no dijo nada; pero pensó: bueno, muchachos, os atraparán bien pronto, y eso será el fin de la diversión, por esta vez.

El lunes, Caspar fue finalmente identificado.

El hombre que lo vio era un antiguo inspector jefe vestido de paisano, que había salido sólo para comprobar que los hombres destacados estuvieran vigilando de verdad.

Aquel hombre se llamaba Fredrik Melander. Era uno de los antiguos amigos y colaboradores de confianza de Martin Beck; pero había estado varios años en la División de Robos. Era uno de los trabajos más temibles que un hombre podía tener en la policía de Estocolmo. Se cometían hurtos, simples robos y robos con escalo a un promedio cada vez mayor y más acelerado, y la policía no tenía la más mínima posibilidad de hacer frente a todo eso; pero Melander era un

hombre estoico, sin ninguna inclinación a la neurosis o la depresión. También poseía la mejor memoria de todo el cuerpo de policía y valía mucho más que cualquier computadora.

Aparcó el coche cerca del edificio de Midsommarkransen e inmediatamente se fijó en Ronnie Casparsson, que regresaba a la casa después de una tarde de paseo animada y sin objeto. Melander le siguió y se aseguró de que el muchacho entraba en el apartamento donde vivían El Hombre del Pan y su amiga.

Pero le costó un rato encontrar al policía que debía de estar allí encargado de la vigilancia. Era un individuo llamado Bo Zachrisson, notorio por su incompetencia, a quien halló dormido en su coche a dos manzanas de distancia.

Zachrisson era justo el tipo de hombre que no se habría fijado ni en Caspar ni en El Hombre del Pan aunque hubieran salido desfilando del edificio a la cabeza de una manada de elefantes. Que supiera Melander, el tal Zachrisson nunca había hecho nada bien. Pero su peculiar habilidad para juzgar mal toda posible clase de situaciones, había causado grandes dificultades de vez en cuando.

Melander se encontró ahora en una situación más bien apurada. Su larga experiencia y sensatez le decían que sólo había un camino razonable a seguir: llevarse a Zachrisson consigo (preferiblemente esposado), subir al apartamento y detener a Caspar y a El Hombre del Pan antes de que tuvieran tiempo de reaccionar. Para hacer esto necesitaría un bolígrafo y un bloc de notas, utensilios que siempre llevaba consigo.

Por otra parte, Melander sabía que se habían dado órdenes estrictas sobre lo que había que hacer en cuanto alguien viera a Ronnie Casparsson: informar inmediatamente al comandante de la División, Malm, quien se encargaría del asunto y procedería a la detención.

Así que Melander utilizó el radio del coche de Zachrisson para informar sobre lo que había visto y dejar que las cosas siguieran su curso. Entonces regresó tranquilamente a su coche y se fue a su casa donde le esperaba un asado de cordero.

Y así el aparato fue puesto en movimiento.

El mando táctico de Malm había planeado cuidadosamente una eventualidad como ésta. La fuerza necesaria se había calculado en cincuenta hombres, la mitad de los cuales irían equipados con cascos, máscaras, armas automáticas, y chaquetas a prueba de balas. Serían transportados en siete furgonetas de la policía, y tendrían a su disposición dos perros especiales entrenados, cuatro expertos en gases lacrimógenos, y un hombre rana, para el caso de que los criminales intentaran alguna resistencia. Además, habría un helicóptero dispuesto a elevarse inmediatamente. Malm no quería revelar cuál sería su misión. Quizás era su arma secreta.

Stig Malm sentía debilidad por los helicópteros, y ahora que la policía había sido equipada con no menos de doce de estas máquinas, eran algo inevitable para

cualquier acción organizada en las altas esferas.

El mando táctico tenía también cuatro especialistas de observación y vigilancia, que serían enviados y ocuparían la posición hasta que la fuerza principal pudiera entrar en juego.

Caspar y El Hombre del Pan estaban sentados en la cocina comiendo palomitas de maíz con mermelada y leche cuando Maggie entró corriendo.

—Algo sucede —dijo—. Hay dos camiones ahí fuera. Creo que son policías disfrazados.

El Hombre del Pan se dirigió corriendo a la ventana y miró hacia afuera.

—Exacto —dijo—. Son ellos.

Uno de los policías iba disfrazado de mecánico de la Telefónica y estaba sentado tras el volante de una furgoneta de teléfonos de color amarillo brillante. El otro llevaba una chaqueta blanca y dirigía una ambulancia muy estropeada. Ambos estaban sentados y quietos en sus puestos.

—Salgamos de aquí —urgió El Hombre del Pan—. ¿Quieres cubrirnos, Maggie?

Ella asintió; pero al mismo tiempo hizo una objeción:

—Pan, tú no tienes por qué irte. A quien buscan es a Caspar, no a ti.

—Podría ser —contestó El Hombre del Pan—; pero ya me estoy hartando de que me sigan día y noche. Vamos, Caspar.

Dio un codazo a Maggie y la besó en la nariz.

—No corras riesgos —le dijo—. No quiero que te hagan daño. No opongas ninguna resistencia.

Aparte del cuchillo del pan, no había nada en el apartamento que se pareciera a un arma.

El Hombre del Pan y Caspar subieron al ático, abrieron una trampilla, salieron a la parte opuesta del tejado, y luego treparon al edificio contiguo. Cruzaron cinco edificios antes de descender a través de otra trampilla y salir por la puerta de una cocina. Luego tuvieron que salvar un par de tapias antes de llegar finalmente a la calle donde El Hombre del Pan tenía aparcado el coche que le servía para sus escapatorias.

Era un viejo taxi negro con matrícula falsa, y El Hombre del Pan incluso tenía la gorra y la chaqueta de un uniforme, así que podía pasar como taxista sin llamar la atención.

Al girar en otra calle y encaminarse hacia el sur, oyeron el gemido de muchas sirenas a lo lejos, tras ellos.

La gran acción policíaca iba mal desde el principio.

El barrio no fue acordonado hasta quince minutos después de que Caspar y El Hombre del Pan se hubieran marchado de aquella parte de la ciudad.

Cuando Malm llegó con su coche de mando, logró atropellar a uno de los perros especiales.

Las patas traseras del perro resultaron con graves heridas, y se quedó en el suelo gimiendo. Malm se apeó del coche y empezó las operaciones del día inclinándose y acariciando en la cabeza a su colega herido. Probablemente había visto a algún jefe de la policía americana hacer algo similar en el cine o la televisión. Sin duda sería un gesto popular, y miró en torno suyo a ver si algún fotógrafo de prensa había captado la escena. Pero no había ninguno, lo cual quizá fue mejor, porque un instante después el perro le mordió en la mano. Al parecer, no sabía distinguir entre criminales y comandantes de división de la jefatura Nacional de Policía.

—¡Basta, basta, Grim! ¡Por Dios! —le dijo su cuidador.

Evidentemente le tenía mucho cariño al animal.

—Buen perro —añadió como justificándose.

Malm lo miró asombrado y luego se puso un pañuelo alrededor de su sangrante mano derecha.

—Que me traigan una venda —ordenó a los hombres que estaban cerca—. Y que prosigan la operación tal como estaba planeada.

El plan era algo complejo. Primero, policías con armas automáticas habrían de entrar en el edificio y tratar de evacuar al sótano a la gente de los apartamentos vecinos. Luego los tiradores habrían de romper las ventanas del apartamento, tras lo cual serían arrojadas bombas de gas lacrimógeno a través de los cristales rotos.

Si los criminales no se rendían inmediatamente, el apartamento sería asaltado por cinco policías con máscaras de gas, apoyados por dos perros y sus cuidadores. O, como ahora parecía ser el caso, por un perro y su cuidador. Cuando todo esto hubiera terminado, un policía daría desde la ventana la señal de todo despejado, y Malm entraría en la casa con un par de altos funcionarios de la policía. Mientras tanto, los tripulantes del helicóptero vigilarían toda la manzana de casas por si los criminales intentaran abandonar el edificio.

El plan se llevó a cabo a la perfección. Vecinos aterrorizados fueron amontonados en el sótano, y se destrozaron las ventanas. El único error cometido fue que el personal del gas lacrimógeno logró lanzar tan sólo una de sus granadas en el apartamento, granada que no estalló.

Maggie estaba en la cocina lavando platos cuando las ventanas fueron hechas añicos. Entonces se asustó mucho y decidió salir por la puerta de la calle y entregarse.

Pero antes de que pudiera hacerlo, asaltaron el apartamento.

Esto fue cosa fácil de hacer, porque en su deseo de que no estropearan nada, ella había dejado la puerta abierta.

El perro evidentemente tenía muy malas ideas tras la desgracia que le había ocurrido a su compañero.

Se arrojó directamente sobre la mujer y la derribó en el suelo, de espaldas.

Luego la mordió en el muslo izquierdo, en la ingle.

—¡Dios mío! ¡Ese perro sabe dónde morder a una puta! —exclamó uno de los policías riendo.

Como pudieron darse cuenta de que Caspar y El Hombre del Pan se habían escabullido, dejaron que el perro la mordiera otra vez casi en el mismo sitio.

—Bueno, al menos la ambulancia servirá de algo —dijo el policía con sentido del humor.

Gunvald Larsson y Kollberg llegaron justo cuando la operación estaba empezando, de manera que fue demasiado tarde para que sirvieran de ayuda o de estorbo.

Así que se quedaron sentados en el coche y observaron lo que ocurría.

Vieron el incidente del perro y la mano de Malm mordida y luego vendada. Y observaron como una de las ambulancias retrocedía hasta el edificio y se llevaban en ella a Maggie.

Ninguno de los dos dijo una palabra; pero Kollberg movió la cabeza tristemente.

Cuando todo pareció haber terminado, salieron del coche y se dirigieron hacia Stig Malm.

—Ya veo que no había nadie en casa —dijo Gunvald Larsson.

—Sólo esa chica.

—¿Cómo ha resultado herida? —preguntó Kollberg.

Malm se quedó mirando su propia mano herida.

—Por lo visto el perro la mordió —dijo.

Malm era un hombre muy bien vestido, vigoroso, aunque se aproximaba a los cincuenta. Tenía una sonrisa pronta y atrayente, y quien no supiera que era policía (lo que en realidad no era) lo habría tomado fácilmente por un director de cine o un afortunado hombre de negocios. Se pasó la mano sana por el rizado cabello.

—Ronnie Casparsson y Lindberg —dijo—. Ahora tenemos dos desesperados a los que dar caza. Y los dos, por lo visto, están dispuestos a emplear un arma.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Kollberg.

Malm no hizo caso de la pregunta.

—Tendré más personal la próxima vez —dijo—. Doble número de hombres y una concentración más rápida. De otro modo, el plan nos podía haber salido estupendamente. Tal como yo había imaginado.

—¡Ja! —exclamó Gunvald Larsson—. Ya conozco ese maldito plan. En mi opinión, bordea la pura idiotez. ¿Es usted tan estúpido como para creer que un hombre tan experimentado como El Hombre del Pan no iba a reconocer a dos policías disfrazados, acechando allí en un camión de la Telefónica y en una vieja ambulancia?

—Nunca me han gustado las palabras que escoge —respondió Stig Malm,

resentido.

—Ya me lo imagino. Sucede que yo siempre digo lo que pienso. ¿De dónde demonios ha sacado usted esa idea de la concentración? Esto no es la batalla de Breitenfeld, ¿sabe? Si nos hubiera enviado a mí y a Lennart aquí solos, tendríamos ahora a Caspar y El Hombre del Pan.

Malm suspiró.

—¿Qué dirá ahora el jefe? —se preguntó.

—Siempre podrá alegar lo del ataque de ese maldito perro —dijo Gunvald Larsson—, si no se atreve a encararse con él personalmente. Podría morderle él también. Sería algo digno de ver.

—Larsson, es usted muy vulgar. Eso no viene a cuento.

—¿Y qué es lo que viene a cuento? ¿Atropellar a animales especialmente entrenados?

—La estrategia de concentración es una buena idea. —Malm se pasó la mano por el pelo—. Sólo el número puede aniquilar —dijo.

—¿Está usted pensando en hacerse a la mar?

—No —contestó Malm—. Me mareo.

—¿Sabe usted quién acuñó esa expresión?

—No.

—Nelson. El tipo que está sobre la columna de la plaza de Trafalgar.

—Tenía razón —dijo Malm—. Y eso es igualmente cierto en tierra.

—Lo dudo. Además, él no era policía.

—Nosotros creemos en ello —afirmó Malm.

—Eso parece.

Por un momento, Malm pareció casi humano.

—¿Me pregunto qué va a pensar de todo esto el jefe?

—Probablemente no se pondrá muy contento. Morderá un poco las alfombras.

—No diga eso —repuso Malm, sombrío—. Es a mí a quien va a gritar.

—Usted los atrapará la próxima vez.

—Tal vez —dijo Malm con tono pesimista.

Kollberg no había dicho nada en un buen rato. Estaba sumido en sus pensamientos.

—¿Qué te preocupa, Lennart? —le preguntó Gunvald Larsson.

—Me preocupa Caspar. No puedo remediarlo. Debe de sentirse como un animal acorralado. Tiene que estar asustado. Y probablemente no ha cometido nada especialmente criminal.

—No sabemos eso, ¿no?

—Es lo que se llama una intuición.

—¡Uf! —exclamó Malm—. Tengo que ir al cuartel general. Hasta la vista.

Subió al coche del mando táctico y se alejó de allí.

Hizo un comentario más antes de desaparecer:

—Trataré de que nada de esto se sepa. Absolutamente nada debe saberse.

Kollberg se encogió de hombros.

—Ser comandante de división no debe de ser tan divertido si uno lo mira bien.

Permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Cómo te sientes, Lennart?

—Muy mal. Pero creo que he descubierto algo. Tal vez. De todos modos, ¡vaya grupo con el que trabajamos!

—¡Y qué porquería de trabajo! —dijo Gunvald Larsson.

El martes por la mañana, Lennart Kollberg se levantó temprano, se puso un albornoz, se afeitó, fue a la cocina y se preparó una taza de café. Por una vez se había levantado antes que los niños. No salía el menor ruido de la habitación de Bodil y Joakim. Gun seguía durmiendo también. Él la tuvo despierta media noche, y sólo hacía una hora que se había quedado dormida.

Cuando él se fue a la cama la noche antes, después de la abortada operación de Midsommarkransen, le fue imposible dormirse. Había permanecido tumbado de espalda con las manos bajo la nuca, mirando fijamente a la oscuridad y pensando. Pudo oír la firme respiración de Gun a su lado, y de vez en cuando un tren del metro que atronaba en la próxima estación y luego lentamente se alejaba. Había estado echado de este modo muchas noches durante el año anterior, pensando una y otra vez en el mismo problema; pero esta noche definitivamente pensó que ya tenía bastante.

A eso de las tres se dirigió a la cocina para tomar una cerveza y un bocadillo, y muy pronto compareció Gun, andando despacito, para hacerle compañía. Luego los dos volvieron a la cama, y él le comunicó la decisión que había tomado. Para ella no fue una gran sorpresa. Ya lo habían discutido antes muchas veces, y Gun apoyó sus planes de todo corazón y con energía. Él se había mostrado muy serio e inquieto desde que regresó de Escania, y ella se dio cuenta de que ya había llegado a una decisión.

Hablaron durante un par de horas y luego hicieron el amor, y al cabo de un rato Gun se quedó dormida en sus brazos.

Cuando Bodil y Joakim se despertaron, él les hizo el desayuno, y una vez hubieron comido, los mandó de nuevo a su habitación y les insistió para que no despertaran a Gun. No es que ellos hicieran generalmente lo que se les decía (Gun era la única capaz de hacerles comprender esto), pero esperaba que la dejaran en paz al menos un ratito más.

Recibió dos besos pegajosos y se dirigió a la oficina.

Al cruzar el vestíbulo para ir a su despacho, pasó ante la puerta del vacío despacho de Martín Beck, y se le ocurrió, como tantas veces antes, que trabajar con Martín sería la única cosa que verdaderamente echaría de menos.

Colgó la chaqueta en el respaldo de su silla, se sentó, y se acercó la máquina de escribir. Colocó en el carro una hoja de papel y escribió.

Estocolmo

27 de noviembre de 1973

A la jefatura Nacional de Policía

Asunto: Dimisión

Apoyó la barbilla en la mano y miró fijamente a través de la ventana. Como siempre a esta hora, la autopista estaba congestionada de coches, tres carriles en dirección al centro de la ciudad. Kollberg miró al aparentemente inagotable flujo de brillantes automóviles. Sin duda no habría otro país en el mundo, pensó, donde los conductores fueran tan cuidadosos con sus vehículos como lo eran en Suecia. Siempre estaban lavándolos y puliéndolos, y un arañazo en la pintura o una abolladura en la carrocería eran considerados catastróficos, y exigían inmediata reparación. El automóvil era un símbolo importante de la posición social, y para mantenerse al nivel de sus vecinos, mucha gente cambiaba de coche innecesariamente y más a menudo de lo que podían permitirse.

De repente pensó en algo, sacó el papel de la máquina de escribir, y lo rasgó en pedacitos que arrojó en la papelera. Se puso rápidamente la chaqueta y se dirigió hacia el ascensor. Apretó el botón del garaje, donde había dejado su coche (que ya tenía siete años de antigüedad, y estaba estropeado y cubierto de barro de Escania); pero cambió de idea y detuvo el ascensor en la planta baja.

Midsommarkransen no quedaba lejos. Casi podía haber contemplado desde su ventana el fiasco del día anterior.

Lo encontró en el aparcamiento tras la casa de pisos donde vivía Maggie. Un Volvo beige, con un número de matrícula diferente del informado por Slacke y el propietario de la gasolinera en Kratineholm. Pero eran la vieja clase de matrículas fáciles de poner a mano, y Kollberg no tuvo duda de que era el coche que estaba buscando. Apuntó el número y regresó a la comisaría de policía de Södra.

Cuando estuvo sentado de nuevo ante su mesa, apartó la máquina de escribir y tomó el teléfono.

El Departamento de Registro de Vehículos a Motor le dio una respuesta inmediata. Ese número no existía ni nunca había existido. Las letras de la provincia eran AB, lo cual significaba Ciudad de Estocolmo; pero el número que seguía era más alto que el último que figuraba en el registro. En realidad tal número nunca existiría, ya que a todos los vehículos de Estocolmo se les había asignado uno de los nuevos números de matrícula nacional.

—Gracias—dijo Kollberg.

Quedó un poco sorprendido de que le confirmaran de manera tan rápida y definitiva el hecho de que el Volvo tuviera matrícula falsa. La verdad es que él no tenía mucha fe en las computadoras.

Espoleado por este éxito, volvió a tomar el teléfono, marcó la jefatura de policía de Malmö, y pidió que le pusieran con Benny Skacke.

—Inspector Skacke —contestó una voz no muy segura.

El título era aún tan nuevo que él no podía disimular su orgullo.

—¡Hola, Benny! —le dijo Kollberg—. Espero que estés ahí sentado dando vueltas a tus pulgares como de costumbre, así que he pensado encargarte una tarea.

—Bueno, la verdad es que estaba sentado aquí escribiendo un informe. Pero puede esperar. ¿De qué se trata?

Ahora la voz sonaba un poco menos arrogante.

—¿Puedes averiguarme los números de chasis y motor de ese Volvo que fue robado en Vellinge? ¿Rápidamente?

—Claro. Ahora mismo. Espera un segundo.

Kollberg aguardó. Podía oír a Skacke buscando en su mesa: abrir y cerrar cajones, roce de papeles, palabras a media voz, y finalmente otra vez a Skacke en la línea.

—Aquí están. ¿Te los leo?

—¡Dios mío! —exclamó Kollberg—. Entonces, ¿para qué te lo pregunto?

Apuntó los números conforme Skacke se los iba dando.

—¿Estarás ahí dentro de una hora? —le preguntó.

—Sí. He de terminar este informe. Probablemente necesitaré toda la mañana. ¿Por qué?

—Volveré a llamarte —le dijo Kollberg—. Hay un par de cosas de las que quiero hablar contigo; pero ahora no tengo tiempo. Hasta luego.

Kollberg no colgó el teléfono, sólo cortó la conexión, esperó a la señal de libre y marcó otro número.

Todo el mundo parecía estar en su puesto y en su trabajo esa mañana. El jefe del Laboratorio Estatal de Criminología contestó a la primera llamada.

—Laboratorio de Criminología. Hjelm.

—Soy Kollberg. ¡Hola!

—¡Hola! ¿Qué quiere ahora?

El tono de voz de Hjelm era de resignación. Ello implicaba que Kollberg no hacía más que llamarle, molestarle y hacer su vida desgraciada. Que Kollberg pudiera recordar, no había hablado con este hombre desde hacía semanas. Pero Oskar Hjelm era un misántropo a quien le parecía que abusaban de él detectives desagradecidos que lo abrumaban con problemas imposibles. Sin embargo, casi siempre lograba resolver esos problemas, y era estimado como el inteligente profesional que era, escrupuloso, tenaz, e ingenioso. Pero no todo el mundo sabía

cómo expresarle su agradecimiento o disponía del tiempo necesario para escucharle sus innecesarias y, para el lego en la materia, incomprensibles descripciones de las sutilezas del análisis de laboratorio y la investigación técnica.

Kollberg sabía exactamente cómo tratarlo, con amable persuasión y halago; pero carecía de paciencia para la lisonja, y el halago no entraba en su estilo.

—Bueno, se trata de un coche —dijo.

—Ya veo —suspiró Hjelm—. ¿En qué condiciones? ¿Totalmente destruido? ¿Quemado? ¿Sumergido?

—Nada de eso. Es un coche totalmente ordinario, aparcado en Midsommarkransen.

—Y ¿qué quiere que haga con él?

—Es un Volvo beige. Le daré la dirección y el número de matrícula, más los números del chasis y el motor. ¿Tiene a mano un bolígrafo?

—Sí, tengo un bolígrafo —contestó Hjelm impaciente—. Y también un pedazo de papel. ¿Y bien?

Kollberg le dio la información, y esperó a que él escribiera antes de proseguir.

—¿No podría enviar a uno de sus muchachos para que vea si esos números coinciden? ¿Los del chasis y el motor? Si coinciden, haga que los envíen a Solna. Y si no, que me llame en seguida.

Hjelm no contestó inmediatamente. Y cuando lo hizo parecía fastidiado.

—¿Por qué no va usted allí y echa un vistazo usted mismo? ¿O manda a alguien? ¡Esta dirección que me ha dado está al otro lado de su calle! Si no es el coche que busca, entonces uno de mis hombres tendrá que hacer todo el camino desde Solna para nada. Tenemos mucho trabajo que hacer aquí...

Kollberg le interrumpió la retahíla.

—En primer lugar, estoy seguro de que es el coche que busco, en segundo lugar, no tengo a nadie a quien enviar, y en tercer lugar, el coche corresponde a su departamento porque va a tener que ser sometido a una completa investigación de laboratorio.

Recobró el aliento y prosiguió en un tono de voz más amable:

—Además, usted y su gente saben cómo manejar esas cosas. Nosotros no hacemos más que revolver y dejar huellas dactilares por todas partes y destruir pruebas importantes. Lo mejor será que ustedes se hagan cargo desde el principio. Sus hombres son expertos.

Estaba seguro de que sonaba a falso e insincero.

—Bueno, entonces será mejor que mande a alguien —dijo Hjelm—. ¿Qué quiere usted descubrir exactamente? ¿Desea que se haga alguna prueba especial?

—Sólo que lo retiren de allí y lo guarden de momento —contestó Kollberg—. Martin Beck irá a verle más tarde y le dirá lo que quiere.

—Está bien —dijo Hjelm—. Mandaré a un hombre inmediatamente. Aunque

en realidad no tengo a nadie de quien pueda prescindir. Y Dios sabe dónde vamos a encontrar un sitio donde meterlo. Tenemos aquí cinco coches para examinar. Y hay toda clase de trastos amontonados en el laboratorio que tenemos que analizar. ¿Sabe usted lo que recibimos ayer, por ejemplo?

—No —contestó Kollberg, débilmente.

—Dos barriles de arenques en salmuera. Alguien se dedicó a abrir los pescados y luego a volver a colocarlos en su sitio, y en cada estómago de arenque había una bolsa de plástico con morfina. ¿Sabe usted a lo que huele una persona cuando ha estado metida hasta los codos en arenques en salmuera toda la noche?

—No; pero me lo puedo imaginar —respondió Kollberg, riendo—. Y ¿qué hizo usted con el pescado? Le puedo dar una receta estupenda para arenques fritos con salsa de cebolla.

—Sí, muy divertido, estoy seguro —repuso Hjelm, ofendido—. Logramos evitar reírnos mientras hacíamos este trabajo.

Cortó secamente, pero Kollberg aún estaba conteniendo la risa cuando colgó el receptor.

El recuerdo de los arenques fritos le hizo sentirse hambriento, a pesar de que acababa de desayunarse.

Se sentó e hizo dibujitos en el bloc de notas que tenía frente a él, mientras pensaba en su siguiente llamada. Luego volvió a tomar el teléfono.

—Inspector Skacke.

—¡Hola, Benny! Soy yo, otra vez. ¿Has terminado tu informe?

—Aún no del todo. ¿De qué me querías hablar?

—De ese Volvo que Casparsson robó en Vellinge —dijo Kollberg—. ¿Tienes a mano el informe del robo?

—Lo tengo aquí en el cajón —contestó Skacke—. Espera un minuto.

No colgó el receptor esta vez, y sólo tardó treinta segundos en encontrar el impreso.

—Sí —dijo—. Aquí está.

—Bien —repuso Kollberg—. ¿Cuál es el nombre del propietario?

Pareció que transcurría una eternidad antes de que Benny Skacke contestara.

—Clark Evert Sundström.

Ésa es la respuesta que yo esperaba, pensó Kollberg.

No se sintió en lo más mínimo sorprendido; pero experimentó el familiar cosquilleo de satisfacción por haber imaginado las cosas sin equivocarse. Y quizá también un estremecimiento por lo que estaba más profundamente enraizado en el alma humana: el instinto de caza, el olor de la presa.

Que hay algo del zorro rojo dentro de ti, y algo de la liebre, pensó. Ekelöf. Más tarde, cuando tenga tiempo, trataré de recordarlo entero. Es un poema maravilloso.

—¿Lennart?

—Sí, te oigo. Clark Evert Sundström. Pero no fue él quien dio parte de la desaparición del coche, ¿verdad?

—No, fue su esposa. Se llama Cecilia Sundström.

—¿Has estado en casa de ellos en Vellinge?

—Sí, tienen una casa allí. El coche lo guardaba en el garaje, que está abierto hacia el patio delantero. Y como no hay puertas, Caspar pudo verlo desde la carretera.

—¿Viste a los Sundström, marido y mujer, cuando estuviste en su casa? — preguntó Kollberg.

—Sí; pero casi todo el rato hablé con ella. Él no dijo mucho.

—¿Qué aspecto tiene él?

—Cincuenta y tantos años. Metro setenta, creo. Delgado; pero fofo, como si hubiera estado enfermo. Cabello rubio empezando a encanecer. O casi blanco. Llevaba gafas con montura negra.

—¿A qué se dedica?

—Es fabricante.

—¿De qué?

—No sé —contestó Skacke—. Eso es lo que declaró su esposa cuando dio parte de la desaparición del coche.

—¿Dio él alguna razón de por qué no había dado parte antes?

—No; su mujer me dijo que ella quería ir a la policía el lunes por la mañana; pero que él le había asegurado que el coche aparecería y que sería mejor esperar a ver qué pasaba.

—¿No puedes recordar si dijeron algo más? ¿Hablaron entre ellos?

—Bueno, casi toda la conversación fue sobre el coche. Yo les pregunté si habían visto u oído algo aquella mañana de domingo; pero no. Realmente, sólo hablé con la mujer. Me dejó entrar y estuvimos de pie en el vestíbulo. Él sólo salió un instante y dijo que todo lo que sabía era que el coche había desaparecido cuando él salió hacia el mediodía.

Kollberg se quedó mirando los dibujitos que había hecho en el bloc de notas. Había tratado de hacer una especie de mapa de Escania, con puntitos que representaban a Vellinge, Anderslöv, Malmö y Trelleborg.

—Tengo la impresión de que él trabaja en Trelleborg —dijo Skacke, inseguro—. Me parece recordar que su esposa dijo algo de eso.

Kollberg trazó una línea entre Anderslöv y Trelleborg, y otra de Trelleborg a Vellinge.

Hizo un triángulo, con su ápice en Trelleborg, y su base más larga en la línea de Vellinge a Anderslöv en el norte.

—Muy bien, Benny —dijo Kollberg—. Excelente.

—¿Has encontrado el coche? —le preguntó Skacke—. He oído decir que en él

se escapó el tal Caspar.

—Sí, escapó con él —respondió Kollberg secamente—. Y creo que hemos encontrado el coche. ¿Has hablado con Martin últimamente?

—No —respondió Skacke—. Hace tiempo que no. Pero él sigue en Anderslöv, ¿verdad?

—Exacto —contestó Kollberg—, y tan pronto como cuelgue, vas a telefonar a Martin y a contarle todo lo que me has dicho. Háblale de ese Clark Evert Sundström, su aspecto y todo lo demás. Y luego le dirás que puede telefonar a Hjelm, al Laboratorio, y enterarse de si ya han llevado allá el coche. Hazlo ahora mismo.

—Está bien —repuso Skacke—. ¿Qué pasa con Sundström? ¿Ha hecho algo?

—Ya veremos —contestó Kollberg—. Tú habla con Martin. Él tomará las decisiones. ¿Comprendido? Y luego acaba tu informe. Y si ocurre algo, yo estaré aquí en mi despacho. Yo también tengo que escribir un informe. Saluda a Martin de mi parte. Hasta la vista.

—Adiós.

Kollberg no hizo más llamadas. Apartó el teléfono a un lado y retiró el bloc de notas con el triángulo invertido y las onduladas líneas que representaban a Escania.

Luego acercó la máquina de escribir, metió una hoja de papel, y escribió:

Estocolmo

27 de noviembre de 1973

A la Jefatura Nacional de Policía

Asunto: Dimisión

Lennart Kollberg mecanografió lentamente, con dos dedos. Sabía que su carta, que había pensado desde hacía tanto tiempo, tenía que ser considerada un documento formal; pero no quería hacerla prolija. En lo que fuera posible, trataría de mantener un tono informal.

Tras largas y meditadas consideraciones, he decidido abandonar el cuerpo de Policía. Mis razones son de naturaleza personal, y sin embargo, trataré de explicarlas brevemente. Desde el principio, me veo obligado a señalar que mi decisión no es en modo alguno una acción política, aunque muchas personas puedan verla de ese modo. Cierto que el cuerpo de Policía se ha politizado cada vez más en los últimos años, y las fuerzas de Policía han sido explotadas con propósitos políticos cada vez con más frecuencia. He observado estos acontecimientos con gran alarma, aunque yo, personalmente, y casi por completo, he logrado evitar ponerme en contacto con este aspecto de la actividad policíaca.

Sin embargo, durante los veintisiete años que he servido en las fuerzas de Policía, sus actividades, estructura y organización se han alterado de un modo que me han convencido de que yo ya no soy adecuado como policía, suponiendo que alguna vez lo fuera. Sobre todo, me doy cuenta de que no puedo sentir ninguna solidaridad con la clase de organización en que el departamento de policía se ha convertido. En consecuencia, me parece que mis propios y mejores intereses y los del departamento habrían de beneficiarse con mi

dimisión.

La cuestión de si el policía, como individuo, debe ir armado, me ha parecido importante desde hace tiempo. Durante muchos años, he sostenido la opinión de que, bajo circunstancias normales, los policías no deben ir armados. Esto se aplica tanto a los patrulleros uniformados como a los policías de paisano.

En mi opinión, el creciente número de crímenes violentos cometidos durante la última década, se debe en buena parte a la circunstancia de que los policías llevan invariablemente armas de fuego. Es un hecho conocido, y puede ser demostrado con estadísticas de muchos otros países, que la incidencia de delincuencia violenta aumenta inmediatamente cuando las fuerzas de policía, dan, por así decirlo, un mal ejemplo. Los acontecimientos de estos meses parece que hacen más evidente que nunca que cabe esperar que nuestra situación empeore aún más en lo que respecta a la violencia. Esto es especialmente cierto en Estocolmo y otras grandes ciudades.

La Academia de Policía dedica muy poco tiempo a instruir en psicología a los alumnos. Como resultado, los policías carecen del que es quizás el más importante de los requisitos previos para el éxito en su profesión.

El hecho de que, sin embargo, dispongamos de los llamados psicólogos de la policía, quienes son enviados en situaciones difíciles para intentar que el delincuente entre en razón, me parece a mí que no es más que un reconocimiento de derrota. Porque la psicología no puede ser utilizada para disimular la violencia. A mi modo de pensar, éste debe ser uno de los principios más simples y obvios de la ciencia de la psicología.

Me gustaría recalcar, con respecto a esto, que durante muchos años yo no he llevado un arma. Esto fue a menudo una clara violación de

órdenes recibidas; pero nunca tuve la sensación de que ello me obstaculizara en la ejecución de mis deberes. Por el contrario, el verme forzado a llevar armas podría haber tenido un fuerte efecto de inhibición, podría haber causado accidentes, y conducido a un más pobre contacto con personas ajenas al cuerpo de Policía.

Lo que estoy tratando de decir, esencialmente, es que yo no puedo seguir siendo un policía. Es posible que cada sociedad tenga la fuerza de policía que se merece; pero eso no es una tesis que yo intente probar y desarrollar, y mucho menos aquí y ahora.

Me hallo enfrentado a un hecho consumado. Cuando ingresé en el departamento de policía, no pude imaginar que esta profesión sufriría la transformación que ha sufrido o tomara la dirección que ha tomado.

Al cabo de veintisiete años de servicio, me siento tan avergonzado de mi profesión, que mi conciencia ya no permite que siga practicándola.

Kollberg subió el papel unos cinco centímetros, y leyó lo que había escrito. Habiendo ya empezado, tuvo la sensación de que podría haber continuado indefinidamente.

Pero había que hacer esto.

Añadió dos líneas más:

Por lo tanto, ruego que me sea aceptada esta dimisión con efectos inmediatos.

Sten Lennart Kollberg

Dobló las hojas de papel y las metió en un sencillo sobre oficial color marrón. Escribió la dirección.

Dejó la carta en el cesto de « Salidas » .

Luego se levantó y miró en torno suyo por la habitación.

Cerró la puerta tras él y se fue.

A casa.

La cabaña en el bosque de Haninge, cerca de Dalarö, era un buen escondite. Estaba tan aislada que era difícil que nadie llegara a ella por casualidad, y estaba equipada de un modo que demostraba que Lindberg, El Hombre del Pan, no se hacía ilusiones. Había comida y bebida, armas y municiones, combustible y ropas, cigarrillos y montones de revistas viejas; en resumen, todo lo que podía necesitarse para un largo período de reclusión. Incluso era posible resistir un asedio no muy grande. Por fortuna, nada de eso iba a ocurrir.

Cuando la policía asaltó el apartamento de Midsommarkransen, Caspar y El Hombre del Pan pudieron escapar con mucha facilidad. Esta cabaña, por otra parte, era su último recurso.

Si eran atrapados aquí, no les quedaba más remedio que rendirse o luchar.

La tercera posibilidad (otra fuga) no valía la pena de considerarla siquiera, porque sería una escapada solitaria, a pie, hacia el bosque. Y el invierno, que rápidamente se aproximaba, hacía que esta perspectiva fuera poco atractiva, sobre todo porque supondría dejar atrás un amontonamiento de valiosas cosas robadas.

El Hombre del Pan no era una gran luminaria en el cielo de la delincuencia, y sus planes eran de la naturaleza más sencilla. Había enterrado objetos de valor y dinero alrededor de la cabaña. Ahora lo único que podía esperar es que la caza del hombre de la policía se quietara lo bastante para que los dos se aventuraran a volver a Estocolmo. Una vez allí, podrían rápidamente convertir sus mercancías en dinero en efectivo, comprar documentación falsa, y huir del país.

Ronnie Casparsson no tenía ningún plan. Sólo sabía que la policía, con todos los medios a su disposición, le estaba dando caza, por un crimen que él no había cometido. Mientras permaneciera junto a El Hombre del Pan al menos no estaría solo. Además, El Hombre del Pan se tomaba la vida desde un punto de vista optimista y sin complicaciones. Cuando decía que sus posibilidades de escapar eran buenas, lo decía sinceramente, y Caspar le creía. La razón por la que Lindberg no se había retirado a la cabaña antes era porque no quería estar solo.

Ahora eran dos, lo que daba más animación a todo.

Para Caspar sólo había un grave problema, y es que El Hombre del Pan

siempre acababa siendo atrapado. Pero ambos razonaban que más tarde o más temprano el viento tenía que cambiar y que todo lo que necesitaban era un poco de suerte. En los últimos años, muchos delincuentes profesionales habían logrado salir del país tras golpes afortunados y logrado desaparecer en alguna parte del mundo occidental con su dinero y su salud intactos.

La cabaña tenía cierto número de ventajas. Estaba en medio de un claro que permitía una vista ininterrumpida en todas direcciones. Sólo había dos construcciones anexas: una letrina, y un viejo granero desvencijado donde habían ocultado el coche de El Hombre del Pan.

La cabaña estaba en muy buenas condiciones. Era una de esas casitas de campo típicamente sueca con tres ventanas en la parte delantera, una en la parte trasera, y otra a cada lado. El piso bajo consistía en una habitación principal con cocina y un dormitorio contiguo. Sólo había un camino que llevaba a la cabaña, y conducía directamente al patio delantero y, subiendo el pequeño porche, a la casa.

El primer día de estar allí, El Hombre del Pan inspeccionó cuidadosamente sus armas. Tenían dos fusiles ametralladora del Ejército, y tres pistolas automáticas de diferente marca y calibre. Contaban con abundancia de municiones, incluyendo dos cajas para los fusiles ametralladora.

—Del modo que se ha puesto la policía en estos tiempos —comentó El Hombre del Pan—, sólo se puede hacer una cosa en el caso improbable de que nos descubran y rodeen la casa.

—¿Qué?

—Abrimos paso a tiros, claro. Si herimos a un par de policías eso no va a cambiar nada nuestra situación. Será difícil que nos atrapen a menos que prendan fuego a la casa. Y si utilizan gases lacrimógenos tengo máscaras antigás en ese baúl.

—Pero si yo no sé manejar nada de eso —dijo Caspar, tomando uno de los fusiles.

—Sólo necesitas diez minutos para aprenderlo —le contestó El Hombre del Pan.

Y tenía razón. Un rápido cursillo de diez minutos fue todo lo que necesitó. A la mañana siguiente probaron todas sus armas con excelentes resultados. La casa estaba tan aislada que ni siquiera tuvieron que preocuparse por el ruido de los disparos.

—Así que no nos queda otra cosa que hacer que esperar —contestó El Hombre del Pan—. Si vienen, tendrán una calurosa bienvenida. Pero no creo que lo hagan. ¿Dónde celebraremos la Navidad? ¿En las Islas Canarias o en otra parte de África?

Ronnie Casparsson no había pensado nunca en nada tan lejano como la Navidad, y tampoco estaba en situación de pensar en ello ahora. Aún faltaban

varias semanas para Navidad. Pero sí pensó en lo que representaría disparar contra alguien. Le costaba trabajo imaginar que sería difícil o extraño meter un par de balas en el cuerpo de uno de aquellos sangrientos hijos de perra.

Por lo que había visto de la policía en incursiones y peleas callejeras, era difícil pensar en ellos como seres humanos, ni siquiera como individuos distintos.

Escuchaban la radio constantemente; pero no tenía mucho que decir que fuera nuevo. La caza del asesino del policía continuaba con la misma energía. Ahora se sabía con seguridad que estaba en Estocolmo, y el mando táctico consideraba inminente su detención.

Les perdió un factor completamente impredecible.

Maggie.

Si Maggie no hubiera resultado herida, no habría sido ningún peligro para ellos, ya que era una amiga buena y leal, que sabía mantener la boca cerrada.

Pero el caso es que la habían herido y estaba ahora en el hospital de Söder.

Las mordeduras del perro no eran graves, aunque tenían muy mal aspecto, según dijeron los doctores.

La operaron, y después de la operación quirúrgica tuvo una fiebre muy alta y deliró.

Maggie habló mucho en su delirio. No estaba segura de dónde se hallaba; pero tuvo la impresión de que hablaba con alguien a quien conocía, o al menos con alguien interesado y atento.

Y lo cierto es que a la cabecera de su cama había una persona equipada con una grabadora.

Esta persona era Einar Rönn.

Rönn no hizo preguntas. Se limitó a escuchar y a grabar lo que decía Maggie.

En seguida se dio cuenta de que ella le había proporcionado una información importante; pero no sabía exactamente qué hacer con ella.

Tras pensarlo unos minutos, buscó un teléfono y llamó a Gunvald Larsson a su despacho de la Jefatura Superior de Policía de Kungsholmsgatan.

—Sí, soy Larsson. ¿Qué quieres?

Él comprendió que no estaba solo. Parecía brusco e irritado.

—Bueno, la chica que hemos traído aquí está delirando. Me acaba de decir dónde están escondidos El Hombre del Pan y Caspar. En una cabaña hacia Dalarö.

—¿Has conseguido más detalles?

—Sí, una descripción muy precisa de cómo llegar allí. Si me facilita un mapa es probable que pueda señalar la casa.

Gunvald Larsson permaneció en silencio un momento antes de contestar.

—Ésta es una decisión técnica, muy complicada —dijo enigmáticamente—.

¿Estás armado?

—No.

Hubo otra pausa.

—¿Hemos de decirselo a Malm? —preguntó Rönn.

—Sí, eso hay que hacerlo —contestó Gunvald Larsson—. Naturalmente.

Y luego añadió en voz más baja:

—Pero no hasta que veas mi coche parar ante la puerta. Hazlo entonces. Rápidamente.

—Está bien —dijo Rönn.

Bajó al enorme vestíbulo del hospital y se dirigió a una cabina telefónica, donde aguardó.

No tuvo que esperar más de diez minutos para ver el coche de Gunvald Larsson detenerse ante la entrada. Entonces volvió a llamar a Kungsholmsgatan, y tras una breve espera, logró ponerse en comunicación con Malm. Rönn le informó exactamente de lo que Maggie había dicho.

—¡Espléndido! —exclamó Malm—. Puede regresar a su puesto.

Rönn se dirigió hacia donde estaba Gunvald Larsson, quien se inclinó y le abrió la puerta para que entrara.

—Hay un mapa y una pistola en la guantera —le dijo.

Rönn vaciló por un momento y después se metió la pistola en el cinturón. Luego examinó el mapa.

—Sí —dijo—. Aquí está la casa.

Gunvald Larsson estudió la red de carreteras y echó un vistazo a su reloj.

—Tenemos una hora de ventaja —comentó—. Luego Malm se pondrá en movimiento con su llamada fuerza principal. Ese estado mayor suyo ha planeado precisamente esta situación. ¡Dios nos ayude! Dispondrá de cien hombres, dos helicópteros y diez perros. Además de eso, ha pedido veinte escudos. Va a ser una matanza.

—¿Crees que esos muchachos lucharán?

—Es muy probable —contestó Gunvald Larsson—. Lindberg no tiene nada que perder, y esta caza del hombre probablemente ha enloquecido a Casparsson.

—Supongo —dijo Rönn, palpando su pistola.

No era amante de la violencia.

—La verdad es que me importa un comino lo que le ocurra a Lindberg —declaró Gunvald Larsson—. Ese hombre es un delincuente profesional, aparte de que recientemente ha cometido un asesinato. Me preocupa el chico. Hasta ahora no ha disparado ni herido a nadie; pero si Malm se sale con la suya puedes estar seguro de que o lo matarán o él matará a un par de policías. Así que tenemos que llegar primero y actuar rápidamente.

Actuar rápidamente era una de las especialidades de Gunvald Larsson.

Tomaron dirección sur, atravesando Handen y la horrible y última barriada de bloques de pisos llamada Bandhagen.

Diez minutos después llegaron al punto de desvío, y otros diez minutos más

tarde vieron la casa. Gunvald Larsson detuvo el coche en medio de la carretera, a unos cincuenta metros de la cabaña.

Se quedó estudiando la situación por un momento.

—Esto va a ser difícil, pero saldrá bien —dijo—. Nos aparearemos aquí y nos dirigiremos a pie hacia la casa por la parte izquierda del camino. Si hay tiros, nos cubriremos con aquel cobertizo letrina. Yo daré la vuelta y trataré de sorprenderlos por detrás. Tú permanece a cubierto y dispara lentamente hacia el tejado o el alero a la izquierda del porche.

—Soy muy mal tirador —musitó Rönn.

—Pero podrás alcanzar la casa, ¡por amor de Dios!

—Bueno... eso espero.

—Y otra cosa, Einar...

—¿Sí?

—No corras riesgos. Si algo sale mal, permanece a cubierto, y espera la gran invasión.

Dentro de la cabaña, El Hombre del Pan y Caspar oyeron al coche antes de verlo. Y fueron a mirar por la ventana.

—Tiene gracia ese coche —comentó El Hombre del Pan—. Nunca he visto otro como ése antes.

—Puede que hayan salido de paseo y se han perdido —dijo Caspar.

—Es posible —respondió El Hombre del Pan, secamente.

Tomó uno de los fusiles ametralladora y dio el otro a Caspar.

Rönn y Gunvald Larsson salieron del coche y avanzaron hacia la casa.

El Hombre del Pan los observó con sus gemelos.

—¡Polis! —exclamó con un suspiro—. Reconozco a los dos. De la División Antiviolenencia de Estocolmo. Pero va a ser un combate fácil.

Golpeó el centro del cristal de la ventana con el codo, apuntó, y empezó a disparar.

Rönn y Gunvald Larsson oyeron la rotura del cristal y comprendieron lo que significaba. Reaccionaron rápidamente, echaron a correr hacia un lado, y se acurrucaron tras el cobertizo letrina.

La salva habría fallado de todos modos, ya que El Hombre del Pan no estaba acostumbrado a manejar el arma a esa distancia, y la había sostenido muy alta. Mas, sin embargo pareció complacido.

—Ahora los tengo donde quería —dijo—. Todo lo que tienes que hacer tú, Caspar, es cubrir la retaguardia.

Gunvald Larsson no se quedó tras el cobertizo más de unos pocos segundos. Fue arrastrándose al amparo de unas zarzamoras.

Rönn estaba bien protegido tras los cimientos de piedra de la letrina. Sacó la pistola, asomó un ojo y disparó dos tiros contra el tejado. La respuesta vino inmediatamente. Una salva más larga esta vez, y con mejor puntería. Cascadas

de grava volaron a su cara.

Rönn volvió a disparar. Sin duda no alcanzó la casa; pero eso no importaba mucho.

Gunvald Larsson había llegado a la cabaña. Se deslizó rápidamente a lo largo de la pared trasera, dio la vuelta a la esquina, y se detuvo bajo la ventana lateral. Se puso de rodillas y sacó su Smith & Wesson 38 Master, que llevaba metida en el cinturón. Luego se levantó un poco más, alzó su pistola lista para disparar, y atisbo. Una cocina vacía. A tres metros de distancia una puerta entreabierta. Presumiblemente Caspar y El Hombre del Pan estaban en la habitación de más allá.

Gunvald Larsson esperó a que Rönn disparara de nuevo. Aguardó treinta segundos y luego oyó la pistola de Rönn atronar dos veces.

La salva de respuesta se produjo en el acto y acabó con un clic metálico indicando que la recámara estaba vacía.

Gunvald Larsson se arrojó a través de la ventana con los brazos ante la cara, como protección.

Aterrizó en el suelo entre una lluvia de cristales y astillas de madera, rodó una vez por el suelo, se levantó, abrió de un puntapié la puerta, y entró corriendo en la habitación contigua.

Lindberg había retrocedido un paso de la ventana y estaba inclinado ligeramente hacia adelante, cambiando recámaras. Ronnie Casparsson estaba de pie en el rincón tras él con otro fusil ametrallador en las manos.

—¡Por amor de Dios dispara, Caspar! —gritó El Hombre del Pan—. ¡Sólo son dos! ¡Dispara contra él!

—Ya basta, Lindberg —dijo Gunvald Larsson.

Dio un paso hacia adelante, levantó la mano izquierda, y dio a El Hombre del Pan un fuerte golpe en la clavícula junto a su garganta.

Lindberg soltó el arma y cayó como un saco.

Gunvald Larsson se quedó mirando fijamente a Ronnie Casparsson, que dejó caer el fusil ametralladora y se cubrió la cara con las manos.

Así es mejor, pensó Gunvald Larsson. Así debe de ser.

Luego abrió la puerta de la cabaña.

—Ya puedes entrar, Eimar —dijo en voz alta.

Rönn entró en la cabaña.

—Mejor será que pongas esposas a ese tipo —dijo Gunvald Larsson, señalando con el pie a El Hombre del Pan.

Luego miró a Ronnie Casparsson.

—Tú no necesitas esposas, ¿verdad?

Ronnie Casparsson negó con la cabeza. Aún seguía ocultando el rostro con las manos.

Quince minutos más tarde ya tenían a sus prisioneros en el asiento trasero del

coche, que habían llevado frente a la cabaña para dar la vuelta. Lindberg se había recobrado del golpe y hasta recuperó algo de su buen ánimo.

Justo entonces un hombre vestido con un chandal entró corriendo en el patio. Llevaba una brújula en una mano y miraba estúpidamente del coche a la casa y luego de nuevo al coche.

—¡Jesús! —exclamó El Hombre del Pan—. Un policía dispuesto a orientarse. Pero ¿por qué lleva una brújula y no un mapa?

Soltó una risotada.

Gunvald Larsson bajó el cristal de la ventanilla.

—¡Oiga, aquí! —gritó.

El hombre del chándal se acercó al coche.

—¿Lleva usted emisor-receptor en su coche?

—Sí, señor.

—Pues informe a Malm de que puede cancelar la maniobra. Todo lo que necesitamos es alguien que venga y registre la cabaña.

El hombre manipuló el radio un buen rato.

—Ha de entregar sus prisioneros al comandante de división Malm en su puesto de mando —dijo—. A dos mil metros al este de la segunda «e» en «Haninge Este».

—Bueno, eso es lo que haremos —contestó Gunvald Larsson volviendo a subir el cristal de la ventanilla.

Malm pareció muy complacido mientras estuvo allí rodeado de subordinados.

—Muy bien hecho, Larsson —dijo—. Debo admitirlo. Y ¿por qué no está esposado Casparsson?

—No hace falta.

—Tonterías. Pónganle las esposas.

—No tenemos —contestó Gunvald Larsson.

Y él y Rönn se marcharon en el coche.

—Espero que ese chico consiga un buen abogado —dijo Gunvald Larsson al cabo de un rato.

Rönn no contestó. Cambió de tema.

—Gunvald —dijo—. Tienes la chaqueta rota. Es un corte.

—Sí, qué pena del carajo —respondió Gunvald Larsson sin el menor asomo de humor.

Tan pronto como Martin Beck recibió la llamada de Benny Skacke, el resto ocurrió rápidamente.

Tras un examen preliminar del Volvo beige en el Laboratorio de Criminología en Solna, Hjelm pudo informar de que en el portaequipajes se había encontrado un trapo blanco de algodón. El análisis del laboratorio demostró que contenía limaduras de níquel del mismo tipo que las del trapo hallado en el escenario del crimen.

Aquella misma tarde se procedió al registro de la fábrica de Clark Sundström, que fabricaba piezas de maquinaria y herramientas de precisión para las cuales el níquel era un elemento esencial. También en los talleres se encontraron abundantes partículas de ese metal. Además, en un rincón de la fábrica donde Clark Sundström solía aparcar el coche, se halló una caja de cartón llena de trapos de algodón blanco con limaduras de níquel.

Un estudio comparativo de la escritura mostraba, tal como se había anticipado, que las dos cartas descubiertas en la mesita de noche de Sigbrit Mard habían sido escritas de puño y letra de Sundström.

En su mesa hallaron un paquete de sobres del mismo tipo utilizado para enviar el alquiler del apartamento de una sola habitación. La máquina de escribir utilizada para mecanografiar las palabras *Alquiler S. Jönsson* estaba en un estante al lado de la mesa.

El Laboratorio de Criminología de Helsingborg hizo un minucioso examen del apartamento que la pareja había utilizado, y entre otras cosas, hallaron huellas dactilares.

Con eso, se podía decir que había pruebas definitivas que relacionaban a Clark Evert Sundström con el asesinato de Sigbrit Mard.

La fábrica estaba situada en Trelleborg; pero Cecilia Sundström había heredado la empresa, que aún llevaba el nombre de su padre, lo cual podía explicar por qué los activos detectives de Trelleborg no habían logrado descubrir a Clark Sundström. Técnicamente era un empleado de su esposa como gerente de la fábrica.

Sundström no estuvo en su despacho durante el registro de la fábrica el

martes por la tarde. No se había sentido bien después del almuerzo y tomó un taxi para volver a su casa.

Martin Beck se preguntó si realmente estaba enfermo o si había tenido el presentimiento de lo que iba a ocurrir. Antes de que ninguna noticia de la decisión de registrar la fábrica pudiera llegar a Clark Sundström, Mansson envió a dos de sus hombres a Vellinge para que vigilaran discretamente la casa.

Cuando todas las muestras fueron tomadas, analizadas y comparadas, y se hubieran reunido pruebas suficientes para extender una orden de detención, ya era por la noche.

Martin Beck y Benny Skacke tomaron la nueva autopista y llegaron a Vellinge justo antes de las ocho. Primero fueron en busca de los dos policías vestidos de paisano, que habían aparcado el coche en una carretera lateral desde donde, sin llamar la atención, se dominaba bien la casa de Sundström.

—Sigue en la casa —dijo uno de ellos cuando Martin Beck se acercó a su coche.

—Su esposa salió e hizo algunas compras hacia las cinco —informó el otro—. Pero no ha vuelto a salir desde entonces. Las chicas vinieron hace una hora.

El matrimonio Sundström tenía dos hijas, una de catorce años y otra de doce.

—Bien —dijo Martin Beck—. De momento, ustedes esperen aquí.

Volvió a donde estaba Skacke.

—Conduzca hasta la puerta de la casa y espere en el coche —dijo Martin Beck—. Iré solo. Pero esté atento, no sabemos cómo va a reaccionar.

Slake se detuvo ante la casa, y Martin Beck cruzó la amplia puerta de la verja de hierro forjado. El sendero de grava que subía desde la calle estaba bordeado de rosales, y directamente en frente de la puerta principal había una muela de molino partida por la mitad para formar un escalón semicircular. Pulsó el timbre, y oyó el débil sonido de dos carillones que sonaron tras la maciza puerta de roble.

La mujer que acudió a abrir la puerta tenía la misma estatura de Martin Beck. Era delgada, o mejor dicho, delgadísima, seca y huesuda como si ya no quedara carne bajo su piel muy pálida. Su nariz era pronunciada y ligeramente curva, los pómulos eran muy prominentes, y tenía la cara cubierta de pecas marrón claro. En su pelo castaño, aunque espeso y ondulado, aparecían muchas canas. Por lo que se podía ver, no se había puesto ningún maquillaje. Sus labios eran pálidos y finos, y había algo de amargo en la línea de su boca. Tenía ojos bonitos, de pupilas verdegrises bajo párpados pesados, y fruncido el entrecejo, se quedó mirando a Martin Beck inquisitivamente.

—Soy el detective inspector Beck —dijo éste—. He venido en busca del señor Sundström.

—Mi esposo no se encuentra bien y se ha acostado para descansar —contestó ella—. ¿De qué se trata?

—Siento tener que molestarla a esta hora del día, mas, por desgracia, es

necesario. Y es bastante urgente, así que si no está muy enfermo...

—¿Es sobre algo de la fábrica? —preguntó ella.

—No, no precisamente —respondió Martin Beck.

A él siempre le habían disgustado semejantes situaciones. Sabía muy poco acerca de esta mujer. Quizás ella no era muy feliz con su existencia, aunque sin duda llevaba una vida familiar tranquila y normal. Dentro de muy poco se enteraría de que estaba casada con un hombre que había asesinado a su amante.

Si por lo menos las personas que asesinaban a otras personas no tuvieran familia, pensó Martin Beck irracionalmente.

—Es que tengo que hacer unas preguntas a su esposo —dijo él—. Así que si...

—¿Es tan importante que no puede esperar hasta mañana? —preguntó ella.

—Sí, es muy importante.

Ella abrió la puerta de par en par y Martin Beck entró en el vestíbulo.

—Espere aquí un momento. Iré a decírselo.

Subió las escaleras hasta el segundo piso, muy erguida.

Martin Beck pudo oír un televisor en una de las habitaciones en la parte derecha del vestíbulo. Esperó.

Pasaron casi cinco minutos antes de que Clark Sundström apareciera. Llevaba pantalones de franela azul oscuro y un jersey Shetland del mismo color. La camisa bajo el jersey era también azul y estaba abotonada hasta el cuello. Su mujer bajó tras él las escaleras, y cuando ambos se detuvieron ante él, Martin Beck se fijó en que ella era una cabeza más alta que su esposo.

—Vete con las niñas, Sissy —dijo Clark Sundström.

Ella se lo quedó mirando de modo inquisitivo y algo inquieta; pero abrió la puerta que estaba junto a la escalera. El sonido del televisor se hizo más fuerte; pero la mujer cerró inmediatamente la puerta tras ella.

Clark Sundström encajaba con las descripciones hechas por Folke Bengtsson y Skacke; pero Martin Beck quedó sorprendido por la mirada de cansada resignación en torno a su boca y ojos. Posiblemente pudo estar bronceado por el sol cuando Folke Bengtsson lo vio a principios de aquel año; pero ahora su piel era gris amarillenta y flácida. Parecía agotado. Sus manos eran grandes y bronceadas, con dedos largos y nervudos.

—¿Sí? —preguntó—. ¿A qué se debe todo esto?

Martin Beck vio temor en sus ojos, tras las gafas. No pudo disimularlo.

—Ya sabe a qué viene todo esto —contestó Martin Beck.

El hombre negó con la cabeza; pero pequeños puntitos de sudor aparecieron en la línea de sus cabellos y a lo largo del labio superior.

—Sigbrit Mard —dijo Martin Beck.

Entonces Clark Sundström se volvió y dio dos pasos hacia la puerta de la calle y luego se detuvo, dando la espalda a Martin Beck.

—¿No podemos salir al patio y hablar allí? Creo que necesito un poco de aire

fresco.

—Bien —accedió Martin Beck, y esperó a que Clark se pusiera su chaqueta de piel de oveja.

Salieron a la escalinata de entrada, y Clark Sundström echó a andar lentamente hacia la puerta de la verja con las manos metidas en los bolsillos. A mitad del sendero de grava se detuvo y alzó la mirada hacia el cielo. No había estrellas. No dijo nada. Martin Beck se detuvo a su lado.

—Tenemos pruebas de que usted la mató —le dijo—. Y hemos visto el apartamento en Trelleborg. Tengo una orden de detención en mi bolsillo.

Clark Sundström permaneció muy quieto.

—¿Pruebas? —dijo al cabo de un rato—. ¿Cómo pueden tener pruebas?

—Entre otras cosas, encontramos un trapo cuya pista nos lleva a usted. ¿Por qué la mató?

—Tuve que hacerlo.

Su voz sonaba extraña. Tensa.

—¿Se siente usted bien? —preguntó Martin Beck.

—No.

—Sin embargo, ¿no sería mejor que fuera a Malmö con nosotros? Podríamos hablar allí.

—Mi esposa...

La frase fue interrumpida por un feo rumor parecido a un lloriqueo salido de la garganta de aquel hombre. Se llevó las manos al corazón como queriendo agarrarlo, se tambaleó, se inclinó hacia delante y cayó de cabeza en los rosales.

Martin Beck se quedó mirándolo atónito.

Benny Skacke entró corriendo por la puerta de la verja y le ayudó a poner de espaldas al hombre.

—Trombosis coronaria —dijo Skacke—. Ya lo he visto antes. Llamaré a una ambulancia.

Corrió hacia el coche, y Martin pudo oírle hablar por radio.

En aquel momento su esposa salió corriendo al patio seguida por sus dos hijas. A través de la ventana debió de haber visto lo que ocurrió. Apartó a Martin Beck a un lado, se arrodilló junto a su inconsciente esposo, y ordenó a las chicas que volvieran a la casa. Ellas obedecieron; pero se quedaron en el umbral, mirando, ansiosamente y sin comprender, a sus padres y a los dos hombres extraños que había en el jardín.

La ambulancia llegó siete minutos más tarde.

Benny Skacke la siguió de cerca todo el camino hasta el Hospital General de Malmö, y cuando se detuvo frente a la sala de urgencias, su coche sólo estaba unos metros detrás.

Martin Beck permaneció quieto en su asiento y contempló a los enfermeros apresurarse con la camilla. La señora Sundström la siguió, y la puerta se cerró

tras ellos.

—¿No va a entrar usted? —le pregunto Skacke.

—Sí —contestó Martin Beck—; pero no hay prisa. Le harán un tratamiento de choc y masajes en el corazón y lo meterán en una tienda de oxígeno. Si responde a eso, se recobrará muy pronto. Y si no...

Se quedó sentado en silencio y miró fijamente la puerta cerrada. Al cabo de un rato salieron los enfermeros con la camilla sobre ruedas, la volvieron a meter en la ambulancia, y cerraron la puerta. Luego subieron al asiento delantero y se alejaron.

Martin Beck se irguió.

—Será mejor que entre y vea cómo van las cosas.

—¿Entro con usted o espero aquí? —preguntó Skacke.

Martin Beck abrió la puerta del coche y salió. Se inclinó hacia Skacke.

—Es posible que recupere el conocimiento y los médicos me permitan que hable con él. Sería estupendo tener una grabadora.

Skacke le dio vuelta a la llave del encendido.

—Le traeré una inmediatamente —dijo.

Martin Beck asintió con la cabeza, y Skacke se marchó.

A Clark Sundström lo ingresaron en la unidad de cuidados intensivos, y Martin Beck pudo ver a su esposa a través del panel de cristal de la puerta que daba a la sala de espera. Estaba de pie muy erguida y quieta, al lado de la ventana, dando la espalda a la puerta.

Martin Beck aguardó en el pasillo. Un poco más tarde oyó el ruido seco de unos zapatos de suela de madera, y una mujer con bata blanca y pantalones vaqueros avanzó hacia él; pero giró y desapareció tras una puerta antes de que él tuviera posibilidad de decir nada. Él se dirigió hacia la puerta. Había un letrero que decía *Sala de Guardia*, llamó y la abrió sin esperar respuesta.

La mujer estaba de pie junto a una mesa buscando en un montón de informes de casos clínicos. Halló el papel que le interesaba, escribió algo en él, le puso un clip, y lo dejó sobre un estante que había tras ella. Luego se quedó mirando inquisitivamente a Martin Beck, quien le mostró su carnet de identidad y le explicó por qué estaba allí.

—Aún no puedo decirle nada —contestó ella—. Le están dando ahora masajes en el corazón. Pero puede esperar aquí si quiere.

Era joven, tenía vivos ojos castaños, y pelo rubio oscuro que le caía en una trenza por la espalda.

—Trataré de que le tengan informado —le prometió, y salió apresuradamente de la habitación.

Martin Beck se adentró y leyó el informe del caso que ella había dejado sobre el estante. No era el de Clark Sundström.

Había un pequeño aparato parecido a un televisor en la pared, y un brillante

puntito verde corría a través de la pantalla de izquierda a derecha. Hacia la mitad, daba un saltito soltando un breve y agudo silbido. El punto verde describía una curva constante, y el silbido se repetía con monótona regularidad. El corazón de alguien estaba latiendo normalmente. Martin Beck supuso que éste no sería el electrocardiograma de Clark Sundström.

Tras un cuarto de hora sin que ocurriese nada, Martin Beck vio el coche de Skacke detenerse fuera. Salió, tomó la grabadora y dijo a Skacke que podía irse a casa. El hombre pareció un poco desilusionado, como si hubiese preferido quedarse; pero Martin Beck no lo necesitaba para nada.

A las diez y treinta regresó la mujer de la trenza. Parecía ser la interna de guardia.

Sundström había sobrevivido a la crisis, recobrado el conocimiento, y, dadas las circunstancias, su estado era bueno. Había hablado con su esposa durante unos minutos, y ella se había marchado del hospital. Él estaba ahora durmiendo y no podía ser molestado.

—Pero vuelva mañana y ya veremos —le dijo ella.

Martin Beck le explicó la situación, y al final, de mala gana, ella accedió a permitirle hablar con Clark Sundström tan pronto como despertara. Le hizo entrar en una sala de reconocimiento donde podía esperar.

En la sala había un catre cubierto con un plástico de vinilo verde, un taburete, y un revistero con tres periódicos religiosos que ya estaban hechos trizas. Martin Beck colocó la grabadora sobre el taburete, se tumbó en el catre, y miró fijamente al techo.

Pensó en Clark Sundström y en su mujer. Ella le había dado la impresión de ser una mujer fuerte. Psicológicamente fuerte. O quizás aquello no fuera más que hábito adquirido, o reserva emocional. Pensó en Folke Bengtsson, mas no mucho rato. Luego pensó en Rhea, y a poco se quedó dormido.

Cuando la doctora le despertó, eran las cinco treinta de la mañana, y los ojos castaños de ella no eran ya tan vivos.

—Está despierto ahora —dijo—; pero sea lo más breve que pueda.

Clark Sundström yacía de espaldas mirando fijamente hacia la puerta. Un hombre joven con bata y pantalones blancos estaba sentado en una silla al pie de la cama mordiéndose las uñas. Se levantó cuando entró Martin Beck.

—Me voy a tomar una taza de café —dijo—. Llame por el interfono antes de irse.

Sobre un estante encima de la cabecera de la cama había un aparato como el que Martin Beck había visto en la Sala de Guardia. Tres finos cordones de tres colores diferentes conectaban el aparato a redondos electrodos conectados a su vez al pecho de Clark Sundström con tiras de adhesivo. El puntito verde registraba el electrocardiograma; pero el sonido silbante era muy débil.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Martin Beck

Clark Sundström tiró de la sábana.

—Muy bien —contestó—. No sé. No recuerdo lo que sucedió.

Ahora no llevaba gafas, y su cara parecía más joven y suave sin ellas.

—¿Me recuerda? —preguntó Martin Beck

—Recuerdo que usted vino, y luego que salimos al patio. Nada más.

Martin Beck acercó un taburete que estaba bajo la cama, puso la grabadora sobre él, y sujetó el micrófono al borde de la sábana. Acercó la silla y se sentó.

—¿Recuerda lo que estuvimos hablando? —preguntó.

Clark Sundström asintió.

—Sigbrit Mard —dijo Martin Beck—. ¿Por qué la mató usted?

El hombre echado en la cama cerró los ojos un instante y luego volvió a abrirlos.

—Estoy enfermo. Prefiero no hablar de eso.

—¿Cómo llegó a conocerla?

—¿Quiere decir cómo nos conocimos?

—Sí, dígame.

—Nos conocimos en la pastelería donde ella trabajaba. Yo iba allí a veces a tomar una taza de café.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres o cuatro años.

—Bien, ¿y luego?

—La vi en la ciudad un día y le pregunté si quería pasear conmigo. Me dijo si podía llevarla a su casa de Domme, porque justamente acababa de dejar su coche en el garaje. La llevé a su casa. Más tarde me confesó que había inventado esa historia del coche porque quería conocerme. Se dejó el coche en Trelleborg y tomó el autobús al día siguiente.

—¿Entró usted con ella en la casa cuando la acompañó? —preguntó Martin Beck

—Sí, e incluso fuimos a la cama, si es eso lo que usted quería saber.

Clark Sundström se quedó mirando a Martin Beck por un instante, luego volvió la cabeza y miró a través de la ventana.

—¿Se veían ustedes en casa de ella?

—Pocas veces, sí. Pero era muy arriesgado. Yo estaba casado, al fin y al cabo, y aunque ella estaba divorciada, la gente es muy chismosa. Especialmente allí donde ella vivía. Así que alquilé un pequeño apartamento en Trelleborg para que pudiéramos vemos.

—¿Estaba usted enamorado de ella?

Clark Sundström soltó un bufido.

—¿Enamorado? No; pero ella me hizo cambiar, eso sí. Yo quería acostarme con ella. A mi esposa ya no le interesaba eso. Nunca le interesó, a decir verdad. Me parecía que yo tenía derecho a tener una amante. Pero mi mujer se habría

puesto furiosa si se hubiese enterado. Se habría divorciado en el acto.

—¿Estaba Sigbrit Mard enamorada de usted?

—Creo que sí. Al principio pensé que ella sólo quería alguien con quien acostarse, como yo; pero luego empezó a hablar de que deberíamos vivir juntos.

—¿Cuándo empezó ella a hablar de eso?

—La primavera pasada. Todo iba bien. Nos veíamos una vez a la semana en el apartamento. Y luego de repente a ella se le metió en la cabeza que debíamos casarnos y no paraba de decir cuánto deseaba tener hijos. El hecho de que yo estuviera casado y ya tuviera hijas no pareció importarle. Me decía que tenía que divorciarme.

—¿Y usted no quería divorciarse?

—¡Dios mío, no! En primer lugar, vivimos muy bien todos, mi esposa, yo y las niñas. Y en segundo lugar habría sido una catástrofe financiera. La casa en que vivimos pertenece a mi mujer, así como la fábrica, aunque yo la dirija. Si nos divorciáramos, me quedaría sin un céntimo y sin trabajo. Tengo cincuenta y dos años. He trabajado como un negro por esa fábrica. Sigbrit estaba loca pensando que yo iba a dejar todo eso por ella. Ella también iba por el dinero, claro.

Hablar le había devuelto un poco el color a las mejillas, y en sus ojos ya no había aquella expresión de agotamiento.

—Además, yo estaba ya empezando a cansarme —confesó—. El pasado invierno pensé en algún medio elegante de librarme de ella.

El medio que escogiste no fue precisamente elegante, pensó Martin Beck.

—Y ¿qué ocurrió? ¿Se volvió ella muy molesta?

—Empezó a amenazarme —explicó Sundström—. Decía que iba ir a hablar con mi mujer. Tuve que prometerle que le propondría el divorcio, en lo cual, por supuesto, nunca pensé. No sabía qué hacer. No pude dormir durante muchas noches...

Dejó de hablar y se llevó el brazo a los ojos.

—¿No podía habérselo contado a su esposa?

—Ni hablar de eso. Ella jamás habría aceptado o perdonado una cosa así. Sobre esto es una mujer de increíbles principios, y de una moralidad rígida. Y también tiene un miedo horrible a lo que la gente diga. Es muy cuidadosa en cubrir las apariencias. No, sólo quedaba... No había ninguna salida.

—Pero usted encontró finalmente una salida —dijo Martin Beck tras un momento de silencio—. Aunque no especialmente buena.

—Me preocupé tanto que llegué a pensar que había perdido la razón. Al final me sentí desesperado. Sólo quería librarme de ella y de sus regaños y amenazas. Sí, pensé en cien cosas diferentes. Y entonces me acordé de ese lunático sexual que vivía cerca de ella, e imaginé que si lo hacía aparecer como un crimen sexual, todo el mundo creería que había sido él.

Se quedó mirando a Martin Beck (una mirada rápida, fugaz) y hubo algo casi triunfal en su voz, cuando añadió:

—Y eso es lo que usted pensó, ¿no es verdad?

—¿Y no sintió remordimiento porque un inocente fuera condenado por algo que no había hecho?

—Él no era inocente. Ya había matado a una persona, y no deberían de haberlo puesto en libertad. No, no sentí remordimiento por eso.

—¿Cómo lo hizo?

—La recogí con mi coche cuando ella esperaba el autobús. Sabía que el coche de ella estaba en el taller. Luego la llevé a aquel sitio que yo ya había escogido antes. Ella creyó que íbamos a hacer el amor. Solíamos hacerlo a veces en el campo, en verano.

De repente se quedó mirando fijamente a Martin Beck y sus ojos se volvieron duros. Todo su rostro se alteró. Abrió la boca, los labios se apretaron contra sus dientes, y un sonido ronco salió de su garganta. Alzó la mano izquierda, y Martin Beck tomó su muñeca y se levantó. La mano de él agarró la suya, convulso, sus ojos se abrieron desmesuradamente y miraron con fijeza el lugar donde había estado el rostro de Martin Beck. Martin Beck alzó la mirada y vio que el brillante puntito verde se movía lentamente a través de la pantalla en una línea recta. El aparato estaba dando un débil y continuo sonido silbante.

Martin Beck sintió que la mano que estaba sujetando se relajaba, la tapó con la sábana y llamó por el interfono antes de salir corriendo al pasillo.

Un instante después, la habitación estaba llena de gente con batas blancas. Antes de que la puerta se cerrara, él vio que colocaban algo parecido al tablero de una mesa bajo el cuerpo exánime.

Esperó afuera. Al cabo de un rato la puerta se abrió y alguien le entregó la grabadora.

Iba a decir algo; pero el hombre de blanco negó con la cabeza.

—No creo que esta vez se recupere de la crisis —dijo.

La puerta se cerró de nuevo, y Martin Beck se quedó allí de pie con su grabadora. Enrolló el cordón del micrófono y se lo metió en el bolsillo. La orden de detención estaba allí, bien mecanografiada, plegada y sin utilizar.

Ya no le serviría de nada. Cuarenta y cinco minutos más tarde un médico le introdujo en la sala de espera y le informó de que no habían podido salvar la vida de Clark Sundström. El segundo coágulo de sangre había entrado en el corazón directamente y se detuvo allí.

Martin Beck se dirigió al edificio de la Policía en la plaza Davidshall y dejó a Per Mansson la cinta grabada, junto con instrucciones para cerrar el caso.

Luego tomó un taxi hasta Anderslöv.

Se había formado una niebla espesa y plateada en la llanura. La visibilidad era de muy pocos metros, y al lado él no podía ver más que el terraplén y la

cuneta con secos matojos de hierba amarillenta y algunos manchones de nieve. De no haber visto estos campos antes con tiempo claro, no tendría idea de lo que se ocultaba tras la niebla. Pero había visto la llanura y sabía cómo era. No llana y monótona, tal como parecía desde el avión, sino suavemente ondulada, con campos de remolacha y plantas forrajeras, y prados con filas de sauces de ramas extendidas, ahora desnudas, pequeñas iglesias blanqueadas y granjas rodeadas de enormes olmos y hayas. Había visto también el cielo sobre la llanura en un día claro, tan alto y claro como sólo podía verlo en el mar, o con nubes que pasaban arrojando sombras veloces sobre el brillante paisaje abierto. Pero ahora la niebla era como un muro a ambos lados de la carretera, y el viaje a través de aquella bruma gris tenía un elemento de eternidad e irrealidad.

Dejaron atrás la carretera que llevaba a Domme, pero no pudo ver las casas allá arriba en la colina.

Allwright estaba sentado ante la mesa en su despacho, bebiendo té y echando un vistazo a un montón de notas escritas a lápiz. Timmy se había tumbado bajo la mesa. Martin Beck se hundió en el sillón destinado a las visitas, y Timmy le dio su usual y calurosa bienvenida. Martin Beck apartó al perro y se secó la cara. Allwright dejó a un lado el montón de papeles y se lo quedó mirando.

—¿Cansado? —le preguntó.

—Sí.

—¿Té?

—Sí, gracias.

Allwright salió y regresó con una jarra de porcelana, que llenó con té de la tetera.

—¿Regresa usted a su casa ahora? —le preguntó.

Martin Beck asintió.

—Mi avión sale dentro de dos horas —contestó—. Si es que puede despegar con esta niebla.

—Llamaremos dentro de una hora y nos enteraremos. La niebla puede levantarse. ¿Tiene usted aún su habitación en el parador?

—Sí —repuso Martin Beck—. He venido aquí directamente.

—¿Por qué no se acuesta aquí y duerme un poco? Le despertaré cuando sea el momento de partir.

Martin Beck se mostró de acuerdo. Realmente estaba muy cansado.

Empacó sus pocas cosas, se acostó en la cama, y se quedó dormido casi instantáneamente. Antes de dormirse se le ocurrió que debía telefonar a Rhea.

Se despertó cuando Herrgott Allwright llamó a la puerta y entró en su habitación. Miró el reloj y descubrió, asombrado, que había dormido más de tres horas.

—La niebla se está disipando —dijo Allwright—. Creen que el avión podrá despegar dentro de cuarenta y cinco minutos. No he querido despertarle

innecesariamente. Pero ahora hemos de irnos.

Subieron al coche y se dirigieron a Sturup.

—Folke ha vuelto a su casa —le contó Allwright—. Pasé por Domme hace media hora y él estaba muy atareado reparando su gallinero.

—¿Qué pasará con la casa de Sigbrit Mard? —preguntó Martin Beck—. Ella no tiene parientes, ¿verdad?

—No. Supongo que habrá una subasta. No estará usted pensando en mudarse allí, ¿verdad? —Allwright se quedó mirando a Martin Beck y se echó a reír—. Pero no se va a traer con usted a la Nacional de Homicidios —añadió.

El sol empezaba a abrirse paso entre la niebla, y en el aeropuerto estaban seguros de que el avión despegaría pronto. Martin Beck entregó su maleta y regresó al coche con Allwright. Se inclinó hacia el asiento trasero y rascó a Timmy tras una oreja. Luego dio un suave manotazo a Allwright en el hombro.

—Gracias por todo —le dijo.

—Espero que vuelva algún día —le dijo—. No oficialmente, quiero decir. No voy a plantearle más asesinatos en este distrito. ¿Por qué no viene usted en sus vacaciones?

—A lo mejor vengo —contestó Martin Beck—. Hasta la vista.

Allwright subió a su coche.

—Podríamos ir a cazar faisanes —le dijo guiñando un ojo.

Martin Beck se incorporó y observó como el coche se alejaba. Luego se dirigió andando al edificio del aeropuerto y telefoneó a Rhea Nielsen.

—Estaré en casa dentro de un par de horas —le dijo.

—Pues voy a tu casa ahora mismo —contestó ella—. Te prepararé la cena. ¿Quieres comer algo?

—Claro que quiero.

—He inventado algo nuevo —dijo ella—. Es una especie de asado. Y de paso compraré un poco de vino.

—« Bien. Te he echado de menos» .

—Y yo te he echado de menos a ti. Date prisa.

Poco después él estaba en el aire.

El avión describió un gran círculo, y las llanuras de Escania aparecieron bajo él iluminadas por el sol, mientras que allá, hacia el sur, pudo ver el mar, azul y centelleante. Luego la vista desapareció cuando el avión pasó sobre un banco de nubes y tomó rumbo norte.

Iba camino de casa.

Y allí había alguien esperándole.



PER WAHLÖÖ (Halland, Suecia, 6 de agosto de 1926 - Malmö, Suecia, 22 de junio de 1975). Después de graduarse en la Universidad de Lund en 1946, trabajó como periodista cubriendo las secciones de sociedad y sucesos para numerosos periódicos y publicaciones. En los años 50 Wahlöö se comprometió con la causa política más radical de Suecia, lo que le llevó a su deportación hasta la España de Franco.

A su vuelta a Suecia escribió numerosos guiones para radio y televisión y entró como editor en varias revistas hasta convertirse en escritor a tiempo completo. Como novelista, Wahlöö debuta con *Hövdingen* (*The Chief*, 1959), primera parte de una serie de siete novelas y una colección de relatos breves sobre la Dictadura. *Lastbilen* (1962), la tercera parte de esa serie, fue publicada en Estados Unidos como *A Necessary Action* y en Gran Bretaña como *The Lorry*. Fueron seguidas por *Uppdraget* (*The Assignment*, 1963), otro brillante *thriller* situado en América Latina.

En 1965 Wahlöö completó la más compleja de sus siete novelas de la serie de la Dictadura: *Los generales*, una intrincada historia en un estado militar. La serie de la Dictadura incluía también el *thriller* futurista *Mod PÅ 31: a VANINGEN* (*Asesinato en la planta 31*, 1965), que fue llevado al cine en 1989 por el director R. W. Fassbinder y *Stålspranget* (*Steel Spring*, 1968).

En 1961 Per Wahlöö conoció a Maj Sjöwall. Esto marcó el inicio de una colaboración que los situaría en el podio de escritores de novela negra del

momento.

Per Wahlöö murió de cáncer en 1975, semanas antes de la publicación de *Los terroristas*, la última novela de la serie de Martin Beck.

MAJ SJÖWALL (Estocolmo, Suecia, 25 de septiembre de 1935). Estudió Periodismo y Artes Gráficas. Trabajó como reportera para periódicos y revistas de Suecia antes entrar en la editorial *Wahlström & Widstrand*. Durante todo ese periodo no dejó de hacer traducciones del inglés, una tarea que desempeñó profesionalmente desde los 19 años.

En la revista *Idun*, con la que empezó a trabajar en 1961, conoció al que sería su compañero durante 14 años: Per Wahlöö. Se fueron a vivir juntos en 1962 y publicaron su primera novela a cuatro manos tres años más tarde, en 1965, *Roseanna*. Fue el primer título del detective Martin Beck.

Igual que su pareja, Sjöwall fue una izquierdista y marxista convencida y sus novelas retrataban tramas policíacas pero también a la misma sociedad sueca. La pareja produjo una novela al año durante una década (de 1965 a 1975), hasta la muerte de Per Wahlöö a la edad de 48 años de cáncer de páncreas en el hospital Sankt Pauli de Malmö el 23 de junio de 1975.

En 1971 se les concedió el *Premio Edgar Allan Poe* de novela negra por su cuarta novela, *El policía que ríe*. Fue la primera vez que se otorgaba a una novela no escrita en inglés, y dos años más tarde el director Stuart Rosenberg adaptó esta obra al cine, con Walter Matthau en el papel de Martin Beck, con el título de *The Laughing Policeman* (traducida al español como *San Francisco, ciudad desnuda*).

En 2013 recibió en Barcelona, el VIII *Premio Pepe Carvalho* de novela negra.

Per y Maj, a pesar de que no llegaron a casarse, tuvieron dos hijos, Tetz (nacido en 1963) y Jens (en 1966). Tanto Per como Maj tenían cada uno otro hijo antes de conocerse.

Notas

[1] Es decir, PIG, cerdo. <<

[2] Título de una obra de estos mismos autores. <<

[3] Wiener: embutido de carne de vaca y de cerdo. (N. del T.). <<

[4] Juego de palabras intraducible. *All right*, quiere decir « todo bien» en inglés.
(N. del T.) <<

[5] Agitó, alborotó, alertó. <<